

DOS RIVALES Y EL JUEGO DE SUS VIDAS



Match POINT

PAZ IRIBARNE

Match point

Libro 2 Biología Match point

PAZ IRIBARNE

Derechos de autor © 2024 Paz Iribarne

SAFE CREATIVE
NÚMERO DE REGISTRO 2405298122010

©Todos los derechos reservados.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler u otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de su autor, quien es el titular de todos los derechos.

Los personajes o eventos que se representan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Este libro contiene escenas de sexo explícito, lenguaje adulto y violencia, por lo que es apto para mayores de 18 años

Para aquellos que salieron de las cenizas. Gracias por no rendirte.

Contenido

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[Dedicatoria](#)

[Advertencia](#)

[Sinopsis](#)

[1 Si pudieras cambiarlo todo, ¿te enamorarías de mí?](#)

[2 ¿Por qué te castigas?](#)

[3 Odio y deseo](#)

[4 Maestros](#)

[5 Envidia](#)

[6 ¿Quién eres en verdad?](#)

[7 Un plan en marcha](#)

[8 Cosas que nos decimos sobre el amor](#)

[9 Sorpresa inesperada](#)

[10 Terciopelo rojo sangre](#)

[11 Revelaciones](#)

[12 Perverso](#)

[13 ¿Qué esperas de nosotros?](#)

[14 Acuerdos y lujuria](#)

[15 Muéstrame](#)

[16 Ander](#)

[17 Emmanuel](#)

[18 Consecuencias](#)

[19 Problemas](#)

[20 Conversaciones incómodas](#)

[21 Pánico](#)

[22 Compañeros](#)

[23 Confesiones inesperadas](#)

[24 Obligaciones](#)

[25 Pasado doloroso](#)

[26 Celos](#)

[27 Revancha](#)

[28 Felipe y Eric](#)

[29 Arrepentimiento](#)

[30 Nada y todo](#)

[31 Fotografías](#)

[32 Compromiso](#)

[33 Cuento de hadas](#)

[34 Empieza a ser el primero de tu vida](#)

[35 Eternidad](#)

[36 Te perdono](#)

[37 Contrarreloj](#)
[38 Mi lugar en el mundo](#)
[39 Venganza](#)
[40 Una oportunidad](#)
[41 La mejor oferta](#)
[42 Dominador](#)
[43 Locura](#)
[44 Interesante](#)
[45 Lágrimas](#)
[Epílogo](#)
[Epílogo 2](#)
[Epílogo 3](#)
[Capítulos extras](#)
[Radii](#)
[Preston](#)
[Radii](#)
[Preston](#)
[Agradecimientos](#)
[Acerca del autor](#)

Advertencia

Este libro contiene escenas de sexo explícito intensas y extensas, escenas de violencia y lenguajes adulto. Es apto para mayores de 18 años.

Sinopsis

«Jamás he amado a alguien de la forma en que lo odio a él».

Ander Kovac es el símbolo de la perfección. El segundo mejor tenista del mundo, «el Ángel» como todos lo llaman mientras se desvive en sonrisas y cosecha fans y patrocinadores. Lo que nadie conoce es que todo en él es una máscara. Una con la que se disfraza para cubrir su otra faceta, una que lo hunde en el placer, el delirio y la culpa. Ander es adicto al BDSM y concurre cada viernes a un antro donde puede saciar sus fantasías. Es su rutina, nadie sospecha de él hasta que las fotos de uno de sus encuentros llegan a las manos equivocadas.

Emmanuel Urich Kózlov es el número uno del tenis mundial. El chico malo, el que insulta y se burla de todo y de todos. Aquel que apenas tolera a su rival, al segundo, como lo señala, aquel que le remueve fantasías en medio del odio y que ha despertado su instinto solo con unas cuantas fotos. Tiene en sus manos la posibilidad de vengarse, de sacar a Ander Kovac de la esfera pública para siempre, sin embargo, otras necesidades se encienden en él cada vez que esos ojos grises lo observan. Su meta es destruirlo, pero antes de eso, lo hará suyo.

Dos rivales que se odian y se desean con la misma intensidad. Un chantaje, un acuerdo, una telaraña de pasión y deseo. Un match point que puede definir el resto de sus vidas donde ninguno está dispuesto a perder.

1 Si pudieras cambiarlo todo, ¿te enamorarías de mí?

«Si pudieras cambiarlo todo, ¿te enamorarías de mí? Porque yo sí, lo haría. Viviría todo de nuevo con tal de tenerte en mis brazos, aun sabiendo que jamás tendremos un futuro».

Nunca me gustó mi cabello, de hecho, jamás me gustó de verdad ninguna parte de mi cuerpo. Esta maraña de rizos y mechones platinados que intento poner en control cuando soy consciente de que es una tarea en vano.

No debería preocuparme mi aspecto. Después de esta noche, nada importará. Ni mi cabello, ni mis ojos grises, ni mis labios rojos cereza. Tampoco importará que las personas me consideren alguien hermoso.

Observo mi reflejo en este espejo circular con luces a su alrededor. Estoy solo y me siento más solo que nunca.

Debería haberlo visto venir, debería haber previsto que todo terminaría así. Yo volviendo al sitio del cual nunca pude despegarme, y él, bueno, siendo él.

No es responsable de las expectativas que me hice, no es responsable de haberme enamorado. No tiene la culpa de que el juego se haya salido de control y yo hubiera terminado perdiendo frente a él. Duele y es bastante irónico. A esta altura imaginaba haberme acostumbrado a perder frente a él.

¿Por qué ahora iba a ser diferente? ¿Por qué la vida iba a mostrarme otra cara de la historia cuando desde el principio ambos pactamos nuestro final?

Este es el desenlace previsto, el único que ambos podemos tener. Lo mejor para ambos. Lo único que queda después de las mentiras.

Tomo en mis manos la sombra de ojos color gris plata. Mi dedo medio hace círculos sobre la textura sedosa que pronto va a decorar mi piel blanquecina y se fundirá con otros colores, con más brillo para este espectáculo que atestiguarán algunas decenas de personas, pero que revelará mi verdadero rostro.

Mis ojos pasean sobre las escasas pertenencias que me acompañan en este tocador antiguo, en este sitio que considero mi hogar.

Un hogar vacío, retorcido, lúgubre. Una cueva oscura que me ha servido para apaciguar mi dolor. Esta herida del alma que me acostumbré a fundir con el dolor físico y el placer.

«¿Qué estoy haciendo?».

Me lo pregunté tantas veces a lo largo de estos años, en donde descubrí este escape que se tornó en una pasión oscura. Mi pasión oculta frente a la profesión que el mundo conoce y admira de mí.

«Ander Kovac, el chico dorado».

El mejor tenista del planeta, el playboy, el gracioso, el modelo, el de sonrisa fácil, el ángel. Soy consciente de que pude ser todos ellos sin ser ninguno al mismo tiempo.

La música resuena más allá de estas paredes de papel. Acerco mi rostro al espejo, y con suaves toques, la textura que impregna mi dedo se adhiere a mis párpados, a mis ojeras y se difumina sobre los pómulos para darles luz.

Observo el nombre en la tarjeta de quién será mi dueño esta noche. El dueño de mi cuerpo para hacer lo que le plazca, para llevarme al cielo y al infierno, aunque el segundo ya lo

conozco de memoria. Es donde habité toda mi vida, donde aprendí a estar cómodo. La «subasta» ha sido un éxito. Escuchar las voces de decenas de dominadores pujando por su derecho sobre mí esta noche, en este escenario donde brindaré un espectáculo sin esconderme detrás de una máscara o un antifaz por primera vez.

Estuve oculto toda mi vida. Hoy decido cerrar ese ciclo para siempre, aunque eso signifique perder todo.

Mi vista se enfoca una vez más en el tocador de madera oscura. Acaricio el borde donde las astillas rozan las yemas de mis dedos de una manera sutil. Recorro el filo de este viejo mueble hasta llegar a mi antifaz. Al satén dorado que danza con sensualidad junto al encaje negro y azul.

«¿Quieres de nuevo esas fotos? Te espero esta noche en Hypnos».

¿Qué habría pasado si aquellas fotos no hubieran llegado a sus manos? ¿Si todo hubiera quedado en un simple trato y no en un chantaje producto de su mente codiciosa y un cuerpo lujurioso?

Tiene el mismo problema de todos los hombres. Intentan poseer mi alma cuando solo les puedo entregar mi cuerpo, aunque debo reconocer que su caso fue muy distinto. Este hombre llegó a donde nadie más lo hará, y por eso me duele tanto su pérdida. Una derrota que yo mismo he provocado al negarme a un comienzo con él.

Rio, al principio es un sonido suave que va adquiriendo un mayor volumen con el transcurso de los segundos.

—*Me gusta.*

—*¿Qué cosa?*

—*Las mentiras que te dices cuando me follas.*

La carcajada brota desde el fondo de mi alma. Nadie escucha más allá de estas endeble paredes. La música cargada de sensualidad y erotismo permite pueda reír sin límites, sin restricciones, y también llorar.

«Codicioso y manipulador».

¿Cómo puedo llamarte así cuando yo mismo tomé la oportunidad de unirme a tu cuerpo desde el primer momento? ¿Cuando mi mente recuerda con ansia cada espacio de tu piel que se rendía mis besos? Al infinito placer de nuestras lenguas bailando enredadas en el inmenso odio que sentimos y el enorme éxtasis que nos asfixia. El orgasmo que aún me sofoca como si parte de tu cuerpo todavía permaneciera enterrada en mí. Han pasado meses desde nuestro último encuentro, pero los recuerdos están ahí, me mantienen vivo.

Mi rival, mi adversario acérrimo, el amante más audaz que albergó mi cuerpo. El amante que carecía de un látigo y una fusta, pero que llegó a dominarme solo con una mirada.

Mi cabeza martilla al ritmo de mi corazón. Los sucesos del pasado se tornan nítidos, y es aquí, donde comprendo con terror el propio miedo que me invade y con el que terminé rechazándote.

El oxígeno se apuntala en mi garganta, yace dormido incluso cuando mis pulmones lo anhelan. Contengo el aliento, retengo a mi corazón que, como un caballo salvaje, todavía clama por tu boca, tus besos, tus dedos que se tatúan en mis caderas con cada embiste, con cada muestra de virilidad en donde me reclamas. Lo peor es que tienes razón. Fui tuyo desde el primer momento.

—*¿Qué estamos haciendo?*

—*Me gusta pensar que el amor, aunque te niegues de manera fervorosa a ponerle nombre.*

Contemplo mi piel blanquecina, desde mi cuello esbelto en donde encuentro suaves surcos, hasta mi pecho libre de vello y mis pezones rosados que vibran al recordar tu boca cerrarse sobre ellos.

¡Qué cosa más idiota la culpa! ¡Qué cosa más inútil el amor cuando todo ha terminado!

Llevo mis manos hacia mi torso y las hago descender hasta mi estrecha cintura, donde enredo mis dedos en el encaje azul de mi tanga que se combina con el ligero y las medias. Nunca creí que alguien se excitara al observarme en estas prendas, pero, al parecer, a mi dueño de esta noche esto lo enloquece. Es bastante gracioso, es un rasgo que comparte con él.

«Es una condición innegociable».

Radil, mi amigo en este sitio, ha sido quien me lo ha comunicado con énfasis. Mi dueño por esta noche tiene ideas muy claras acerca de lo que desea de mí. Me gusta. Aún me parece ridículo el concepto de que alguien me desee al punto de pagar por mí una cuantiosa suma. Si soy sincero, me halaga, pero no me provoca felicidad.

Sería tan fácil tomar mi antifaz y cubrir mi rostro. Mantener mi anonimato, mi reputación, mi culpa escondida bajo llave en algún recoveco de mi alma oscura. De ese espacio en donde el bien y el mal se mezclan y los hechos felices se tornan funestos.

La rabia, la congoja, el dolor, la felicidad, el ardor y el deseo se combinan con el terror y las náuseas de lo vivido y experimentado.

Soy incapaz de ser el hombre que fui, no después de él. Soy incapaz de esconder mi rostro detrás de plumas, lentejuelas, satén y encaje.

Ya no tengo miedo, ya no tengo culpa.

Soy Ander Kovac, soy Ander Kalinsky, y, por primera vez, incluso en el dolor del desamor, me abrazo y me quiero.

Soy lo que soy, en gran parte este descubrimiento te lo debo a ti, y estoy en paz con ello.

2 ¿Por qué te castigas?

Moscú, Rusia.
Cuatro años antes.

El dolor y el placer eran dos caras de la misma moneda. Para el gran tenista Ander Kovac, toda su vida gravitó sobre uno y otro. Una especie de ying y yang que solo las mentes como la de él entenderían.

El calor de la piel luego del primer azote, el subidón de adrenalina cuando llegaba el segundo. Limpio, honesto, sin filtro. Era todo a lo que Ander aspiraba cuando una buena sesión de sexo y locura, tal y como le llamaba su mejor amigo Felipe Becerra, comenzaba.

La posibilidad de ser otra persona, la oportunidad de encontrarse en una disyuntiva que tenía tanto de provocadora como prohibida.

Ander tenía la tierna edad de dieciocho años cuando llegó a Hypnos, y, como si fuera una adicción, nunca más pudo de alejarse de ella.

La rebeldía, el mal genio, la cólera, todo quedaba bajo el peso del látigo donde el dominador imponía. Un nuevo azote, un cálido y abrasador golpe que provocó que un escandaloso gemido saliese de su boca.

«Estás loco».

¿Cuántas veces escuchó esas palabras de la boca de Felipe? ¿Le importaban?

Por supuesto que no. Aprendió a balancear su vida de «chico dorado del tenis» con esta pasión que lo llevaba al límite y lo hacía olvidar quién era.

¿Sabía acaso quién era?

La respuesta parecía sencilla, pero la verdad es que Ander se sentía más como él cuando estaba detrás de la máscara que en una cancha de tenis frente a miles de personas que gritaban y coreaban su nombre.

A lo largo de los años, Ander aprendió que hay gustos culposos. Pequeños placeres que trastornaban la existencia de un mortal que ya no tenía ganas de que lo adoraran como un dios, pero tampoco tenía las pelotas para plantarse frente al mundo y mostrar su verdadera esencia. Ese era el problema.

Ander era bello y millonario, simple y acaudalado. Nadie era inmune a sus encantos, y a lo mejor eso era lo agotador de este embrollo.

Había conquistado a todos menos a él, y por mucho tiempo, su parte inconsciente deseó que él también lo mirase.

«El innombrable».

Así es como lo llamaba su amigo Felipe, y desde luego estaba en lo correcto. La cuestión era que aquel idiota ocupaba todos los pensamientos de Ander.

La historia comenzó mucho tiempo atrás cuando ninguno de los dos sospechó lo que el destino les deparaba. En ese momento, cualquiera que le hubiera dicho a Ander que terminaría docenas de veces enredado entre las sábanas con ese hombre habría sido candidato al psiquiátrico.

—Anda niñita rubia ¡No tenemos todo el día!

Ander levantó la vista y maldijo por enésima vez a su rival. A ese que debía encontrarse en cada lugar, en cada espacio porque, para su pesar, sus padres incluso compartían cenas de negocios juntos.

—No le hagas caso, tú puedes—susurró a su lado su eterno compañero de aventura. Ese que se proponía quererlo, a pesar de que su visión de la vida era muy diferente.

«Felipe Becerra».

El dulce y tierno Felipe, con su bola de rizos castaños y sus agradables ojos miel. El muchacho que siempre lo acompañó.

Ander se dirigió al centro de la cancha, a la red en donde se encontraba el entrenador que ejercía como árbitro.

El imbécil que tenía del lado opuesto de la cancha era más alto y corpulento que él. Una especie de mole militar al estilo «Terminator» como toda su familia.

«Emmanuel Ulrich Kózlov».

El nombre se grabó a fuego en su interior desde que lo conoció, en el momento en que esos ojos negros perforaron sobre él.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedito?

Emmanuel hizo un puchero a modo de provocación. Ander infló el pecho y levantó la barbilla. En ese instante, tampoco sabía que él mismo se convertiría en un provocador irreverente semejante al que ahora se mordía el labio inferior, y sonreía mientras el entrenador le reprochaba su conducta.

—No, ¿y tú?

Silencio. Fue la primera vez que Ander respondió con las mismas armas a Emmanuel, desde allí la batalla verbal nunca más cedió.

—Voy a disfrutar tanto dándote por el culo. —Emmanuel lo observó con desprecio.

—Tú lo debes disfrutar mucho. —Ander le sonrió.

—¿Qué? —La socarronería desapareció de Emmanuel. Su semblante se tornó furioso— ¿Qué carajo has dicho?

El corazón de Ander se saltó un latido cuando Emmanuel saltó la red y cayó a su lado. Parecía más grande e imponente, de todos modos, no iba a amedrentarse, aunque terminara con la golphiza de su vida.

—Nadie puede aseverar que disfrutaré algo sin haberlo probado antes—Ander siguió la línea de pensamiento—, por lo cual, estoy casi seguro de que algún gustito le has hallado.

—Bastardo.

Emmanuel dio un paso adelante y el entrenador se interpuso.

—Manu vuelve a tu sitio.

—¿Has escuchado a este marica barato? ¡Le voy a partir la cabeza!

—¡Aprende a respetar si quieres respeto! —exclamó el entrenador enojado—. Llegas aquí con tu bravuconería intimidando a todos. No esperes que no levanten la voz en contra tuya.

Ander dio una risilla. No tenía que ver con la burla, solo estaba nervioso. Muy nervioso al parecer, porque sus manos temblaban y apretaba la raqueta que, en cualquier momento, partiría en la cabeza de Emmanuel, si éste intentaba agredirlo físicamente.

Emmanuel señaló con su dedo índice y medio sus ojos y luego a Ander. Fue una advertencia.

—Eres mío, perro. De esta no te salvas.

Emmanuel dio un salto y volvió a su lugar en la cancha. El entrenador puso la mano en el

hombro de Ander.

—¿Estás bien?

—No, pero no importa. No voy a dar marcha atrás ahora—respondió Ander, y el entrenador asintió

—¡¿Vas a servir o qué?!

Emmanuel levantó las manos, y luego las puso alrededor de la raqueta. Sus rodillas levemente flexionadas. Su cuerpo se balanceó de un lado a otro, a la espera del primer servicio. Ander dio un suspiro.

—¡Vamos Ander! —La voz de Felipe a un costado fue lo único que rompió el hielo después de la discusión.

Había diez adolescentes más y todos se habían tragado la lengua por miedo a enfurecer al dragón.

Ander caminó hacia el final de la cancha. Asió la bola flúor y la lanzó hacia arriba. Dio un salto, extendió el brazo y la raqueta golpeó la pelota.

Obviamente perdió ese día, de hecho, se acostumbró a perder frente a Emmanuel. Pasaron muchos partidos hasta de que fuera capaz de derrotar a su rival y sucedió cuando ya eran profesionales. Ander entrenaba muy duro, más que sus rivales, pero la mentalidad le jugaba en contra.

Emmanuel tenía la habilidad de llevarlo a su terreno. Con sus burlas, su sonrisa, sus guiños de ojo. Ander estudió y entendió que, para estar a la altura, había que jugar como él.

—¿Quieres venir a quedarte con nosotros este fin de semana? Solo estaremos Raisha y yo.

Ander guardó sus pertenencias en el vestuario mientras su mejor amigo le hablaba. Ambos estaban en uno de los bancos metálicos del vestuario. Sus rodillas tocándose.

—No puedo. Tengo planes.—Ander sonrió. Felipe abrió la boca, escandalizado y miró a su alrededor.

—¡Carajo! ¿Otra cita con el tal rodillo?

—Radil. —Ander corrigió—. Sí, algo así.

—Hombre, tienes que cuidarte—advirtió Felipe—. Las fotos del tipo a mí me dieron escalofríos.

—Promociona un club algo particular—explicó Ander—. Es lógico que tenga esa aura de misterio.

—No tiene un aura de misterio ¡Tiene un aura psicópata! Créeme, sé la diferencia. Es muy atractivo, pero oscuro.

—Me gusta el club, Felipe—confesó Ander sin ánimos de alargar las cosas—.No tienes idea lo excitante que puede ser.

—¿Excitante? —Felipe negaba con asombro—¿qué puede tener de cachondo que te den una paliza?

—¿Porque es una paliza deliciosa?

Los ojos de Ander brillaron y su sonrisa de ensueño apareció. Felipe tragó saliva y su amigo sonrió encantador.

—Ander, ni siquiera puedes bañarte con nosotros de la cantidad de moretones que tienes —argumentó Felipe preocupado—. A mí me parece enfermizo.

—Entonces, tienes de mejor amigo a un enfermo. Esa es la verdad. —Ander se encogió de hombros—. Nos vemos. Salúdame a tu hermana.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó Felipe.

Ander frunció el ceño, y luego contuvo una sonrisa burlona. Su amigo era tan lindo.

—¿Por qué harías eso?

—Sabes el motivo—masculló Felipe. Sus compañeros iban y venían en el vestuario—. No quiero que te maten.

Ander negó, dio una risilla porque, de verdad, Felipe le parecía de lo más bonito e ingenuo que había visto en su vida.

—Cariño, ni siquiera has dejado de ser virgen. Créeme, esto puede ser algo traumático para ti.

—¿Y no lo es para ti?

—Sí, en el buen sentido. —Ander asió el bolso y se colgó la correa—. Hablamos después.

Iba a pasar, y Felipe le sostuvo la mano.

—¿Por qué te castigas?

—¿Qué? —Ander preguntó aturdido.

—Puede que no sepa mucho de la vida, ni del sexo, ni de hombres o mujeres, pero siento que aquí hay algo más, Ander. Siempre lo hubo, incluso cuando te encargas de mantener una máscara, y finges que todo te vale mierda.

Ander tragó saliva y negó.

—Pobre Felipe, como si estuvieras preparado para conocer todo lo que me pasa.

Y dicho esto, le acarició los rizos y se marchó del lugar, dejando a su amigo con más dudas que certezas.

Siempre era lo mismo.

Los nervios de lo prohibido y pecaminoso al principio.

Ander rio en su deportivo en el estacionamiento de Hypnos. Ese club cuyo interior albergaba múltiples fantasías para los que se animaban a aventurarse.

El corazón latió a mil por hora. Era la tercera vez que se presentaba en ese sitio. Era la primera en la que participaría en la subasta.

«La subasta».

Una especie de encuentro en donde lo exhibirían como mercancía costosa, y algún dominante pagaría por él. No había límite para lo ofrecido, los montos podían llegar a ser cuantiosos, y eso aumentaba el valor del sumiso en las próximas participaciones.

Ander ingresó al sitio por la puerta de atrás para mayor discreción, como hacían la mayor parte de los que se animan a recorrer ese espacio reservado del club.

Los ojos color azabache delineados lo observaron y recibieron.

—¡Pero miren a quién tenemos aquí!

—Radil.

Ander se acercó a quien se consideraba el gran anfitrión de las especiales noches de viernes, aunque solo fuera un empleado. Radil estampó un beso en sus labios y lo sostuvo de las mejillas.

—¿Asustado?

—No sabría decirte con exactitud—confesó Ander.

—Ese brillo en los ojos. —Radil se mordió el labio inferior. —. A mí me parece que aquí hay mucho más. No lo sé, ¿excitación tal vez?

—Adrenalina y ansiedad seguro. —Ander bromeó.

El hombre delgado le guiñó un ojo como pudo debajo de las enormes pestañas color turquesa.

—Ven, hay que ponerte bello, mejor dicho, más bello. —Radil le hizo una seña y le indicó el camino hacia el vestidor—. Hoy la subasta estará muy concurrida, y estimo que lo hacen por nuestra nueva estrella.

—Eres afortunado, ¿no? —Ander bromeó.

—¡Ni lo digas! ¿Quién diría que invitarte un trago terminaría en un negocio tan prometedor? —Ambos rieron. Ander se sentó en el tocador antiguo frente al espejo—. Les vas a encantar. —Radil estaba convencido de cada palabra que decía—. Van a enamorarse de tu cuerpo.

—Lo dices como si conocieras cada cosa de esos tipos.

—Lo hago, cariño. —Radil se arregló su cabello corto y rizado—. Es mi tarea asegurarme de lo que ofrecemos y quienes vienen aquí.

—Eso me hace sentir como una cosa.

—Una cosa preciosa y excitante que esos hombres usarán a su antojo, desde luego en tus límites, por supuesto—replicó Radil. Ander tragó saliva y bajó la mirada—¿Te molesta la connotación?

—Ese es el problema. Estoy a punto de tener una erección.

—Lo imaginé. —El anfitrión sonrió—. Si estás aquí, es para conocer tu lado oscuro y liberarlo. Créeme, nadie va a juzgarte. Aquí somos libres vivimos por nuestras propias reglas.

—Y las palabras de seguridad.

—Eso también, bombón.

Radil le dio un golpecito en la espalda y se alejó. Ander quedó de frente al espejo iluminado al que se acostumbraría. Levantó el mentón, y se dio a sí mismo una mirada provocadora.

Él era el sumiso, y dominaría a cada hombre que pasara por sus brazos.

3 Odio y deseo

Moscú, Rusia.
Tres años después.

—Hoy tienes al público expectante. Has atraído la atención de muchos. Quieren ver en escena a Samael.

Ander comenzó a reír ante el nombre escandaloso y lascivo con el que Radil lo bautizó años atrás.

—Mi culo en llamas después de una buena zurra debe ser encantador—bromeó Ander. Radil chasqueó la lengua.

—Creo que la gente está más enamorada de la bella mariposa en la base de tu espalda. Tu culo es encantador, pero parece que les gusta más cuando lo desfloran, aunque no le quitemos crédito al culito en llamas.

Ambos hombres rieron. Ander sostuvo entre sus manos el antifaz de raso y encaje, pero Radil lo detuvo.

—No, hoy no. Ellos te quieren con los ojos vendados.

—Cierto, es la costumbre. —Ander dio un suspiro. Un escalofrío lo invadió. Las reglas siempre estaban claras, de hecho, Ander tenía pocas condiciones al momento en que una función comenzaba—¿Cuántos?

—Son tres, ¿de verdad estás cómodo con eso?

—¿Por qué no lo estaría? —preguntó a su amigo—. Han pagado por mí. Son los ganadores de la subasta.

—El ganador fue solo uno, pero los otros dos son conocidos, por lo cual, decidió hacerlos formar parte. Tu consentimiento es lo más importante para nosotros, Ander ¿Estás seguro de esto?

—Ya te dije que acepto.

Estaba nervioso. Nunca estuvo en una sesión de sadomasoquismo con más de un dominador. Sabía que solo con emitir su palabra de seguridad todo se detendría, aun así, el momento lo llenaba de euforia y algo más. Una sensación inenarrable.

—A uno de ellos ya lo conoces. Ha sido tu Dom hace un tiempo. —Se sinceró Radil.

—¿Qué pasa? ¿Nervioso de que me largue? Eso no va a suceder. —Ander declaró sin dudar—. Sé muy bien que estás arriesgando bastante al decirme que uno de ellos ya ha estado conmigo. El anonimato es fundamental ,y de verdad, agradezco que siempre lo mantengas. No me interesa saber sus nombres sino lo que me harán sentir.

—Está bien. —Radil estaba preocupado por la situación. Estimaba mucho a Ander—. Solo quiero darte tranquilidad. Ellos conocen tu dinámica. Han estado presentes en cada sesión como espectadores.

—Me encanta que mis fans sean tan leales. —Ander le guiñó el ojo—. Sé que las cosas serán más intensas hoy. Espero que así sea, lo necesito.

Radil frunció el ceño. Era difícil notarlo entre todas las capas de maquillaje, pero Ander

lo hizo.

—¿Me he perdido alguna parte? —preguntó asombrado—. Las sesiones tuyas con cualquier dom siempre son las más intensas, ¿estás dispuesto a más?

Ander le dio una sonrisa ladeada.

—Hoy deseo olvidarme de que he vuelto a perder en una final y sobre todo que mis padres estaban en las gradas. Necesito borrar la cara de mi padre que decía que era débil, y por supuesto, necesito sacar la ira que me provoca el imbécil que me ganó. Ese idiota que...

Ander se detuvo. Estaba dejando que el enojo le hiciera estirar la lengua más de la cuenta. Radil le caía bien, pero ¿cuánto conocía de él en verdad?

—¿Hay algo que debes expiar?

—¿Expiación? —Se burló Ander—Creí que eso lo hacían los santos ¿Desde cuándo esto se transformó en una iglesia?

—Por supuesto que sí, «Samael». —Radil se encargó de hacer comillas—. Aquí todos quieren un poco de tu misericordia, y adorarte como se debe.

—Dices cada blasfemia, así nunca llegarás al reino de los cielos, amigo. —Ander enarcó una ceja, entretanto comenzó a desvestirse para el gran show de esa noche.

Radil se mantuvo en silencio. Las prendas abandonaban el cuerpo tonificado de Ander. Los cardenales rojizos y violáceos de la sesión anterior todavía estaban allí. Radil se quedó sobre ellos. Lo contempló con cuidado, guardando en su memoria cada detalle, incluido la enorme mariposa azul celeste que decoraba la base de su columna. Tenía belleza, armonía, equilibrio. Radil pensó que esa figura tenía tanto encanto como el hombre desnudo frente a él en ese momento. Radil agradeció el sentido de la vista. Nadie que tuviera en frente a Ander Kovac negaría la existencia de dios ante semejante espécimen.

—¿Qué pasa? —preguntó Ander al notar que su amigo estaba perdido en las marcas de su piel.

—¿Qué es lo que dice tu entrenador o tu fisioterapeuta cuando te ven así?

—Mi entrenador jamás me ve sin camiseta, y Alejandro, mi fisioterapeuta, digamos que es bastante reservado o piensa que tengo un novio que le gusta rudo. Jamás me hizo preguntas al respecto.

—¿No es agotador?

—¿Qué cosa?

—Mantener una doble vida.

Ander detuvo todo movimiento y se enfocó en el hombre que ahora lo observaba con infinita tristeza.

—¿Le preguntas eso a los demás miembros del club?

—Apenas me dirigen la palabra, así que, no.

Ander embadurnó su piel con la crema con aroma a sándalo que había puesto previamente en el tocador.

—No lo llevo como si fuera una doble vida—confesó—. Para mí, este es el verdadero Ander. El que se rinde, el que no teme, el que no tiene límites.

—Es extraño. Yo pensé que, para ti, esto era solo un juego. Un fetiche para divertirme un tiempo, pero después de años, me doy cuenta de que este juego se ha adueñado por completo de ti.

Ander miró al espejo y comenzó a esparcir la textura sedosa que le brindaba un leve brillo dorado sobre su piel.

—Estuviste a punto de golpear a tu rival en la cancha hoy.

Ander se enfocó en Radil a través del espejo. Este tenía una gran sonrisa. Estaba cruzado de brazos, recostado sobre la pared opuesta.

—Ese imbécil me saca de las casillas y termina ganándome. Digamos que, estuve bastante tentado a golpearlo cuando simuló una felación.

—Huy sí, ¡qué asco! —Se burló Radil—. Digo, ese idiota no tiene idea de tu destreza, de lo contrario, no bromearía con ello.

—¿Te parece cómico? —Ander frunció los labios para no reír.

—Lo es, pero ¿sabes que es más gracioso? Que tú, con toda esta experiencia, tu sensualidad y tu erotismo cedas a sus burlas, propias de una foca con retraso mental.

—Lleva una vida burlándose de mí. No es tan fácil—replicó Ander quien todavía no le encontraba sentido a toda la provocación.

—¿Cuál es el poder del sumiso? —preguntó Radil mientras controlaba la risa al notar el arrebol en las suaves mejillas de Ander.

—¿Qué tiene que ver eso con Emmanuel? —Ander se dio cuenta de que se estaba enojando. El simple hecho de traer a colación a ese energúmeno hacía que la ira se apoderara de su cuerpo.

—Solo responde.

Ander dio un suspiro y terminó de esparcir la crema en su pecho.

—El sumiso controla la sesión. El maestro domina hasta que el sumiso quiere. Los límites los pone el sumiso.

—¿Entonces? —Radil preguntó como si la respuesta fuera muy obvia.

—Perdóname. El retraso mental de Emmanuel debe ser contagioso porque no alcanzo a entender, ¿qué carajo tiene que ver eso con el partido?

—Emmanuel juega a ser dominador porque tú lo dejas. —Radil explicó con fastidio—. Rompe tus límites, te enoja. Tratas de golpearlo, te hace perder tu estabilidad mental, tu control. Eso no es propio de ti. Muéstrale hasta dónde puede llegar un sumiso. Muéstrale que tú también tienes armas.

Ander negó y dio un suspiro profundo.

—Si fuera tan sencillo, ya lo habría logrado.

—Déjalo saber quién manda. Si te dice una barbaridad, redobla la apuesta. Si hace una felación, abre la boca y saca la lengua como si fueras a recibir su esencia.

—Respondo sus provocaciones.

—Pero te contienes. Tienes miedo de que él piense que eres marica, pues lamento decirte que el problema lo tienes tú.

—¿Así que abro la boca y simulo recibir su leche?

—Esa es más o menos la idea.

—Claro, y mis padres, luego de eso, deberán lavar sus ojos con lejía.

Radil puso los ojos en blanco.

—Ander, basta de poner excusas. Tienes hombres millonarios pujando cada viernes por ti. Sueñan con tenerte en sus brazos. Créeme, el día que pongas a Emmanuel en su lugar, te encantará.

—¿Y cuál sería ese lugar según tú? —Ander arqueó una ceja, divertido.

—Debajo de ti—replicó Radil—. De rodillas, atado de sus muñecas, vendado, con un gag ball en su boca y un enorme collar con tu nombre.

—Vaya. —Ander pestañeó ante la nítida imagen mental que se formó.

—¿Qué?

—Nunca entendí por qué no participas en la subasta.

—Nadie pujaría por mí, además, mi jefe lo tiene prohibido. —Radil se encogió de hombros con un dejo de decepción.

—Lo tienes prohibido porque tu jefe sabe que más de uno intentaría apropiarse de ti— agregó Ander—. Radil, acabas de excitarme con el hombre que más odio en la tierra. Confía en mí, tienes el talento para tener a cualquier dominador comiendo de tu mano.

Radil se carcajeó ante el disparate.

—No, Ander. Mi descripción te ha excitado porque en el fondo, muy dentro de ti, el odio por Emmanuel Urich es solo un intenso deseo reprimido.

—Esa es la mierda más grande que he escuchado. Ahora, muévete. Tengo que terminar de prepararme.

Radil dio una risilla y se dirigió a la puerta del vestuario.

—Te acordarás de estas palabras cuando lo tengas debajo de ti.

—Claro. —Se burló Ander—. Eso si las vacas vuelan.

—Amigo, en tu caso, no solo volarán. Harán viajes interplanetarios.

4 Maestros

—¿Qué carajo sería el BDSM?

—Pensé que ya sabías lo que era considerando todas tus advertencias.

Felipe enarcó una ceja con suspicacia.

—Pues, porque eres tonto y dejas que te zurren y eso no me parece lindo ni placentero.

—Es sumisión y dominación, pero también control y consenso, así que, tranquilo. Nadie me obliga a hacer nada que no quiera.

—¿Ni siquiera cuando sangras?

—El dom me da lo que necesito y sí, a veces, es dolor intenso.

Ander recordó la conversación con Felipe y su cara de estupor. Cielos, ¡era tan graciosa!

El BDSM tenía mucho de tabú y misterio. Nadie hablaba sobre ello, pero se sentían atraídos a conocer su belleza. Decir que el BDSM era bello a muchos les retorcería el estómago como era el caso de Felipe, pero Ander no dudaba en afirmarlo.

Era un arte. La entrega, la capacidad de conectar con otro ser a un nivel inimaginable. Todo lo que ocurría sobre ese escenario, Ander lo disfrutaba.

Era dejar de ser el dios de papel que los mortales adoraban y convertirse en un servidor, en un esclavo incluso. Le mostraba su verdadera naturaleza y desafiaba sus límites en cada sesión y en cada golpe. En la mirada de su dominante que, sin importar su nombre o condición social, se convertía en su fuente de devoción, manejando con maestría el placer y el tormento.

El telón de terciopelo púrpura en el escenario reducido se abrió. Ander apareció en escena mientras la música sensual transportaba a cada persona allí a una atmósfera única en donde sus verdaderas personalidades emergían. Una araña antigua colgaba sobre su cabeza de manera decorativa. La escena era acompañada por una cama y una mesa en donde se encontraban todos los «instrumentos de tortura» como solía denominarlos, junto a tubos de lubricante y condones. Reflectores dispuestos en zonas estratégicas iluminaban su cuerpo único servido para el deleite de sus espectadores.

Las rodillas dolían en la madera que crujía bajo su cuerpo. Ander se sentó sobre sus talones y se relajó. Estaba desnudo como el día en que vino al mundo. La piel había sido maquillada en un agradable tono dorado con el fin de cubrir algunos moretones violáceos que se resistían a desaparecer todavía. Vestigios de la última sesión con algún dominante de turno. Ander estaba vendado, una cinta de raso roja atravesaba su rostro a la altura de sus hermosos ojos grises, y en medio de sus nalgas sobresalía un plug lubricado. Los murmullos alrededor le mostraron que la sala de Hypnos estaba llena.

Las reglas se pactaban días antes de la sesión. Cada uno conocía los límites del otro y las palabras de seguridad. La creatividad del Dom estaba supeditada al consenso con el sumiso. El BDSM trata de ceder el control, pero también, de una práctica donde ambos están de acuerdo.

Radil fue claro desde el momento en que el tenista llegó a ese sitio, con esos hermosos ojos detrás de una máscara, atentos a cada detalle. Ander sabía que lo de él no era ser uno más. Nunca lo había sido, por lo cual, no se conformaría con tener solo un Dom o restringir la práctica a un espacio privado como hacía la mayor parte de las personas que se aventuraban a ese

espacio.

Lo de Ander era revelar su esencia al mundo, liberarse del yugo de la etiqueta, la superficialidad y el sacrificio.

Se convertía en Samael y el mundo acartonado en el que vivía cada día quedaba más allá de las puertas de Hypnos susurrando que esperaba su regreso, pero, mientras tanto, Ander hacía de las suyas.

Se sentía como una esposa cuyo marido le daba un pase libre por unas horas y lo disfrutaba al máximo. Nada importaba, excepto ese instante de plenitud.

Ander escuchó varios pasos a su alrededor y su piel se erizó. La venda de satén rojo sobre sus ojos hizo que se valiera de sus otros sentidos para explorar.

Se removió en el duro piso de madera. Sus manos atadas a su espalda con esposas de cuero estaban ajustadas al límite, lo que significaba que, esta vez, habría moretones que estarían a la vista de todos. Era la primera vez que accedía a esto. Para él, el anonimato era fundamental. Por eso, todas las marcas siempre ocurrían en alguna parte de su cuerpo que no estaba expuesta a diario.

Sus caderas y culo descansaron sobre sus talones. Un escalofrío invadió su columna vertebral cuando un fino látigo de cuero lo recorrió en un sensual camino desde el cuello hasta el coxis.

Ander sintió que la boca se le secó. Sus labios carnosos de un rojo profundo adornados por un suave brillo labial se entreabrieron ante el movimiento frío del cuero oscuro que resaltaba contra su piel.

Era un ejemplar magnífico, y de cerca, lucía aún más increíble. Los dominantes babeaban cada vez que aparecía en escena.

Había tres dominantes en el escenario que lo examinaban con sus ojos como si se tratara de un collar de diamantes costoso, sobre el cual, pondrían sus manos. La cabeza de Ander estaba inclinada. No tenía permitido mantenerse erguido, a menos que los dominantes lo requirieran. Su vista siempre estaba hacia el piso.

Uno de los maestros, el que lucía mayor, llevaba un pantalón gris cobalto y una camisa blanca cuyas mangas estaban dobladas a la altura de los codos. Las prendas revelaban un cuerpo musculoso y trabajado.

El hombre dio pasos firmes con sus zapatos de cuero negro delante de Ander. Puso su dedo índice debajo de la barbilla del sumiso e hizo presión hacia arriba para que Ander levantara su rostro.

—¿Estás listo para disfrutar?

Su voz gruesa y profunda. Ander recordó de inmediato haberlo escuchado en alguna sesión anterior. El calor incendió su cuerpo. Su respiración se entrecortó.

—Sí, maestro.

El grueso dedo pulgar del hombre acarició el lado inferior de Ander con vehemencia, y luego, empujó al interior de la apetecible boca. El sumiso lo recibió con entusiasmo.

—Chupa.

Una orden tajante y única. La boca de Ander se cerró sobre el pulgar cuando el segundo dom, un hombre de camisa y pantalón negro dio pasos hacia él y acarició su cabello enredando sus dedos entre las hebras platinadas.

Ander tragó saliva siendo testigo de cómo pequeños choques eléctricos de placer que venían del tacto y las caricias de sus dominantes calmaban el dolor de sus rodillas sobre la madera.

Ander succionó sobre el dedo pulgar mientras el segundo dominante paseaba su gran mano sobre sus cabellos, y, de un instante a otro, intensificaba el agarre, y lo impulsaba hacia adelante para que moviera su cabeza en un sensual vaivén sobre el dedo grueso que llenaba su boca ansiosa.

El tercer dom vestía una camisa blanca, y ,sobre ella, un chaleco negro que combinaba con su pantalón de diseño. Dio pasos hacia el sumiso y se agachó para dar un tirón sobre las ataduras de cuero. Ander dio un suspiro de placer ante la firmeza mientras el pulgar del primer dominante no dejaba su boca.

Una vez que se cercioró de la magnitud del agarre, el tercer dom dirigió su vista a la mesa donde se encontraban algunos de los instrumentos que usarían esa noche.

—Ponte de pie—ordenó el primer dom y extrajo su dedo de la boca del sumiso. Ander se irguió y puso la planta del pie derecho sobre el escenario para darse impulso. Se levantó y el primer dom lo sostuvo del rostro—. Bien hecho.

Los labios exigentes se ciñeron a los del sumiso. Ander abrió la boca y la lengua del hombre maduro invadió cada rincón de su cavidad, sumergiéndolo en un maremoto de emociones. Fue cuando el segundo dom se acercó desde atrás y ajustó sobre su cuello un collar de cuero con púas metálicas.

El primer dom abandonó su boca. Ander se mantuvo con su cuerpo hacia el frente a la espera de una nueva orden. El hombre lo escrutó con cuidado. Ahora que estaba de pie tenía una visión más amplia de su magnífica figura.

La fusta acarició su pecho y cuello deteniéndose en el pezón derecho, sobre el cual, hizo círculos. Ander se chupó el labio inferior. Absorbió los resabios de la saliva del dominante. El instrumento de cuero recorrió su torso y se inclinó sobre el pezón izquierdo emulando la acción.

—¿Estás listo para lo que viene? —preguntó el primer dom.

—Sí, maestro.

Una media sonrisa se dibujó en el hombre cuando el látigo, que ahora cargaba el segundo Dom, cruzó su espalda con intensidad.

—No te muevas—ordenó el primer dom.

Ander dio un suspiro ahogado. El dolor atravesó su espalda y se incrustó en cada célula de su cuerpo que solo pedía más. Un nuevo azote, esta vez, sobre su espalda baja. Ander gimió alto, pero no cedió un centímetro en su posición. Había recibido una orden y la cumpliría.

Delante de él, el primer dom acariciaba su vientre con la fusta y continuaba un recorrido hacia el sur. El pene ya estaba semi erecto y se despertaba un poco más con cada golpe en su piel.

El tercer dominante respiró del lado derecho de su cuerpo y recorrió con sus dedos tibios los pezones que ya estaban erectos por el roce de la fusta. La cabeza del hombre fue hacia allí y la boca se cerró sobre la protuberancia.

Un nuevo azote y Ander emitió un quejido. El ruido de la succión, las caricias de la fusta que ahora se estacionaban sobre su pene, el poderoso látigo que no cesaba en su espalda y la impregnó de un dulce ardor.

Ander estuvo a punto de caer de rodillas cuando la mano cálida del primer dom agarró por completo su pene húmedo. El dedo pulgar que había deleitado su boca ahora jugaba con el glande.

La lengua ansiosa del segundo dom recorrió su pecho y se estacionó, esta vez, en el pezón izquierdo. Ander sintió un pinchazo y distinguió la pinza para pezón que se adhería a su sensible carne. El dom coló la mano por el collar y lo tiró hacia atrás quitándole el aire. La

espalda, en ese momento, escocía de la misma manera que sus turgentes nalgas. Su pene dejaba salir un hilo de fino líquido transparente y pegajoso.

El primer dom volvió a hablar.

—De rodillas.

—Sí, maestro.

Ander se arrodilló, entretanto los latigazos tomaban, una vez más, su curso. La caricia de la fusta del primer dom abrazó su piel una vez más. El segundo dom no aflojó el agarre sobre su collar de cuero. El oxígeno escaseó, y el orgasmo comenzó a gestarse con velocidad.

El agarre en su cuello mermó, y el oxígeno llenó sus pulmones con avidez. El sonido de una cremallera abriéndose provocó un nuevo escalofrío.

Algo mucho más grueso que un dedo acarició sus labios. Los cepilló con cuidado para empaparlos del suave líquido transparente.

—Abre la boca—ordenó el primer dom. Ander, como el buen sumiso que era, lo hizo de inmediato, y recibió el enorme trozo de carne.

Contuvo el reflejo nauseoso cuando el pene se empujó en la tibia cavidad e inició un vaivén poderoso, sin restricciones, ni piedad. El segundo dominante, detrás de él, se colocó de rodillas y lo sostuvo de su cabello inmovilizándolo, para que el primer dom lo usara a su antojo.

Los jadeos de los hombres se mezclaron con la misma música suave del ambiente. El silencio de los espectadores le reveló a Ander que, de seguro, se estaban tocando con sus parejas. Eso le dio un plus de excitación al encuentro.

La verga del primer dom se impulsó con ímpetu y salió hasta solo quedar unida por la punta para volver a embestir. La venda de satén rojo, de a poco, empezó a empaparse de las tibias lágrimas acumuladas al costado de los ojos de Ander.

Las manos del segundo dominante serpentearon con suavidad por la espalda que escocía, y sobre la cual, corría un fino hilo de sangre.

Ander se estremeció, pero el primer dom, al notarlo, acarició su cabello para que se centrara en el trabajo oral.

El plug lubricado que había adornado el punto medio entre sus nalgas se deslizó hacia afuera. Ander supo lo que vendría.

Un nuevo sonido de cremallera que se mezcló junto a los ruidos de succión y saliva. El segundo dom se enfundó en un condón y lo bañó en lubricante.

—No te correrás hasta que yo lo diga.

El primer dom dio una nueva orden. Ander se mantuvo estoico mientras su boca era follada sin contemplaciones y el segundo dominante ingresaba a su interior en ese instante.

La delicadeza no era un rasgo característico del segundo dom. Lo había dejado claro cuando azotó su espalda, y, ahora, embestía en su interior con una potencia demoledora.

Ander gimió a medida que los hombres profanaron su cuerpo. En medio del erótico delirio escuchó pasos a su alrededor y el calor del tercer dom sobre su espalda fue nítido, al igual que lo que pensaba hacer.

Los jadeos del segundo dom se detuvieron y abandonó su interior. Ander apenas fue consciente del agarre en sus brazos. Un nuevo empujón en su interior le reveló que el tercer dom había entrado en juego.

Sus sentidos fueron estimulados al límite y alcanzó el máximo cuando el segundo dominante que continuaba a su lado apretó su pene y le impidió llegar a su liberación.

El primer dom sacó el pene de su boca y golpeó sus mejillas para luego volver a la faena. Las duras estocadas del tercer dom sumado al vaivén de la mano del segundo hombre sobre su

pene hicieron que, acatar la orden de no correrse, se tornara una tarea titánica.

Un jadeo profundo y el primer dom alcanzó su liberación en la dulce boca dispuesta. Ander jadeó cuando el tercer dominante cambió de posiciones una vez más con el segundo.

El primer dom apretó los costados de su boca.

—Muéstrame—ordenó. La lujuria bramó en cada letra.

Ander entreabrió sus labios de una manera sensual. El líquido espeso blanquecino, señal inequívoca del disfrute de su primer dom, brotó. Se deslizó sobre el punto medio de su grueso labio inferior, recorrió su barbilla para luego desembocar sobre el collar de cuero y púas.

Uno, dos, tres estocadas sobre su próstata, el segundo dom se corrió, y le dio lugar al tercero. Ander, a pesar de su autocontrol y las caricias suaves del primer dominante, estaba a punto de sufrir un infarto.

—Puedes correrte ahora.

La voz gruesa y saciada del hombre que, sin duda, nació para dominar la escena. Esos dedos que aún estaban sobre su barbilla y esparcían con delicadeza su esencia hicieron que el orgasmo explotara en Ander.

El tercer dominante cruzó su brazo por su pecho y presionó sobre la pinza en el pezón. Ander gritó y percibió como el hombre se derramó en el condón. El orgasmo lo golpeó con crudeza, sus rodillas apenas le impidieron caer rendido en la fría madera.

Una suave caricia sobre su mejilla izquierda. El primer dominante arregló su cabello y dejó un tibio beso sobre sus labios para disfrutar su propio sabor.

—Buen chico.

Algunos aplausos y silbidos retumbaron en sus oídos y en su cuerpo castigado. Ander dio un suspiro y chupó sus labios. El sabor prohibido de la depravación y el deleite de la sumisión aún estaban ahí.

Lo había disfrutado más que nunca.

5 Envidia

—¿Hay algo de morbo en esto de arruinarme la vida o simplemente eres un hijo de puta liso y llano que disfruta viendo cómo se destruye todo?

Vlad Ullianov tenía sus manos puestas en la cintura de su pantalón de diseño hecho a medida junto a una camisa color lavanda impecable y una corbata de seda italiana a juego. Buscaba alguna lógica al accionar de su socio. De este tipo que irrumpió en sus vidas haciéndose con la mitad de las acciones de la compañía y complicándole la vida de un modo inesperado.

—Vlad, ¿hablas esto con tu psicóloga? Si no lo haces, pues, deberías. Tu narcisismo hace que pienses que eres el centro del mundo.

Isra Bréznev le dio una sonrisa torcida, de esas que le hacían hervir la sangre de impotencia a Vlad.

—¿De verdad me estás llamando narcisista? ¿Tú? ¿El tipo que busca cada día hundir una agencia que le costó a mi padre sangre sudor y lágrimas mantener? Perdóname si me causa gracia.

—No te comportes como un mocoso imbécil. —Isra lo señaló—. Esto no es un bar dónde te diviertes con tus amigos. Es un negocio y el objetivo es ganar dinero.

—Fíjate que ese punto lo he entendido—ironizó Vlad—. Justamente por eso tener paz y tranquilidad entre nuestros clientes es fundamental. Ya hiciste un desastre con la llegada de Mischa Kózlov. Afortunadamente, tuvo la decencia de retirarse y dejarnos de salpicar su mierda. Sobrevivimos a eso, y ahora, cuando estamos conformando equipos sólidos de trabajo, decides aceptar como parte de la agencia a Emmanuel Urich. El tipo más insoportable que he conocido en mi vida.

—¿En serio? —Isra arqueó una ceja—. Siendo mánager de Gabriel Petrov pensé que estabas acostumbrado a tratar con gente difícil.

—Emmanuel no es difícil—replicó Vlad—. Es un idiota que no le tiembla el pulso para aplastar a todo el mundo con tal de mantenerse en el número uno, sin mencionar que es un maleducado que no tiene respeto por nadie.

—Lo adoran—esgrimió Isra en tono orgulloso.

—Lo valoran por ser número uno—corrigió Vlad—. Para adorar una persona, esta, al menos una vez, debería mostrar un dejo de empatía.

Isra dio un bostezo como si estuviera aburrido de la conversación.

—Vlad mientras mi dinero esté invertido en esta agencia, mi opinión siempre estará.

—¿Por qué carajo lo hiciste? Nunca entendí el motivo por el que le compraste las acciones a todos mis socios para formar parte de algo con lo cual estás disconforme.

—Error—replicó Isra y esquivó el tema—. Yo no estoy disconforme con la agencia, sino con tu actitud de malcriado.

—¡Vete al carajo! —Vlad le mostró el dedo medio y, en ese momento, fue consciente de que ese hombre sacaba lo peor de él—. Todos los clientes que has traído son conflictivos. No hay una sola persona que haya llegado aquí de tu mano y no haya tenido inconvenientes.

—Son controversiales—explicó Isra—. La controversia vende. No sé en qué planeta has estado viviendo que no te enteras.

—Tenemos a grandes exponentes que eligen esta agencia. No necesitamos bastardos manipuladores y más controversia. Contigo tenemos más que suficiente.

Isra le sonrió y se rascó la barba blanca.

—Vlad y sus chicos dorados.

Vlad frunció la boca para no contraatacar con un insulto. Dio un suspiro y se acercó a su socio que mantenía sus pies sobre la impecable mesa de roble. Vlad lo detestaba. La falta de respeto era una constante en ese anciano decrepito.

—No vas a destruir esta agencia. Lo juro. Mientras yo viva, voy a continuar.

—Cuidado—advirtió con sarcasmo—. Al paso que vas, sufrirás un infarto. Eso sería muy malo, digo, teniendo una esposa tan linda y un bebé.

Vlad contuvo sus manos tentadas de asesinar al viejo. Sí, con seguridad le darían cadena perpetua, pero valdría la pena.

Dos golpes en la puerta y esta se abrió. Ni siquiera esperó a que le permitiesen el ingreso.

—Hola Isra. —Emmanuel levantó la mano y se acercó a la mesa de conferencias.

—Emmanuel, ¡qué sorpresa!

Vlad clavó sus ojos en él y el tipo lo ignoró.

—Veo que aprende modales a cada segundo—masculló Vlad.

El hombre se cruzó de brazos siendo testigo del desparpajo de Emmanuel quien pasó a su lado y no le dirigió la mirada. El tenista movió una de las sillas a la derecha y se sentó. Cruzó la pierna y sus brazos con una tranquilidad abrumadora. Como quien está seguro de su lugar y de lo que vale.

Vlad se rascó la barbilla y presionó sus dedos sobre su cuello.

Desde que era adolescente siempre supo cómo resolver cada problema. Mantener el orden y el equilibrio. Esos principios lo siguieron incluso cuando se hizo cargo de la carrera de Gabriel Petrov, el actual campeón mundial de kickboxing. Gabriel era rebelde y poco seguía las normas, aun así, Vlad siempre encontró la manera de armonizar su relación. Darle a su cliente lo que quería y mantener el timón del barco.

La llegada de Isra Bréznev fue un balde de agua fría. Una traición de sus socios, los cuales, le vendieron las acciones sin tener la delicadeza de informarle a Vlad.

«Malditos bastardos».

Vlad les habría comprado cada acción, incluso si eso implicaba quedarse en la ruina por años. Si esos cobardes hubieran negociado con él, Vlad tendría la mente más despejada y sus palpitaciones no estarían al punto de dejar su corazón al borde de un infarto.

Emmanuel se giró hacia Vlad y le dio una sonrisa.

—¿Sigues aquí?

La soberbia y el atropello fueron como dos patadas en los testículos de Vlad que estaban hinchados de tanto cargar problemas.

Isra se humedeció los labios y tensó la mandíbula. Vlad era una bomba de tiempo. Se arregló las mangas de la camisa color lavanda y dio dos pasos hacia el tenista. Sostuvo la silla giratoria y lo movió en su dirección. Los ojos de Emmanuel parecían huevos fritos.

—Escúchame bien, pedazo de mierda. —Vlad sintió que una catarata de insultos emergería de su boca sin control—. La próxima vez que te comportes del modo en que lo hiciste hoy, voy a romperte el culo a patadas y te sacaré de esta agencia ¿Me escuchaste? Me vale mierda la prensa, la denuncia, este imbécil al lado tuyo o tu familia. A mí nadie, y que te quede bien claro, nadie trata de sobrepasarme en mi lugar. No me jodas porque vas a conocerme. Disfruta tu número uno mientras puedas.

Vlad le empujó la silla y se alejó.

Emmanuel había contenido la respiración y recién se percataba de ello. Su cerebro intentó crear frases ingeniosas y sarcásticas, pero, al parecer, salió huyendo despavorido ante la tormenta de ira de Vlad.

—¡Pues siéntate a esperar imbécil! —exclamó entretanto Vlad salía de la sala de conferencias sin dirigirle la mirada—. No ha nacido todavía el que ponga de rodillas a Emmanuel Urich ¡Dile a Ander que se acostumbre a chuparme la verga igual que su amigo Felipe! ¡Porque no pienso sacarla de su boca! ¡¿Oíste?!

—Emmanuel. —Isra se cubrió la cara. El tenista se había puesto de pie y despotricaba—. Vlad no te escucha. Esto es vergonzoso y patético, sin mencionar que la idea de tu verga en la boca de Ander no es algo que quiera tener en mi mente dado los antecedentes de esta agencia.

—¿Qué carajo estás insinuando? —Emmanuel bramó de furia.

—¿Qué? ¿No miras las noticias o tienes problemas de retraso mental? Gabriel Petrov, sus entrenadores Iván y Yevgeny, su fisioterapeuta Alejandro Ferrari, tu primo Mischa ¿Acaso son nombres conocidos para ti?

—Claro que sí, idiota—replicó Emmanuel— Lo que no entiendo es por qué carajo me estás comparando con Petrov y su banda de maricas.

—Porque resulta que todos eran muy machos hasta que un niño bonito los enloqueció, y Ander Kovac enloquece a hombres y mujeres.

—¿A ti también? —Emmanuel desafió con una sonrisa socarrona.

—A mí no, pero está claro que yo no soy como la mayoría de la gente, la cual, lo ama. Los patrocinadores se pelean por él. Vlad le consigue todos los contratos. Sumas de dinero que tú solo sueñas, incluso siendo el mejor.

Emmanuel dio un suspiro profundo.

—Lo odio. —La emoción provocó que su voz temblara—. Jamás pensé que podría odiar tanto a alguien como él ¿De verdad piensas que en algún momento lo miraría con otros ojos?

—No lo odias—corrigió Isra—. Lo envidias.

—Claro que no.

—Acéptalo. —Isra golpeó el escritorio—. No me vengas con mentiras. Cualquiera quisiera ser como él. El chico dorado, el ángel del tenis, la sonrisa más bella del circuito ¡El maldito Vlad se regodea!

—¿Qué es lo que te preocupa? —Emmanuel frunció el ceño—. La agencia se torna cada vez más poderosa, ¿no debería ponerte feliz?

—Dios. —Isra puso los ojos en blanco— ¿De verdad no tienes una pizca de cerebro?

—¿Por qué? ¿Por decir lo obvio? —ironizó Emmanuel y se levantó de la silla de un salto—. Dime que me has citado aquí para algo más importante que esta discusión sin sentido.

Isra chasqueó la lengua. Se hizo hacia adelante en la silla y apoyó sus brazos en la mesa.

—El mes que viene compites en Roma.

—¿Y? —Emmanuel arqueó una ceja.

—Después de eso vendrán varios torneos y luego tendremos un gran evento en Dubái en donde solo estarán invitados los cinco mejores. Un evento tenístico sin precedentes. —Isra abrió sus brazos para magnificar la grandeza de lo que se aproximaba—. Un encuentro en donde serán tratados como verdaderos dioses.

Emmanuel puso los ojos en blanco.

—¿Y de qué carajo me sirve eso? ¿Me sumarán puntos para la ATP? Allí la cosa cambia.

Isra entornó a los ojos.

—¿Tengo que explicarte cómo funciona todo?

—No hace falta, no soy lento. —Emmanuel replicó ofendido—. Sé que muchos focos estarán sobre nosotros, y sí, tal vez, la caza será buena y me traiga algunos nuevos contratos, pero la verdad es que la gente me odia y eso no va a cambiar.

—Ahí te equivocas. —Isra lo señaló. —Ser amado u odiado es una cuestión de perspectiva.

—Isra, ¿cómo piensas que haré para cambiar la visión que tienen de mí solo con un evento? Además, ¿por qué querría serlo? Soy lo que soy, para bien o para mal. Yo no finjo, no muestro sonrisitas cuando no lo siento. La gente me cae bien o me cae mal, y en el caso de Ander, me cae muy mal.

—Vamos a suponer una cosa. —Isra se levantó y se dirigió al dressoir en donde había una máquina de café—¿ Y si alguien descubriera que el chico dorado, en realidad, tiene algunas manchas? Más allá de que no saluda a sus contrincantes cuando pierde, por supuesto. Hablo de un motivo succulento, algo que muestre la verdadera esencia de Ander. Algo cuestionable.

—No eres el primero que lo intenta. —Emmanuel le dio una sonrisa—. Más de un periodista ha intentado derrumbar esa imagen. Mi padre me lo ha dicho ¿Que han obtenido? Nada. Es el puto chico perfecto, aunque a más de a uno le haga ruido y nos moleste.

—¿Tú lo has investigado alguna vez? Tienes los contactos para hacerlo Emmanuel ¿Por qué no lo has hecho? —preguntó Isra curioso, dado el odio del tenista.

—Estoy aquí porque soy el número uno—enfaticó—. No necesito cagarle la carrera para escalar.

—No me digas.

—Si no me crees, es tu problema. Además, ¿por qué lo haría? Soy el mejor, no tengo que demostrarle nada a nadie ¿Sabes lo que creo en este punto? Me parece que tú eres el más envidioso de todos.

—¿En serio? ¿De un mocoso que solo sabe sonreír? ¿Qué pasó Emmanuel? ¿Te caíste de la cama cuando eras chiquito?

—Tú tienes envidia de Vlad—argumentó sin caer en la provocación—. Envidias lo que ha logrado. Su juventud, su capacidad de reponerse a toda la mierda que le has largado tú y el mundo. Eso, a cualquiera que no tiene dignidad, le molesta.

—Mocoso de porquería ¿Cómo te atreves?

—Vamos Isra ¿Crees que no sé de dónde sacaste el dinero para comprar las acciones y posicionarte aquí? Fíjate muy bien con quién jugarás tu papel de víctima.

—Eres tan básico.

—Lamento dañar tu inteligencia arrolladora. —Contraatacó Emmanuel—. No necesito investigar a alguien que todo el mundo dice que es angelical. No me gusta perder el tiempo y menos con una persona que no soporto.

—Solo tú puedes sacarlo del juego—aseguró Isra con su orgullo herido—. Una lástima que todavía no lo entiendas. Siendo familia de los Kózlov jamás pensé que tuvieras tantos miramientos.

—Yo no soy Sasha, ni tampoco Mischa. Que no se te olvide.

—La misma sangre corre por tus venas, así que, no me fío—remarcó el representante—, pero bueno, no podré compartir contigo algunos rumores muy bajos que han comenzado a surgir acerca de Kovac.

—¿Qué clase de rumores?

Isra le dio una sonrisa ladeada. Una sonrisa que solo auguraba problemas.

—Hay un club a las afueras de Moscú, el cual, es muy selecto. Nadie sabe muy bien qué es lo que hacen allí.

—¿Cómo se llama?

—Hypnos.

—Deja de hablar mierda. —Emmanuel rio—. Hypnos no es un club selecto. Es un antro de mala muerte en donde alguien como Ander jamás pondría un pie.

—Esa es la parte de Hypnos que el noventa y nueve por ciento conoce—argumentó Isra—, pero el uno por ciento sabe de un sector mucho más elitista y que nada tiene que ver con el antro de mala muerte al cual tú te refieres.

—Isra, ¿de qué carajo estamos hablando?

—Te he dicho que nadie lo conoce con certeza. Lo único que sabemos es que Ander asiste allí por lo menos dos veces al mes.

Emmanuel se hizo hacia atrás en la silla y colocó sus manos sobre el vientre.

—Hypnos—masculló—, suena interesante.

—Tengo todas mis fichas puestas en ti, Emmanuel.

—No lo parece—replicó el tenista—, por algo me estás incitando a que use mis contactos para saber en qué carajo está metido Ander. Te repito. No necesito hundirlo, y si está metido en mierda, tarde o temprano, lo hará él solo.

—Te lo repito. Eres el único que puede sacar del juego a Ander Kovac. Por favor, no arruines esta oportunidad.

—Una oportunidad para quién, ¿para ti o para mí?

—Para ambos.

Emmanuel comenzó a reír y se puso de pie.

—Isra, ya te dije que no me mientas. Todavía no puedo creer que hayas sido capaz de llamarme envidioso cuando ese sentimiento escurre de tu boca como baba.

—Vlad no tiene nada que ver—argumentó—. Esto es por nosotros, por nuestro éxito.

El tenista lo observó y negó. Casi sintió un poco de lástima por ese viejo, casi.

—Ya te lo dije, no necesito investigar nada. Al menos, no todavía.

6 ¿Quién eres en verdad?

Roma, Italia.

Un mes después.

—¿Te has preguntado cómo debe sentirse morir?

Ander le dio un gran trago a la botella de whisky mientras tenía a su lado a su amigo Felipe. Ambos estaban en la terraza de la suite. La final del torneo había pasado, y una vez más, Emmanuel fue demoledor.

—¿Estás borracho? —Felipe continuó en la reposera al escuchar a su amigo.

—Es lo único que quiero cada vez que pierdo un torneo—confesó Ander sin miedo.

Felipe abrió y cerró la boca varias veces.

—¿Sabes? Tu bipolaridad me pone los pelos de punta.

Ander rio y se enfocó en su amigo. Las luces estaban apagadas, el silencio colmaba cada espacio, excepto por algunos sonidos de motores de auto que, a la altura en la que se encontraban, se asemejaban a suaves murmullos.

—Necesitas chupar una gran paleta de carne que te relaje.

—Claro.—Felipe entornó los ojos—. Pues yo no ando diciéndole al mundo mis pensamientos suicidas, psicópata.

Ander comenzó a reír. Algunas lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—Tengo tanta rabia desde esta tarde. Quería borrarle la maldita sonrisa de su rostro.

—Invítalo a Hypnos. Quizás tengas suerte ahí.

—Si pudiera lo haría. —Ander bebió un trago más—. Lo que daría por...

—¿Qué? —Felipe dio una risilla—¿Follártelo?

—Dominarlo—replicó Ander—. De rodillas, con los ojos vendados, mientras la fusta recorre partes de su piel y deja su indiscutible marca.

Felipe dio un tiritón.

—¡Carajo hombre! A veces eres escalofriante.

—Venga que no te he contado ni la mitad de mis fantasías con ese cabrón. —Ander se burló y Felipe se cubrió los oídos.

—¡No te atrevas! ¡Voy a tener pesadillas!

Ander se carcajeó.

—Eres un inmaduro.

—¿En serio? Pasaste de hablar de la muerte a azotarle el culo a tu mayor enemigo. Perdón, pero si yo soy inmaduro, tú estás muy loco.

—Siempre me dices lo mismo, eso no es novedad.

Felipe le quitó la botella de la mano a su amigo y dio un trago.

—¿Has vuelto a ese lugar? —preguntó con miedo a su respuesta. Ander se limpió las lágrimas.

—No, hace varias semanas que decidí alejarme.

—La última vez casi te matan hombre.

—Fue bajo mis reglas.

—¡Me vale mierda si fue con tu consentimiento! Esa gente debería saber cuándo frenar un látigo si tu espalda sangra.

—Me vine tres veces. No puedo quejarme. —Ander se defendió.

—¡Dios!—Felipe se agarró la cabeza—¡Me haces enojar tanto!

—¿Por qué?

—¿Por qué? —Felipe rio— ¿Cuánto tiempo pasará hasta que te manden al hospital? ¿Y si los cortes son muy profundos? ¡Ni siquiera puedes quitarte la camiseta en público! ¿Te has puesto a pensar lo que ocurriría si la prensa se entera? ¡Tienes un tremendo tatuaje de mariposa sobre el culo! ¡Es muy identificable!

—¿Podrías parar con los gritos? Si la prensa se entera, será por tu ataque de histeria.

—¡Búrlate! No te parecerá tan divertido después.

—Llevo años en esto—dijo confiado Ander—¿Por qué tienes miedo?

—¿Es una especie de venganza? —Felipe preguntó sin entender—¿A quién quieres lastimar cuando te lastiman? ¿A tus padres?

—No se trata de ellos, sino de mí. Ya te lo dije ¿Por qué piensas que busco dañar a alguien?

Felipe se quedó callado. Se le agitaba el corazón y los nervios cada vez que el tema salía a colación y lo peor es que, normalmente, era el propio Felipe quien lo sacaba.

—¿Vas a volver a Hypnos?

—Menos pregunta Dios y perdona, Felipe.

—No puedes dejar que te muelan a golpes cada vez que pierdes un puto partido de tenis ¡Es solo un juego!

Ander tragó saliva, enfocado en el cielo.

—Cada vez que pierdo, el chico dorado se desdibuja y muta a una especie de villano impulsado por el lado oscuro.

—¿Por qué no puedes tener sexo como la gente normal? Tienes muchos pretendientes.

—¿Normal? —Ander arqueó una ceja—. Hablemos de eso amigo ¿Cuánto tiempo llevas haciéndote manuelas sin permitirte gozar de un verdadero macho?

—Cierra la boca.

—¿Ves? Resulta que el señorito puede hablar mierda de mí, pero yo no puedo señalarle algún defecto. Con tu edad, la mayoría tiene el agujerito bastante abierto. Ya deberías saberlo.

—Eres tan guarro e insoportable. —Felipe frunció los labios en un puchero.

—A ti te doy mi versión real. El chico dorado es el que aparece en los medios.

—¿El que va a Hypnos quién es? Esta especie de Jekyll y Mister Hyde al cual juegas constantemente.

Ander estuvo tentado a responderle, pero decirle la verdad a su amigo era entrar en una cueva oscura, a la cual, Ander le tenía terror.

—Confórmate con saber que te quiero y que mi cariño por ti es verdadero. —Ander le dio un nuevo trago a la botella—. Lo único que sé es que me gustaría ser como él.

—¿Te gustaría ser como Emmanuel? —Felipe ya no sabía hacia dónde seguía la conversación.

—Ser como Emmanuel. Ganar siempre.

—¡Vamos! Ese idiota no gana siempre, y lo sabes. Hemos tenido nuestros triunfos ante él. Incluso estás muy cerca en la puntuación.

—Solo porque tengo constancia y buena sumatoria. No por ganar muchos torneos.

—¿Por qué siempre miras la mierda en vez del inodoro? —Felipe estaba harto. Ander frunció el ceño y luego estalló en una carcajada.

—¿De dónde has sacado ese dicho escatológico?

—No te burles porque es la toditita verdad. Tú siempre tienes tu atención en la basura. Te juro, no me entra en la cabeza. Eres guapo de cojones. exitoso.

—Y tengo una verga grande, no lo olvides.

—Yo no me olvido—replicó Felipe—. El que minimiza sus atributos frente a ese imbécil todo el tiempo eres tú. Yo soy muy consciente de quien es mi amigo, y estoy muy orgulloso de él.

—Tú también te minimizas.

—Estoy muy lejos del nivel de ustedes—confesó Felipe—. Me esfuerzo, pero no creo llegar a más de donde estoy, en cambio tú, no por nada te dicen el chico dorado. Lo eres.

—Sí, soy genial.

—¿Puedes hablar en serio una vez? —Felipe le quitó la botella—. Deja de beber. Quiero que recuerdes esta conversación quejumbrosa y patética mañana.

Ander frunció los labios.

—De verdad necesitas sexo, amigo—replicó Ander—. Mira lo tenso que te pones ¿Ya te hiciste ese perfil de Tinder? Porque si no, yo lo haré. Tengo que salvarte de esta situación.

—¡Vete a cagar! —insultó Felipe—. Te doy mi apoyo cuando estás pensando en el suicidio y a ti lo único que se te ocurre es burlarte.

—Ya te lo dije, Felipe. —La sonrisa de Ander comenzó a borrarse—. Sabes que no soy bueno enfrentando mis problemas.

—¡Lo sé! ¡Por eso huyes y te refugias en esa locura!

—Para ti es una locura. A mí me mantiene cuerdo. Míralo de este modo, sin Hypnos, ya me habría suicidado.

Felipe se sentó una vez más en la reposera. Puso sus pies en el suelo y afirmó sus brazos en las rodillas. Sus ojos fijos en su mejor amigo.

—¿Si pudieras ser quien quisieras en este momento en quién te convertirías? Y no me digas que en el cabrón de Urich.

La boca de Ander se secó. Sus ojos grises fueron al cielo y a la enorme luna llena que daba luces y sombras en sus rostros.

—Desde adolescente tengo un sueño recurrente. Sé que soy el protagonista, pero no puedo verme a mí mismo. Estoy en el medio de un bosque, mi corazón late rápido, pero sé que estoy feliz. Puedo mirar mis pies y son pequeños. Mi cuerpo es diminuto. Hace frío, los copos de nieve caen incesantes, hay vapor saliendo de mi boca. Mis manos están cubiertas con guantes grises, los cuales, están rotos en la punta de los dedos. Mis deditos son minúsculos y gorditos. No lo sé, debo tener unos cinco años, quizás, un poco menos. La fila de árboles es eterna y yo no dejo de correr. Entonces llego a una cabaña. La tormenta se hace más fuerte. Hay una lámpara en el porche de madera, doy pasos hacia ella. Subo tres escalones y estos crujen. En ese momento, alguien abre la puerta y me sonríe. Es un hombre y tiene mis ojos. Es ahí cuando despierto todas las veces.

Felipe se mantuvo en silencio. Ander dio un suspiro.

—Me preguntaste quién me gustaría ser y lo único que se me ocurre es ese niño.

—¿Por qué querrías ser él?

—Porque en esos instantes me invade una sensación de calor y tibieza en el pecho. Me dice que estoy a salvo, que estoy en mi hogar y que nadie puede hacerme daño de nuevo.

Felipe frunció el ceño, ¿qué más había allí?

—Ander, ¿a qué te refieres con que nadie puede hacerte daño de nuevo?

El hombre observó a su amigo y le dio una sonrisa cálida.

—Nada, Felipe. Es solo un sueño.

7 Un plan en marcha

Emmanuel bebió una copa de vino después de la cena en su avión privado que lo llevaba de nuevo a Moscú. Observó a un costado el trofeo, el cual, le arrebató a Ander Kovac.

—¿No te cansas de hacer chillar como malcriado a Ander?

—¿Que puedo decir? ¿Hay algo más placentero que eso Peter?

El entrenador negó con una sonrisa pícar.

—Debes controlarte un poco la próxima vez. El juez estuvo a punto de sancionarte por tus gestos.

—El público y esos imbéciles me conocen.

Peter dio un suspiro. Hablar con Emmanuel era malgastar palabras. Lo habían sancionado dos veces en todo lo que llevaba como profesional, pero fueron restricciones tan nimias que parecían más bien una tomada de pelo.

Nadie se metía con Emmanuel Urich, y mucho menos, cuando delante de él tenía a Ander Kovac que contraatacaba de la misma forma. Los partidos de ambos siempre eran a cancha llena. Nadie se perdía sus duelos electrizantes.

Se peleaba, se corría hasta la última pelota, y nunca se daba por sentado ni siquiera un set.

No había nada que Emmanuel disfrutará más que ver a Ander romper raquetas y echar humo. Su rostro bañado en sudor, algo rosado. Sus labios hinchados de tanto morderlos, su pecho cubierto en esa camiseta blanca que subía y bajaba. Era una belleza.

Emmanuel frenó la línea de pensamiento que parecía más bien un potro indomable surcando la pradera ¿Por qué estaba pensando en Ander de esa manera?

—Oye amigo, ¿estás vivo? —Peter chasqueó los dedos delante de él. Emmanuel se aclaró la garganta.

—Lo siento, ¿qué me decías?

—Isra está feliz. Está esperando el momento para burlarse de Vlad.

—De ese viejo cabrón no lo dudo. —Emmanuel asió la botella de vino y se sirvió una vez más para él y para su entrenador.

Peter se sentó en el asiento cómodo frente al tenista y navegó en internet con su tablet. Se detuvo un segundo.

—No puede ser.

—¿Qué?

—New Heaven firmó con Ander.

—¿De qué estás hablando? —Emmanuel le quitó la tablet—. Esa es la empresa del padre de mi novia. Es imposible ¡Yo soy el número uno! ¡Cómo carajo va a hacerme una cosa así!

—Mierda—masculló Peter y bajó la cabeza en resignación—¿Sabes cuál es tu problema Emmanuel? A ellos no les importa que ganes torneos si no lo bonito que seas y Ander lo es.

—Vete a la mierda, no hay nada malo en mi rostro.

—Yo no he dicho eso, pero desde luego, las cosas habrían sido más fáciles si en tu genética hubiera más rasgos físicos de los Kózlov que de los Urich.

—Peter, ¿me puedes hacer un favor?

—Dime—dijo el entrenador dispuesto.

—¡Ve y atragántate con una verga de burro! ¡No te quiero escuchar a mi lado!

Peter se encogió de hombros como si lo dicho fuera una obviedad.

Las palabras de Isra resonaron en la mente de Emmanuel.

«Solo tú puedes sacarlo del juego».

No quería caer en esa tentación, no lo necesitaba ¡Qué importaban los contratos! Él tenía los trofeos ¡Era el mejor! Era el orgullo de su familia. Además, Ander siempre se mostró impecable, nada lo había incriminado en todos estos años, ¿por qué ahora sería diferente?

—Hombre no te pongas mal. Ya conseguirás contratos mejores.

—¿Te doy lástima acaso? Pues entonces métete la compasión en el culo y vete a tu maldito asiento ¡Fuera de mi vista antes de que te tire del avión!

Peter puso los ojos en blanco y negó. Se puso de pie y se sentó lo más lejos posible de Emmanuel junto al resto del equipo que siempre lo acompañaba en sus partidos. La atmósfera se tornó densa y, de pronto, todos los rostros sonrientes, quedaron estupefactos.

«No necesito hacer trampa».

¿A quién quería engañar? En casi todas las cosas que había conseguido en la vida, necesitó de una ayuda externa.

Su padre, su madre, sus primos. Emmanuel era consciente de que pocas cosas ganó de manera limpia en la vida. No quería ensuciar al tenis también. No quería que lo único bueno de su vida fuese empañado por la envidia.

Asió la tablet una vez más y buscó las fotos de la campaña publicitaria de Ander.

El tenista tenía el pelo revuelto, una camisa holgada color rojo y un pantalón blanco que también le quedaba suelto. Estaba descalzo, la camisa tenía el botón por encima del pecho desprendido, y su mano a la vista mostrando la conocida marca de relojes e indumentaria deportiva que era propiedad del padre de su novia. Ander estaba recostado sobre una cama cubierta de blanco en combinación con enormes almohadones del mismo color. Los ojos grises de Ander, la piel dorada de su rostro estaba expuesta frente a la cámara que lo adoraba.

Emmanuel frunció el ceño.

Por lo general, las imágenes de la marca eran muy sexys. Siempre destacaban por mostrar chicos con escasa ropa ya fuera en boxer o sin camisa. Lo de Ander despertó sensualidad, pero no revelaba nada de piel, de hecho, su rival jamás mostró nada de su tez más allá de la remera manga corta y el pantalón tipo calza a la rodilla.

Emmanuel tampoco recordaba haberlo visto, aunque fuera sin camiseta o en las duchas cuando entrenaban juntos.

¿Por qué estaba pensando en eso? ¿Qué carajo le importaba?

Emmanuel no encontró respuesta, sin embargo, la idea de su mánager ya no parecía tan descabellada. De seguro, sería una tarea en vano, pero valía la pena intentarlo, ¿verdad? En el caso de que llegara a encontrar algo que pusiera a Ander en una situación comprometedora, ¿qué haría? ¿La entregaría a los medios? ¿Hablaría en la agencia?

Emmanuel tenía miles de voces dando directrices en su trastornada cabeza.

«Mentiroso».

El tenista, entre toda la rabia que brotaba de su cuerpo, dibujó una sonrisa perversa.

No, lo primero que haría sería enrostrarle la victoria una vez más en la cara a Ander. Humillarlo, mostrarle que estaba encima de él, siempre. Esclavizarlo.

Podía saborear esa victoria incluso a sabiendas de que tenía remotas posibilidades de engatusar al chico dorado del tenis.

«¿Que puedes perder? ¿Qué puedes ganar?».

Nada y todo.

Era una buena apuesta y Emmanuel decidió jugar su mano. Tenía una familia poderosa, y haría uso de ella.

Necesito información.

Un mensaje conciso fue todo lo que salió de él.

Vaya primo estoy orgulloso

*de tus modales
casi te pareces a mí.*

Muy bromista Sasha.

¿Cómo está tu hermanito?

*¿Todavía le gusta que le den
sin compasión?*

¿Qué puta quieres?

Emmanuel se burló ante la rabia del poderoso Sasha, del hombre de la familia al cual todos temían, y eran muy atinados al hacerlo.

Hay alguien a quién

debes investigar.

No es gratis.

Por supuesto que no,

tampoco te lo pediría gratis.

Emmanuel no le debía favores a nadie, y no quería empezar con Sasha Kózlov.

*Bien, dime quién es
y hablemos de un precio.*

*Quiero que investigues
al chico dorado del tenis.*

Vaya, te estabas demorando.

Esa afirmación estuvo a punto de lograr que Emmanuel cambiara de opinión, pero ya era tarde. Ningún miembro de su familia destacaba por ser una buena persona, él no sería la excepción.

8 Cosas que nos decimos sobre el amor

Las cuerdas de terciopelo rojo atravesaban su cuerpo desde el cuello hasta las rodillas. Se entrecruzaban de tal modo que generaron presión e inmovilizaron. Sus músculos se adormecieron de anticipación y deseo.

«Ángelo».

Ese era el nombre del dom que formaría parte de la sesión junto a él ese viernes.

—Ten cuidado.

—¿En serio hombre? ¿Cuántas veces me dirás lo mismo? Ni de mi mamá recibí tantos consejos.

—No es un buen dom.

—¿Y en qué te basas para decir eso?

—Es uno de los amigos de mi jefe, y no lo ha expulsado porque le conoce varias cositas oscuras, pero desde ya te digo, lo merece.

—Bien, supongo que aprenderé por las malas que tus consejos son para ser tomados en cuenta.

La cama era circular, de ella colgaban sábanas de satén del mismo tono a la cuerda de terciopelo en una especie de espiral sobre el piso de madera antigua. La tez blanquecina con destellos dorados relucía sobre la fina y erótica tela. Ander llevaba un antifaz negro y dorado. Sus piernas estaban atadas y sus rodillas casi se adherían al pecho. Sus muslos extendidos a la espera del comienzo de la función. Esta vez, llevaba un slip diminuto de color rojo púrpura, y como siempre, oculto un plug cuya terminación en forma de diamante sobresalía de sus turgentes nalgas.

La sangre corrió con velocidad cuando los pasos del dom se oyeron nítidos sobre el escenario. Era ese momento de adrenalina indescriptible. Ander se sintió más vulnerable y expuesto que las veces anteriores. El hombre se ubicó frente a la cama, frente a él. Los ojos negros como enormes pozos oscuros lo escudraron con hambre y lujuria detrás del antifaz que cubría la mitad de su rostro. No había traje pomposo esta vez, ni camisa de diseñador, sino un hombre enorme con pantalón y un chaleco de cuero negro. Ander pensó que este tipo representaba el típico cliché del dominador. El que todos tenían en mente, el que aparecía en las películas.

Los dedos índice y medio del dom recorrieron las piernas con delicadeza. La piel se erizó ante los dedos gélidos. Fue cuando sus miradas se encontraron, y Ander tragó saliva. Gran error.

—¿Te he dado permiso de observarme?

Era los primeros morfemas que Ángelo emitía. Ander negó y bajó su mirada de inmediato. Estando de rodillas, era mucho más sencillo mantener una postura sumisa, en cambio, en posición horizontal, con su culo abierto para exponerlo a los deseos de ese hombre, a pesar de la fina tela que lo recubría, la cuestión cambiaba.

—Contéstame

La cuerda que ajustaba el cuello se tensó y el aire se comprimió en su garganta. Su torrente sanguíneo se sacudió ante la dureza de su voz.

—No, Maestro—masculló y el dominante rodeó la cama para explorar su rostro más de cerca.

Si en algo debía darle crédito a Radil es que, sin duda, este tipo era escalofriante. El hombre dibujó una sonrisa maliciosa y acarició con el pulgar el labio inferior. Fue un toque sutil al principio, sin embargo, la caricia se intensificó al cabo de un segundo y los dedos se ciñeron sobre la carne y presionaron con tal fuerza que Ander emitió un quejido de dolor.

Ángelo no se inmutó, al contrario, el sonido aumentó su libido a niveles estratosféricos.

—Sé una buena mascota—ordenó—, de lo contrario, voy a castigarte.

—Ander, esa bola es tuya ¡Muévete! —Ander se secó el sudor y observó a su entrenador quien estaba al lado de la máquina lanza pelotas—¿Qué te pasa? ¿Te pesa el culo?

—¡No tanto! ¡No es tan gordo como el tuyo!—gritó Ander y le dio una sonrisa. Su semblante se quebró ante el gesto de dolor. Su labio inferior estaba partido y amoratado.

—¿Qué te pasó?

—Nada, me golpeé con la puerta de la camioneta. Sí, ya lo sé, cuando uno se ha caído de la cuna varias veces, quedan estas secuelas de retraso mental.

Ese fue toda la explicación que le dio a Kale, su entrenador. Por supuesto, el hombre le creyó ¿Por qué no iba a hacerlo?

La sesión en Hypnos había ocurrido hacía tres días atrás. El dolor recalcitrante penetraba la piel como si solo hubieran pasado horas. Los analgésicos fueron insuficientes. Todo su cuerpo se sacudió al recordar esa hora implacable.

—Muchas palabras y poco entrenamiento Ander. Este no eres tú ¡Y no te creas que voy a dejarte ir más temprano!

«Si te hubieran azotado sin contemplación con la fusta al tiempo que te follaban, de seguro, tú no podrías moverte».

Una leve sonrisa salió de Ander al pensar en su entrenador que era un oso de dos metros siendo sometido. Pagaría por ver un espectáculo así. Ander dio un suspiro y se colocó en posición para esperar los saques automáticos.

—¡Muévete!

—¡Ya hombre! ¡No soy sordo! —gritó porque estaba harto de la misma cantaleta desde hacía dos horas.

—Avance y retroceso. Hay que fortalecer las piernas.

El entrenamiento duró alrededor de cuatro horas ese día. Sin duda, estuvo en el ranking de los episodios más tortuosos de su vida ,y, esta vez, no hubo un ápice de placer.

Ander se abstraigo de la realidad del polvo de ladrillo que manchaba sus impecables tenis blancas y se preguntó qué pensaría ese hombre si alguna vez le contara su secreto.

«Ni se te ocurra».

Por supuesto que no lo haría. Ander sabía que existían límites y Kale, más allá de su proximidad como entrenador, del trato cordial y amistoso, pocas veces indagaba sobre su vida privada, por lo cual, el tenista entendió que no era de su interés.

—Ven aquí. Te daré unos masajes en los aductores.

—Estoy bien. —Ander percibió como los músculos se tensaban—. Tengo cita con Alejandro.

—Con más razón. Llegarás con los músculos...

—Tranquilo. —interrumpió—. Todavía debo ducharme. Nos vemos.

Kale dio un suspiro sabiendo que las negativas de Ander eran inquebrantables. Ya estaba acostumbrado a ello, pero aún no entendía su acérrimo rechazo a que lo tocara.

Ander se dirigió con velocidad hacia el vestuario. Se dio una ducha rápida aprovechando que estaba solo y luego se vistió.

Se dio un vistazo en el espejo, y acomodó su camiseta manga larga.

«Puedes hacer esto».

Sería una visita diferente a su médico deportivo.

Ander atravesó la puerta de la clínica en donde trabajaba Alejandro Ferrari solo media hora después. Estaba nervioso, ¿para qué negarlo?

Se acomodó el cuello de su camiseta mientras se escrutaba en el espejo del ascensor. Los tres chupetones cerca de la base de su garganta eran imposibles de cubrir. El maquillaje muchas veces hacía su magia, pero en este caso fue en vano.

«Hijo de puta».

Ander bramó de ira. Era la primera vez que un dom dejaba marcas tan visibles en su cuello. En su contrato estaba aclarado, pero por supuesto, a este imbécil eso no le importó.

«No es un dom, es una bestia»

Los consejos de Radil fueron correctos, pero Ander los ignoró. Ángelo era un animal, el cual, apenas se contenía cuando tenía a un sumiso inmovilizado entre sus codiciosas y violentas manos.

«¡Rojo!».

La vergüenza escaló en el rostro de Ander mientras continuaba con su vista fija en el espejo del ascensor. Ander había frenado la sesión dos veces en el transcurso de solo una hora. Sin mencionar el momento en que la asfixia traspasó todos los niveles de lo perverso. Ángelo no le quitaba la vista de encima debajo de su antifaz. Era consciente de que estaba perdiendo la vida.

La sensación de miedo invadió a Ander innumerables veces. Fue una cuestión de orgullo finalizarla, de demostrarle que él podía, pero ¿a qué costo?

El dolor y el miedo fueron enemigos brutales en donde el placer tuvo poco protagonismo a excepción de su momento de liberación.

—*Mi jefe te brinda sus disculpas. No volverá a ocurrir.*

—*Tenías razón. Ese hombre es un peligro, y dañará la reputación de este club.*

Ander sacudió la cabeza y se concentró en el presente. En el instante que estaba a punto de vivir. Golpeó dos veces la puerta del consultorio y escuchó pasos que se aproximaron del otro lado. Alejandro abrió y le dio una gran sonrisa, una que iluminó su hermoso rostro juvenil a pesar de ser un hombre de treinta y seis años. Su genética era formidable.

—¡Ander! ¡Estaba esperándote! ¡Pasa!

Incluso si no hubiera tenido cita, Ander habría ido.

El dolor en su cuerpo era insoportable y, dentro de una semana, comenzaba un nuevo torneo. No iba a arriesgarse a ingerir cualquier medicamento o analgésico que lo llevará a una denuncia por dopaje en caso de que el comité deportivo decidiera hacer alguna prueba.

—¿Cómo has estado? —preguntó el tenista con una sonrisa entretanto seguía a Alejandro por su amplio consultorio de estilo minimalista.

Tenía varias plantas de interior de diferentes especies al lado de un amplio escritorio color blanco que daba hacia una ventana desde donde se apreciaba la ciudad de Moscú en todo su esplendor. Una pequeña cascada de la cual brotaba un hilo de agua constante y la música de cuencos tibetanos acompañaba la estética. Ander estaba a punto de caer dormido. Todo su cuerpo pesaba una tonelada. Dieron pasos hacia la camilla, las luces tenues y un suave olor a incienso

transportaron sus sentidos a un lugar plácido.

—¡Ajetreado! —exclamó con entusiasmo—. Iván se marcha a Londres esta noche y no podré acompañarlo.

—Sí—Ander le dio una sonrisa pícaro—, lo vi esta mañana en la conferencia junto a Gabriel ¿Es posible que esté más caliente ahora que se ha retirado? Es una lástima que las conferencias deban hacerse con ropa.

—Cuidadito ahí. —Alejandro se frenó en seco y se giró hacia su paciente—. Mira que te lesiono por lo que queda del año.

«No creo que me dejes peor de cómo estoy».

Ander se rio de su propio pensamiento. Alejandro acomodó la almohada en la camilla.

—Desvístete. Ahí tienes la bata. Vuelvo en un minuto. Iré por unas toallas. —Alejandro se marchó. Ander sostuvo la bata y dio un suspiro.

En el tiempo que llevaba como su médico, Alejandro Ferrari jamás le había dicho una palabra sobre las marcas violáceas que atravesaban su cuerpo, pero lo de hoy era otro nivel.

Alejandro Ferrari era un hombre discreto por naturaleza, y si uno tenía en cuenta su pasado, entendía los motivos. Alejandro era un médico deportivo y fisioterapeuta que aterrizó en Rusia un par de años atrás con el fin de convertirse en el médico del problemático campeón mundial de kickboxing Iván Zhukov. Un moreno de ojos grises que se la ponía dura incluso a los muertos. La atracción fue incontrolable, pese a la heterosexualidad de Iván. El romance salió a la luz por un video en donde ambos tenían un encuentro íntimo. Eso llevó a que Iván se alejara del circuito de kickboxing, hasta que, desde hacía varios meses regresó como entrenador de Gabriel Petrov, el hombre que siempre fue su rival y que ahora, irónicamente, compartía horas y días con él. Una carcajada del destino, una burla total de la vida, o , tal vez, una segunda oportunidad. Ander, en este punto, desconocía cómo interpretarlo.

Ander se quitó la ropa y se colocó la bata. Aguardó sentado en la camilla mientras Alejandro regresaba con toallas de color blanco.

—Bien, deja la bata. Acuéstate boca abajo, yo te cubriré con la toalla.

Ander asintió y dejó la suave tela deslizarse por sus brazos. Los ojos azules de Alejandro estuvieron a punto de salirse de sus órbitas.

—Jesús, María y José—masculló al contemplar la espalda de Ander que parecía más bien un mapa, sobre el cual, habían configurado y reconfigurado las fronteras una y otra vez.

El arrebol tiñó las mejillas del tenista. Ander se avergonzó de su cara oculta. Alejandro se recompuso después de la primera impresión.

—Por favor, acomódate en la camilla. Creo que usaré otro tipo de cremas.

—¿Más espesas? —preguntó Ander. Intentó que fuera una broma, pero tuvo el efecto contrario.

—Analgésicas y antiinflamatorias para ser preciso. —Alejandro esgrimió en voz baja. Ander giró su rostro hacia el lado opuesto. Su cara ardía más que su espalda y su culo y la parte inferior de sus muslos.

Alejandro esparció la crema con cuidado. El olor a menta y lavanda impregnó el ambiente. Los dedos del médico oscilaron despacio entre los surcos profundos.

«Cicatrices sobre cicatrices».

Alejandro se dio cuenta de que estaba a punto de llorar ¿Cómo podía Ander acostumbrarse a esta vida?

El temblor en sus manos fue tan notorio que Ander se vio en la obligación de comentar.

—Luce peor de lo que es.

La voz de Ander rompió el hechizo en el que Alejandro estaba. El médico tragó saliva y continuó esparciendo el ungüento sobre algunas heridas que estaban demasiado frescas todavía.

—Ander—dijo en tono lúgubre—, sé que no debería importarme, pero lo hace. Este tipo no te conviene. No te ama.

Ander frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Sabes a qué me refiero—replicó Alejandro—. Este hombre tiene una versión desequilibrada del amor y te ha absorbido junto a ella.

—Doctor Ferrari estás entendiendo todo mal. —Ander comenzó a reír.

—Ander—Las manos del médico se presionaron en profundidad—, el amor no es para tontos ni para débiles. El amor requiere decisiones difíciles. Es despertar y darte cuenta de que puedes forjar un camino solo, pero se hace maravilloso si alguien te acompaña y lo construye contigo. Sé que me vas a decir que tienes casi la mitad de mi edad y que estoy balbuceando mierda, sin embargo, no puedo mantenerme impasible cuando a tu novio se le ocurre matar sus frustraciones contigo.

—¿Cómo sabes que es un hombre?

—¡Por Dios! La fuerza, la contundencia. Este golpe necesita de una potencia que una mujer no posee. No quieras subestimar mi inteligencia, mocosito.

—No es un novio.

—¡Genial entonces! —El enojo ganó la batalla en el cuerpo del médico—. Te dejas apalear por varios «machos» que no tienen mejor cosa que hacer que golpear a un ser vulnerable o con emociones confusas.

—Voy a un club de BDSM

Ander cerró los ojos. La frase escapó de su boca ante el estado de desesperación de su médico. Alejandro frunció el ceño.

—¿Qué? —Frenó todo movimiento.

—Uno de mis dominantes se pasó el viernes, por eso estoy así. No tengo novio, ni relación estable, ni nada maravilloso que construir. Soy solo yo con mis gustitos excéntricos, ¿está bien?

Alejandro abrió y cerró la boca varias veces cuando se dio cuenta de que había apretado con tanta fuerza el tubo de crema de lavanda que la mitad del contenido fue a parar a su mano.

— ¿No vas a decir nada? —preguntó Ander. Alejandro se encogió de hombros.

— ¿Qué se supone que debo decir? ¿Escoge mejor a esos psicópatas?

Ander entornó los ojos.

— Tú tampoco entiendes. Pensé que siendo médico tendrías una visión más amplia de las cosas.

— ¿O sea que hay más personas que saben esto?

Ander dio un suspiro.

— Solo Felipe hasta ahora y te ruego que lo mantengamos así.

— ¿Me ves pinta de chismoso? —Alejandro se señaló a sí mismo.

— No, pero tu hermano es mi manager y sé que hablan sobre mí. Te agradecería que me guardes este secreto. Todavía no estoy listo para que el mundo me juzgue.

—Acabas de decir que no soy amplio de mente, ¿estás seguro de que es el mundo el que te juzga?

Las manos de Alejandro masajearon con suavidad la zona del coxis por encima del enorme tatuaje de mariposa. Había un relieve más profundo allí. Una cicatriz extensa cubierta

por esa belleza. Ander se removió incómodo.

— ¿Duele? —preguntó Alejandro.

— No me gusta que toquen ahí. Eso es todo.

— Este tatuaje está hecho con este fin, ¿verdad? Uno de esos locos te dejó una cicatriz irreparable y no quedó otra opción que cubrirla con esta mariposa.

— No fue nadie del club y no quiero hablar de eso. —Ander cerró la ronda de preguntas que se desataron en la mente de Alejandro.

— De acuerdo. — Alejandro arqueó una ceja. Tenía todo el cuerpo magullado, ¿por qué protestaba cuando tocaba esa vieja herida?

El médico continuó con su trabajo. Por momentos, hablaban del clima o de los partidos que venían. La dieta rigurosa que debía seguir en estos días Ander para bajar de peso. Alejandro intentó por todos los medios no pensar en el dolor que Ander estaba soportando cuando rozaba sus heridas.

— Me gustó lo que dijiste sobre el amor— señaló Ander con los ojos cerrados entretanto masajeaban la cara interna de sus muslos— , es decir no es algo que me vaya a pasar a mí, pero fue lindo. Habla de lo maravillosa que es tu vida con Iván.

Ander abrió los ojos y giró su cabeza hacia donde estaba Alejandro.

— Lo es— confesó el médico— . Cada día agradezco tenerlo, pero, sobre todo, agradezco aprender de nuestros errores porque es la única manera que tenemos de avanzar como pareja y como seres humanos.

— ¿Qué pasa cuando debes cargar con los errores de los demás?

Alejandro escrutó al hombre. Sus dedos hicieron círculos sobre la piel aceitada. Había un borde amargo en esa pregunta.

— Es tu elección, Ander—respondió el médico. El tenista dio una sonrisa socarrona.

— Lo dices como si fuera fácil.

— No lo es— replicó el médico— . Por años cargué con los errores de personas que amaba, pero era una mochila demasiado pesada. Si no la sueltas, tarde o temprano termina rompiéndote.

— ¿Y si ya lo hizo?

— Créeme, la vida nunca tendrá lo suficiente para destruirte a menos que tú lo hagas. No culpes a los demás, Ander. Toma la responsabilidad de tu vida.

— ¿Piensas que eso es lo que quiero cuando voy al club? ¿Huir de mis responsabilidades?

—La verdad es que no sé qué diablos pensar con respecto a eso. Solo me limito a ser un observador externo, y esto—Alejandro bordeó las cicatrices en las nalgas—, me dice que solo buscas destruirte. No te pido que busques el amor en otro, sin embargo, no te olvides del amor más importante que es el que te das a ti mismo.

— Eso es una mentira.

Ander se dio la vuelta en la camilla y se puso boca arriba. Alejandro observó el pezón lastimado por la pinza, las marcas de dientes y quemaduras que de seguro estaban hechas con algún líquido o cera de vela.

— No es una mentira. — Alejandro se mantuvo firme en su idea—. Llegamos solos a este mundo y nos iremos del mismo modo. No nos llevaremos a nadie, lo único que tenemos es a nosotros sin importar cuánto amemos o nos amen alrededor. Nunca te abandones a ti mismo. Te lo dice un hombre que no tenía nada, y solo con una decisión, su vida cambió para siempre.

Los ojos de Ander se llenaron de lágrimas. Sus músculos se tensaron bajo las suaves

manos del médico.

— Ha habido demasiadas decisiones que han cambiado el curso de mi vida y no las tomé yo.

— Pues ahora puedes elegir. Atrévete a mirarte con amor, con el mismo amor que te miramos nosotros. Tú eres el dom de tu vida. Es hora de que tomes las cuerdas, y te liberes. — Alejandro tocó las marcas en las muñecas—. Mira de frente a la vida. Está ahí, no la dejes pasar en esta búsqueda sin sentido.

Ander dejó caer lágrimas que limpió de inmediato.

— Creo que tengo miedo de mirarme de verdad. — Ander estaba abriendo su corazón—. No recuerdo la última vez que lo hice.

— ¿Desde cuándo Ander Kovac tiene miedo?

— Esa es la visión que muchos tienen, los que no me conocen. Piensan que soy una especie de superhéroe o algo así. El más atractivo, famoso, ganador y resulta que solo soy un idiota, el cual, alberga ideas retorcidas acerca del placer.

—¿Te das cuenta de que tengo razón? El principal juez eres tú. Lo que el mundo piense, es cosa del mundo. Te lo dice alguien que ha sufrido la humillación pública y se ha levantado.

Ambos quedaron en silencio una vez más. La crema rozó las laceraciones en el abdomen y Ander dio un quejido.

—Lo lamento—se disculpó el médico—. Te daré unos analgésicos más potentes para que te recuperes y puedas rendir en el entrenamiento. Te pido que no regreses en estos días a ese lugar.

— Lo que ocurrió en el club no volverá a suceder—explicó Ander—. No regresaré.

— Claro que sí, amigo. — El médico le sonrió—. Estás tan acostumbrado a ello, a fingir que no te importa que lo seguirás haciendo. Hasta el día que tengas las pelotas de reconocer lo que eres, el maravilloso ser que hay dentro de ti, continuarás con esta locura.

9 Sorpresa inesperada

Emmanuel odiaba las tardes lluviosas, y peor aun cuando lo llevaban a terminar su entrenamiento antes de lo previsto.

— Buenas tardes, papá.

El tenista cerró la puerta del despacho de su padre en la empresa siderúrgica de la cual eran dueños. El hombre estaba de espaldas, concentrado en el paisaje más allá de los cristales. Había un enorme jardín que bordeaba la empresa. Un jardín gris dada la terrible contaminación que esa compañía producía. Las empresas siderúrgicas eran responsables del veintisiete por ciento de las emisiones de dióxido de carbono a la atmósfera a nivel mundial, y no solo eso. También afectaban grandes fuentes de agua con las descargas ácidas provenientes de la transformación del carbono y el gas natural. Producir acero era sinónimo de contaminación, y los Urich lo sabían.

— Has llegado tarde.

Emmanuel entornó los ojos.

— Hay algo que se llama tráfico. Si viajas a esta hora es posible que...

— Tus chistecitos no me parecen graciosos, ni tampoco apropiados para este momento— replicó el hombre—. Te he convocado para hablar de asuntos de hombres.

Emmanuel dio un suspiro ¿Acaso su padre mantenía relación con otro miembro de la familia que no fuera él? Estaba seguro de que con sus hermanas adolescentes no intercambiaba una palabra, como tampoco con su flamante esposa tan solo tres años mayor que Emmanuel. Borac Emmanuel Urich no se destacaba por tener una comunicación fluida con seres inferiores, y para el infortunio de sus hermanas, las mujeres entraban en ese rango.

«Un fósil nefasto de la época de las cavernas».

Un periodista lo llamó así un par de años atrás. Emmanuel no pudo estar más de acuerdo con el concepto.

— ¿De qué quieres hablar? —preguntó con rabia. El tipo ni siquiera le respondió el saludo.

— De tu relación con Asia Lukova.

Emmanuel frunció el ceño ¿Estaban escuchando bien?

— ¿Qué hay con ello?

El tenista se cruzó de brazos. Esta vez, su padre se giró y decidió observarlo de frente. Le señaló la silla delante del enorme escritorio de roble. Emmanuel arqueó una ceja. Al parecer, esto iba para largo, de lo contrario, su padre no se habría molestado en decirle que se sentara.

Emmanuel accedió y se ubicó en la silla de cuero mientras su padre tomaba asiento en un sillón de terciopelo negro que parecía más bien un trono antiguo. El tenista dejó un par de raquetas y el bolso que llevaba sobre el piso alfombrado beige.

— ¿Cuánto tiempo llevan juntos? —Una pregunta incisiva. Manu chasqueó la lengua y rio.

— Seis meses.

— ¡Emmanuel! — Borac lo reprendió.

— Diez años de idas y vueltas— confesó sin ánimos de adentrarse en su vida privada con

un tipo que solo lo había engendrado, pero que jamás había presenciado, aunque fuera un solo partido de tenis. Su padre no formaba parte de su vida, nunca lo hizo—. No voy a contarte los motivos de nuestras separaciones, si es lo que esperas.

— Eres hijo mío— Borac le recordó—. Claro que conozco los motivos. No sabes mantener tu verga en los pantalones.

Emmanuel se mordió el labio inferior para contener una risotada.

— ¿Para eso me has llamado? ¿Para ver cuál de los dos ha sido más infiel? Créeme, papá, en esto me ganas por mucho. —Dio una risilla. El rictus de su padre era de piedra.

— El motivo de mi llamado ha sido comunicarte que voy a fusionar esta empresa con la siderurgia del padre de Asia.

— ¿Qué?

— No me hagas repetirlo.

El tono de voz cambió, de la misma manera que su semblante. Borac lucía abatido. ¿Cuántas veces lo había visto así? La respuesta era bastante sencilla. Nunca. Emmanuel incluso pensaba que la derrota no era un término que formara parte del diccionario de los Urich.

— ¿Por qué harías eso?

— Los números no nos han acompañado los últimos cinco años. Los conflictos políticos han hecho que muchos de nuestros compradores en Europa Occidental se decidan por otros proveedores.

— ¿Y por eso vas a ponerte de rodillas frente a ese pelele advenedizo?

— Cuida tu lengua. — Su padre le advirtió—. Ese hombre va a salvarnos de la ruina. Estamos a un paso de la convocatoria de acreedores. Dudo que este mes nos alcance para pagar la nómina.

El joven se puso de pie y caminó hacia el ventanal donde antes estuvo observando su padre.

— Esto es una pesadilla— masculló entretanto procesaba la información. Todo aquello que llevaba ignorando desde hacía un lustro— ¿De cuánto dinero estamos hablando? Yo puedo ayudarte.

— Tus millones son migajas al lado de las toneladas de deudas que tenemos— explicó Borac con el fin de cortar la línea de pensamiento de Emmanuel y tirar abajo sus últimas esperanzas—. Óscar tiene compradores sólidos. Sus productos están siendo demandados en varios mercados. Es una empresa en expansión mientras que la nuestra apenas se sostiene.

— Lukov es solo un muerto de hambre.

— En primer lugar, es tu suegro; y, en segundo lugar, era un muerto de hambre. — Borac corrigió—. Sus contactos políticos lo hicieron crecer como a ningún otro empresario. Tenemos suerte de estar vinculados a ellos.

— ¿Suerte? — Emmanuel lanzó con suspicacia—. Una de sus empresas ha firmado contrato publicitario con mi peor enemigo. Dudo que sea una suerte, apenas me tolera.

— Eres el novio de Asia. Lukov no tiene alternativa. Ella te ama, y él te acepta.

Emmanuel se carcajeó histérico.

— ¿Eres tonto? Ella no me ama. Tenemos buena química en la cama, eso es todo. Y quizás yo no sea un santo, pero Asia tampoco es una blanca paloma. Es mi pasatiempo. No es mi novia. No tengo futuro con ella.

— Pues eso tendrá que cambiar.

— ¿Me estás jodiendo? ¿Soy tu moneda de intercambio? ¿Me has visto cara de puta?

— Emmanuel. — Borac levantó la mano para que guardara silencio—, nunca te he

pedido nada.

— ¡Faltaba más si tampoco me has dado nada!

Borac se puso de pie. Se fue sobre su hijo y lo levantó sosteniéndolo de la camiseta.

— Mocoso desagradecido— graznó—. Has ido a los mejores colegios, has tenido a los mejores instructores de tenis. Te das el lujo de decirle muertos de hambres a todos. ¿Crees que eso es gratis?

Se zafó del agarre y le dio un empujón a su padre y cayó sobre el escritorio.

— He sido testigo de cómo te revolcabas con tus secretarias en esta oficina. Te he visto maltratar a mamá hasta que se cansó y, aun así, le seguiste haciendo la vida imposible hasta reducirla a cenizas. Jamás me has mirado como tu hijo. Para ti soy un idiota que juega con raquetas y pelotas. Dime, ¿se me escapa algo? Que quede claro, solo me has dado dinero hasta que empecé a valerme por mí mismo.

— Escúchame bien— advirtió Borac—. Más vale que te portes como un caballero con Asia Lukova, de lo contrario, te colgaré de la verga ¿Estamos de acuerdo?

— ¡Vete a la mierda tú y esta empresa! — exclamó— ¡A mí nadie me dice qué hacer! ¡Nadie!

Emmanuel se arregló la camiseta deportiva. Se acercó a la silla donde había estado sentado y recogió el bolso deportivo del piso, las raquetas y se dirigió rumbo a la puerta.

— Vas a sumir a la familia en la ruina— dijo antes de que Emmanuel saliera—. Puede que yo te valga mierda, pero ¿condenarás a tus pobres hermanas al ostracismo social? ¿De verdad quieres eso? Nos quedaremos sin nada y seremos unos parias para la alta sociedad rusa. Dime, ¿estás dispuesto a pasar por ese escándalo? ¿Vas a permitir que tus hermanas que te idolatran tengan que sufrir de ese modo?

El tenista tensó la mandíbula a un punto que creyó que se rompería. Se volvió hacia su padre. El bastardo siempre hallaba la forma de manipularlo. Era consciente de lo importante que siempre fueron las apariencias y los lujos para su hijo. Era su punto débil, y el de sus hermanas.

— Eres un maldito bastardo que ni siquiera ha podido manejar esta empresa. No es mi problema. —Emmanuel desconocía de dónde sacó la fuerza para negarse al chantaje.

Giró sobre sus talones, tomó la perilla de la puerta y salió del despacho sin mirar atrás. Caminó por el pasillo de la compañía en donde algunos administrativos asentían con su cabeza a modo de saludo. Los ignoró, iba demasiado concentrado en las últimas palabras de su padre. El apellido Urich se tornaría una vergüenza nacional.

Se dirigió al ascensor y el celular vibró en su bolsillo. Lo sacó de inmediato. El mensaje que apareció en la pantalla le trajo una sorpresa inesperada.

Hay buenas noticias.

Define buenas.

Escribió mientras el ascensor lo llevaba a la planta baja de esa mole de cemento.

¿Una pista?

Terciopelo rojo sangre.

Emmanuel frunció el ceño.

*¿De qué carajo
estás hablando?*

*Te veo en una hora en tu departamento
y, no es por alardear,
pero creo que las navidades
se adelantaron para ti.*

10 Terciopelo rojo sangre

No se parecía a él.

Emmanuel observó las fotografías y se imaginó a otro ser humano. No al muchacho con cara de ángel y sonrisa fácil, al cual, le encantaba llevar al punto de ebullición.

¿Qué le pasaba por su mente cuando se sometía a esos juegos? ¿Cuántas veces nos equivocamos al juzgar a una persona solo por su apariencia?

Acarició las fotos ampliadas desperdigadas en la mesa por dos hombres que trabajaban junto a su primo Sasha Kózzlov.

— Apuesto a que te imaginaste muchas cosas, pero esto es otro nivel ¿Qué puedo decirte? Hasta a mí me ha sorprendido y yo no me sorprendo fácil. — Se burló Sasha. Emmanuel se encontraba estático apenas parpadeando— ¿Qué carajo te pasa? Te traje una buena noticia, o, al menos, eso creo ¿Cuál es el problema ahora?

— No lo sé. — confesó sin pensar— .Esto es muy inesperado.

— No entiendo cómo a la prensa se le ha escapado este detalle de la vida del chico dorado. —Sasha observaba las fotos como si estuviera leyendo las noticias matutinas. Se rascó la barbilla casi con aburrimiento.

Emmanuel tragó saliva. Algo ardió en su pecho de manera inexplicable.

Decepción. Irritación ¿Qué sentimiento mordaz y desconocido le atenazó el estómago mientras observaba a su principal rival en el circuito de tenis mundial atado, casi envuelto con un cordón de terciopelo rojo que marcaba sus brazos, pectorales y piernas, y lo inmovilizaba con su culo expuesto?

El dom lo penetraba con entusiasmo, los gestos de Ander eran una mezcla de dolor y placer, pero, sobre todo, del primero. Emmanuel apartó la vista de las fotos. Se removió en el asiento y fue preso del terror cuando notó que su pene se estaba endureciendo.

«Eres un monstruo».

¿Qué carajo le estaba pasando? ¿Qué despertaron en él las fotos descarnadas y violentas de su rival?

Sasha se sentó del lado derecho en la enorme mesa de vidrio. Cruzó su pierna y le sonrió.

— Me encantaría ver la cara de esa princesa cuando le muestres esta obra de arte.

— ¿De qué obra de arte me hablas? ¡Esto es pornográfico! — señaló con desprecio Emmanuel.

— Sí, es porno del duro. Como sea, para mí es muy artístico. —Sasha volvió a burlarse y Emmanuel se rio, con más compromiso que convicción. La situación no le produjo ni una pizca de gracia.

— ¿Cómo conseguiste estas fotos? —Quiso saber Emmanuel.

— Hemos seguido a la linda mariposa varios días. — Sasha rozó con su dedo medio la foto en donde se visualizaba a la perfección la enorme mariposa azulada en el coxis de Ander— . No es para nada cauto. Supongo que, después de tanto tiempo, subestima la inteligencia y la perspicacia, o está muy seguro de que nadie dudaría de su fachada de chico bueno.

Emmanuel sintió un escalofrío que recorrió su espalda.

— ¿De cuánto tiempo hablamos?

— Según mi investigación, cinco años. Tenía solo dieciocho cuando ingresó en este mundo. Su contacto se llama Radil. Otro loquito que trabaja allí desde esa edad aproximadamente. Es el protegido de uno de los dueños.

Emmanuel volvió a posar su vista en esas fotos que lo llamaban. En esas imágenes que lo enojaban, lo excitaban, lo enloquecían y desataban su ira de nuevo. Era una atracción tan potente, tan férrea. Se sentía como un adicto con su primera dosis. Emmanuel nunca se había drogado, pero se imaginó la sensación y la hizo carne en cada tramo de su cuerpo. Una necesidad imperiosa de volver a su fuente de deseo. Un anhelo prohibido y retorcido.

«Cállate de una maldita vez».

Su cabeza conjeturaba, lo hizo crear escenarios. Lugares, paisajes en donde él y su adversario se encontraban. Emmanuel tuvo miedo. Su pecho se encendió frente a la respuesta honesta de su mente.

«Te gusta».

Podía negarlo una y otra vez. La reacción de su cuerpo era una burla a todo su autocontrol.

¿Cuál era la diferencia entre ese hombre atado y sodomizado con el muchacho con el que se desvivía en la cancha?

Nunca había sentido cosas por Ander.

«Mentiroso».

Su cabeza lo golpeó frente a la dura realidad. Emmanuel lo había visto bonito. Sabía por qué le llovían contratos publicitarios y a él no.

«Una belleza».

Más de una vez se encontró pensando en Ander de esa manera.

— El lugar se llama Hypnos, tal y como me indicaste — Sasha lo trajo de nuevo a la realidad explicando el sitio donde había obtenido el material—. Es un antro mugriento a las afueras de Moscú, al menos, eso es a simple vista, pero como sabemos, las apariencias engañan ¡Y vaya que sí!

Sasha dio una risilla burlona. Sus dedos tamborileaban sobre una de las fotografías.

— Por supuesto— asintió Emmanuel—. Nadie que te vea a ti pensaría que eres un psicópata.

Sasha comenzó a reír.

— ¿De verdad crees que vas a ofenderme con eso? — Sasha acercó la foto donde el rostro de Ander estaba en primera plana. Un hilo de sangre recorría su barbilla producto de un golpe o de un tirón sobre el labio inferior— ¿Qué vas a hacer con esto? ¿Lo llamarás ahora?

Emmanuel estaba atado a las imágenes de una manera más feroz que el propio Ander. Estaba concentrado en el cordón rojo sangre que bordeaba sus pectorales y acompañaba a un par de pinzas sobre pezones del mismo color.

— Como te comenté, esto es inesperado. No puedo llamarlo ahora, no así. Debo pensar las cosas.

— ¿Me estás diciendo que no tienes un plan? ¿Para qué carajo querías esto?

— ¿Piensas que sabía que te ibas a encontrar con esta mina de oro? ¡Imbécil!

— Emmanuel, me decepcionas. Sabes que soy el mejor en esto y el que busca encuentra, sin excepción.

Emmanuel se mordió el labio inferior sin entrar en discusión. Sasha lo provocó un poco más. Asió una de las fotos, aquella en donde tenía una panorámica total del bello cuerpo de Ander.

— Imagínate que lo tienes así. Atado de pies y manos porque esa es la realidad, amigo. Simbólicamente hablando, este maldito es tuyo. Puedes hacer lo que te plazca con él. Al menos esa es mi idea, y, antes de que recrimines, sí, es bastante retorcida como mi cabecita.

Arqueó una ceja ante la ironía de Sasha.

— Creo que aquí Ander es tan retorcido como nosotros.

Sasha le dio una sonrisa ladeada.

—Nadie es tan inocente como para no merecer la muerte y nadie es tan débil como para no soportar un poco de dolor.—Sasha esgrimió con una sonrisa malévola—. Nunca subestimes a las personas por su apariencia. Primera regla que aprendes.

—Tu eres como esos tipos, ¿verdad? —preguntó con miedo—. Tú serías capaz de infligir dolor.

La carcajada estruendosa de Sasha resonó en la sala del lujoso apartamento. No era casualidad que a su primo lo llamaran «el Reptil». Se adaptaba a todo. Era una especie de máquina que se dedicaba a hacer todo tipo de trabajo sin contemplaciones. Esto solo era un divertimento.

—No creo que tu cabecita esté preparada para conocer mi idea de la muerte y el dolor. Como sea—Sasha continuó con su línea de razonamiento—, tienes en tus manos a este imbécil, por favor, solo haz que mi trabajo haya valido la pena.

—Sabes que lo haré. —Emmanuel se recompuso. No podía mostrar debilidad frente a Sasha—. La linda mariposa, como tú la llamas, pronto va a quemarse. Yo seré el responsable de su incendio.

—No hay nada que atemorice más a un hombre con poder que la caída pública—aseguró Sasha.

—¿Lo dices por experiencia? —preguntó y la sonrisa maliciosa de Sasha se tornó en un gesto agrio.

—Fíjate muy bien con quién bromeas, primito.

—Guarda tus amenazas de matón. A mí no me asustas.

—Pues deberías. —Sasha se puso de pie—. Porque yo no amenazo.

Emmanuel le dio una sonrisa de labios cerrados.

—Gracias por tus servicios. El dinero ya está depositado en tu cuenta.

Sasha tensó la mandíbula y asintió. Golpeó la espalda de Emmanuel quien continuaba sentado en la cabecera de la mesa.

—Cuídate primo, espero con ansias ver arder a ese bastardo.

—Pronto, Sasha. Lo prometo.

11 Revelaciones

**Abierto de Tokio, Japón.
Dos semanas después.**

—Felipe está jugando bien.

—Sí, es bueno, pero tú eres mejor. Sorpréndelo en este set y estarás en la final.

Kale le hablaba a Ander mientras este se secaba el sudor y aguantaba el calor insoportable del verano nipón. Ingirió dos tragos de agua antes de que su entrenador le quitara la botella.

—Suficiente. Ve y gana este partido. Te quiero en la final.

—¿Es una orden?

—¿Te gusta que te de ordenes? Sí es así, tómallo como una orden—masculló Kale y se alejó del banco de descanso. Del otro extremo, Mirás terminaba de darle las indicaciones a Felipe Becerra, el mejor amigo de Ander.

«Si supieras».

Ander contuvo el comentario mordaz que su entrenador jamás entendería. El jugador se puso de pie y se dirigió al final de la cancha. Tenía el servicio. Felipe desde el extremo opuesto se secaba el sudor. Una milésima de segundo le bastó a un hombre que conocía a su rival como la palma de su mano para saber que este partido ya estaba definido. Felipe se tocó el hombro derecho, y lo movió hacia arriba y hacia abajo.

Ander dio un suspiro, lanzó la bola flúor hacia arriba y golpeó con toda la potencia de su brazo. Fue implacable como era su costumbre. Felipe logró recibir y devolver el saque hacia su lado de la red. Ander corrió hacia adelante para reducir espacios. Felipe acompañó la acción. Ander saltó y golpeó la pelota con potencia, la cual, fue hacia el lado derecho. Su amigo corrió y se lanzó sobre el piso sintético azul celeste y levantó la bola que estaba a centímetros de tocar el suelo.

La audiencia gritó y aplaudió. Ander tomó carrera y recibió la bola. A diferencia de Felipe la devolución fue con una suavidad tal que apenas pasó la red y cayó del lado de Felipe.

«Match point».

Solo un poco de calor, y el juego terminaría.

—Muy hecho, amigo. —Kale saludó a su muchacho y lo abrazó—. Te luciste. El pobre Felipe todavía no sabe que lo golpeó.

—Tenía problemas en su hombro—dijo Ander a modo de contrarrestar los halagos que entendía no merecer.

—¿De qué hablas? Todavía no han dicho nada.

—Lo harán—agregó Ander—. Por lo que los halagos son inmerecidos.

Kale le sonrió, y le tocó la rubia cabellera.

—De todos modos, fue un gran partido. Emmanuel ha tenido que jugar cinco sets para

ganar hoy. Cinco horas de juego. Llegas con ventaja.

—Es Emmanuel, Kale.

—Es un idiota que jode con tu mente. No se lo permitas.

Ander entornó los ojos. Si eso fuera fácil, ya lo habría hecho. El hombre observó a su amigo Felipe que estaba con Carlos Ferrari, mánager de ambos. Sonrió y fue hacia ellos.

—Jugaste bien. Estoy orgulloso de ti.

Carlos Ferrari era un hombre un par de años mayor que Ander y Emmanuel. Era simple y encantador, es así como todas las personas que lo conocían lo catalogaban, excepto los malditos envidiosos que no se cansaban de despotricar por su relación con el campeón mundial de Kickboxing Gabriel Petrov.

Ander dio pasos hacia ellos en medio del tumulto luego de la premiación. Felipe tenía los ojos enrojecidos. Había estado llorando.

—Hola amigo. —Ander saludó a Felipe y este lo abrazó, de inmediato sintió la protuberancia en el hombro—¿Estás bien?

—Un desgarró—confesó Felipe—. El equipo ya me revisó. Debo descansar un par de semanas y todo volverá a la normalidad.

—Bien hecho, campeón. —Carlos abrazó a Ander. El hombre siempre pasaba a saludar al perdedor primero, dado que suponía que necesitaba más apoyo moral que alguien que se había quedado con el partido.

—Gracias. —Ander devolvió el gesto. Su cuerpo era muy delgado—. De todos modos, aun no gano.

Felipe entornó los ojos.

—Siempre el mismo idiota.

—Si ya me conoces, ¿para qué críticas?

—De todos modos, este torneo ya tiene tu nombre—aseguró Carlos—. Emmanuel apenas salió caminando del partido. Su rival era una bestia.

—No he visto el partido aun—señaló Ander mientras esperaban por la conferencia de prensa—¿Ha sido muy duro?

—Hazme caso, Vincent Castel es el próximo número uno del tenis—afirmó Carlos y los muchachos le dieron una mirada de reprensión—. Lo lamento, en serio, pero ustedes no han visto lo que yo vi. Es excepcional ¡Y solo tiene diecisiete años!

—Me encantaría ver a Emmanuel en este momento. —Ander se rio.

—Lo harás mañana—aseguró Carlos—, y disfrutarás este triunfo. No hay humano que se recupere de un partido de casi cinco horas.

Ander sonrió. Los organizadores de la conferencia de prensa le indicaron a Felipe que podía pasar. Carlos esperó al lado de Ander.

—¿Qué sucede hombre?

—¿Por qué lo preguntas?

—No lo sé—señaló Carlos—. Llámame loco, pero te noto extraño. Si no te conociera, diría que estás preocupado.

—Nada. —Ander chasqueó la lengua—. Tengo un mal presentimiento del partido de mañana. Eso es todo.

—Deja de pensar tonterías. —Carlos lo alentó—. El chico dorado será el campeón del Abierto de Tokio. Esto será así o dejo de llamarme Carlos Ferrari.

El hombre rio bajito ante tremenda afirmación de un hombre que siempre se comportaba en un tono de amor y paz, pero se trataba de Emmanuel, y tenía la capacidad de llevar al borde

incluso al Dalai Lama.

Ander dio un suspiro e intentó calmarse. Cada célula de su cuerpo se negaba a hacerlo. Como si oliera el peligro, como si Emmanuel Urich fuera capaz de cualquier cosa.

Ander le dio una sonrisa a esa idea. Por supuesto que lo era.

Su celular vibró en el bolsillo derecho de su pantalón blanco. Lo ignoró las primeras tres veces, pero la insistencia fue demasiada, así que se rindió.

Ander una vez se había bañado en un lago en Siberia con el fin de fortalecer sus músculos, la presión sanguínea y el corazón. El resultado casi lo llevó a la muerte. El tenista pensó en aquel momento que su corazón se detendría, pero no ocurrió. Ese episodio solo había sido de cuarenta segundos. Tiempo suficiente para que pensara dos veces antes de volver a cometer esa locura.

La comparación con el sentimiento que lo invadió allí, en ese momento, en medio de una conferencia de prensa con más de trescientos periodistas, ni siquiera les hizo mella a las aguas de aquel lago.

No era la imagen más osada. En ella solo podía observarse en detalle su rostro, las marcas en su cuello por el cordón rojo de terciopelo y el labio partido del cual se desprendía un hilo de sangre.

Esto sí que es una revelación, mariposita.

Ander respiró agitado, a punto de hiperventilar. Escondió la pantalla del celular en su pecho y observó a su alrededor. Estaba por subir a dar una conferencia.

¿Qué carajo quieres de mí?

Sus dedos trémulos teclearon sintiendo que moría en ese instante. De todos los bastardos, ahora estaba en manos del rey.

Nada por ahora, mariposa. Arreglaremos esto cuando regresemos a Moscú.

Después de todo, tenemos una final que disputar mañana, ¿no crees?

Ander percibió que el llanto se acumulaba en sus ojos y en su garganta. Quería gritar, golpear a alguien. Mandar a la mierda al puto mundo.

«El mundo no tiene la culpa de tus secretos».

—¿Estás bien? —Carlos que había volteado a verlo, se acercó para calmarlo—¿Quieres que detengamos la conferencia?

—¡No! —masculló y controló el ataque de ira que amenazaba con salir a la superficie y desatar un terremoto de grado veinte en la escala de Richter.

Apenas podía mantenerse en pie. Los latidos de su corazón eran un tambor monocorde que golpeteaba en su cabeza sin freno.

Se dice que una imagen vale más que mil palabras. En el caso de Ander, una mísera imagen cambiaría el curso de su vida para siempre.

12 Perverso

—Vaya, al parecer habrá una tormenta torrencial. Afortunadamente el estadio es cubierto.

—Podrías callarte. No te estoy preguntando del clima, ni de nada que se le parezca. No me interesa lo que tengas que decir. Guárdate tus opiniones donde no te da el sol.

—Ander, ¿estás de malas hoy? ¿Qué pasa mariposita? ¿Hemos recibido malas noticias?

—Vuelve a llamarme así y te desangro.

—Cuidado, de todas las cosas que podríamos hacer, esa justamente no es la que tengo en mente.

—¿Entonces qué mierda quieres? ¿Torturarme?

—Un poco, y no de la manera en que a ti te gusta.

Eran las tres de la tarde cuando Emmanuel Urich hizo el primer saque del partido. La acalorada conversación que mantuvieron en el momento en que ingresaron al estadio resonaba como un eco en los oídos de Ander.

¿Qué carajo pensaba hacer con las fotografías? ¿Qué iba a pedirle a cambio? ¿Qué tenía de valor para que Emmanuel desistiera de mostrar aquellas imágenes promiscuas e impúdicas al mundo?

Los aplausos que bajaron de las gradas hicieron a Ander dar un aterrizaje mental estrepitoso. Había perdido un punto y ni siquiera fue consciente de ello.

—¿Es lo mejor que tienes? —Emmanuel gritó desde el extremo opuesto de la cancha.

Ander apretó los dientes y controló el impulso de mandarlo a la mierda. Emmanuel no le pidió que le cediera el partido ¡No fue necesario! El barullo mental era tal que el ucraniano apenas podía hilvanar dos pensamientos. Su mente era una nebulosa de gas letal que intoxicaba sus neuronas asfixiándolas.

«¿Qué hago?»

Había pasado incontables horas preguntando lo mismo, y la respuesta siempre era la misma. Nada.

Ander estaba a merced de ese hombre, y sin importar lo que tramara, no había nada que hacer al respecto. Su destino estuvo sellado desde el momento en que decidió regresar a Hypnos cuando se juró a sí mismo no volver a poner un pie ahí tan solo un mes antes.

Perdió seis a cero en dos sets corridos. El partido duró solo una hora y quince minutos en donde Emmanuel barrió con él. Ander no tenía espíritu para correr hacia una pelota. Carecía de fuerzas para reducir espacios, ir hacia la red y arrebatarse puntos. Estaba desarmado. Era un pobre pingüinito frente a una morsa de dos metros que solo esperaba clavarle sus colmillos. El frío congeló su alma, y cientos de futurizaciones catastróficas invadieron su mente.

¿Le pediría que abandonara el tenis?

«Idiota».

Ander sacudió la cabeza. Era imposible que Emmanuel hiciera eso. No era una amenaza para su primer puesto ¡Nunca lo había sido!

—Hombre, ¿qué sucedió? —Felipe indagó una vez que estuvieron en el vestuario. No había tenido posibilidad de hablar con él la noche previa al partido.

—Pasa que quiero morirme. Eso es lo que sucede.

—¿Qué? —preguntó Felipe. Ander cubrió su rostro con la toalla y descargó su dolor en un profundo y amargo llanto. Felipe le sostuvo las manos para que descubriera su rostro—. Me estás asustando, ¿qué carajo te pasa?

—Emmanuel lo sabe—confesó entre lágrimas—. Conoce mi secreto.

Felipe cerró los ojos y se estremeció. Dios, era la peor de las noticias.

—¿Cómo ha sucedido? —indagó nervioso por el terrible estado emocional de su amigo— ¿Quién le ha contado?

—No tengo ni idea cómo lo descubrió—balbuceó—, pero me hizo llegar una de las imágenes ayer antes de la conferencia de prensa.

—Por eso no sabías dónde mierda estabas parado. —Felipe entendió todo lo sucedido.

Ander apenas había sido capaz de responder las preguntas de los periodistas, y después de eso, no quiso hablar con Carlos y tampoco con él.

—Tengo miedo—confesó hundido en la tristeza—. Emmanuel es un hijo de puta.

Felipe se puso de cuclillas y apoyó sus manos en las rodillas de su amigo.

—Mírame, Ander. —El muchacho acató la orden—¿Lo vas a dejar ganar tan fácilmente?

—¿No entiendes que ya ganó? —dijo entre risas y lágrimas.

—Claro que no. —Felipe le golpeó las rodillas—. Puedes alegar que solo son un montaje. No hay más testigos. Nadie apoyará su versión.

—¿No lo conoces acaso? ¿Piensas que todos esos detalles se le han pasado por alto? ¡Ese bastardo tiene una precisión milimétrica a la hora de planificar! ¡Nada se sale de su eje!

—Entonces te tocará negociar con lo que sea—agregó Felipe—, pero él no puede darse el gusto de verte destruido como estás ahora.

—Felipe.

—Levanta la cabeza—ordenó—. Tú siempre has estado conmigo, siempre me has cuidado, bueno, ahora es mi turno de ser tu sostén. No estás solo, Ander. Yo jamás te abandonaré, sin importar que el mundo se caiga a pedazos.

Ander se limpió el rostro. Sus ojos estaban rojos e hinchados, sus párpados inflamados por el llanto de hacía varias horas.

—No quiero defraudar a las personas que amo.

—No lo harás—aseguró Felipe—. Yo te amo muchísimo. Mi hermana también, Carlos, Alejandro y un montón de personas te amamos. Pase lo que pase, seguiremos aquí. Ahora limpia esa cara y ve a esa premiación. No le des el gozo de tu derrota.

Ander sonrió y le tocó la punta de la nariz respingada de Felipe.

—A veces hasta piensas, *garoto*.

—Vete al carajo. —Felipe se levantó—. Ahora prepárate. Hay una función en la que debes participar.

Ander cerró los ojos y suspiró con fastidio.

—Es increíble que ahora deba escuchar su discurso de victoria.

—Es simple, amigo. No lo escuches. Has estado viajando fuera del planeta desde que esa foto llegó a tus manos. Sigue haciendo lo mismo.

—Muchas veces para ser héroe, debes ser un poco villano. Creo que he aprendido a jugar

estos roles de una manera ordenada y nadie se da cuenta cuando soy uno o dejo de serlo. Me gusta el tenis, lo considero la razón de vivir. Es lo primero que pienso cuando me levanto y el último cuando me acuesto. Es la fuente de todas mis alegrías. Me ha dado algunos amigos, pero, sobre todo, grandes enemigos. Como el hombre que tengo aquí a mi lado.

»No hay nada más excitante que el gozo de la victoria. Me ayuda a entender los motivos por los cuales estoy en este mundo. Es mi fuente de orgullo. Me ha enseñado que no puedo ser sumiso, y que nací para ser dominador. Me ha revelado mi grandeza, y el deseo de crecer cada día.

«Muy ingenioso, bastardo. Muy ingenioso».

Ander aplaudió junto con el público el discurso de su rival. Si las personas que estaban allí con una sonrisa en su rostro supieran las verdaderas connotaciones de dominador y sumiso, sin duda, no estarían tan felices.

Emmanuel pasó a su lado y le dio un guiño de ojos. Ander contuvo sus puños que querían hacer un aterrizaje de emergencia sobre el bonito rostro de ese bastardo.

Ander sonrió y levantó ambas manos para saludar al público. Su discurso había sido el más corto de la historia. No tenía motivos para estar feliz, ni tampoco para elogiar a su rival que usó un truco sucio y perverso.

Las cartas estaban echadas. Ahora solo restaba regresar a Rusia, y que la vida le mostrara su verdadero destino.

13 ¿Qué esperas de nosotros?

Moscú, Rusia.

Dos días después.

El aroma a carne asada e hierbas impregnaba el amplio comedor que no tenía nada que envidiarles a los antiguos zares. Ander jugaba con las arvejas que decoraban el elegante plato. Su padre estaba en la cabecera y su madre frente a él.

—Hijo, apenas has probado bocado ¿Te encuentras bien?

—Sí, mamá.—Ander le dio una sonrisa nerviosa a la mujer—. Solo estoy un poco cansado.

No fue una de sus mejores excusas, pero desde que retornó de Japón, Ander carecía de una mente pensante. No había recibido noticias de Emmanuel, y eso lo ponía todavía más ansioso ¿Qué juego quería inventar? ¿Por qué no iba al grano y dejaba de complicarle la vida?

Estuvo a punto de reír con la última pregunta que su mente hacía. A Emmanuel le encantaba joderle la vida, y ahora tenía un gran motivo para hacerlo. Ander fue consciente de que su rival poseía la inteligencia suficiente para mantenerlo en vilo el tiempo que él deseara. A Ander solo le quedaba esperar por el próximo paso.

Su padre se limpió la boca y volvió a poner la servilleta sobre su falda.

—Estuviste algo flojo en la final—reprendió—. Después de tu brillante actuación en las semifinales esperábamos más de ti.

No era sencillo ser el orgullo de esos dos seres. Implicaba más esfuerzo y sacrificio que el de cualquier mortal. Ander odiaba el peso de la mirada severa de su padre que se asemejó a un elefante recostado sobre su espalda.

—Sabes que te queremos—Su madre agregó—, sin embargo, es difícil ignorar este hecho. Has entrenado tan duro hijo, ¿por qué dejaste pasar la oportunidad de traerte ese trofeo?

—¿Se han puesto a pensar que, a lo mejor, Emmanuel también tiene un poco de crédito en su propio triunfo? Digo, por la forma en que hablan asumen que jugaba solo.

Ander trató de defenderse de la mejor manera que pudo sin ofender sus sentimientos.

—Estabas frente a un hombre que había jugado cinco horas el día antes para clasificar a la final. Era tu oportunidad, Ander.

—Papá.

—Urich es muy bueno, pero no es mejor que tú—afirmó Saphir—. Solo me resta concluir que, para ti, esto era un mero divertimento. Fue así como te lo tomaste.

Ander presionó el tenedor en su mano con todas las fuerzas. Comenzó a doblarlo.

—De todos modos, imagino que no estás aquí para hablar de tenis, si no para pasar un momento con nosotros, y te lo agradecemos, cariño. —Fue su madre y sus débiles intentos conciliadores los que calmaron el tsunami verborrágico que estaba por salir de su boca.

—Tienen una linda manera de demostrarlo, mamá.

—No le hables así a tu madre.

—¿Así cómo? ¿Con la verdad?

—Cuida tu tono—señaló su madre—. Sabes que estamos aquí para ser tu sostén.

Ander frunció el ceño y luego se carcajeó. Se rio tan fuerte que nadie en esa mansión fue ajeno a su ataque de risa. Las lágrimas brotaron de sus ojos, fue incontrolable. Sus padres lo observaron escandalizados. Como si ese sonido fuera desconocido.

Ander se limpió las lágrimas. La cara de su padre era de piedra.

—Vaya, esa estuvo buena, mamá. Y yo que pensaba que ninguno de los dos tenía sentido del humor.

—Te desconozco. —Su padre destacó—¿Has venido a burlarte de nosotros?

—No—replicó harto de los cuestionamientos—, he venido a compartir una maldita cena porque hace dos meses que no los veo.

—¡Tu lenguaje! —Saphir golpeó la mesa. Las copas y los platos tintinearón—¿Dónde te has criado acaso? ¿En un establo?

—Bien, fue suficiente. —Ander se puso de pie cansado de la parafernalia—. Se supone que son mi familia, y a veces actúan como un par de desconocidos.

—Ander, ¿qué esperas que hagamos?

La pregunta fue un flechazo mortal en su estado anímico. Su madre lo observó sin entender lo que su hijo necesitaba. Como si Ander fuese una especie de anomalía indescifrable.

—Nada, mamá ¿Qué podrías hacer?

—No te atrevas a marcharte y dejarnos solos en la mesa.

Ander observó a ese hombre poderoso sentado en el cabecero con su traje gris de tres piezas impecable. Siempre se sintió como un extraño en la familia, a pesar de que, a veces, le decían que era su orgullo ¿De qué le valía eso?

—Nos vemos.

Y sin decir una palabra más se marchó de la mansión, dejando a sus padres sumidos en un profundo silencio.

Ander asió el abrigo oscuro y se lo colocó sobre su traje. Ese anticuado disfraz que odiaba y que solo usaba cuando visitaba a su familia. Caminó hacia afuera de la mansión y descendió por las escalinatas de cemento. El frío penetró en su alma. Sus ojos fueron hacia el cielo. La noche albergaba miles de estrellas y un inmenso disco plateado que lo iluminaba más allá de las tenues luces artificiales.

Ander ya no solo sentía que le había fallado a sus padres, sino también a sí mismo.

El celular vibró en el bolsillo y Ander cerró los ojos. Llevaba dos días en que cada mensaje que recibía lo llenaba de ansiedad incluso antes de mirarlo.

Te espero esta noche en Hypnos. Digo, si tienes los cojones de aparecer por allí.

Genial, era la frutilla del postre para coronar una noche gloriosa.

14 Acuerdos y lujuria

«Te espero esta noche en Hypnos. Digo, si tienes los cojones de aparecer por allí».

Cerré los ojos después de estacionar mi deportivo frente al antro oscuro de mala muerte de las afueras de Moscú en donde el hombre al que más odiaba en el planeta me había «invitado».

¿Por qué carajos vine? En términos generales, era un hombre de veintitrés años muy racional. Mis padres siempre lo habían dicho, era su orgullo. Asumí que por eso siempre me exigían y llevaban al límite.

¿Qué pensarían si supieran el lugar que frecuentaba? ¿Qué dirían si supieran que he estado aquí varias veces en busca de un polvo furtivo?

Mi cabeza regresó al instante en que recibí los mensajes de ese imbécil que se creía inteligente.

«Si quieres las fotos, deberás venir por ellas. Conoces el lugar, dudo que te cueste llegar».

El corazón me tamborileaba en el pecho, masajeeé la zona con fuerza porque en cualquier momento sufriría un infarto. Me observé a mí mismo en el espejo retrovisor del Bentley y di un suspiro. Iría allí y le quitaría las fotografías al hijo de puta y saldría. ¿Cuánto tiempo podría llevar eso? ¿Quince minutos? ¿Veinte?

Me rasqué mi rubia cabellera enmarañada, humedecí mis labios resecos. Tenía sed, la adrenalina provocó que mi garganta escociera.

Mi celular sonó y estuve a punto de dar un grito. Lo sujeté entre mis manos, el nombre que apareció en la pantalla me hizo palidecer.

«No ahora, por favor».

—¿Charly?

—Ander—dijo mi representante del otro lado de la línea—, ¿interrumpo algo?

—No, tranquilo.—Mi voz tembló, odiaba mentirle a la gente que quería—. ¿Necesitas algo?

—Vlad me ha pedido que revisemos el contrato con Dior para mañana, ¿te viene bien a las ocho?

—Sí, seguro—pronuncié en tono seco. Quería terminar la conversación.

—¿Estás bien?

—Mejor que nunca.—Apreté los dientes, No debería comportarme irónico con una persona que me quería tanto— ¿Por qué?

—Ander.—La voz de Carlos sonó calma y comprensiva—. Sé que estás enojado por lo sucedido en la conferencia de prensa, pero no debes entrar en su juego. Tú sabes cómo es Emmanuel. Le gusta llamar la atención, adora que le enzarcen el ego. No permitas que juegue con tu mente.

Comencé a reír. Una risa desquiciada burbujeó desde lo profundo de mi pecho y emergió.

—Emmanuel no juega con mi mente—agregué enojado—. El bastardo se las ha ingeniado para quedarse a vivir ahí todo el tiempo. No puedo quitármelo de la cabeza ¡No me deja!

—Ander...

—Estoy en la puerta de Hypnos.—Lancé sin ánimos de continuar un juego con una de las personas más sinceras que conozco.

—¿En dónde?—Me lo imaginé batiendo sus pestañas y frunciendo el ceño sin entender una mierda.

—Tiene fotografías mías, Carlos—pronuncié con un dolor inmenso—. No puedo permitir que se salga con la suya.

—Ander, ¿de qué clase de fotos hablamos?

—¿Necesitas un dibujo?—A veces me parecía tan graciosa la inocencia de Carlos.

—Mierda.

Me tenía. Los miedos y la culpa estaban retratadas en esas imágenes que nada tenían que ver con la pureza que emanaba de mi físico y de mis expresiones angelicales.

Me sentía una zorra. Actuaba como tal, Hypnos era el único lugar que me conocía en plenitud, donde dejaba que mi esencia hablara.

—Sea lo que sea, vamos a solucionarlo.

—No puedes—repliqué con tristeza—. Nadie puede. Es un problema mío, debo solucionarlo yo.

—Ander, confía en mí—agregó Carlos desesperado—. Soy tu amigo.

—Lo sé—Mi voz se entrecortó—. Eres el mejor junto con Felipe, sabes que los quiero y les agradezco que estén conmigo, pero...

—¿Eres gay?—El silencio absurdo y monótono de la línea dejó al desnudo el vacío al que no quería buscarle respuesta porque no tenía ganas de mirar debajo del tapete.

—No se trata de eso.

—¿Entonces?

Abrí la boca y la cerré varias veces ¿Cómo explicar lo que me sucedía?

—Me gusta el dolor—confesé mientras miraba el reloj—. Me siento uno cuando el dolor y el placer convergen. Solo allí encuentro paz.

—No entiendo.—Me puso contento de que no lo hiciera.

—No importa, Carlos. Nos vemos mañana.

Corté la comunicación y apagué mi celular. Miré la fachada del sitio y me arreglé la chaqueta. No había vuelto allí desde hacía dos meses. Me prometí a mí mismo dejar de hacerlo cuando quedé en colapso bañado en sangre. Lo había disfrutado, había gozado cada azote, cada embiste. Cada toque mortal de enfermos igual que yo. Me vine esa noche, mientras desafiaba mi umbral del dolor.

Avancé hacia el sitio, caminé a paso firme y me coloqué la capucha de mi chaqueta color azul marino. Llevaba unos jeans gastados de color negro y una camiseta de algodón que se adhería a mi cuerpo en tono blanco.

—Tiempo sin verte, Kovac—dijo uno de los guardias que me recibió con una gran sonrisa.

Podría renunciar a esto, ser una persona normal y amar de manera normal. Estaba en control de mis instintos, aquel antro no era una droga a la cual era adicto. No, eso había terminado.

«¿A quién quieres engañar?».

Ingresé al sitio y las luces moradas y rojizas cubrieron cada espacio. Las personas deambulaban de un sitio a otro. Nadie visualizaba plenamente sus rostros, sin embargo, mi cabellera y mis rasgos eran algo que nunca pasaba desapercibido.

Mis ojos grises escudaron cada espacio, desde el largo pasillo que conducía a una pista central frente a un escenario, hasta las escaleras que conducían al piso en donde sucedía la verdadera acción. Lo que generaba ganancias. Esa parte desconocida, la que a muchos dejaría en shock, la que a mí me enloquecía.

Emmanuel no iba a aventurarse tanto, por lo que supuse que este merodeaba la pista entre los murmullos y las personas que se balanceaban en una danza cargada de sensualidad. Atravesé la pista y esquivé a los hombres y mujeres que me manosearon. Empujé a uno que quiso aprisionarme contra su cuerpo y continué hasta llegar a la barra.

Pedí una botella de vodka. El barman me sonrió y me giré hacia la pista en busca de mi fuente de tortura. Era una ironía cruda y letal. Amaba todo tipo de tortura, excepto la que este idiota estaba infligiéndome.

Emmanuel era mi enemigo declarado número uno, ambos lo habíamos dejado claro más de una vez en cada micrófono que se nos cruzaba, pero pensé que la rivalidad solo quedaría en lo deportivo. Que se limitaría a la competencia por el número uno del tenis mundial. Gran error.

Emmanuel era una víbora en todo sentido, y eso incluía su inmensa habilidad para tergiversar las cosas y siempre ponerlas a su favor. Nadie conocía su verdadera cara, nadie excepto el hombre que lo sufría en las canchas y fuera de ellas. Ya no había máscaras que recubrieran la personalidad de cada uno. Éramos luces y sombras.

La hora pasó en un abrir y cerrar de ojos, Emmanuel no aparecía. Miré el celular y las doscientas llamadas perdidas de Carlos. Era inútil. Debía marcharme de ahí porque Emmanuel no iba a aparecer, y mucho menos me entregaría las fotografías.

—Ander.

La figura rubia ubicada a mi lado me dejó perplejo. Mierda, ¿era lo que faltaba!

—¿Carlos? ¿Qué carajo haces aquí?

—¿Qué parece? ¡Me preocupaste!—Carlos levantó los brazos—¿Cómo vas a apagar el celular?

Observé que a unos metros más allá se encontraba Gabriel, quien se sentó en uno de los taburetes. No tenían pensado irse pronto al parecer.

—¡Váyanse! —pronuncié en un intento de alejarlos y de evitar más público cerca de mí —. Voy a encontrarme con Emmanuel.

Charly tragó saliva, se cruzó de brazos y dio un suspiro.

—¿Las fotos que ese idiota tiene son peores que las de Gabriel y las mías?

—Ustedes son una versión de «Los ositos cariñosos» al lado de lo que Emmanuel tiene.

Los ojos de Carlos se abrieron con estupor. Creo que todo el mundo pondría esa cara si supiera lo que escondo.

—Ander, ¿por qué haces esto?

—No lo entenderías—dije con dolor—, ninguno de ustedes. Déjame arreglar esto, ¿sí?

Carlos asintió, había visto mi mirada de derrota tantas veces. Ese pozo sin fondo en donde jamás dejas de caer. Puso la mano sobre mi hombro y frené las enormes ganas de abrazarlo y sacarlo de allí.

—Estaré cerca.

—¿A Gabriel le gusta andar de niñera?

—No—Carlos sonrió—, pero hará ese sacrificio por mí.

Era la una de la mañana y llevaba una segunda botella de vodka a la mitad ¿Estaba mareado? Por supuesto. Dudé incluso de mi capacidad para levantar el culo de mi silla, pero

tenía que ser paciente. Tenía que morderme la lengua y esperar a que mi «querido» amigo Emmanuel apareciera.

—¿Miren a quién tenemos aquí?

Puse mis ojos en blanco y dejé el vaso en la barra para enfocarme en el hijo de puta que estaba a punto de asesinar, sin importar que pasara el resto de mi vida en la cárcel. Retorcerle el cuello valdría cada segundo.

—Llevo horas a la espera de que aparezcas—pronuncié entre dientes con mis ojos inyectados en sangre. Emmanuel se encogió de hombros como si lo que hubiera hecho fuera una gran hazaña.

—No lo entiendo, pensé que gozabas con...

—¡Cierra la puta boca!—grité incluso a sabiendas de que no me escucharía por el volumen de la música.

El bastardo me sonrió. Lo hizo con tanta arrogancia que le di un empujón, salí del taburete y me moví hacia los baños. No me importaba nada. Si quería hablar, que lo hiciera. No iba a doblegarme, no con él.

Estaba cerca de la puerta del sanitario cuando sentí un agarre poderoso sobre mi hombro. Emmanuel me lanzó contra la pared del estrecho pasillo. Me sostuvo del cuello, clavé mis dedos en sus musculosos brazos. El maldito presionó y el oxígeno comenzó a escaparse. Carajo, me encantó.

Mi cabeza borracha de alcohol no entendía mi lucha interna. Emmanuel me soltó en ese instante y adhirió su cuerpo al mío para inmovilizarme. Era un poco más alto y su complexión física impresionante.

—¿Qué pasa amigo? ¿Ya no te interesan las fotografías?

—Haz lo que quieras.—Las palabras resonaron en su cara—. A mí no vas a joderme más de lo que ya lo has hecho.

—¿Seguro?—Su boca estaba prácticamente sobre la mía—. Creo que sí quieres que te joda.

—¡Sueña imbécil!—vociferé y me reí—Me gusta que me humillen, pero yo decido quiénes, y tú no estás entre ellos.

—¿Qué se siente eh?—Su agarre se intensificó—¿Qué sientes cuando te dejan el culo como tomate y luego te lo penetran sin contemplación? ¿Qué pasa por tu mente cuando te escupen en la cara? ¿Eh? ¿Qué clase de enfermo eres?

Estaba a punto de romperme. Todo aquello que decía, ya lo había grabado en la mente. No necesitaba un recordatorio de lo malo que era.

—Tú no me vas a dar lecciones de moral.—Acerqué mi boca a su oído en ese momento—. O me devuelves las fotos o te largas, ¿quedó claro?

—¿A qué has venido?

—¿Qué? ¿Eres tonto?—pregunté con sarcasmo—¿No has sido tú quien me ha invitado?

Fue un golpe certero. Mi cabeza dio contra el duro concreto que abrazaba mi espalda, y mis brazos se ciñeron al hombre frente a mí. Me estaba besando, estaba destrozando mi boca.

Dios, tenía que follármelo.

15 Muéstrame

Era imposible expresar las cosas que pasaron por mi cabeza cuando las malditas fotos estuvieron en mis manos.

Todos en parte sabíamos que había algo raro con Ander, es decir, nadie podía ser tan perfecto, nadie podía tenerlo todo.

«Ni siquiera tú».

Acaricié las imágenes y me detuve en cada gesto, en la venda roja que cubría sus ojos, en su boca entreabierta que era una clara invitación a probarla. Escruté su piel y sus lunares, el látigo pobló de marcas su tez cremosa y blanca como un día de invierno en Moscú endulzada de chispas doradas y luminosas. Ander no era un hombre diminuto, su mandíbula cuadrada denotaba con precisión su masculinidad. Di una respiración profunda cuando las fotos, decenas de ellas, lo captaron desde diferentes posiciones. Estaba desnudo, expuesto, inocente. Un sacrificio para degustar para unos pocos.

Jamás creí que obtendría esto cuando le pedí a Sasha que lo siguiera. Ni en mis más alocados sueños habría pensado que Ander Kovac, el chico dorado del tenis, era una puta insaciable codiciosa de verga. Estaba de rodillas, la piel enrojecida y debajo de ella la madera de un escenario con escasa luz que no tenía lo necesario para resaltar la belleza de este hombre. Sus piernas estaban algo abiertas y su culo, esas dos perfectas burbujas al aire frente a todos, frente a una partida de bastardos libidinosos que, a esa altura, de seguro la tenían como una piedra.

¿Cómo lo supe? Porque era la manera en que me tenía a mí y solo se trataba de unos papeles pintados, nada comparable a tener ese espectáculo en directo.

Su verga estaba erecta mientras los golpes tatuaban su blancura, y de pronto fui incapaz de sacar mis ojos de él, de este hombre que me hacía la vida imposible, que se creía único. De este maldito al que todos amaban.

Tenía la oportunidad de destruirlo para siempre, de mostrarle al mundo quién era la zorra a la que veneraban, el chico de sonrisa fácil que parecía jamás tener un problema.

Ander Kovac era un enfermo, y a medida que las fotos comenzaron a desperdigarse sobre la enorme mesa de mi sala entendí que era el ganador de esta partida, mucho antes de que él se enterara.

La sangre resbalaba de una herida profunda en su espalda, mis dedos la recorrieron con premura hasta la mariposa de alas negras y turquesa. La sensación que inundó mi pecho no se apagó.

«¿Qué está pasándome?».

Miré hacia mi entrepierna y me pareció increíble. Mi erección latía con una fuerza arrolladora, al tiempo que mi respiración se convirtió en un cúmulo de jadeos profundos en cada pose, en la manera en que, cada hombre, esa noche, lo inmovilizó del cabello y folló sin contemplación.

La ira se apoderó de mí y las fotos ordenadas sobre la mesa fueron a parar al suelo de un manotazo. Me agarré la cabeza y apreté los dientes, revolví mis cabellos negros y pensé en todas las veces que lo tomaron esa noche y las anteriores, en las veces que besaron esa boca que invitaba a saciar todas las fantasías. Sacudí mi cabeza y volví a mi silla.

¿Cuántas veces lo mancillaron? ¿Cuánto tiempo llevaban esos hijos de puta contaminando su piel con sus manos?

«Emmanuel, eres un enfermo igual a él».

Quizás todo se resumía a eso, a la búsqueda de ser uno mismo, a mi odio, a mi envidia, no lo sabía. Solo estaba seguro de una cosa, estaba duro, y era por él. No iba a mentirme a mí mismo, eso ya sería el colmo.

«Debo tenerlo».

No demoré ese mensaje, lo hice por mucho tiempo. Decidí enviarlo y esperar su respuesta.

Si quieres las fotos, deberás venir por ellas.

Y el maldito aceptó. Me mordí los labios de anticipación e imaginé todas las cosas que le haría.

Llegué tarde, estacioné mi auto a algunas cuadras del lugar. El deportivo de Ander me indicó que ya estaba en el interior de ese antro al cual nunca había venido. El custodio al principio se mostró reacio, se aflojó cuando le entregué los billetes y me permitió el acceso.

Las luces eran tenues ¿Cómo diablos le haré para encontrar a Ander? Sin embargo, ese hombre encorvado en la barra que intentaba pasar inadvertido me hizo reír. Este idiota no pasaría desapercibido ni en un hogar para ciegos.

—¿Miren a quién tenemos aquí?—Sonreí y el bastardo se dio la vuelta.

—Llevo horas esperando que aparezcas.

Estaba enojado. Me mordí el labio inferior. Amaba hacerlo enojar. Era incluso más atractivo cuando sus mejillas se tornaban rojas y sus ojos grisáceos se llenaban de rabia. Quería ser el objeto de su odio, me agradaba serlo.

—No lo entiendo, pensé que gozabas con...

—¡Cierra la puta boca!

Se levantó de la silla y vino sobre mí. Dio unos pasos tambaleantes que me revelaron que había bebido demasiado.

—¿Qué pasa amigo? ¿Ya no te interesan las fotografías?

—Haz lo que quieras. A mí no vas a joderme más de lo que ya lo has hecho.

Fruncí el ceño, ¿es que acaso no lo entiende? ¡No puede deshacerse de mí!

—¿Seguro? Yo creo que sí quieres que te joda.

—¡Sueña imbécil! Me gusta que me humillen, pero yo decido quiénes, y tú no estás entre ellos.

Fue un golpe duro, uno impensado. Después de ver con la clase de tipejos con los que se revolcaba esa frase golpeó mi ego. Entonces, decidí devolverle el golpe.

—¿Qué se siente eh? ¿Qué sientes cuando te dejan el culo como tomate y luego te lo penetran sin contemplación? ¿Qué sientes cuando te escupen en la cara? ¿Qué clase de enfermo eres?

Le di una cachetada en la mejilla, y luego otra. Su respiración se alteró. Estaba mareado e intentaba enforcarse en mí.

Salió huyendo. Lo seguí hasta llegar a un estrecho pasillo en donde la gente iba y venía. Un par de figuras conocidas nos miraron mientras nos alejamos de la barra. Lo que faltaba, el introvertido de Carlos Ferrari y su puto marido estaban aquí. Lo sujeté del brazo con fuerza, este juego me estaba cansando, y la espera nunca se me dio bien.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo?

Ander respiró profundo cuando lo aprisioné contra mi cuerpo. El calor nos envolvió

como si fuéramos dos chispas que acababan de incendiar un bosque espeso y frondoso. Las llamas tan altas que nadie las apagaría, no hasta que obtuviera lo que deseaba.

—Tú no me vas a dar lecciones de moral. O me devuelves las fotos, o te largas.

—¿A qué has venido?

Me miró con esos ojos felinos perdidos, su boca se entreabrió y las imágenes vinieron hacia mí. Deseaba probarla, saborear la humedad con aroma a vodka.

—¿Eres tonto? ¿No has sido tú quien me ha invitado?

Su espalda dio contra la pared y me perdí en sus labios. Estaba tenso, sorprendido. Sus labios no eran como los imaginé, eran incluso mejores. Los chupé y mordí, Ander sollozó cuando presioné mis dientes sobre la carne. Le dolía y el bastardo lo disfrutaba. Lo peor fue que yo también lo hacía.

—Vamos a mi departamento.

Ander rio e intentó estabilizar su respiración. Sus dedos se perdieron en mi cabello negro. Tiró con fuerza.

—¿Ese es tu precio? ¿Una follada? ¿Me quieres dar como la zorra que soy?

—Lo has dicho tú, no yo—aclaré de inmediato. Ander sonrió y a mí se me perdió el mundo.

Volví a embestir sobre su boca, lo hice con premura y violencia, del mismo modo a como quería invadir cada centímetro de su cuerpo. Ander respondió a mis caricias, a ese juego perverso que siempre tuvimos, el cual gozábamos.

—Una follada, y te olvidas de las fotos. Quiero que lo firmes.

—¿Estás en posición de negociar?—pronuncié contra su oído y lo mordí. Ander volvió a gemir y mi erección palpitó en su ingle.

—Es eso o nada, tú decides.

—¿Qué te pasa, zorra?—Lo insulté y le di un golpe sobre la mejilla—¿Piensas que tu culo vale lo suficiente?

—¿Has tenido una vista de él?—Enarcó una ceja con suspicacia—¿Tienes idea de la experiencia que puedo darte? ¿De todo lo que he aprendido?

Algo en esa declaración me excitó y molestó. Mi cuerpo ardía, pero a su vez deseaba castigarlo por lo que salió de su boca. Lo así del cuello y su cabeza dio de nuevo contra el concreto.

—No me importa si tu culo hace magia, yo estoy a cargo, ¿entendiste?—Ajusté mis dedos con el fin de plasmar una marca, y Ander sonrió—¿He sido claro?

—Sí, como el agua.—Se estaba burlando, pero en vez de alejarme, sus dedos atraparon mi cabello de manera agresiva y nuestras bocas volvieron a enredarse.

Mis labios entreabiertos se deslizaron por su mandíbula. Sus dedos talentosos masajearon mi cuero cabelludo. Quería más, no había intenciones de parar o de pensar por parte de ninguno de los dos. Un chupetón ruidoso sobre su cuello lo hizo gemir alto. Nadie pudo escucharlo por el volumen de la música. Sentí que estaba a punto de romper el cierre de mi pantalón, y Ander no estaba en mejores condiciones.

—¿Quieres verme desnudo «Manu»?—musitó en mi oído con una voz cargada de delirio al igual que los sendos cardenales que estaba dejando en los lugares desnudos y libres de esa gloriosa camiseta.

—Te voy a hacer cosas que jamás te han hecho.

Ander se mostró jocoso. Lleno de diversión por mis palabras.

—Sigue soñando.

Mi dedo índice y corazón se perdieron en su boca. El bastardo la abrió un poco más y los saboreó. Tensé la mandíbula ante la imagen más erótica que había visto en mi vida.

—Tienes razón—afirmé entretanto mis dedos se deslizaron dentro de esa cavidad húmeda—, menos palabras y más hechos.

Mis brazos se enredaron en su cintura y lo atraje hacia mí. Mi mano derecha se introdujo debajo de su camiseta y arañó con hambre la piel. Ander sollozó en una mezcla de dolor y placer ante la dureza del trato. Lo empujé una vez más contra la pared. Mi voz ronca lo dejó sin aliento.

—No tienes idea a quién estás provocando, Kovac.

—¿No?—Ander se humedeció los labios—. Entonces, muéstrame.

16 Ander

—Hey, ¿estás pensando en huir?—Pongo mis ojos en blanco y me giro hacia el idiota que me ha complicado la vida de una manera inimaginable.

—No, yo no me escapo y menos de reprimidos sexuales como tú.

—¿Qué dijiste?

Me da la vuelta y mi trasero golpea contra la puerta de mi deportivo. Al parecer, el alcohol me ha estirado la lengua y el filtro de mi cerebro a mi boca hace cortocircuito.

—Reprimido sexual—deletreo cada palabra con sensualidad frente a su cara que está encima de mí—. Eso es lo que eres «Manu».

Su mano derecha me agarra del mentón con violencia y sus dedos presionan. Río, me encanta provocarlo.

—¿Qué harás? ¿Golpearme? Cuidado, puede que tenga el efecto contrario.

—Zorra bocona—insulta y en sus ojos noto la mezcla de lujuria y rabia—. Te voy a follar hasta que te quedes sin voz.

—Suerte con eso.

Afloja el agarre y se aparta. Sé cuánto le molesta no salirse con la suya, cuánto lo enoja no tener poder sobre mí, sobre mis pensamientos. Emmanuel ama ser el centro de atención, descubrir que yo no soy el suyo lo enerva de sobremanera.

—Mueve ese culo barato y sube al auto. Vamos a mi departamento.

Me cruzo de brazos, estoy tambaleándome. Soy consciente de que lo peor que podría hacer es conducir en mi estado de ebriedad. Doy un suspiro y, como el idiota inconsciente que soy esta noche, decido hacer una idiotez más. Una de las tantas de las que me arrepentiré mañana. Subo a mi coche y apoyo la cabeza en el respaldo. El potente motor del deportivo de Emmanuel ruge y sale rumbo a su departamento.

Contemplo mi reflejo en el espejo retrovisor, podría decirle que no, pero la verdad es que no sé cómo. Hay algo en este idiota que me intriga, algo que quiero explorar.

Enciendo mi auto y tomo la calle rumbo al edificio donde vive Emmanuel. Mi borrachera me impide pensar que, quizás, alguien puede vernos. Entrar al departamento de este idiota a esta hora de la madrugada es casi peor que las fotografías del club. Llámenme loco, pero estoy dispuesto a correr el riesgo.

Me detengo a una cuadra del edificio media hora después. Emmanuel me espera en la entrada. Puede fingir todo lo que quiera, pero sé que está nervioso al igual que yo, incluso con las toneladas de alcohol en mi torrente sanguíneo me doy cuenta.

Desciendo de mi coche y vuelvo a colocarme la capucha. Camino a paso rápido, la calle se bifurca y más de una vez debo pararme para mantener el equilibrio.

Emmanuel me observa y se mueve unos pasos delante de mí, ambos entramos al edificio en silencio. Está tan iluminado que mis ojos sufren. Solo me resta seguir sus pasos e ingresar al ascensor en donde me acurruco en un costado con la cabeza hacia abajo. Sé que hay cámaras, y ninguno de los dos pasaríamos desapercibidos para ellas.

—¿Qué te pasa zorrita? ¿Estás tímido?

Levanto mi cabeza y Emmanuel está encima de mí una vez más. Me aprisiona contra el

espejo del ascensor.

—Eres tú el desesperado, y resulta que yo soy la zorrita.

Su boca vuelve a adherirse a la mía. Me gusta su agarre, su sabor, la manera en que me quita el oxígeno y, aun así, pide más. Sus manos traviesas buscan por debajo de mi camiseta y pellizcan uno de mis pezones. Gimo ante el dolor que produce. Sus dientes torturan mi cuello, cuando las puertas del ascensor se abren y llegamos al piso veinte.

—Ven aquí.—Tira de la chaqueta y me empuja fuera del ascensor. Esto no es una escena, Emmanuel está enojado de verdad, pero todavía no entiendo el motivo.

Sé que lo he provocado, pero lo he hecho decenas de veces y jamás ha actuado así. Se ha olvidado de que es un *homo sapiens sapiens* y ha descendido millones de años en la escala de evolución. Quiere demostrar su poder sobre mí.

Ni siquiera me deja dar un pantallazo a la sala del departamento. Se viene detrás de mí apenas cierra la puerta, me sostiene del cuello y lo besa.

—Vamos a mi cama.

Un escalofrío me invade. Miles de sensaciones que alteran mis nervios. Mi músculo cardíaco deja de ser solo eso. No solo late, siente.

Es una cama *King*, no podría esperar menos de este idiota. Me empuja sobre el lecho y caigo de espaldas sobre él.

—Quítate la ropa—ordena y eso me parece divertido.

—¿Te han dicho que como dom eres patético?

Esta vez, solo me da una mirada. Me penetra con ella sin tocar un milímetro de mi piel, me hace suyo en ese instante a pesar de que mi cabeza da vueltas. Es por esos ojos que entiendo el motivo por el cual me encuentro sobre su colchón.

Se quita la ropa despacio, no me pierdo detalle. Pocas veces tengo el gusto de observar a los hombres desnudarse. Intento emular su acción, pero me detiene.

—No, mejor quédate vestido—replica. Frunzo el ceño sin comprender, pero me niego a preguntar y mostrar más interés que el que le acabo de dar cuando me lo he comido con los ojos —. Ven a la orilla de la cama.

Me deslizo hacia allí, bueno, al menos me ha permitido quitarme los tenis. Emmanuel está como Dios lo trajo al mundo. Mi respiración se acelera cuando sus dedos trémulos tocan mi barbilla. Me siento nada a su lado, frente a su tremenda belleza. El pulgar entra en mi boca profundo, lo chupo ansioso sin quitarle la vista de encima.

—¿Así te gusta? ¿Te toman sin quitarte la ropa en los callejones también?

Las palabras hacen que mi pene se levante con ganas de liberarse. Sus dedos siguen explorando mi boca, el índice y el medio también ingresan. Mi boca se expande al límite. Su mano libre se adhiere a mi nuca y sus dedos son reemplazados por su pene. No es demasiado largo, pero sí muy grueso, tanto que va a desencajarme la mandíbula si los embistes continúan con la misma intensidad. La saliva escurre por mi barbilla y sus caderas empujan con hambre en mi interior.

—Quiero todo, ¿me escuchaste?—pronuncia enojado—. Quiero todo de ti, y me lo vas a dar.

Mis orbes se llenan de lágrimas ante la fuerza de los embistes. Emmanuel tiene la cara de placer más erótica que he visto. Mi pene está duro dentro de mi pantalón y el maldito todavía no tiene pensado tocarme, y mucho menos hacerme venir.

Acaricia los mechones que tocan mi frente, peina mi cabello mientras su pelvis tiene vida propia. Me aferro de sus caderas porque estoy a punto de asfixiarme. Quiero sentirlo en mi

lengua, lo necesito. Cuando creo que mi deseo se tornará realidad, el maldito saca su pene de mi boca y golpea mis labios con él.

—Una boquita muy experta, ¿no?—Se burla, pero me parece que hay un borde en su declaración.

Se aleja de mí, y se dirige a uno de los cajones del mueble de madera antigua al lado del tocador. Lo que extrae de ahí me deja atónito. La arroja a mi lado. Una tanga roja y una corbata de seda del mismo tono ¿Qué hace él con prendas como estas?

—Ponte eso ahora.

Me desnudo con prisa. Emmanuel está al acecho de cada movimiento. Sus ojos se derripen en mi piel poblada de cicatrices. Rastros de la vida, la cual, quiero dejar atrás, pero al parecer el destino no quiere que lo haga. Pongo entre mis manos la tanga y él me la quita.

—De pie.

Hago lo que él me pide cuando entiendo lo que pretende hacer. Levanto un pie y luego el otro y la prenda diminuta se desliza por mis piernas hacia arriba. Emmanuel las rasguña y tira de la tanga cuando llega al interior de mis nalgas. Estira el material con tanta fuerza que debo sujetarme de él y gemir.

—¿Te gusta?—pregunta y asiento cuando repite la acción. La presión sobre el perineo me está volviendo loco. Toda la sangre de mi cuerpo se precipita a ese sitio.

—Emmanuel.—Es la primera vez que lo llamo por su nombre completo. Mi amante tensa la mandíbula y me devora la boca.

Es un beso descarnado, péfido, sucio, tiene tantos matices que me hacen ponerlo entre los más deliciosos que he probado. Mis brazos se enredan en su cuello, él los agarra y los lleva hacia mi espalda. Es ahí donde emplea la corbata. Un nudo firme, agresivo, al límite, para dejar marca. Su impronta.

Me arroja a su cama, y se lanza sobre mí. Su cuerpo duro y musculoso hierve.

—Los ojos vendados no me van—susurra sobre mis labios y se aparta. Quiero un nuevo beso, y el bastardo lo sabe—. ¿Qué sentido tiene si no atestiguo el placer que produces?

Su boca se arrastra por mi cuello, su barba incipiente raspa y deja una coloración rojiza que se combina con los hematomas morados donde succiona. Rasguña uno de mis pezones con agresividad, me contraigo ante su tacto. Mis ojos entreabiertos son testigos del morbo que le produce tenerme así. Atado y marcado, a su merced.

Chupa un par de dedos y los introduce sin más, con escasa preparación. Doy un grito entre excitado y doloroso. El impulso de gritar se retrae y lo que sale es un gemido de la más pura entrega.

—Sí, así—musita con la misma rabia del principio—. Así voy a tenerte.

Abre mis piernas al límite y se introduce de una sola estocada. Estoy a punto de ver las estrellas. Sus dedos surcan mis caderas y su boca vuelve hacia la mía. Forcejeo por soltarme, pero es imposible, solo consigo que mis muñecas duelan y queden amoratadas.

Emmanuel embiste, claro que lo hace.

Me taladra con la velocidad de un martillo automático. Me muerdo el labio inferior para no gemir. No quiero mostrarle todo lo que provoca ¡Ya no quiero darle más poder!

Es inútil.

Mis caderas bailan alegres al ritmo de sus empujes, convergen y los chasquidos por el encuentro de la carne se tornan la melodía de la noche. Emmanuel aprieta mi cuello y se hunde un poco más. Estamos frente a frente, y ninguno de los dos nos perdemos detalle.

—Suéltame.

—No.

—Por favor.—Estoy más allá del orgullo. Necesito tocarlo, hacerlo mío también.

Por algún motivo, atiende mi súplica. Mis muñecas se liberan y mis manos, de inmediato, van hacia su espalda. Los embistes se tornan frenéticos, la cama salta junto a nosotros en esta danza de dos posesos sin límites ni control.

¿Esto es lo que hace el odio en las personas?

Lo llevo más adentro. Mis uñas se clavan en sus nalgas y Emmanuel se queja. Doy una sonrisa de satisfacción, una que él borra de inmediato con un nuevo beso.

Su carne contra la mía. Es la primera vez que lo hago sin un condón. Ha sido un arrebató que no debe volver a repetirse. Ambos hemos sido descuidados.

Las grandes manos de mi amante amasan mis nalgas y sus embistes encuentran mi próstata. Golpea una y otra vez en ese punto y mis gemidos se transforman en alaridos rotos que nadie podría callar.

Me vengo, mi semen salpica sobre sus abdominales de infarto y él sigue arremetiendo sin piedad sobre mi cuerpo deshuesado. Emmanuel se olvida que soy un ser humano y se pierde en mí con más fuerza y violencia. Mis piernas se sujetan a su cintura. Estoy a punto de quedarme sin aire, cuando veinte minutos después, un nuevo orgasmo me invade. Uno más y Emmanuel parece que solo está precalentando.

Muerde mi cuello, sus dientes serán un tatuaje que conservaré por días. Se viene media hora después. Un gemido ronco, sacude sus caderas y la bestia cae sobre mi cuerpo bañado en sudor.

Su mirada se encuentra con la mía, y después de mucho tiempo lo entiendo. Después de meses de comentarios mordaces y palabras desdeñosas la luz llega a mi razón.

Debo poseer a este hombre, del mismo modo que él a mí.

17 Emmanuel

«No tienes idea cuánto vas a disfrutarlo».

Maldito bastardo. Solo me queda insultarlo mientras apuñala mi próstata de un modo bestial. Este no era ni de cerca el plan. Ander me ha sacado de eje y me ha puesto en el suyo. La palabra «eje» no es precisamente la que debería usar en este momento, es más, este idiota haría miles de bromas con ella, pero simplemente no he podido contenerme.

No lo hice cuando vi las fotos.

No lo hice cuando llegué a ese antro y quise adueñarme de él.

No lo hice en el momento en que me dio la vuelta y me preparó para follarme.

Si la prensa lo supiera, si los demás del circuito cayeran en la idea en que me encanta follar con Ander Kovac. Dios, ni siquiera hemos terminado y mi cabeza ya maquina un nuevo encuentro.

¿Sería de este modo o las ganas mermarían? No lo sé, en este momento mis labios solo pronuncian palabras ininteligibles y gemidos rotos cuando Ander empuja más fuerte. Está entre mis piernas ¡Qué mierda estaba pensando!

—¿Qué pasa? ¿No te gusta?—Ander se burla en mi oído y luego muerde el lóbulo de mi oreja. Contengo un gemido vergonzoso—. Vamos, no es tan malo ser la zorra, ¿ahora lo entendiste?

—Cierra la boca o voy a golpearla.—Mi voz cargada de excitación es lo más patético que he oído, y al parecer a Ander le parece muy gracioso porque tiene se carcajea.

Lo empujo con fuerza y lo arrojo al lado. Ander tiene un ataque de risa incontrolable. Mi erección está más dura que nunca, pero no voy a dejar que este imbécil me siga follando el orgullo, que para mí es peor a que me tome por el culo.

Camino hacia el baño. Cielos, mi trasero tiene un dolor punzante. Llego al sanitario y cierro la puerta, me afirmo sobre ella y frunzo el ceño. Dios, ¿cómo algo tan placentero puede ser tan doloroso?

Mi verga no entiende que se terminó. Sigue ahí, a la espera de que le brinde alivio y eso es lo que haré apenas ingrese a la ducha. Yo no soy como Ander. No soy una ramera que se revuelca con un montón de hombres que la azotan sin piedad.

El olor a flores impregna todo el baño, hay un ramo enorme de flores blancas al lado del lavamanos. Me miro en el espejo circular con luces alrededor.

Hay un gran hematoma cerca de mi cuello, y uno más debajo del pezón izquierdo. Nada parecido a todas las marcas que he dejado en la piel de Ander. Cierro los ojos y vuelvo a su cuerpo, a sus labios y me derrito. Quiero regresar a la cama, quiero hacerlo mío, y dios mío, deseo que me haga suyo.

«No puedes».

No voy a permitirle que se burle de mí. Eso ya ha sido el colmo, así que, se terminó. Soy consciente de que yo lo provoqué, pero no voy a pasar una frontera que se desdibuja a cada instante. Esto ha sido solo un momento, un arrebato, este no soy yo.

Ingreso a la ducha doble y abro el grifo. El agua fría me invade cada milímetro de mi piel y estoy a punto de gritar. Respiro profundo, necesito que este incendio que me consume se

apague.

—Emmanuel.

Me giro hacia Ander y este me aprisiona contra los azulejos blancos del baño.

—Se terminó, déjame en paz.

—¿Cómo se va a terminar si apenas estamos empezando?

Le encanta desafiarme y eso me desestabiliza. Quiero seguir, pero algo en mí dice que esto es un error, que he jugado con fuego y me he quemado.

Ander me muestra un tubo de lubricante que ha encontrado cuando exploraba uno de los cajones de la mesa de noche.

—Este es mejor para los primerizos. Prometo que te gustará.

—No me interesa, ahora sal de la ducha.

Sus labios golpean sobre los míos con ímpetu. Sin preámbulo, ni preparación. Una ráfaga que ha llegado en un día tranquilo y terminó arrancando los árboles de raíz. Abro mi boca y me sujeto a su cuerpo. Mi erección que no entiende de palabras. Reacciona a su proximidad, a su verga que baila junto a la mía.

—Te deseo—susurra en mi cuello y deja un nuevo chupetón—. Anda, ¿qué más te da?

Este no es el hombre que esperaba. Imaginaba un sumiso dócil, uno que hiciera hervir mi sangre y desfogarme. Este tipo puede ser ambas cosas. Puede dejarse dominar a mi antojo, y romperme de mil maneras si lo desea.

¡Cuánto me he equivocado!

Mis manos recorren su piel del mismo modo que mis ojos. Ander emula la acción. Estamos bajo el agua fría que nos entumece, y a su vez nos impide quemarnos por nuestro propio fuego.

Sus dientes se enganchan a mi labio inferior y lo estiran. Lo suelta y luego lo chupa con vehemencia. Repite la secuencia una y otra vez. Este recuerdo jamás se apartará de mi mente.

Su cabello rubio cae sobre su frente. Luce más hermoso mojado, sus ojos son dos gemas cristalinas las cuales no me canso de mirar.

Dios, he cometido el mayor error de mi vida y estoy atrapado en él.

Mientras su boca entreabierta se abre paso sobre mi cuello hacia mi pecho, mis manos recorren su espalda musculosa. Percibo las cicatrices del látigo, la enorme mariposa azulada. Eso hace que me tense y él lo nota. Se yergue y estamos a la misma altura.

—¿Por qué te importa?

—No lo hace.

—Mentira—replica Ander. Trago saliva y mi rostro va hacia un costado, el agua corre por nuestros cuerpos y los torna resbaladizos—. Ellos no tienen rostro. No son nada.

Me gustaría decir que sus palabras me resultan indiferentes, pero sería una total mentira. Esa frase es tan rica en connotaciones. Significa que le importo, que esto no es una experiencia más para él. De repente, llegan a mi mente escenas y palabras que no quiero decir.

Nos besamos de nuevo. Ander muerde mis labios, y yo los suyos. Es un juego erótico que nos hace conocernos mejor. La mano derecha de Ander va sobre mi pene y comienza a masturbarme.

—Mis amantes nunca se van sin recibir la atención adecuada.

—Me imagino.—Me río y apoyo mi espalda sobre la pared ya que en cualquier momento caeré de rodillas.

—Tú no serás el primero, Manu—Su voz ronca estremece cada fibra de mi ser—. Te lo voy a demostrar, así como tú lo hiciste conmigo.

Me lleva hacia el piso del baño. Ambos, yacemos tendidos en esa inmensidad blanquecina. Ander encima de mí, sin dejar un segundo de darme placer con su mano y con su boca la cual busca mi cuello para seguir besándolo.

Mi vientre hierve en contacto con el suyo. Mis manos se enredan una vez más en el cuello, y, otra vez, me tiene así. Abierto de piernas para él, entretanto dos dedos buscan mi entrada para lubricarla.

Duele, no voy a decir lo contrario. Me ha dado un trato muy duro en la cama, pero reconozco que fue mi culpa. Ander no usó lubricante, y pensé que yo tampoco lo necesitaría. Craso error.

Ahora todo se percibe distinto, sus dedos actúan de una manera más delicada y el lubricante hace que todo sea más placentero. Uno de sus dedos se mueve y empuja sobre mi próstata. Me vuelve loco cuando lo hace, mi pelvis se eleva con ganas de más.

Ander entiende que estoy listo, y mientras el agua golpea sobre su espalda, él desliza sus talentosas falanges sobre su sorprendente pene. No escatima en la cantidad de lubricante, y se hunde despacio.

Mis piernas se extienden todavía más para recibir su cuerpo. Mi amante ingresa hasta la empuñadura. Siento sus testículos golpear mi culo. Las embestidas son lentas y muy profundas. Su rostro está sobre el mío, atento a cada uno de mis gestos. Los chasquidos no tardan en hacer eco en el lugar. Mis gemidos salen sin control una vez que el vaivén se torna rápido y duro. Aprieto su cintura, la pellizco con fuerza y él gime. Le gusta que lo marque, y yo estoy obsesionado con hacerlo.

Observo hacia abajo, al punto donde nuestros cuerpos se unen. Me resulta increíble hasta que medida me he estirado para recibirlo.

—Mastúrbate—ordena con su voz entrecortada.

No voy a discutir ni rebatir lo que me ordena. Simplemente lo hago. Mi mano empuña mi verga con velocidad, y sus estocadas ocurren al unísono, con tal sincronía que pareciese que nuestros cuerpos se conocieran desde antes, que nuestra memoria inconsciente no se hubiera olvidado de lo que nos gusta a cada uno.

Tiro mi cabeza hacia atrás y él devora mi cuello. Gimo cuando el líquido blanquecino baña mi abdomen, y cuando lo percibo llenándome de su esencia. Es una experiencia sublime.

Sigue moviéndose dentro de mí, su dedo pulgar acaricia mis labios y sonrío. No hay burla, solo cansancio y un infinito placer. Está en cada uno de sus gestos, como también está en los míos.

—¿De verdad ibas a negarte? —pregunta Ander entretanto me estremece con un chupetón sobre mi mandíbula.

—Es lo que te merecías.

—No—replica—, tú te lo buscaste.

No tengo ganas de discutir, solo me limito a llevarlo sobre mí y presionar su cuerpo sobre el mío.

El agua quita todos los rastros de esencia de nuestros cuerpos. Cierro los ojos y doy un suspiro profundo mientras lo mantengo en mis brazos.

Ojalá hubiera algo que borrara de mi cuerpo esta sensación.

18 Consecuencias

Los pasos se escuchan cercanos. Mi manito se entrecruza con la de un hombre parecido a mí. Estamos en peligro. Su rostro me lo dice, pero intenta tranquilizarme. Me refugia en un tronco de árbol.

—Papá.

—Tranquilo, amor.

—Tengo miedo. —El hombre limpia mis lágrimas y contiene las suyas. Se está despidiendo. Lo siento en el pecho que se abre y se desgarran.

—Haz de cuenta que tus manitos son alitas, mariposa. Todo estará bien. Lo prometo.

Me da un beso de despedida en la frente. Sujeto su mano, él se zafa de mi agarre y sale corriendo. Se pierde entre la niebla del bosque.

Estoy solo, como siempre he estado.

Ander dio un salto de la cama. Entre sombras, un hombre buscaba la ropa que estaba desperdigada en el piso para vestirse.

—Emmanuel.

—Has estado teniendo pesadillas desde que te dormiste. No quiero imaginar lo que debe ser dormir contigo con todos tus gritos y balbuceos.

—Algunos gritos te gustan.

Emmanuel chasqueó la lengua y negó.

—¿Te crees gracioso?

—Mi vida es como una tragicomedia, así que, ¿por qué no disfrutar mi papel?

Emmanuel terminó de arreglarse entretanto sus ojos estaban puestos en el hombre desnudo apoyado sobre el respaldo con sus muslos juguetones que se abrían y se cerraban de forma casi inocente. Gran error. No había un ápice de inocencia en ese rubio de ojos grises y soñadores. No estaba en sus planes marcharse todavía.

—¿Vas a eliminar las fotos? —preguntó Ander. Emmanuel frunció el ceño y luego sonrió.

—¿En serio crees que haré eso?—indagó con sorna. Ander contuvo un insulto.

—Prometiste que, si me acostaba contigo, lo harías. Yo cumplí mi parte del trato, ahora te toca a ti. —Ander se sentó en la cama y cubrió su cuerpo con la sábana de seda—. Es lo justo.

—Lo justo. —Emmanuel se cruzó de brazos—¿Tienes idea con quien estás hablando?

—Sí, con un bisexual reprimido y mentiroso.

—¿Qué has dicho?

—Y también sordo.

Emmanuel apretó los dientes. Se desplazó con velocidad y sostuvo a Ander del cuello. Este se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—Eres una zorra.

—Sí, una que te ha gustado. —Ander lo provocó—. Dame las fotos y borra los archivos

porque creo que ahora ambos tenemos cosas que perder.

—¿En serio? —Los dedos de Emmanuel presionaron más fuerte sobre el cuello—¿Qué vas a hacer? ¿Le contarás a todos que te follé aquí o que tú me lo hiciste? ¿Quién te creerá después de descubrir la verdad? ¿Tus padres?

Ander le golpeó la mano y se la quitó. Se levantó de la cama como un resorte.

—Deja a mis padres fuera de esto. No tienes derecho a meterte en mi vida, ni tampoco a chantajearme. Entrégame las fotos. No estoy jugando.

Era tan hermoso cuando se enojaba. Su rostro adquiría una coloración rojiza, y sus labios se hinchaban de ira. Esa boca donde se había hundido sin contemplaciones.

«Imbécil».

Emmanuel se dio un insulto mental. Ya había cometido muchas torpezas esa noche. Debía concentrarse.

—Las fotos son mías. Pagué por ellas, ¿por qué me desharía de algo que me costó dinero?

—Maldito pervertido—insultó Ander y Emmanuel se carcajeó.

—Y lo dice el tipo que se divierte en un club de BDSM. Vaya, la hipocresía no tiene límites ¿Verdad, mariposa?

—Ya te dije que dejes de llamarme así. —Ander se fue sobre el hombre y lo arrojó a la cama con violencia. Emmanuel se sorprendió ante la ráfaga de ira—¡Nadie me llama así! ¡Nadie! ¡Y mucho menos una basura arrogante como tú! Te lo dije en Hypnos, y lo repito. Haz lo que se te dé la gana con las fotos. No voy a doblegarme.

—Estás en mis manos.

—No, Manu.—Ander le dio una sonrisa desquiciada—. Eso es lo que tú crees. ¿Quieres mostrar las fotografías? Adelante. Ya estoy harto de fingir de todos modos, así que, disfruta tu momento de gloria. Siempre fuiste un campeón de papel ¡Demuestra que tengo razón!

Ander iba a incorporarse, y en un movimiento experto, Emmanuel lo jaló y lo arrojó sobre el lado opuesto de la cama. Se posicionó entre sus piernas, echó todo su peso sobre el cálido cuerpo debajo de él. Ander respiró. Sus miradas se encontraron, su cuerpo aumentaba temperatura con cada roce de ese bastardo.

—Te diré cuál es mi trato—declaró Emmanuel—. Esto, cuando quiera, dónde quiera, y cómo lo quiera ¿Estamos de acuerdo?

Los ojos grises de Ander se abrieron con sorpresa. Su pelvis reaccionó a la idea y se impulsó hacia arriba, percatándose que la verga de Emmanuel estaba dura.

—Tienes una forma muy particular de demostrar tu odio, Urich.

—Esto no es odio, idiota. —Emmanuel replicó—. Es ceder a necesidades fisiológicas. Ni más, ni menos.

—¿Y por qué harías eso? —Ander se divirtió—. Tienes una linda novia con la que saciar tus «necesidades físicas»

—Las cosas que pienso hacerte. —Emmanuel le abrió las piernas e introdujo dos dedos con violencia. Ander se contrajo—. Jamás podría hacérselas a ella.

—¿Cómo sé que no mientes? Me has engañado al prometerme algo que no piensas cumplir. —El pene de Emmanuel lo penetró sin lubricante— ¿No revelarás las fotos a nadie si me convierto en tu sumiso personal?

—No. —Emmanuel dio la primera embestida ¡Maldición! ¿Qué clase de negocio era ese? ¡Era patético! —. A partir de hoy estás a mi disposición. Nadie debe enterarse, o, de lo contrario, tus fotos van a decorar cada maldito portal de prensa del mundo. ¿Entendido?

Ander asintió, y sus piernas se enredaron a la estrecha cintura de Emmanuel para llevarlo más profundo en su interior. Su amante cerró los ojos. Mierda, esto era un desastre.

—Sí, Maestro. —Ander musitó en su oído esas ardorosas palabras con seducción. Era lastimoso como dom, sin embargo, su cuerpo lo llamaba a concretar anhelos en el suyo, a pesar de lo mucho que se detestaban.

—No voy a tratarte diferente. —Emmanuel golpeó en su interior con maestría—. No seremos exclusivos, ni nada de esa mierda. Esto solo será hasta que me harte.

—¿Y después? —Ander se estremeció ante las estocadas sobre la próstata—¿Qué sucederá cuando esto termine?

—Ya veremos, mariposa.

—Deja esa estupidez. —El orgasmo entrecortó la voz de Ander—. No me gusta.

—Perfecto, eso lo hace más genial todavía.

Ander presionó sus manos en las nalgas turgentes para que fuera más adentro.

—Eres despreciable. —Ander susurró contra su boca entretanto Emmanuel descargaba su esencia en el cálido interior.

—Eres mío, Kovac. Que no se te olvide.

El sonido lejano del celular llevó a Ander a removerse entre sus propias sábanas horas después. La insistencia en la llamada lo llenó de rabia. Se cubrió el rostro con la almohada ¡Necesitaba descansar! ¡Olvidarse de todo lo sucedido en las últimas veinticuatro horas!

«Estabas muy deseoso y dispuesto anoche».

Ander sacó la cabeza y revoleó la almohada a la otra punta de la habitación ¿Qué mierda había hecho? ¿Cómo carajo terminó con Emmanuel Urich entre las piernas?

—¡Dios! —gritó y se cubrió la cara con sus manos—¡Te odio! ¡Te odio! ¡Te odio!

El tenista respiró profundo cuando esas emociones contenidas salieron de su garganta. Las imágenes vinieron a su mente y le demostraron que las palabras sí se las llevaba el viento. Un huracán de pasión incontrolable que azotó su cuerpo sin contemplación y trastocó su cerebro.

«Emmanuel Urich».

De todos los bastardos, se dejó follar por el emperador ¡Cómo iba a mirarse a la cara con él en los torneos después de eso!

«Te diré cuál es mi trato. Esto, cuando quiera, dónde quiera, y cómo lo quiera ¿Estamos de acuerdo?».

¿Por qué había accedido a sus términos? Y lo que era peor, ¿por qué se acostó con él si apenas lo toleraba?

El celular continuó con su ritmo monocorde.

—¡Mierda!—Ander golpeó el colchón.

Una superficie similar a esa le dio momentos de placer con su acérrimo enemigo. El aroma a maderas y especias impregnaba cada parte de la piel. Debía cambiar las sábanas y el edredón. Debía incendiar el lecho que ahora le traería a la mente orgasmos alucinantes.

Esto no debería haber ocurrido. Después de la última sesión en Hypnos, Ander decidió dejar la locura. Bien hecho, ahora estaba metido hasta el cuello en un problema del tamaño de Rusia.

Se puso de pie, sus caderas dolían. Caminó con pasos cortos hacia la sala donde estaba el celular que no paró ni un mísero segundo. El nombre en la pantalla lo hizo entornar los ojos. Perfecto, ¡justo lo que necesitaba!

—Carlos, de verdad, no es buen momento—dijo antes de escuchar la perorata de su mánager.

—¡Hombre! ¡Hasta que decides contestar! ¿Tienes idea lo preocupado que estaba?

—Estoy bien. No he muerto, gracias. —Ander quería finalizar la conversación antes de que la ronda de interrogación comenzara, pero con Carlos, eso era inevitable.

—Eres un desgraciado. —Ander contuvo la risa ante el insulto de Carlos. Era muy raro verlo molesto o insultar—. Te vas de ese antro oscuro junto a tu peor enemigo, me dejas con un millón de dudas, y después decides no responder.

—Estaba durmiendo, Carlos. —Ander se defendió—¿Podrías calmarte? ¿O debo pensar que Gabriel no te da la dosis de sexo suficiente para relajarte?

—Pues, para que sepas, tengo tanto sexo que tú jamás me igualarías—respondió Carlos. Ander arqueó una ceja—, sin embargo, eso no me exime de mis responsabilidades como mánager y de tu seguridad.

—Estoy en mi departamento sano y salvo—aseguró Ander—. Sé feliz. Fóllate a Gabriel, aprovecha a ese Adonis y a mi déjame lidiar con mis demencias

—¿Qué ocurrió con Urich?

—Nada. —Mintió Ander sin ánimos de explicar lo sucedido—. Ya no va a molestarme.

—¿Qué le diste a cambio?

—¿Qué crees? —El silencio invadió la línea. Ander se rascó la barbilla y dio un suspiro—. Carlos, te pido disculpas. Sé que esto no es tu culpa, ni mucho menos, pero estoy teniendo unos días de mierda, y de verdad, quiero estar solo.

—Está bien—agregó Carlos. Ander cerró los ojos ante la voz entristecida. Odiaba lastimar a la gente que quería—. Estoy aquí para cuando te decidas a hablar, ¿está bien?

—Te lo agradezco, y, para que te quedes tranquilo, mi problema ya está solucionado.

—¿Confías en ese infeliz?

«Por supuesto que no».

—Sí—Ander mintió de nuevo para traerle la paz a la cabeza de su mánager—, hablamos después.

19 Problemas

Carlos dio un sorbo al café amargo. Estaba en el comedor de la mansión que compartía con Gabriel Petrov. Todavía no se quitaba la bata. La congoja provocó que apenas se diera una ducha, buscara el teléfono y llamara a su cliente.

¿Qué podía hacer para ayudarlo? ¿Acaso tenía solución lo de Ander?

—¿Y esa carita?

Carlos volteó hacia su novio parado en el umbral de la puerta que dividía el comedor de la amplia cocina.

—Nada.

Gabriel negó y le dio una sonrisa.

—Eres muy mal mentiroso.

—A lo mejor tú eres muy bueno, por eso te das cuenta.

Gabriel rio y se acercó a la mesa donde se encontraba su novio. Puso sus manos sobre los hombros y los masajeó. Carlos se dejó llevar por el tacto firme y tranquilizador.

—¿Qué ocurrió?

—Ander recién aparece—pronunció el mánager—, dice que todo está bien, pero es mentira.

—Vamos, una buena follada siempre te resetea.

—Ese será tu caso. —Carlos le dio una sonrisa y cerró los ojos cuando el masaje se intensificó—. Ander tiene otra manera de reaccionar a los conflictos.

Gabriel se carcajeó.

—Hombre, Ander es igual a mí o a Iván. Tenía mis dudas, pero luego de anoche todo cuadró. Estaba caliente con Emmanuel. Liso y llano.

—Emmanuel es un monstruo bajo y ruin—calificó Carlos—.Dime, ¿tú saldrías con el Diablo?

El luchador se encogió de hombros.

—Si folla bien, desde luego que sí.

—¡Gabriel!

—¿Qué?

—Estoy hablando en serio. —Carlos hizo un puchero. Gabriel se mordió el labio inferior.

—Dios, te ves tan lindo cuando frunces la boquita así.

—Cállate—Carlos hizo una mueca. No quería sonreír—, tú siempre me sacas del tema.

—Amor—Gabriel se sentó a su lado y colocó las manos sobre las de Carlos—, ¿cuántas veces te he dicho que no puedes salvar a todo el mundo? ¡Y por lo visto Ander no quiere eso! ¡Déjalo ser!

—Hay mucho dolor en Ander—confesó con tristeza—. Si tu miraras esos ojos como lo hago yo.

—Me ves en ellos, ¿verdad? —indagó Gabriel y Carlos asintió.

—Quiero mostrarle que puede salir adelante como lo hicimos nosotros.

—¡Pues hazlo! —Gabriel lo alentó—¿Sabes cuál es el problema aquí? No deseas solo revelarle la receta, tú quieres que la cumpla a rajatabla ¡Eso es imposible! Vive y deja vivir.

Carlos asintió con pesar. Gabriel asió la taza de café sobre la mesa.

—Esto está frío. Voy a calentarlo. —Iba a ponerse de pie y Carlos lo detuvo.

—No, solo abrázame, ¿sí?—Fue casi una súplica del mánager. Gabriel lo levantó de la silla, e hizo que se trepara a su cintura. Carlos se sostuvo de su hombre y respiró en su cuello —.Vlad estará molesto si un escándalo más compromete a la agencia. —Gabriel le acarició la espalda con ambas manos sobre la bata.

—Tiene como socio a Isra Bréznev, cariño. Ese tipo es sinónimo de problemas y Vlad es consciente de ello.

—Aun así, no me gustaría agregar uno a la larga lista.

—¿Sabes lo que pienso?

—Dime. —Carlos intensificó el agarre sobre su hombre y besó su cuello.

—Quizás sea una locura, pero para mí lo de Ander y Emmanuel es más que odio y calentura, aunque me digas que es el diablo en persona.

—¿Piensas que hay amor? —preguntó Carlos. Gabriel lo observó y se humedeció los labios.

—¿Conoces a tipos que se odiaban y terminaron amándose como descontrolados?

Carlos chasqueó la lengua y le golpeó el pecho.

—Sí, conozco a varios.

—Pues, para mí, estos van a terminar juntos. Eso, si no se matan primero, por supuesto.

«Sin duda he subestimado su libido».

Las lágrimas se escaparon de sus ojos mientras su boca estaba abierta al límite y recibía el enorme trozo de carne. Emmanuel gimió en el asiento trasero de su camioneta, entretanto Ander recibía sus embistes en la cálida cavidad bucal.

Las primeras semanas después del encuentro en el departamento de Ander, las cosas se mantuvieron en calma. Está bien, hablar de calma era un eufemismo. Ander nunca se relajaba. Siempre estaba alerta a su teléfono. A una llamada que le indicara que su enemigo lo necesitaba. Eso lo volvía loco.

Ander no había compartido su secreto con nadie, a excepción de Carlos quien creía que el tema ya estaba más que solucionado. La ansiedad le provocó noche tras noche de insomnio, a la espera de una señal que le demostrara que Emmanuel recordaba el trato.

Una de esas madrugadas, mientras daba vueltas en su cama, Ander tuvo que hacerse esa pregunta incómoda cuya respuesta prefería evitar.

«¿Lo extrañas?».

Cerró los ojos y las lágrimas cayeron en un vendaval. Necesitaba regresar a su vida. La eterna espera lo mataba un poco cada día.

Un mes y medio después de su primer encuentro llegó un nuevo mensaje de Emmanuel.

Bosque de Kudinska, nueve de la noche.

No llegues tarde.

Ander apretó el celular entre sus manos. Contuvo las inmensas ganas de mandarlo a la mierda. Es lo que Emmanuel se merecía. Ese bastardo que se creía con derecho a causarle más problemas que los que ya tenía.

Ahora debía viajar cerca de setenta kilómetros a un pueblito que era conocido por tener un museo militar, y atravesarlo hasta llegar al bosque.

¿Cómo te encuentro?

El bosque es grande.

Yo lo haré.

Fue toda la respuesta que obtuvo de ese idiota. Ander le sacaba la lengua al teléfono y cruzaba los ojos. Imbécil, ¿quién carajo se creía? ¿Irresistible? Era Ander Kovac, la gente se moría por una noche con él, entonces, venía este simio a ponerle reglas ¡Y todo por unas fotos!

Ander contuvo la rabia, inhaló y exhaló varias veces. El resultado fue nulo. Estaba cabreado con la vida, con Emmanuel puto Urich, pero, sobre todo, consigo mismo. Se dio una ducha rápida y se perfumó. Vistió un buzo y un pantalón blanco. Su pelo era un desastre como sucedía con frecuencia ¡Qué más daba! ¡Esto no era una cita ni mucho menos! ¡Iban a follar en un bosque!

Dejó su departamento una hora antes. Condujo con cuidado, atento a que nadie lo siguiera. Se lamentó de no haber tenido esa cautela las veces anteriores. Si lo hubiera hecho, no estaría metido en este lío.

La localidad de Kudinska era un pueblo a sesenta y tres kilómetros de Moscú con una población muy reducida y un extenso bosque en donde se practicaba senderismo. Ander manejó entre la oscuridad una vez que ingresó a esa especie de túnel que formaban los árboles. Detuvo la camioneta y esperó. Emmanuel le había dicho que lo encontraría.

Pasaron alrededor de diez minutos cuando los faros de una Range Rover gris aparecieron en su espejo retrovisor. Emmanuel apagó el motor y le envió un mensaje.

Ven aquí.

Ander se arregló el cabello y se puso la capucha. La noche estaba fría y el buzo no abrigaba lo suficiente. Descendió del vehículo y dio pasos seguros hasta el vehículo de Emmanuel quien continuaba al volante.

Ander llegó hasta la puerta del conductor, y le golpeó el cristal.

—Oye, idiota ¿Estás vivo? —preguntó en voz alta. Emmanuel abrió la puerta sin cuidado y lo empujó hacia atrás—¡Qué mierda te pasa! ¡Fíjate!

—Sube al asiento trasero.

Ander abrió y cerró la boca varias veces. El tono seductor y áspero de Emmanuel lo excitó a un punto escalofriante. Abrió la puerta trasera e hizo lo que su amante le ordenó. Emmanuel lo siguió, subió y activó el seguro. Estaban en completa oscuridad, a excepción de un par de farolas a la entrada del camino.

—Vaya, pensé que ya te habías olvidado de mí. —Ander, como sucedía cuando estaba nervioso, comenzó con su despliegue verborrágico—. Es más, estaba tan tranquilo que...

Los labios de Emmanuel chocaron con los suyos. Ander sintió a su cuerpo convulsionar

como si recibiera una descarga eléctrica. Emmanuel mordió su labio inferior y logró que su boca se abriera para recibir su lengua.

No era un beso. Ander había besado miles de bocas, ninguna se sintió como esa. Furia, desesperación, deseo, arrebato. Todo aquello conformó un cóctel brutal cuyo ingrediente principal fue la lujuria.

Ander envolvió con sus brazos el cuello de su amante. Emmanuel lo besó largo y duro entretanto introdujo su mano derecha debajo del buzo y se encontró con su lindo abdomen tonificado. El beso fue interminable, mejor dicho, fue una seguidilla en donde sus bocas se mantenían unidas y solo se despegaban una milésima de segundo para recibir oxígeno y continuar con su apasionada tarea.

—Quítate esta cosa—Emmanuel estaba desesperado. Su voz trémula le mostró a Ander que estaba tan deseoso como él.

Ander se quitó el buzo, Emmanuel se arrancó del cuerpo el sweater gris junto a una camiseta negra. Sus pieles se rozaron y se fundieron en un abrazo. El calor inundó el estrecho espacio de la camioneta. Emmanuel arrastró el pantalón de su amante hacia abajo. Ander se quitó los tenis y las medias, el pantalón deportivo se deslizó por sus musculosas piernas.

Sus bocas volvieron a encontrarse. Ander gimió en el beso, y Emmanuel sostuvo su hermoso rostro entre sus manos. No había palabras. Solo miradas explicando que la espera fue nefasta.

Emmanuel empujó a su amante sobre el asiento y montó su pecho. Buscó su cremallera y, de inmediato bajó el cierre. Ander abrió la boca, el pene húmedo y endurecido golpeó sus labios. Chupó la punta con suavidad, hizo círculos con su lengua sobre el glande. El juego duró solo un par de minutos. La desesperación de Emmanuel se hizo manifiesta cuando tironeó su cabello y lo instó a tragar su verga. Ander lo hizo. La carne rebalsó su boca, la cual, comprimió arrancando gemidos de placer en ese hombre encima de él que ahora tenía una mano en el asiento y otra sobre el cristal.

Si Ander seguía devorándolo de esa manera se vendría. Rechinó los dientes y se alejó de esa boca que pedía más. Se recostó sobre el cuerpo desnudo, asió el pene de Ander del cual brotaban hilos transparentes que mojaron su mano derecha.

—¿Tienes lubricante? —preguntó Ander entretanto extendía sus piernas y buscaba su entrada para dilatarse. Emmanuel asintió y revisó el bolsillo trasero de su pantalón que estaba a mitad de su cadera. Obtuvo cinco sobres de lubricante. Su amante se rio—¿Qué? ¿Te piensas follar a un batallón?

—No—replicó—, solo a una zorra que le gusta que le den muy duro.

Antes de que Ander respondiera, sus bocas volvieron a unirse. Emmanuel asió las manos del rubio y las colocó sobre su cabeza. Las sostuvo allí con fuerza, su mano derecha buscó la entrada para lubricar.

Las caderas bailaron al son de sus dedos, más tarde lo harían al ritmo de su pelvis impulsada con ímpetu. La lengua audaz de Emmanuel lo recorrió desde el cuello hasta la mandíbula, para luego caer en sus labios. En esa boca hinchada que se había tornado una adicción. Una que extrañó con locura desde aquella noche que cambió el rumbo de su vida sexual, tal y como la conocía.

—¿Te gusta? —Emmanuel musitó sobre su oído. Ander se negó a responder, sin importar la elocuencia de sus gemidos—. Contesta.

Luchó contra su boca que quería gritarle que le encantaba su cuerpo.

—Estás mal de la cabeza. —Un golpe brutal a la próstata provocó un grito de placer.

Emmanuel sonrió con malicia.

—¿Qué pasa? ¿Como no soy uno de esos viejos que te folla no te parezco suficiente?

La mente borracha de lujuria y hormonas revolucionadas le impidió a Ander armar una respuesta coherente a esa idiotez.

—¿Estás celoso, amigo? —Lo desafió como pudo. Su pelvis se movía al ritmo de la de Emmanuel como un engranaje perfecto—. No tienes idea cuánto pueden complacerme.

—Cierra la maldita boca. —Emmanuel lo calló con un nuevo beso. Salió de su interior y Ander respiró—. Date la vuelta, y ponte a cuatro patas. Yo te voy a enseñar lo que es bueno.

Ander se sentó en el asiento. El sudor bañaba su pecho y se mezclaba con la saliva de su amante.

—No tienes lo suficiente. —Ander lo incitó una vez más. Manu lo asió del cabello, y su lengua se deslizó de su boca hacia el cuello.

—¿Quieres apostar?

20 Conversaciones incómodas

—No sabía que fumabas.

Emmanuel observó el cigarrillo, el cual, colgaba entre sus dedos. Ambos se secaban el sudor fuera de la camioneta.

—Yo tampoco.

Ander lo observó con un atisbo de confusión.

—¿Qué? ¿De pronto compraste un paquete de la nada?

—Sí, eso hice. —Le dio una pitada al cigarrillo y se dirigió a la camioneta. Abrió la puerta y se sentó.

«¿Qué hago?».

Ander se preguntó si debía marcharse. Si debía esperar a hablar sobre algo, lo que sea que pasara por la cabeza de ese hombre que había aparecido casi dos meses después y le dio una follada alucinante. Ander tuvo miedo. Desconocía cómo manejar a este Emmanuel. Era demasiado fácil responder burlas, o hablar con desprecio y desdén con el tipo odiado por todos, pero este hombre sereno y taciturno, ¿quién carajo era?

Ander dio pasos hacia la camioneta, abrió la puerta del copiloto y se sentó a su lado. Emmanuel le dio una mirada de soslayo, pero ninguno de los dos emitió palabra. Ander se arregló el buzo blanco, en un intento por negar la inmensa incomodidad que llenaba el ambiente. Un búho ululó en medio de los árboles. El bosque era la oscuridad absoluta, las ramas danzaban y proyectaban formas macabras que despertarían la imaginación asustadiza de cualquiera.

Ander recordó su sueño. Se imaginó corriendo a través del bosque, primero con alegría, después con terror. No alcanzó a dilucidar el motivo por el cual su imaginación le traía el mismo relato onírico.

—El aniversario de la empresa de tu padre es en dos semanas.

Ander se enfocó en el hombre que había terminado su cigarrillo, y ahora se detenía en su mano con la colilla. Ander tragó saliva.

—Si, habrá más de trescientos invitados. Supongo que tu familia irá. La verdad es que desconozco quienes estarán allí.

—Iremos—aseguró Emmanuel—. No te equivoques, nada me importa menos que esa estúpida fiesta, pero mi familia vive de las apariencias, así que, es mi deber.

—Tú también lo haces—afirmó Ander.

—¿En serio? —Emmanuel enarcó la ceja—¿Y qué me dices tú, chico dorado? ¿No es la razón por la que estás aquí? ¿Acaso no te da miedo que tu verdadera cara se muestre en todos lados?

—Te equivocas. —Ander replicó ofendido—. Lo único que quiero evitar es causar sufrimiento a mi familia, pero si solo fuera yo, la cosa sería muy distinta.

—¿Te miras al espejo cuando te dices a ti mismo toda esa mentira? ¿Lo ensayas?—Emmanuel se burló.

—Es la verdad. —Se defendió—. Intento hacer todo aquello que me haga sentir bien, y sé que ir a la fiesta de mi padre no debe ser lindo para alguien como tú.

—¿Alguien como yo?

—Un tipo que me odia.

Emmanuel se mordió el labio inferior, arrojó los restos de cigarro por la ventanilla. Ander frunció el ceño.

—¿Qué carajo acabas de hacer?

—¿Tirar lo que no sirve? —cuestionó con suspicacia.

—Así es como se producen los incendios, idiota. —Ander bajó de la camioneta, encendió la linterna de su celular y buscó la colilla de cigarrillo. Emmanuel se pasó una mano por la cara.

—Estaba apagado.

—No lo estaba—acusó Ander cuando encontró la colilla—¡Mira! ¡Le sale humo!

—Igual que a tu cabeza, ¿y qué con eso?

Ander apagó la colilla arrojándole tierra encima. Estaba allí, en medio de un bosque solo alumbrado con la luz del celular cuidando el medioambiente. Una vez que enterró ese trozo de alquitrán y nicotina dio un suspiro.

—Me voy—pronunció enojado—. Cuando quieras follar me llamas.

—Quizás quiera otras cosas de ti.

—¿Sí? ¿Cuáles? —Ander puso sus manos llenas de tierra en la cintura—. Ambos sabemos que si quisieras algo más ya lo habrías pedido. Te gusta mi culo y mi verga, y vas a usar ambos porque eres consciente de que no tengo escape. Ahí está tu brillante plan. En tu cara, zopenco.

Ander se desplazó a paso rápido hacia su vehículo cuando escuchó que la puerta de la camioneta de su amante se abrió. Genial, ¿ahora qué le pasaba?

Emmanuel lo asió del brazo con fuerza y lo arrojó sobre su propio vehículo.

—¡Oye! ¡No seas bruto!

—¿Bruto? ¿En serio? Después de todo lo que he visto que te hacen, ¿tienes el descaro de llamarme así?

—¿Qué te importa lo que hago? —Ander frunció el ceño—. Es mi problema. Tienes una vida, ¡vívela! ¡Deja de meterte en lo que no te importa!

—Voy a comprometerme con Asia Lukova.

—¿La pechugona sexi? —Ander tragó saliva.

—¿Desde cuándo te gustan las mujeres? —Emmanuel indagó con burla.

—No me gustan, pero si una mujer es una diosa no voy a negarlo—explicó Ander—. No sabía que estabas de nuevo en una relación.

—Hace unos ocho meses—confesó Emmanuel quien puso las manos en los bolsillos. Había tristeza en su semblante, Ander lo notó desde el primer segundo, pero no se animó a preguntar.

—¿Estás enamorado de ella? —Ander quiso atrapar las palabras que salieron de su boca. No era de su incumbencia, pero se encontró con la necesidad imperiosa de saberlo.

—Claro que no—confesó Emmanuel—. Es muy bella y todo, pero no me imagino casado ni con ella, ni con nadie.

Ander se mordió el labio inferior, ¿por qué esa declaración provocó un pequeño dolor en su estómago?

—No me gusta engañar a la gente—afirmó Ander—. Lo mejor será que no nos veamos.

—Eso no depende de ti, Kovac.—Emmanuel le dio una risa socarrona—¿Te has olvidado?

Ander puso los ojos en blanco. Negó con su cabeza sin entender.

—¿Este es tu brillante y demoníaco plan? ¿Follar conmigo? ¡Eres un genio! ¡Cuidado,

Einstein no te pongas nervioso!

—¡Cierra la boca y deja de gritar! —Lo sostuvo de la camiseta.

—Emmanuel, no quiero ponerle los cuernos a tu mujer.

—Estoy arruinado.

—¿Cómo dices? —preguntó Ander y su amante bajó la mirada.

—Mi empresa está en banca rota—confesó—. La compañía será fusionada con la del padre de Asia.

—¿Y qué tienes que ver tú con eso?

—Asia es la debilidad de Oscar Lukov.

Ander entornó los ojos. Genial, era el condimento que les faltaba.

—Eres un prostituto.

—Deja de decir mierda.

—¿Qué quieres que te diga? —cuestionó cada vez más enojado—¿Vas a quedarte con esa mujer por dinero? Eso tiene un solo nombre. Prostitución.

—Vuelve a llamarme así y te golpeo.

—¿Y con eso borrarás la realidad? —Ander se cubrió la cara—. Bien, ya escuché todo por esta noche. Llámame si quieres, o mejor no me llames. Tú decides.

Iba a subir a su vehículo y Emmanuel lo acorraló contra la puerta.

—¿Cómo mierda dices eso? —Sus labios estaban a centímetros. Emmanuel se humedeció los suyos—. Solo espera mi llamado, ¿está bien?

—Mientras tanto, te presentas al lado de Asia con su padre y sus bestias ¡Excelente plan!

—¿Bestias?

—Valentino y Gleb.

— Los hermanos de Asia.

—Esos mismos—Se ubicó en el asiento de cuero. Emmanuel frunció el ceño.

—¿Los conoces?

—Desde siempre—confirmó el rubio—. Fuimos incluso al internado juntos.

—¿Malos recuerdos? —Quiso saber. Ander encendió la camioneta y cerró la puerta.

—Los peores de mi existencia.

—Asia dice que su padre pronto los dejará a cargo de todo.

—No lo dudo—señaló—. Tienen la capacidad de destruir sin inmutarse, sin duda, llevarán a la compañía a la gloria. Tienes suerte, Manu. Sigue teniéndolos de tu lado. Son del tipo de seres con los cuales no debes llevarte mal en ninguna circunstancia.

—Hablas de ellos con mucha seguridad—agregó Emmanuel—. Yo apenas los conozco ahora ¿Estás seguro de que no eran mejores amigos?

—No los he visto desde que tenía catorce años—confesó Ander—, pero te aseguro que monstruos como ellos, no cambian. Cuídate, puede que te odie, pero esos tipos son peligrosos.

—Si alguien va a matarme, ese debes ser tú, ¿verdad? —Emmanuel bromeó para quitarle peso a la conversación. No podía visualizar con claridad a Ander, pero por el tono de su voz estaba a punto de llorar.

—Por supuesto—señaló con voz alegre Ander—. ¿Quién más disfrutaría tanto eso?

21 Pánico

Mansión Kovac, Moscú. Rusia.
Quince días después.

Ander tenía la mano en la cara y se encontraba en una de las mesas dispuestas para la gran celebración de la compañía petroquímica de su padre.

—Ander, ¡has crecido tanto! Recuerdo cuando eras así de pequeñito. —Sonreía por compromiso mientras las amigas libidinosas de su madre se acercaban para tocarlo—¡Mira estos músculos! ¡Eres todo un hombre ahora!

Formaba parte de todo lo que debería aguantar esa noche. Detestaba con el alma las cenas de la empresa. En términos del tenista, solo eran reuniones para que un montón de hombres y mujeres alardearan acerca de quién la tenía más larga. Eran estos momentos en donde Ander cuestionaba su ADN ¿De verdad era hijo de Saphir y Mónica Kovac? Si al menos hubiera tenido un hermano, la desgracia sería compartida, pero no, resultó hijo único.

Sus ojos se iluminaron cuando Felipe Becerra, su mejor amigo, apareció junto a su hermana Raisha.

—Dios, ¿por qué tardaste tanto?

—¿Has visto la prensa? Parece una alfombra roja ahí.

—Sí, todos esos metiches a la espera de una noticia succulenta. Pierden su tiempo. Nadie aquí les dará ese gusto.

Ander saludó a Raisha y los tres se sentaron en la mesa. De inmediato les trajeron una copa de champagne para cada uno.

—¿Tu padre?

—Por allí. —Ander señaló—. Mostrando su enorme fiesta.

—Ya, no lo juzgues.

—¿Has visto a su nueva secretaria?—señaló con la cabeza—. La tiene de la mano delante de mi madre. Ni siquiera guarda ese mínimo respeto.

—Ander...

—Me enerva. Tú sabes que yo todo me lo tomo a broma, pero esto es imposible. Me supera la hipocresía.

—Mira, si no te calmas...—Las palabras murieron en la boca de Felipe cuando vio ingresar al enorme hombre en esmoquin negro y camisa nívea—. Mierda.

—¿Qué? —Ander enfocó su vista en la persona que había llegado y contuvo una maldición—¿Es en serio?

Felipe se rascó el lateral de la cabeza con un dedo. Raisha, que estaba charlando con una mujer a su lado, detuvo todo movimiento y observó a Ander.

—Ignóralo. —Felipe dio un suspiro—. Mientras esté lejos de nosotros todo estará bien.

—¿Viene hacia acá? —Raisha abrió la boca. Felipe maldijo entre dientes. Genial, una de las sillas vacías pertenecía a Emmanuel Urich.

—Buenas noches—dijo con una sonrisa de oreja a oreja. Ander se concentró en la copa transpirada.

Tenía miedo de levantar la vista y no por las razones que Felipe creía. Emmanuel estaba demasiado guapo y tentador. El aroma de su clásico perfume impregnó el ambiente. Era su sello, una marca indiscutible que hacía que el mundo supiera que él había llegado.

«Un león meando su espacio para que todo el mundo supiera que le pertenecía».

—Buenas noches. —Todos respondieron, excepto Ander. Emmanuel se humedeció los labios y tomó la silla al lado del hombre. Acercó su rostro a su oído. Su respiración causó un escalofrío—¿No piensas saludar? ¿O mi verga te rompió las cuerdas vocales anoche?

Una corriente eléctrica viajó desde la cabeza y golpeó su parte baja. Ander asió la copa de champagne y vació el contenido.

—Tranquilo—expresó—, si tú te puedes sentar, de seguro yo puedo hablar. No me apetece saludar a un imbécil que no se molestó en confirmarme que lo encontraría aquí.

—No iba a hacerlo, pero fue asunto de último momento. Ya hemos hablado de las apariencias, ¿verdad?—Emmanuel tenía su vista en la gente que iba y venía. Felipe frunció el ceño sin entender qué les pasaba a los dos—, pero aquí estoy. Listo para el discurso de tu padre.

Ander le hizo seña a uno de los camareros para que llenara de nuevo su copa. Iba a matar a los de la organización, ¿por qué los ubicaron juntos? ¿Acaso no sabían que ellos no se soportaban? Y ese perfume que venía en oleadas, Dios, era una tortura.

El aire se cortaba con un cuchillo en la mesa. Ander rogó que la noche terminara. Una cosa era estar debajo de Emmanuel en penumbras gimiendo su nombre en el bosque o en su habitación, otra tenerlo a su lado como si nada pasara.

—Me hice una cuenta. Seguí tu consejo—susurró Felipe y Ander parpadeó.

—¿Qué?

—La suscripción en Tinder—aclaró—, lo que me recomendaste para conseguir a alguien.

—¡Claro! ¡La cuenta! —Ander al fin hilvanó una idea—. Vaya, ¿quién lo diría de nuestro Felipe? ¡Se está haciendo mayor!

—Cállate. Habla bajo. —Felipe le reclamó a Ander quien bebió una vez más todo el contenido de su copa—. Oye, ¿desde cuándo bebes así?

—No lo entenderías. —Ander no estaba dispuesto a explicar lo que sucedía con el sujeto a su lado, el cual, no le quitaba los ojos de encima.

¡Es que había que ponerse en sus zapatos, maldición! Emmanuel estuvo debajo de él horas antes. Ander lo chupó hasta dejarlo inconsciente, y ahora ambos debían fingir que apenas se soportaban.

«Siempre dices que lo odias, ¿por qué debería ser diferente?».

Ander enterró esa duda mental y se arregló un mechón de pelo rebelde que caía sobre su rostro. El esmoquin gris no le favorecía, o tal vez sí, si tenía en cuenta las miradas babeantes de todos los presentes.

Su padre subió al escenario en ese instante y todos se pusieron de pie para aplaudirlo. Mónica, madre de Ander, lo acompañó con su sonrisa impecable y sus ojos gélidos. El tenista pensó que ella carecía de motivos para ser feliz, excepto sus triunfos. Sus manos apenas se rozaron. El lenguaje corporal era nítido como un cristal. Esas personas no se toleraban, solo guardaban apariencias.

—Buenas noches.

Ander quedó estático cuando escuchó esa voz. Llevaba años sin oírla, y podía continuar así por lo que le restaba de vida. Había cambiado, el tono era grave y masculino. El tenista mantuvo su vista en el escenario pese a que cada parte de su cuerpo comenzó a temblar.

—Hey, no esperaba encontrarlos aquí. —Emmanuel dio una sonrisa para los dos hombres

que se aproximaron a la mesa.

—Si, justo a tiempo al parecer ¿Cómo has estado Kovac? Tiempo sin verte.

Ander se percató de que Felipe y Raisha estaban atentos a él. No tenía opción. Se le daba bien fingir, era capaz de seguir haciéndolo. Levantó su vista del piso y se encontró con los ojos azules más escalofriantes que vio en su vida. Medía alrededor de dos metros, unos centímetros menos, quizás. Llevaba un esmoquin negro, como la mayor parte de los presentes y tenía en su mano una copa de champagne.

—*Corre, Andrea. Estamos cerca, cerdita.*

—*Mi nombre es Ander.*

—*¿En serio? Para mí, eres una cerdita, la cual, debe bajar unos cuantos kilos.*

—*¡No! ¡Suéltame!*

—*Sosténgalo.*

Las manos frías se oprimieron a su cuello como aquella vez. Ander sintió la cercanía de ese monstruo y anheló correr, zafarse del agarre y ser más rápido que ellos, más delgado, ser más. Otra persona, más mayor, más fuerte, invulnerable. Alguien a quien las bestias no pudieran dañar. Su mirada se encontró frente al imponente hombre. El miedo todavía allí. Ander fue consciente de que seguía siendo el mismo adolescente excedido de peso que luchaba por sobrevivir contra sus abusadores.

—Hola, Gleb. —Tragó saliva cuando una sonrisa demoníaca se formó en el horrible rostro de esa mole. Las memorias estallaron en su cabeza y la ira amenazó con desatar una tormenta en una isla que, por años, intentó albergar el sol y la calidez—. Gracias infinitas por estar aquí.

Ander regresó al discurso de su padre después del sarcasmo. De ese hombre que ignoraba todo lo que su hijo sufrió en aquel internado para adolescentes adinerados. En ese momento, Ander habría cambiado todo por vivir en paz, porque su mente borrara para siempre a Gleb y Valentino Lukov.

—Esta empresa es mi segundo mayor orgullo—relató Saphir sobre el escenario con la luz blanca que lo iluminaba—. Es mi paz y mi sostén. No concibo mi vida sin mi trabajo. Lo sé, soy un viejo ermitaño que vive para sus negocios.

Los presentes rieron, el bastardo Gleb Lukov también. No tenía derecho a estar ahí. Ander era el heredero del imperio de Saphir. Debería sacarlo a patadas, vengarse por todos los golpes y vejaciones que debió atravesar. Sostuvo su mano con la otra, la copa entre ellas y el líquido estuvo a punto de derramarse por el movimiento.

Ander estaba al borde del desmayo. Las náuseas golpearon su estómago como tantas veces ¿Por qué debía quedarse ahí? ¿A su padre le importaría si se marchara?

Los sentimientos brotaron y generaron una opresión en el pecho que lo rompería y haría caer de rodillas. Ander no aguantó un segundo más. Con las piernas que apenas lo sostenían, dejó la copa sobre la mesa y caminó hacia los baños. Esquivó a las personas que le daban una sonrisa. Su rostro pálido y sus labios violáceos denotaron que estaba enfermo.

Empujó la puerta e ingresó a uno de los cubículos. De inmediato vació todo el alcohol que albergaba su estómago por la boca. El asco no se iba. Era una sensación perpetua, una tortura que lo llevaba a odiarse a sí mismo como nada en el mundo.

—*¡No quiero comer eso!*

—*¡Vas a tragarte esa mierda, de lo contrario le diré a todo el mundo que eres un sucio marica!*

El sabor de las heces todavía estaba en sus pupilas gustativas. Nunca se iría de ahí. Como

tampoco la sensación de asfixia y terror cuando hundían su cabeza en el inodoro.

«¿Por qué? ¿Qué hice de malo?».

Cada día Ander se lo preguntó. Cada día esperó una respuesta que jamás llegaría.

«Gleb Lukov».

Su nombre todavía le causaba escozor. Nunca dejaría de hacerlo. El bastardo dejó su marca en su cuerpo incluso.

—*No mereces nada. Las personas como tú deberían suicidarse.*

—*¿Por qué me haces esto?*

—*Porque puedo, y sabes que te lo mereces.*

Ander afirmó su espalda en la pared de azulejos blancos y resbaló por ella. Se hizo un ovillo y desbordó en llanto. Más allá de esos muros escuchaba a su padre llamándolo al escenario. Ander era incapaz de salir en ese momento. La vergüenza fue el motor del silencio en esa época oscura de su vida en donde perdió el corazón y la inocencia. La vergüenza seguía siendo el aliciente para continuar en ese mundo de mentira.

—Ander. —El hombre sacudió su cabeza y limpió las lágrimas—¡Ander!

—¡Aquí estoy! —respondió en un tono firme.

—¿Estás bien?

—¿Desde cuándo te importa si estoy bien?

Emmanuel empujó la puerta del cubículo. Ander se limpiaba el rostro demacrado. El hombre se acercó.

—¿Qué te sucede?

—Nada. —Su voz se entrecortó. De un momento a otro, volvió a caer en un llanto estremecedor.

No había burla ni doble sentido en el semblante de Emmanuel. Estaba consternado por lo ocurrido, incluso cuando sin la comprensión de lo que sucedía. Ander quiso apartarlo, pero él no lo permitió. Su cuerpo lo aplastó contra la pared. Ander buscaba cubrirse el rostro, y su amante le sostuvo las manos.

—¿Necesitas un médico? —preguntó. Ander negó.

—Quiero irme de aquí, irme lejos donde nadie me conozca.

—Ven conmigo.

—No puedo. —Ander se quejó cuando Emmanuel lo tironeó.

—No te lo estoy preguntando, Kovac—replicó—. Es una orden, y vas a obedecerme.

22 Compañeros

—¿Qué es este lugar?

Emmanuel empujó la puerta de la minúscula cabaña a las afueras de Moscú.

—Pasa—esgrimió—. Hace frío.

Ander tragó saliva y se mantuvo estático en el porche de madera. Emmanuel lo asió de la mano y lo obligó a avanzar. Una vez que ingresó, la puerta se cerró tras de sí. Era un desastre. Sus ojos estaban enrojecidos, y todavía había en su cuerpo resabios del ataque de pánico sufrido en la fiesta de su padre. El celular sonó una y otra vez. Felipe, su padre, su madre, Carlos incluso. Todos querían saber dónde estaba. .

—Apaga eso. —Emmanuel se lo quitó y fue él mismo quien realizó la acción—. No te van a dejar en paz.

—Se preocupan—replicó Ander—. He dejado la fiesta sin explicación. Resulta obvio que se harán preguntas.

—¿Tienes ganas de regresar entonces?

—Yo no he dicho eso. —Levantó la voz—. Te estoy mostrando su punto de vista, y estoy seguro, de que también hablarán de ti.

La cabaña era una construcción híbrida de madera y piedra, emanaba calidez en cada lugar. Las luces de las lámparas colgantes eran acogedoras. Había una mesa y sillas de aspecto rústico, y, a un costado, un aparador con algunos vasos y platos. La encimera era de estilo campestre como todo el mobiliario de la cabaña. El sitio estaba limpio y demasiado ordenado para que alguien pasara muchas horas allí. Un par de escalones dividían el espacio de la cocina y el comedor con el de la reducida sala donde había tres sillones de cuero marrón, una mesa ratona y una alfombra de piel del mismo tono sobre el piso. Una chimenea con leños listos para encender los invitó a darle calor a ese lugar. Las cortinas de tela blanca cubrían las ventanas de la cocina y la sala para alejar cualquier mirada curiosa que pudiera notar movimiento en el interior del lugar. Ander visualizó una puerta de madera con un dibujo de un caballo tallado de manera artesanal sobre él, supuso que esa era la habitación.

Ander siguió a Emmanuel hasta la sala. Este agarró una caja de fósforos que estaba sobre la estructura de madera de la chimenea y la encendió. Ander dio pasos hacia el sofá más cercano al fuego y se acurrucó. Su cuerpo estaba helado.

Emmanuel estaba de cuclillas y puso sus manos cerca para calentarlas una vez que el fuego creció. Ander percibió que sus mejillas comenzaban a acalorarse, y el motivo no era la calidez del ambiente. Observó a su amante quien estaba concentrado en las llamas de la chimenea.

—Te debe parecer muy gracioso—dijo avergonzado—.Ahora tendrás material para burlarte de mí de aquí a la eternidad.

—Tengo suficiente para mofarme de ti—replicó Emmanuel—. No necesito hablar de tu ataque de pánico para hacerlo.

—No fue un ataque de pánico. —Se defendió.

—Por supuesto. —Emmanuel contuvo el sarcasmo—. Mira, si no quieres decir qué te pasa, está bien, pero no me vengas con mentiras que yo de eso ya tengo la cabeza llena.

Ander frunció los labios y contuvo un insulto. Emmanuel se irguió y puso las manos en la cintura. Escrutó a ese hombre sentado en el sofá, de brazos cruzados, temblando, con esos ojos grises plagados de tristeza y desolación.

«¿Qué estás haciendo?».

Esto no era parte del trato, Emmanuel solo obtendría sexo de él y punto, hasta encontrarle un mejor uso a la información incriminatoria del verdadero Ander ¿Por qué lo sacó de la fiesta? ¿Por qué lo llevó a un lugar que era solo suyo?

Caminó de un lado a otro, confundido por el silencio, por ese hombre que lo observó a la espera de su próximo movimiento. Su cabellera platinada estaba en un completo descontrol. Mechones desordenados caían sobre el rostro perfecto. Sus labios lucían más apetecibles iluminados al calor de las llamas amarillas y naranja.

—Hay sonrisas que esconden mil lágrimas. —Emmanuel se humedeció los labios—. Dime, ¿cuántas esconde la tuya?

Ander rio entre nervioso y sorprendido.

—¿Una palabra dulce en la boca de Emmanuel Urich? ¿Quién lo habría imaginado?

Emmanuel dio pasos firmes hacia el hombre vulnerable que ahora se ponía de pie. Estaban frente a frente. El fuego de la chimenea creaba luces y sombras. Revelaba gestos y ocultaba otros, pero las pupilas grises dilatadas fueron señal suficiente para avanzar, así que lo hizo. Asió el rostro suave y libre de vello entre sus manos y lo devoró.

Un beso cruento y despiadado que Ander recibió gustoso y lo llenó de calma y estabilidad. Era una locura encontrar paz en los brazos del enemigo, pero ese era justamente su karma. Este juego macabro de tira y afloja en donde cada día que pasaba se perdían un poco más, aunque, ninguno lo reconociera.

Las manos se deslizaron sobre los duros pectorales cubiertos por la camisa y el esmoquin. Los dedos trémulos de Ander buscaron los botones de Emmanuel, y este los suyos. Sus bocas parecían unidas por un cordón inquebrantable que les impedía retroceder. Querían todo del otro. Sin palabras de amor y romance, sin susurros de promesas eternas. Puro deseo y fricción. Subyugación y dominio. Es a lo que Ander estaba acostumbrado, es a lo que Emmanuel se adaptó a medida que los encuentros con su peor enemigo fueron aumentando en intensidad y periodicidad. Había existido un espacio cercano a dos meses entre su primer encuentro y el segundo. Después de eso, todo fue un borrón de lascivia y descontrol que los hundió cada vez más en la oscuridad. En la dulce oscuridad de lo prohibido.

Ander gimió y el cuerpo desnudo de su amante se oprimió contra el suyo. El calor corporal se fundió con el fuego del ambiente. Sus manos iban y venían por la suave estructura del otro, como si fuera la primera vez que se observaban, como si todos los encuentros anteriores solo fueran un aperitivo del verdadero deseo. De este sentimiento que latía entre ellos y que amenazaba con tornarlos cenizas si le daban rienda suelta.

—Fóllame. —Ander asió entre sus manos la verga húmeda y mordió el labio inferior de su amante—. Por favor.

—¿Estás rogando? —Lo sujetó del cabello al ras, sin darle posibilidad de escape. Ander se quejó—¿Me estás rogando a mí, Emmanuel Urich, una follada?

—Sí, imbécil. —rugió entre dientes—. Dame esta verga ahora. Duro y profundo como nos gusta a ambos ¿O qué? ¿No estás dispuesto?

Emmanuel le escupió el rostro. Ander cerró los ojos y notó los dedos firmes que esparcían la saliva por su mentón y su cuello para luego pincelarlo con la lengua. Si, puede que Manu jamás hubiera practicado BDSM, pero estaba claro qué lugar era su preferido.

La lengua de su amante se deslizó por su cuello para instalarse en su pecho. Ander se quejó cuando dio dos chupetones intensos sobre el pezón derecho.

—Más—clamó desesperado—, por favor.

En su vida pronunció tantas veces esos dos vocablos, y de seguro Emmanuel se mofaría de ello lo que le restaba de vida, pero, en ese momento, carecía de importancia. Necesitaba a ese hombre en su interior. Furioso y potente. Necesitaba a alguien que lo hiciera olvidar del pasado, que le tocaba la puerta de manera insistente con una sonrisa desquiciada en el semblante.

Emmanuel lo arrojó sobre el sillón, extendió sus piernas y se perdió entre ellas. Salpicó de besos y chupetones su ingle, observó el pene húmedo y luego sus ojos oscuros fueron hacia Ander. Emmanuel le dio una media sonrisa, sujetó el pene escurridizo y sacó su lengua. Rodeo el glande una y otra vez. Su amante se retorció en el sofá.

—Alguien está desesperado hoy.

—Vaya, ¡qué inteligente eres! —exclamó sarcástico Ander. Emmanuel le apretó su virilidad y el hombre dio un grito.

—¿Se te olvida quién está al mando chico dorado?

—Vete al carajo. —Los ojos de Ander estaban oscurecidos por la excitación.

Emmanuel hundió su boca en la carne tibia y rígida. Los ojos de Ander se pusieron en blanco y un escandaloso gemido salió de su boca. Sus caderas se impulsaron hacia arriba, pero Emmanuel lo detuvo, y solo se dedicó a succionar y a jugar con su lengua que iba y venía con rapidez sobre la parte media. Ander estaba al borde del desmayo.

Abandonó la carne con un erótico sonido. La lengua despierta y entusiasmada lo recorrió una vez hasta el mentón en donde su boca se cerró para dar un chupetón. Ander lo abrazó y lo permitió. Podía marcarlo, podía hacer lo que quisiera con él esa noche.

—Ven. —Emmanuel se puso de pie y tiró de los brazos de Ander para sacarlo del sillón. Lo guio desnudo hasta el dormitorio donde los esperaba una enorme cama cubierta por un edredón de piel y sábanas blancas. Había un guardarropa rústico, dos mesas de noche y otra chimenea.

Emmanuel tiró del cubrecama con toda su fuerza para liberar la cama y solo dejar a la vista sábanas blancas impecables. Arrojó a Ander sobre ellas, y de inmediato tomó su lugar encima del cuerpo tibio ansioso de todo lo que deseara hacerle esa noche.

Las piernas de Ander se enredaron de inmediato a la cintura, sus penes se friccionaron. Los gemidos se mezclaron de la misma manera que sus fluidos corporales que empapaban su abdomen y parte baja.

Emmanuel aflojó el agarre y se levantó. Ander quiso seguirlo, y el hombre lo detuvo.

—Quieto ahí. —Desnudo como estaba caminó hacia el guardarropa donde encontró una corbata. Ander se sentó en la cama sobre sus talones.

Emmanuel retorció la corbata en sus manos ante la imagen de su rival que, sin dudar un segundo, era el más bello del mundo. Dio pasos seguros hacia el filo de la cama, y Ander gateó hasta allí.

—Dame tus manos—ordenó con voz rígida. Ander estuvo a punto de correrse. Jamás se había excitado tanto con una orden en su vida.

El hombre anudó la corbata en sus muñecas, luego lo asió del pelo una vez más e hizo que lo observara.

—Dios. —Emmanuel nunca podría borrar de su mente el rostro de Ander en medio del polvazo de su vida— ¿Por qué tienes que ser así?

—¿Así cómo? —Lo provocó como era su costumbre. Sus manos juntas se cerraron sobre

el pene para masturbarlo—¿Te molesta mi cara?

—Mucho—replicó. Su pulgar se hundió en los labios gruesos rojo cereza—. Demasiado.

El hombre volvió a sostenerlo del cabello e hizo que la cabeza de Ander descendiera hasta el lugar donde sus manos jugaban. Lo masturbó con sus manos y su boca. Emmanuel se negó a perder detalle. Si esto estaba mal, si esto era una abominación, pues la disfrutaría todo el tiempo que pudiera. Lo empujó en la cama. Se montó sobre su pecho. Ander puso sus manos sobre su cabeza para que no molestaran. Emmanuel escrutó los sensibles pezones rojos y sus pulgares hicieron círculos sobre ellos. Ander llevó su rostro a un costado. Manu ajustó sus manos en los pectorales y los unió. El pene se deslizó en la sensible piel blanquecina. Ander se retorció debajo de ese hombre poderoso que no era el mejor de los dominantes, pero tenía el talento de quebrar su buen juicio solo con un beso.

La verga de Emmanuel golpeó sobre los pezones y se dirigió una vez más hacia su boca. Lo atragantó, el pene largo y grueso embistió sin contemplación. La mandíbula de Ander se relajó y se dedicó a disfrutar del sabor.

—Tengo algunas «cosas» que me gustaría probar contigo ¿Te atreves? —El rostro de Emmanuel había mutado a un hombre perdido en la lujuria, seguro de sí mismo y de lo que provocaba. Ander asintió con la cabeza—. Quiero palabras.

—Sí. —Ander se humedeció los labios y saboreó el líquido preseminal—. Lo quiero.

Emmanuel sonrió y buscó en la mesa de noche una botella de lubricante y un consolador. Ander frunció el ceño, ¿eso era todo? Su rival volvió a besarlo, mientras embadurnaba sus dedos con el lubricante y empezaba a masturbarlo. Ander jadeó, su pelvis se balanceó logrando que el pene se deslizara sobre la mano experta. La dureza aumentó en esa parte sensible. Emmanuel llevó las manos atadas por la corbata sobre su cabeza y buscó su entrada. Las lágrimas se acumularon a los costados de los ojos de Ander. La excitación barrió como un incendio forestal de magnitudes épicas sobre su piel con cada beso de Emmanuel.

—Estoy ardiendo—susurró perdido en las sensaciones. Las falanges dilataban su entrada—. Tengo tanto calor.

Emmanuel sonrió, pero no dijo una palabra. El consolador embadurnado en lubricante ingresó sin problemas. Ander arqueó su espalda cuando el maldito lo llevó a la máxima potencia.

—Me encanta verte así—susurró sobre su rostro—. Bañado en sudor por mí.

—Fóllame. —En el tiempo en que llevaba como sumiso, Ander nunca le rogó a un dom para que lo tomase. Ese pensamiento le causó escalofríos, pero no lo detuvo.

«Quiero que me hagas tuyo».

Le agradeció a esa minúscula porción de cerebro que todavía cuidaba su dignidad.

Los dedos gruesos de Emmanuel embadurnaron su hombría. Ander estaba a punto de babear como un perro en celo por ese trozo de carne. Emmanuel le llevó las piernas sobre sus hombros y lo embistió. Una estocada intensa y profunda, sin delicadezas o miramientos. Eran dos machos en celo cuyo deseo debía liberarse.

Los embistes rápidos y duros hicieron crujir la cama. Las caderas audaces de ambos tenistas confluyeron con hambre y desesperación. Emmanuel estaba inclinado y se hundía completo sobre el cuerpo de su amante que se masturbaba y pedía más como un desquiciado.

¿Qué sucedería cuando Emmanuel se hartara de chantajearlo? ¿Qué pasaría cuando ambos dejaran ir las excusas?

Los ojos grises de Ander se abrieron y se encontraron con ese hombre de ojos oscuros que lo observaba como un depredador ansioso y satisfecho. Lo tenía donde quería. Pensó en las veces en que lo debió haber imaginado así de subyugado. Emmanuel le retorció los pezones con

sus dedos. Ander sollozó y tiró de la corbata para liberar sus muñecas, ansioso de tocar a este hombre.

Las estocadas golpearon su próstata con violencia. Ander abrió la boca en gritos silenciosos, las lágrimas se deslizaron a los costados de sus ojos. Su vista se empañó, pero la liberación no llegó. Quería más, cada embiste lo invitó a seguir en esta carrera en donde los dos saldrían vencedores.

Emmanuel se arrojó sobre él y lo volteó como un muñeco de trapo. Volvió a penetrarlo y Ander, sin posibilidad de escape del cruento agarre, mordió las sábanas entretanto las estocadas furiosas lo sacudieron a él y a su amante. Emmanuel lo cubrió con su cuerpo, cruzó su brazo a la altura de su cuello y presionó. Ander recibió los embistes y abrió la boca en busca del oxígeno que apenas ingresaba. Ese hombre no era un dom, pero sin duda tenía un talento natural para ello. Quizás, algún día, se lo propondría.

«Eso nunca pasará».

Se recordó a sí mismo que era solo un juguete momentáneo. Ander cerró los ojos y Emmanuel bajó los brazos a su cintura y lo giró sobre él en la cama.

—Manu.

—¿Te he dado orden de hablar? —preguntó con voz ronca mientras que, salió de él, extendió sus piernas, introdujo sus manos por debajo de las rodillas y embistió.

Ander estaba prácticamente sentado sobre su amante. El agarre visceral a la altura de sus rodillas dolía. Emmanuel levantó su pelvis y lo embistió como si no hubiera un mañana. Ninguno de los dos estaba cerca de venirse, y esto fue lo que le llamó la atención a Ander mientras gemía e intentaba no caerse de encima de su amante debido a que tenía las manos atadas.

Minuto tras minuto de gemidos, embestidas, chupetones en el cuello, y mordidas. Ander llevó su rostro al intenso hombre que le estaba dando sexo del bueno. Sus miradas se encontraron, y Ander se estremeció. Emmanuel capturó sus labios, al tiempo que volvía a sostenerlo de la cintura y lo colocaba de costado para continuar sus embestidas sin salir de él.

—El lubricante.

—¿Qué hay con el lubricante? —Emmanuel jadeó cerca de sus labios y le dio un lametón a su tierna boca.

—Eres un bastardo.

—¿Por qué? —Un empuje profundo provocó un chillido en Ander—. Estuve pensando que a los de tu clase les gusta el sexo maratónico. Nada mejor que un lubricante que ayude a ese cometido.

—¿A los de mi clase? —Ander jadeó—¿Y a qué clase perteneces tú, perverso?

Emmanuel desató sus muñecas y las acarició. El movimiento de sus caderas se tornó lento y profundo. Sus manos recorrieron el cuerpo ardoroso que se deshacía en sus manos desde el pene hasta el cuello. Ander unió su espalda un poco más a su amante. Su mano fue hasta la cadera y alentó al hombre a ir más adentro.

—Soy de los que se dejan llevar. —Emmanuel abandonó su interior y se posicionó entre sus piernas para tenerlo de frente. Dio un nuevo chupetón sobre el pezón derecho que ya estaba adolorido—. Soy de los que toma lo que quiere, y al que quiere.

—Tienes suerte. —Las caderas volvieron a incitarse y el vaivén aumentó su velocidad—. Los de mi clase adoran a los de tu tipo, así que creo que nos llevaremos bien.

—¿Bien? —Emmanuel sonrió y le mordió el mentón—¿Esa palabra nos queda a nosotros?

—Sí, a puertas cerradas somos «grandes compañeros».

23 Confesiones inesperadas

—¿Cómo puedes ser tan imbécil y follar tan bien?

Emmanuel se carcajeó ante la pregunta de su rival. Se mordió el labio inferior y con la punta de sus dedos recorrió la espalda sudada de ese hombre que continuaba boca abajo desde hacía media hora y que desconocía si, al menos, sería capaz de caminar.

Los dedos trazaron dibujos sobre la espalda musculosa pletórica de antiguas cicatrices. Emmanuel tosió y se removió incómodo al pensar en todos los hombres que pasaron por el cuerpo de Ander.

«Y todos los que vendrán».

¿Por qué le importaba? Emmanuel tenía una novia, una mujer que pronto sería su prometida, con la cual se casaría y tendría hijos. Ander también seguiría su camino. La fecha de caducidad de esta locura estaba cerca. Su dedo índice y medio viajaron por la columna vertebral hasta la zona del coxis. La imponente mariposa de vetas azules turquesa y negras se alzaba con belleza indiscutible. Ander tenía mucho de mariposa. Su ímpetu, la fuerza para levantarse y alzar vuelo. No había que ser un genio para darse cuenta también de los problemas de autoestima que tenía una persona, a la cual, le gustaba que la golpearan.

«Castigo».

El vocablo se oyó fuerte y claro en sus oídos, y las preguntas se atiborraron en su garganta, ávidas por salir y quitarle peso a su curiosidad.

Ander se tensó cuando su amante acarició e hizo círculos sobre el dibujo.

—No hagas eso. —Quiso desligarse de su agarre y Emmanuel lo inmovilizó.

—¿Qué hay aquí? —musitó sobre su oído en un tonto de comprensión—¿Qué escondes?

—Nada que te incumba—replicó Ander enojado—. Suéltame, debo irme.

—¿Qué pasa con Gleb Lukov?

—¿Qué? —Ander se incorporó—¿De qué estás hablando?

Ander se incorporó, intentó caminar y tambaleó. Las caderas pesaban una tonelada. Se sentó en la cama para reponerse. Emmanuel, que estaba recostado de lado en la cama, no le quitó la vista de encima.

—Estabas normal—argumentó—. Me provocaste como siempre incluso. Tu ataque de pánico se originó cuando Gleb se acercó a la mesa y se ubicó a nuestro lado.

—Cielos, eres un investigador muy perspicaz—esgrimió Ander con sarcasmo—. Casi te pareces a tu primo Sasha.

—Si fuera como él no te preguntaría qué carajo te pasa—aclaró—. Segundo punto. Soy observador, me gusta analizar las debilidades de mis rivales, y fue imposible negar que tu estado anímico apareció cuando mi cuñado llegó.

—No sabes nada. —Ander caminó hacia la sala donde estaba su ropa. El semen corría por su pierna, pero estaba decidido a ignorarlo y huir de ahí.

—Entonces, ¡ilumíname! —gritó Emmanuel quien venía desnudo detrás de él. Le quitó el pantalón de las manos—. Anda, cuéntame qué te hizo ese bastardo.

—¿Por qué haces esto? —Las lágrimas atiborraron sus ojos—¿Por qué no me dejas en paz? ¿Eres como ellos acaso?

—¿Cómo son ellos? —No dejaría de preguntar. Quería conocer esa parte oscura de Ander. Estaba atrapado.

—Ocurrió hace mucho tiempo—confesó Ander—. Se supone que debería olvidarlo y seguir adelante, pero no puedo. No puedo, de verdad.

Se cubrió el rostro con sus manos y se desmoronó en llanto. Emmanuel se mantuvo estoico a su lado.

—¿Ellos te forzaron? —De lo único que tuvo miedo, en ese instante, fue de las consecuencias que pudiera traer la respuesta de su amante.

—No sexualmente si es lo que preguntas—masculló Ander—. Igual fueron aberraciones, y me da rabia ser incapaz de seguir con mi vida.

Emmanuel asió sus manos y las apretó entre las suyas. Lo llevó hasta el sofá. Los leños de la chimenea, a esa altura, se habían convertido en brasas.

—Fueron los cuatro años más terribles de mi vida. —Ander tenía su vista en las cenizas—. Gleb y Valentino junto a su grupo me golpeaban todo el tiempo. Me humillaban escribiendo cosas en las paredes, en mis cuadernos, pero llegó a un punto máximo una tarde de enero cuando las clases finalizaron.

El corazón de Emmanuel galopaba en su pecho ante el relato de ese hombre que en nada se parecía al famoso «chico dorado». Este ser tenía necesidad de protección y amor. Hizo puño sus manos ¿Cómo podía consolarlo?

—Debí haberme marchado a las habitaciones en ese momento—relató—, pero mi vejiga estaba hinchada, así que me decidí y fui a los baños. El sitio estaba vacío. Temblaba de miedo porque era consciente de que, en cualquier momento, podían aparecer. Me encerré en el cubículo. Estaba terminando cuando escuché pasos, y de inmediato supe quiénes eran.

»La mente me juega bromitas macabras a veces. —Ander dio una risilla nerviosa—. Me imagino que ellos regresan y me dañan, aunque hace años que ya no pueden hacer eso. Simplemente no puedo parar de pensarlo.

—¿Qué ocurrió en el baño, Ander?

El muchacho dio un suspiro. Estaba allí con un hombre que lo odiaba, con un ser que lo chantajeaba, y con el que tenía encuentros sexuales una y otra vez.

—Abrieron la puerta del cubículo, me arrastraron hacia afuera. —Ander contuvo un sollozo y movió sus manos—. Grité tan fuerte como mis pulmones lo permitieron, pero nadie me escuchó, nadie me ayudó. Estaba solo, siempre lo había estado. Lo sigo estando. —Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano derecha—. Me llevaron al cubículo de al lado, en el inodoro flotaba el excremento, y...—La voz se le entrecortó. Emmanuel tensó la mandíbula y contuvo el ataque de ira—. Me hundieron la cabeza allí. El vómito escaló en mi garganta, pero no se detuvieron. Mi rostro, mi cuello, mi cabello, mis ropas, todo estaba lleno de mierda mientras ellos gritaban y reían. Gleb me golpeó la cabeza contra los azulejos, recuerdo que casi me desmayé y volvió a introducir mi cabeza allí. Me decía que comiera el estiércol porque era una cerdita.

Emmanuel lo abrazó, porque fue incapaz de mantenerse impasible ante tanto dolor. Ander se equivocaba, él no era como Sasha.

—El estómago se me revuelve cada vez que el sentimiento viene a mí—continuó— ¿Cómo carajo pude permitirles eso? ¡¿Cómo pude?!

—Tú no les permitiste nada ¡No fue tu culpa hombre! —exclamó Emmanuel mientras lo abrazaba al punto de la asfixia—. Deja de pensar así, ¿no ves que te lastimas?

Ander cerró los ojos y respiró en el cuello de Emmanuel. El aroma masculino. Una

mezcla exquisita de colonia y sudor.

—Gleb fue quien hizo la cicatriz en mi espalda—relató Ander y Emmanuel cerró los ojos—. No conforme con alimentarme con mierda, sacaron una navaja. Me quedé estático cuando la pasaron por mi cara. Valentino y un amigo de ellos me sujetaron de los brazos. Gleb se reía, el olor a mierda era nauseabundo. Me preguntó dónde quería una marca de su nombre. Una muestra de afecto para que nunca me olvidara de él. No respondí por supuesto.

»Rogué clemencia a seres monstruosos, aun sabiendo que jamás me la darían. Le pedí a Dios un milagro, le pedí que me salvara, pero no me escuchó. A veces, en las noches de insomnio pienso en todos esos seres inocentes que claman de la misma forma que lo hice yo. Los bastardos me quitaron la camisa y bajaron mis pantalones. Podrían haber hecho lo que les placiera conmigo, pero «por fortuna» Gleb Lukov solo se limitó a grabar sus iniciales en mi espalda baja. El ardor del cuchillo al profanar la carne nunca puede ser silenciado, ni siquiera cuando el látigo y la fusta hacen su trabajo. Valentino me cubrió la boca, entretanto Gleb se deleitaba con mis sollozos y chillidos contra su mano. El cuchillo caló hondo en mí. Fui capaz de mirar la cicatriz en el espejo solo cuatro años después.

—Fue cuando decidiste tatuarte.

—Sí. —Ander abrazó al hombre y se acomodó en su pecho—. Una mariposa azul como la que aparece en mis sueños.

—¿Qué? —Emmanuel frunció el ceño. Ander sonrió con sus ojos enrojecidos por el llanto.

—Tengo un sueño recurrente—confesó—. En él hay una mariposa de ese color. Fue cuando decidí cubrir el dolor con esperanza.

Emmanuel estaba atónito. Pensó en Gleb y Valentino Lukov. En los serios y formales que eran, destilando estilo, elegancia, inteligencia.

«Dos bastardos hijos de puta».

Ander se apartó de Emmanuel. Le sonrió entretanto continuaba a su lado. Ambos estaban desnudos.

—Me has salvado hoy. Lo sabes, ¿verdad?

—No es algo que esté acostumbrado a escuchar de mi enemigo—señaló Emmanuel y Ander se encogió de hombros.

—Cuando dejé el internado una gran parte de mi vida quedó allí. —Dio un suspiro—. A veces, me pregunto, ¿qué habría sido de mí sin personas como Gleb? ¿Habría elegido un camino distinto?

—No importa lo que sucedió allí sino lo que eres en este momento.

—Soy una zorra que goza con el dolor, ¿eso suena bien para ti? —preguntó Ander. Emmanuel movió las manos sin posibilidad de explicar esa afirmación—. Tú mismo lo has dicho.

—Desconocía esto. —El hombre se sinceró—. Yo...

—No quiero lástima, Manu. Lo peor que podrías hacerme es ser complaciente conmigo. Lo detesto. Me he ganado el respeto en el circuito. Tu burla y tu egocentrismo me dañan menos que tu condescendencia.

—No pienso compadecerte. —Emmanuel negó—. Ni siquiera sabría cómo hacerlo. Vengo de un entorno duro. No he vivido tus experiencias, pero mi existencia tampoco fue color de rosa. Dudo que alguna vez lo sea. Solo tengo el tenis. Lo amo, me hace sentir pleno.

—A mí también me gusta—explicó Ander—. No tengo el nivel de pasión ensordecedora que emana de ti, pero me agrada.

—¿Pasión ensordecedora?

—Un fuego que te quema cuando estás cerca de nosotros. Tu mirada adusta, tus provocaciones. Vives con pasión. Ninguno lo vive como tú.

Emmanuel arqueó una ceja y se señaló a sí mismo.

—¿Me estás adulando?

—Tampoco te acostumbres, imbécil.

Ambos hombres rieron. El frío empezó a llenar la sala. Emmanuel volvió su vista hacia su amante.

—¿Alguna vez quisiste hablar con tus padres de esto?

—¿Tú lo harías? —replicó—¿Ellos te creerían?

—No—Emmanuel fue sincero en sus palabras—, ni siquiera lo tomarían en serio. Y tratándose de los Lukov, en la situación en la que hoy estamos, mi padre solo trataría de sacar ventaja, así que no, nunca lo diría.

—Este dolor es mío. —Ander se tocó el pecho—. No lo comparto con nadie.

—Lo hiciste conmigo.

—Sí—Ander se mordió el labio inferior—, solo fue un momento de debilidad.

—Menos mal. —Se burló—. De pronto pensé que dirías que yo era especial.

Ander se limpió las lágrimas que todavía le caían solas. Ahora que la verdad había rozado la superficie se desató un vendaval.

—Eres especial—Ander contuvo la risa—, del tipo retardado.

—Mira quién lo dice.

Los dedos de Emmanuel se enredaron entre los mechones platinados. En ese mar de rizos que siempre estaba fuera de control. Se perdió en los ojos grises y la rabia latió profundo en él. No sabía cómo, pero se vengaría de sus malditos cuñados.

Ander se movió del lugar solo para sentarse sobre el hombre que lo asió de las caderas con firmeza.

—Prométeme que nunca más hablaremos de esto.

—¿Por qué?

—Solo di que sí, Emmanuel.

—Está bien—asintió con dudas. Ander se movió sobre el pene largo y grueso que empezaba a endurecerse.

—Mañana haremos de cuenta que nada de esto pasó. Detesto los sentimentalismos.

—Me gusta. —Emmanuel rio.

—¿Qué cosa?

—Las mentiras que te dices cuando me follas.

Ander gimió cuando el miembro de su rival lo atravesó. Se acomodó sobre él, adaptándose. Apoyó sus manos sobre los hombros e inició un lento vaivén de ascenso y descenso.

—Tranquilo, esto no cambia nuestro acuerdo—agregó Emmanuel impulsando sus caderas hacia arriba. Sus cuerpos adoraban encontrarse en ese punto de unión donde se liberaba un universo.

—Ya lo sé. —Ander se adelantó. Su torso unido al de su amante febril con quien ahora se movía al unísono—. Esto es solo hasta que hartes de mí.

Emmanuel asintió y lo besó con hambre. Ambos sabían que nada sería igual. Habían abierto la puerta de su corazón y los dos, como el par de idiotas que eran, perdieron la llave.

24 Obligaciones

—De verdad te perdiste su cara ¡Pensé que en un momento buscaría un hoyo para enterrar su cabeza!

—Sí, se iba a poner a llorar como la cerdita que siempre fue.

Asia Lukova caminó por los pasillos de su mansión hasta el jardín de invierno en donde sus dos hermanos reían y disfrutaban de una taza de café caliente. Los hombres se giraron hacia la mujer y quedaron en silencio.

—¡Vaya! ¡Hasta que pudiste salir de la cama! —exclamó Gleb y Asia entornó los ojos.

—¿Qué? Estaba cansada.

—No estabas cansada, sino ebria—aclaró Valentino—. Mi esposa me lo dijo ayer.

—¡Eso es lindo! —Asia juntó las manos en un gesto de ternura—¿Por qué no te cuenta que te engaña con el guardaespaldas? Eso también debería decirlo.

—¡Asia! —Gleb cortó la escalada de la conversación—. Nos preocupamos por ti, eso es todo.

—Por supuesto, son personas muy benévolas los dos. Casi como nuestro padre, que quiere que me case a toda costa con Emmanuel Urich de lo contrario, perderé mi herencia.

—Pensé que te gustaba. —Gleb arqueó una ceja—. Es famoso y millonario ¿Necesitas más que eso?

—Tu solo miras a la gente con el signo del dólar en los ojos. Yo no soy así, y estoy segura de que a Emmanuel no le gusto de ese modo, ni se casará conmigo.

—Llevas años con él.

—Porque folla bien—replicó Asia—, y no pide ni fidelidades ni nada de esa mierda. Tenemos una relación libre.

—Pues ahora seguirás teniendo una relación libre solo estarán casados.

Asia le dio una mirada asesina a Gleb.

—¿Por qué de pronto todos están interesados en esto?

—Muy pronto la empresa de Urich será nuestra—explicó Valentino—. No hay mejor manera de sellar una alianza estratégica que un componente emocional.

Asia observó a esos dos hombres serios que le estaban imponiendo una vida que no deseaba.

—Emmanuel no me propondrá matrimonio así la vida se le vaya en ello.

Gleb le dio una sonrisa y bebió el café

—Tú asegúrate de estar lista para decir sí.

—Estamos en el Siglo XXI, ¿por qué carajo siguen actuando como si estuviéramos en el Medioevo?

—Esto es Rusia, hermanita—aclaró Valentino—. Y hay normas a las cuales atarse si quieres pertenecer.

—Tengo solo veintitrés años. Apenas he terminado mi licenciatura.

—Vamos, ¡ni que fueras a trabajar de eso!

—¿Qué hay de malo en la filosofía?

—¿Quieres morirte de hambre? Porque ahí es donde terminarás si papá te deja de lado.

—Gleb apoyó la taza en la mesa de vidrio—. Sabes que no le temblará la mano en destruirte. Puede amarte mucho, pero si le fallas, se olvida por completo de que eres su hija o quien sea. No te está pidiendo que te hagas cargo del negocio, lo único que exige es un pequeño sacrificio.

—No es un pequeño sacrificio. Es tirar mi vida a la basura—. La voz de Asia tembló—. Deseo casarme con alguien que ame, no solo que folle bien. Una buena persona, cosa que Emmanuel no lo es. —Valentino comenzó a reír. Asia frunció el ceño— ¿Qué te parece tan gracioso?

—Lo idiota que puedes llegar a ser. —Se humedeció los labios—. Asia, tenemos frente a nosotros la posibilidad de convertirnos en una de las siderúrgicas más grandes de Europa. Papá te ha incluido en sus planes, ¿qué más quieres?

—No me interesa de ese modo. No así.

Gleb arqueó una ceja. Bebió el último sorbo de café y se puso de pie.

—Cariño, no importa si estás interesada o no. Las cosas son así y no van a cambiar ¿Quieres seguir teniendo fiestas alocadas? ¿Licores caros para favorecer tu alcoholismo? Pues entonces, deberás obedecer. No hay excusas ni segundas oportunidades. Una vez que papá cierra una puerta, sabes que no la abre. De ti depende dónde quieres terminar.

Gleb se puso de pie. Valentino se arregló los mechones de cabello castaño y se acomodó la corbata.

—Te acostumbrarás, hermanita. Nada cambiará en tu vida, solo debes fingir. Lo hemos hecho siempre, ¿cuál sería la diferencia ahora?

Valentino golpeó la mesa y le dio un guiño de ojo. Se levantó y se marchó junto a su hermano mayor. Asia se agarró la cabeza y tironeó el pelo con rabia. Necesitaba alcohol, toneladas.

La cuestión no era Emmanuel Urich, la cuestión era que Asia quería ser libre, y mientras estuviera bajo el yugo de su padre, nunca lo sería.

«¿Quieres seguir teniendo fiestas alocadas? ¿Licores caros para favorecer tu alcoholismo? Pues entonces, deberás obedecer. No hay excusas ni segundas oportunidades. Una vez que papá cierra una puerta, sabes que no la abre».

Su hermano no se equivocaba. Más le valía mantener el cariño de Oscar, y ser aquello que él necesitaba en su juego de poder.

«Dignidad o dinero».

Asia supo que ni siquiera conocía el significado del primer vocablo.

—Te llamé como un estúpido minuto tras minuto ¡Resulta que tú habías decidido marcharte! ¡Sin avisarme!

—Ya te dije que estaba enfermo. Tuve náuseas. Fueron de repente.

—¿En serio? Ahora apareces aquí con pinta de haber participado en una orgia toda la noche.

«No tienes idea».

Ander contuvo la risa que amenazó con salir ¿Era orgía hacerlo diez veces, aunque fuera con la misma persona? Ander pensó que había roto todos los récords la noche anterior, y nada menos que con Emmanuel Urich. Con el imbécil, idiota, despreciable que siempre se burló de él. El corazón se le aceleró cada vez que las imágenes llegaban a su mente y revivía lo acontecido.

—*El estómago se me revuelve cada vez que el sentimiento viene a mí—continuó—¿Cómo carajo pude permitirles eso? ¡¿Cómo pude?!*

—Tú no les permitiste nada ¡No fue tu culpa hombre! Deja de pensar así, ¿no ves que te lastimas?

Fue la primera vez que Ander se animó a contar lo sucedió diez años atrás. Y el hombre que estuvo ahí, que lo abrazó y cobijó, el que tuvo palabras de aliento fue alguien inesperado, pero no menos maravilloso. Emmanuel fue sublime. Se comportó como un ser humano cálido y digno de confianza.

—Ya te dije lo que me sucedió—replicó—. Puedes creer lo que quieras.

—¡Cuida ese tono! ¡Fíjate con quien estás hablando!

—¿Con quién? —Ander estaba harto de rendir pleitesía a un hombre que solo le exigía y nunca daba muestras de afecto— ¿Con un hombre que se comporta como mi padre solo cuando quiere mostrarme como su trofeo, como su orgullo?

El semblante de Saphir se cubrió de una mueca desagradable.

—Tienes tanto que aprender de esta familia.

—Saphir. —Mónica, la madre de Ander, le sujetó la mano—. Tu hijo no miente. Si dice que se sintió mal, así fue.

—¡Qué bueno que alguien cree en mi palabra!

—No nos trates como a tu enemigo.

—Pues no se comporten como tal, mamá. —Ander habló con toda la sinceridad que pudo reunir. Lo primero que hizo ese día fue visitar a sus padres para disculparse. Explicarles lo sucedido. Ninguno de los dos le había dirigido la palabra hasta que su padre le reprochó su ausencia—. A veces, les juro, siento como si no fueran mis padres.

Los ojos de Saphir y Mónica estuvieron a punto de salirse de sus órbitas.

—¿Por qué dices eso? —Mónica tembló—¿De dónde sacas esas cosas tan hirientes?

—Me tratan como un súbdito—explicó—. Toda la vida traté de ser el mejor, que estuvieran orgullosos, pero siento que es inútil. Nunca seré suficiente para ustedes y estoy harto.

—Veo que hoy venías con ganas de discutir y echarnos en cara tus propias fallas.

—¡No! —exclamó Ander a su padre—. Vine aquí porque quería pedirte perdón por no estar. Vine porque quería que me entendieras, pero es en vano ¿Cuántas veces hemos tenido una verdadera conversación? Dime, porque yo no lo recuerdo. —Saphir y Mónica pusieron su vista en la vajilla. Ander se enfocó en uno, y luego en otro—. Están tan pendientes de sus propias vidas, de sus trabajos. Siempre fue así. Tú, con tus amantes de turno—señaló a su padre quien tragó saliva—, y tú, negando lo obvio. Díganme, ¿en qué lugar encajo yo?

—Necesitábamos un hijo—agregó Saphir—. Nos hacíamos mayores y un heredero es importante.

—Claro. —Ander sonrió—, requerías un heredero, no un hijo.

—Cuando llegaste, cambiaste nuestras vidas. —Mónica intentó hablar, pero la voz se le entrecortó—. Por favor, nunca pienses que no te amamos.

—Pues tienen una manera muy extraña de demostrarlo, mamá—argumentó Ander—, pero está bien, supongo que a veces pido mucho, incluso de personas que nunca van a cambiar.

Ander dio un suspiro, el té humeaba en su taza de porcelana blanca con pequeñas flores rosa. Su padre tenía el periódico a su lado. La foto en primera plana hizo que su estómago se estrujara un poco más.

En ella aparecía Oscar Lukov, Borac y Emmanuel Urich, como también la bella novia de este último.

«Asia Lukova».

Estaban abrazados, ambos se miraban y sonreían. Ander pensó que eso seguramente

ocurrió tan solo horas antes de la fiesta en la compañía de su padre, horas antes de que Emmanuel concretara en su cuerpo decenas de fantasías.

«No voy a tratarte diferente. No seremos exclusivos, ni nada de esa mierda. Esto solo será hasta que me harte».

Bien, si ese era el juego, Ander también podía jugarlo, de hecho, era muy habilidoso.

—Hijo, ¿estás bien?—Mónica frunció el ceño. Su hijo palideció.

—Sí—replicó—, si no tienen nada más qué decir, me retiro. Debo ir a entrenar.

Su padre abrió y cerró la boca. Ander chasqueó la lengua, tomó la chaqueta que había dejado en el respaldo de la silla, y se marchó.

El silencio profundo cayó sobre la pareja que continuó desayunando sola. Mónica se limpió una lágrima furtiva.

—A veces me pregunto si hice bien en traerlo.

Saphir tensó la mandíbula.

—Era eso o que terminara en un orfanato. Dime, ¿qué opción tenías?

—Tú nunca lo amaste.

El hombre fue incapaz de responder. Se limpió la boca y dejó la servilleta al lado del plato.

—Tengo mucho trabajo. Nos vemos más tarde.

Mónica quedó con su vista en el panqueque de arándanos frente a ella. No había ingerido un solo bocado. Escuchó los pasos de quien era su marido, alejarse.

«Tú eliges el dinero, y yo la felicidad. Esa es la diferencia entre tú y yo».

Las palabras de esa mujer que ya no formaba parte de este mundo abrieron un hueco en su estómago. Mónica perdió el apetito.

25 Pasado doloroso

Moscú, Rusia.

Dos días después.

Pocas veces, Emmanuel estuvo orgulloso de su árbol genealógico. Sus parientes eran conocidos por ser hombres y mujeres cuyos bajos instintos los dominaban. Grandes empresarios, puestos en los altos mandos militares, posiciones en los tribunales de justicia. No obstante, todos esos contactos, a veces, eran provechosos.

Emmanuel corrió a través del bosque a toda velocidad. El sitio quedaba a quince kilómetros de Moscú y era su lugar de ejercicio predilecto. Saltó un río y atravesó algunos obstáculos entretanto continuó su rutina para fortalecer su musculatura y el corazón.

La camioneta estacionada a un costado de la calle principal lo hizo correr hasta allí. Sasha bajó del vehículo y se cruzó de brazos.

—Veo que hoy has comenzado temprano.

—Sí, debo ir al gimnasio en la tarde—respondió Emmanuel agitado—¿Cómo has estado?

—Bien. —Sasha se encogió de hombros—¿Qué hay de ti? ¿Por qué tanto misterio esta vez?

Emmanuel bebió de la botella de agua que llevaba en la mano y se secó el sudor con la camiseta.

—Necesito más información.

—¿De tu chico dorado?

—Sí—replicó Emmanuel—, todo lo que puedas encontrar de él.

—¿Qué pasa? ¿No confías en él?

—No es eso—argumentó—. Ander me provoca curiosidad, como si hubiera algo más que desentrañar.

—Estás obsesionado. —Sasha rio y sacó un cigarrillo que encendió de inmediato.

—Guarda tus análisis pseudo psicológicos. —Emmanuel cortó su línea de pensamiento—¿Puedes hacer esto o debo conseguir a alguien más?

Sasha le dio una larga pitada a su cigarrillo y lanzó el humo sobre la cara del tenista quien tosió ante la sorpresa.

—¿Te gusta desafiarme? —indagó con malicia. El tenista se cruzó de brazos.

—Estoy esperando una respuesta, ¿es posible o no?

—Haz de cuenta de que estás hablando con Dios. —Sasha le dio una nueva pitada al cigarro—. Todo es posible al que cree.

—Genial, es lo que me faltaba—masculló Emmanuel.

—Dijiste que eran varias personas—expresó Sasha—¿Quiénes son los otros?

—Isra Bréznev.

—¿Isra? —Sasha se carcajeó—¿Te vas a joder al viejo también?

—Isra nos quiere joder a todos—aclaró—, solo quiero estar preparado.

—Hecho, ¿algo más?

—Sí—Emmanuel dio un suspiro—, y esto es un pedido especial. Requiero saber todo de Gleb y Valentino Lukov.

—¿Esos zorros? —Sasha arqueó una ceja—¿Qué han hecho ahora?

—¿De qué estás hablando?

—Su reputación los precede ¿Cómo es que tú no lo sabes? —Sasha frunció el ceño—. Están señalados en varios casos de corrupción, golpizas, y otras cosas más.

Emmanuel cerró los ojos. Carajo, ¿dónde iba a meterse? ¿No le bastaba con los antecedentes de su propia familia?

—Quiero que me des un informe detallado de cada uno de ellos. Gleb, Valentino, Asia incluso. Todo lo que encuentres.

—¿Piensas chantajearlos también?

Emmanuel tensó la mandíbula.

—No, hay algo por lo que deben responder—explicó—, y para ello debo estar bien informado.

Sasha le dio una sonrisa ladeada.

—La venganza siempre es dulce, Manu. Pocas la saborean como se debe.

Emmanuel asintió y le golpeó el pecho.

—Tráeme buenas noticias y puede que, después de eso, vuelva a requerir de tus servicios. No me importa cuánto demore. Tómate tu tiempo, pero quiero todo, ¿me escuchaste?

—¿Querrás enviar a los Lukov a la morgue? —preguntó socarrón.

—No, pero sí al hospital o a la cárcel.

—¿Lo ves? —Sasha le guiñó el ojo—. A ti también te gusta jugar a ser Dios.

Ander observó la publicación en Instagram de la nueva pareja del momento. La rabia lo carcomía y las explicaciones sobaban.

¿Por qué tenía que ser él?

—Ander. —La puerta se cerró detrás de él—. Has llegado temprano.

—Hola para los dos.

Carlos se arregló el cabello, y le dio una mirada a Gaby quien se encogió de hombros. Ander había salido antes del entrenamiento al parecer. Una hora antes, para ser preciso. Tiempo que Carlos y Gabriel solían pasar en la oficina «conversando».

Vlad, uno de los dueños de la agencia fue quien inventó el término para referirse a los momentos en que Carlos y Gabriel pasaban a solas ¿Era incorrecto? ¿Poco ético? Por supuesto ¿Eso los detenía? La respuesta era un rotundo no.

Carlos era de los mejores mánagers de la agencia. Que tuviera una libido elevada y la compartiera con el campeón mundial de kickboxing no le molestaba a nadie.

—Iré por un café, ¿quieren? —preguntó Gabriel nervioso. Ander frunció el ceño.

—¿Y tú? ¿Qué tanto entrenas?

—Debería decirte lo mismo si tenemos en cuenta de que acabas de joderme mi entrenamiento.

—Gaby. —Carlos lo detuvo—. Solo trae el café.

—Regreso en un minuto. —Gabriel dejó un ruidoso beso en los labios de su esposo y se marchó.

Carlos deslizó las cortinas que hasta ese momento permanecían cerradas.

—¿Por qué estás en penumbras? —preguntó—. Sabes que esta oficina es de todos

ustedes.

—No gracias, antes debería pedir una prueba de salubridad.

El mánager se acomodó la camiseta negra que llevaba debajo de una chaqueta del mismo tono. Su cabello rubio peinado en puntas, su estilo casual chic. Carlos era lo más parecido a un rockstar que tenía la agencia junto a Ander.

—¿Eso fue una broma? —indagó sonrojado—¿Por qué parece que hoy tienes ganas de ladrarme?

—Estoy pasando por una mala tarde, un mal día, un mal año o como quieras llamarlo. Ahora, cuéntame, ¿para qué me llamaste?

El rostro de Carlos era pura confusión. Gabriel regresó en ese momento con el café para ellos, y un vaso térmico para él.

—Gracias, amor—dijo Carlos quien le dio un sorbo.

—No hay problema. Los dejo solos. Iré a molestar a Vlad, ya regreso—dijo a Carlos, y este puso los ojos en blanco—¿Qué? Anya volvió a modelar, aparece en la portada de Silk en ropa interior.

—¿Y tú qué harás con exactitud?

—Decirle que está buenísima, y no sé, improvisaré.

—Gabriel, ¿qué sentirías si Vlad hiciera comentarios así con respecto a mí?

—Le cortaría la lengua—confesó Gabriel con una enorme sonrisa—¡Nos vemos!

—¡Gabriel! —El hombre salió de la oficina a toda velocidad—¡Deja de ser un bastardo!

—Carlos se cubrió la cara, y negó—¿Por qué tiene que ser así?

Ander se mantuvo tranquilo, siendo espectador de las muestras de afecto de ambos hombres. Pensó que rompería en llanto de rabia y decepción.

—Lo lamento. —Carlos se arregló el cabello—. Quería comentarte que New Heaven quiere que seas la imagen de su línea deportiva también. Hoy me lo comunicaron, y...

—La empresa de Lukov—masculló—, ¿quién es la persona que te contacta?

—La gerente de promoción y publicidad de la marca. Se llama Olga, y está encantada con tu imagen, pero ahora quieren una modificación. Por ello te he citado.

—No salgo desnudo en ninguna circunstancia y lo sabes—expresó Ander—. Si ellos quieren un modelo con menos ropa o en poses más sexis no soy el indicado.

—Quieren que modelos junto a Emmanuel Urich.

Ander tragó saliva. Quedó estático por unos cinco segundos, hasta que una carcajada abandonó su garganta. Fue estruendosa. Carlos negó sin entender.

—Dios, ¿por qué me odias tanto? ¿No tienes otro guerrero al que ponerle pruebas? —masculló agotado.

—Ander, perdón que lo pregunte de esta manera, pero ¿qué mierda te pasa?

—Creo que estoy enamorado, eso pasa—confesó. Carlos se encogió de hombros.

—¿Y eso es muy malo? —indagó nervioso—¿Te gusta alguien de ese club al que vas?

—No, es mucho peor.

—¿Es un asesino? ¿Un mafioso? —Carlos lanzaba opciones al aire sin acertar.

—Era solo una calentura—explicó—. Fue así como empezó, pero ahora, no puedo dejar de pensar en él, y resulta que va a casarse.

Carlos cerró los ojos y maldijo en español.

—Por favor, no me digas que estás enamorado de él. Todos menos él, por favor, por favor. —rogó. Ander lo observó con resignación. Carlos golpeó el escritorio y se levantó—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! Ese juego entre ustedes no iba a terminar bien. Las provocaciones, los insultos

constantes ¡A quién querían engañar!

—Créeme que no estoy feliz con esto. —Ander habló con sinceridad—. Sé que nunca tendremos un futuro, pero ¿cómo te niegas a la persona que sabes que nunca será tuya? ¡El tipo es una bandera roja andante! ¡Yo lo sé! ¡Tiene una novia! ¡Se casará con ella!

Carlos fue hacia Ander y lo abrazó. El hombre que había estado conteniendo las lágrimas, se derrumbó.

—Tranquilo, en serio, todo estará bien. —Carlos tensó la mandíbula—. Voy a cancelar la campaña publicitaria.

—No—Ander negó rotundo—, quiero hacer esa sesión de fotos.

—Natalia es amiga—aclaró Carlos—. Puedo pedirle incluso que los horarios no coincidan. No necesitas verlo.

—Nos vemos todo el tiempo.

—¿Qué?

—Follamos en todos lados. Lo del club apenas fue el comienzo—confesó. Las mejillas de Carlos se incendiaron.

—Está bien—interrumpió—. No necesitas darme detalles.

—Pero no es solo eso. —Ander se limpió las lágrimas—. Me gusta estar con él ¿Estoy muy loco?

—Hablas con el hombre que se enamoró de Gabriel Petrov. —Carlos le dio una sonrisa—. No estoy en condiciones de llamarte loco, pero sí debo decir que Emmanuel vive de las apariencias, y su familia es muy poderosa. No podrá liberarse de su novia, así como así.

—Me dijo que no puede dejarla.

Carlos percibió que el corazón le dio un sacudón en el pecho. Revivió en su mente las imágenes de Gabriel junto a su novia aquella vez. La frustración que se hizo carne en su cuerpo. El perder todas las esperanzas. Fue cuando entendió lo que Ander debía hacer.

—Muéstrale que tú también vales—recalcó—. Sal con alguien, haz esta publicidad. No permitas que te desmorone. Dale celos.

—Dudo que sienta celos. Me tiene a su merced, lo sabe.

—Yo pensaba lo mismo de Gabriel, pero créeme, fue ese el detonante que lo llevó a mis brazos.

—¿Sabes cuál es el problema? Llevo horas pensando en lo mismo, y creo que soy incapaz de acostarme con alguien más.

—Pues no lo hagas, pero deja entrever la posibilidad de que sí lo hiciste. Hazlo rugir como un león que le arrebatan lo que es suyo. Ander, quedarte abatido no te traerá un hombre como Emmanuel.

Ander asió las manos de su mánager que estaban sobre sus rodillas.

—Tienes razón—expresó—. Emmanuel nunca será mío si me quedo esperando a que dé el primer paso.

—Muévete, campeón. —Carlos le hizo un guiño de ojo—. Que la presa no se te escape.

26 Celos

Estaba en el lugar donde prometió no regresar. Estaba en ese sitio que no había extrañado desde que comenzó a acostarse con Emmanuel Urich.

—*Muéstrale que tú también vales. Sal con alguien, haz esta publicidad. No permitas que te desmorone. Dale celos.*

—*Dudo que sienta celos.*

—*Yo pensaba lo mismo de Gabriel, pero, créeme, fue ese el detonante que lo llevó a mis brazos.*

A Carlos le funcionó aquel plan. Llevó a Gabriel a saltar al vacío sin miedo. Ander desconocía si alguna vez él y Emmanuel saldrían de la clandestinidad, pero eso no le quitaba el sueño. Solo lo deseaba para él.

«Mírate, desesperado por tu enemigo».

Había pasado varios niveles de humillación para estar ahí. Se preguntó dónde quedó su dignidad, y la verdad es que no le importó. Ander no sintió vergüenza de aceptar que le pasaban cosas con Emmanuel. Después de contarle la verdad, después de que el hombre lo consolara y le hiciera el amor, no quedaba nada más.

¿Qué podía perder?

Ander se dirigió a la puerta trasera que conectaba a ese espacio que pocos conocían de Hypnos. A Radil se le iluminó la cara cuando apareció.

—¡Por Dios! ¡Has vuelto!

—Uno siempre vuelve al lugar donde se siente único. —Ander le mintió. Ya no estaba ahí por voluntad, sino más bien por una imperiosa necesidad.

Radil lo abrazó con intensidad, como quien se encuentra con un gran amigo después de algún tiempo. Ander le sonrió, era el único que conocía su rostro en ese sitio.

—¿Vas a actuar hoy?

—No lo sé. —Se humedeció los labios— ¿Crees que habrá alguien dispuesto?

—¿De verdad me preguntas eso? —Radil arqueó una ceja—. Eres el bombón que todos desean probar.

Ander le sonrió, un escalofrío lo invadió al recordar su última sesión en el club. No la había pasado bien.

—Radil.

—¿Sí?

Ander caminó junto a su amigo hacia el tocador donde ocurría la magia.

—No quiero tener sexo. Solo necesito algunas marcas—afirmó. Radil frunció el ceño y sonrió.

—Entiendo, ¿un poco de juego y nada más?

—Exacto.

—¿De verdad no deseas sexo? ¿Tú?

—Es largo de explicar. —Ander carecía de las palabras correctas para hacerlo—. ¿Crees que es posible?

—Por supuesto. —Radil asintió—. Ser un dom no solo tiene que ver con el sexo y lo

sabes. Hay dominadores que solo necesitan esa descarga de poder sobre otro para sentirse plenos. Si esa es tu condición para hoy, podemos hacerlo.

—Puedo permitir algunos besos, y chupetones incluso. —Ander negoció—. Esos son mis términos.

—Tranquilo, guapo. Encontraré lo que deseas.

Un par de horas después, Ander observó con entusiasmo y fascinación los chupetones en su cuerpo mientras se vestía. Radil ingresó al pequeño vestuario y sonrió.

—Has estado magnífico—dijo con alegría—. Mi jefe está feliz de que hayas regresado.

—¿Tu jefe? ¿Ese perverso está entre el público? —Ander le dio una miradita pícaro. Radil se encogió de hombros.

—A decir verdad, él observa desde su oficina vidriada arriba—explicó Radil—. Nada le pasa desapercibido.

Ander dio un suspiro. Su compañero de aventuras estaba apoyado en la pared detrás de él, con su vista sobre el espejo circular iluminado.

—¿Nunca has soñado con trabajar en otro sitio?

Radil se humedeció los labios y sonrió.

—Tengo un sueño, pero creo que es muy tonto.

—¿Por qué?

—Mi anhelo es tocar el piano frente a cientos de personas en algún teatro de Londres o París ¿Milán tal vez?

—¿Y por qué dices que es tonto?

—No tengo el talento suficiente, ni tampoco el dinero para ello. Mi jefe siempre dice que soy brillante, pero sé que es un comentario de alguien que me estima. Nada más.

Ander se vistió con la camiseta blanca y sobre ella, una chaqueta de cuero y una bufanda gris oscura que combinaba con el tono de su jean.

—Márchate en busca de tu sueño. No esperes más.

—¿Tú lo harías?

—Me animé a venir hasta aquí, ¿no? —Ander se encogió de hombros—. Creo que, después de esto, soy capaz de aventurarme a muchas cosas. —Radil se mordió el labio inferior—. Espera un segundo, ¿tú no te vas de aquí por tu jefe? ¿Es eso?

Radil miró hacia los costados y asintió con la cabeza. Ander se rascó la ceja. Genial, otro tonto enamorado.

—No quiero vivir lejos de él—afirmó con un toque de rubor en su rostro a pesar del impecable maquillaje—. Él ha estado conmigo cuando más lo he necesitado.

—¿El hombre tiene nombre? —preguntó Ander.

—Preston Hart—musitó Radil—. Nadie dice su nombre, así que te pido discreción.

—¿Es un dominante?

—No, él nunca haría eso—explicó—, pero sí le gusta mirar. Lo deleita.

—¿Preston sabe de tu atracción por él?

—Me ve como con cariño, pero no como yo lo miro a él.

—¿Cuántos años tiene? —Ander indagó acerca de ese misterioso hombre que le robaba suspiros a su amigo.

—Treinta y ocho años.

Ander sonrió, de pronto se sintió curioso de conocer qué pasaba por la mente de un hombre mayor frente a un joven de veinticuatro años que parecía incluso de menor edad. Ander estaba preso de deseo por Emmanuel, por sus manos, sus besos. Quiso averiguar si su amigo

sentía el amor de la misma manera.

—¿Qué sientes cada vez que lo ves?

—Calma. —Los ojos de Radil se iluminaron—. Me centra, me da la paz que he buscado por mucho tiempo. Me aleja de las tempestades, se siente como un puerto seguro, uno al que es imposible dejar de volver.

Ander chasqueó la lengua. Sus emociones por Emmanuel eran tan diferentes. Lo de ellos eran furia apasionada que amenazaba con desatarse y provocar incendios de cientos de kilómetros a la redonda. Ander se preguntó el motivo por el cual el mismo sentimiento podía albergar infinitas connotaciones.

—Yo también estoy enamorado, pero no así—explicó—. No tiene nada de dulce y calmo, es destructivo.

—¿Lo has probado? ¿Has estado en sus brazos? —Radil no preguntó el nombre de la persona, de verdad no interesaba quién era sino cómo.

—Muchas veces y quiero tenerlo para mí todo el tiempo.

—Tienes miedo—aseguró Radil—, por eso, se manifiesta de esa forma.

—¿De qué hablas?

—El amor sano es en calma, los celos son los que crean incendios. Buscamos apropiarnos, en vez de permitirnos crecer junto a esa calidez.

Una punzada de culpa golpeó su estómago al recordar las circunstancias que lo llevaron de nuevo a ese lugar.

«Celos».

Ese había sido el motor de su toda su argucia. Una especie de venganza frente al dolor de ver a Emmanuel junto a su amor, a su novia.

—Sé que estoy enamorado de él, pero estoy seguro de que sano no es la palabra que nos caracterizaría a ambos.

Radil hizo una mueca.

—Preston una vez me dijo que los celos lo llevaron a perder al amor de su vida. También me dijo que nunca cometería el mismo error. Si estás en esa situación, tienes dos opciones, Ander. Acepta lo que te molesta y díselo, o aléjate.

La respiración se entrecortó ante el razonamiento. Si le contara a Emmanuel que la situación con Asia le molestaba, él solo le diría que se jodiera. Hubo solo una respuesta correcta, pero Ander no iba a alejarse. No todavía, no mientras pudiera obtener un poco más de ese hombre.

27 Revancha

Natalia Simonetti era una fotógrafa italiana que llevaba cerca de una década viviendo en Rusia. Su estilo desinhibido y estrafalario era su sello. Nadie era ajeno al talento de Natalia quien había retratado a verdaderos dioses del Olimpo. No había deportista que no tuviera una sesión de fotos con la italiana, no obstante, fue una de esas sesiones la que la hizo saltar a la fama y que en ninguna parte de Rusia ignoraran su nombre.

Uno de los protagonistas fue Carlos Ferrari, quien era, casualmente, el mánager de Ander Kovac y Felipe Becerra. Carlos participó en una serie de fotografías junto a su pareja Gabriel Petrov cuando este daba sus primeros pasos como campeón mundial de kickboxing. Explícito sería un calificativo mediocre para las imágenes que Natalia obtuvo ese día. Carlos y Gabriel se habían deshecho de placer sobre las paredes y cortinas del estudio, y Natalia, como una gran afortunada, presenció e inmortalizó cada detalle a la luz de los flashes de su cámara.

El estudio fotográfico de Natalia estaba en el centro de Moscú, una vieja mansión en donde también vivía junto a su pareja de hacía solo seis meses. Un escultor ruso con el que viajaban por el mundo.

—¡Amore!—Natalia abrió la puerta de su estudio y recibió a un Ander que estaba hecho un manojo de nervios.

—*Ciao, bella* —respondió Ander y le dio un abrazo.

—Pasa, el maquillador te está esperando. Recién termina con Emmanuel.

Ander miró su reloj. Faltaba hora y media hora para que comenzara la sesión.

—¿Ya está aquí?

—Tranquilo, me ha prometido que no te morderá, ni nada de eso. Paz y calma por hoy—explicó la fotógrafa. Ander dio una risilla nerviosa. Natalia frunció el ceño—¿Estás bien? ¿Te pone muy incómodo trabajar con él?

—No, no—Ander negó—, es solo que Emmanuel, a veces, es complicado.

—Tranquilo. —Natalia le guiñó un ojo—. Esos son mis favoritos. Los leones que se transforman en gatitos en mis manos. Ya lo verás. Tú solo relájate.

Lo que le estaba pidiendo era una tarea titánica, pero la mujer lo desconocía. Atravesaron un pasillo decorado con imágenes en blanco y negro. Ander se detuvo un segundo y sonrió. En una aparecía Carlos y Gabriel. Carlos estaba de frente a la cámara, apoyado sobre cortinas de satén, Gabriel entre sus piernas, de espaldas a las cámaras. Su mánager tenía los ojos cerrados, y la boca entreabierta entretanto la lengua de Gabriel recorría su cuello.

—Muy audaz el enano, ¿no crees? —Ander desvió su mirada hacia Natalia quien estaba cruzada de brazos a un par de metros de él—. Gabriel lo llama así todo el tiempo.

—Creo que es la imagen más sensual que he visto en mi vida. —Se sinceró—. Eres muy talentosa, de verdad.

—Gracias. —Natalia asintió con una sonrisa de labios cerrados—. Es un honor que New Heaven me eligiera para esta campaña. Ven conmigo.

Ander la siguió. Ingresaron a una sala que estaba rodeada por una biblioteca circular encastrada en la pared. Algunos murales de sus fotografías más estrafalarias también estaban allí. Por supuesto, Carlos y Gabriel también aparecían, pero aquí, no había censura. Carlos estaba

sobre una mesa de madera rústica y Gabriel lo penetraba, mientras devoraba su pezón derecho. Carlos enredaba sus dedos en los mechones rubios de su amante.

«Mierda».

La mente de Ander era cochambrosa, pero después de que esas imágenes golpearon su retina, supo que había alcanzado un nuevo nivel.

La escenografía era similar a la de la campaña anterior de Ander con la marca. Había una cama con sábanas de seda roja, y almohadones dorados. Las luces estaban sobre esa estructura. Siguió a la anfitriona y llegaron a una habitación en donde se realizaba toda la preparación para la escena. Ropa, calzado, maquillaje, todo estaba allí. Ander tragó saliva cuando sus ojos se encontraron con los de Emmanuel en el espejo del tocador. La estilista terminaba de peinarlo. Su cabello en ondas había sido domado por un fijador y peinado hacia atrás, esto combinado con un delineador y sombra negra difuminados en sus hermosos ojos oscuros, hacía de Emmanuel Urich un manjar.

—¡Ander! ¡Bienvenido! En un minuto estoy contigo—agregó la mujer quien daba los últimos retoques.

Ander avanzó en el espacio iluminado y se sentó en la silla al lado de su amante.

—Hola—dijo y Emmanuel se observó a sí mismo en el espejo de perfil.

—Hola. —Fue todo lo que le respondió. Ander frunció el ceño.

¿Qué mierda le pasaba ahora? ¿Después de aparecer en todas las revistas y portales del espectáculo con su imponente novia no iba a dirigirle la palabra? ¿Habían terminado?

«¿Cómo puede terminar algo que nunca empezó?».

Detestó a su mente lógica que le daba explicaciones para sus ataques de locura. La peinadora y la maquilladora pusieron sus manos en Ander. Emmanuel se puso de pie y se afirmó en la pared. Ander sentía que su pulso estaba a punto de abandonar su cuerpo y daba saltos como un garrochista mundial.

—¿Qué miras? —preguntó molesto. La maquilladora y la estilista se observaron. Bien, ese era el preámbulo de la guerra.

—¿Qué? ¿No puedo mirarte acaso? —Emmanuel se burló—Vaya, ahora el señorito es tan presuntuoso que los pobres mortales no pueden mirarte.

—Vete al carajo, imbécil. —Ander se cocinó en su interior. La ira tomó posesión de su cuerpo—. La verdad es que no, tipos como tú no tienen derecho a mirarme ni estar cerca de mí. Soy demasiado para cualquiera.

Emmanuel lanzó una estruendosa carcajada.

—¡Esto si es una sorpresa! ¿Quién iba a imaginarse que el chico dorado es pura soberbia? Además, ¿estás seguro de que no puedo mirarte? Hace algunas horas atrás te gustó.

Las mujeres abrieron la boca, y frenaron todo movimiento. Emmanuel tensó la mandíbula ¿Qué acababa de decir?

—No se preocupen, chicas—replicó Ander—. Nuestro amigo aquí presente tiene sueños húmedos conmigo.

—Emmanuel, ¿puedes venir un momento por favor? —La voz de Natalia dejó un silencio sepulcral en la habitación.

El hombre caminó en dirección a Natalia y salieron del lugar. Ander por fin pudo respirar.

—Tranquilo—esgrimió la maquilladora—, sabemos que ustedes se llevan mal, pero nunca nos imaginamos cuánto.

—Sí—replicó Ander—, apenas nos toleramos.

Las mujeres continuaron con su labor. Ander observó por la ventana las personas que transitaban por la acera más allá del vidrio espejado ¿Cuántas personas cobijarían el mismo dolor que él en ese momento?

Media hora después, Ander estaba maquillado y peinado. Habían alisado su cabello que caía en suaves ondas platinadas, el maquillaje dorado provocaba que sus ojos lucieran más grises junto con las suaves sombras pastel. El brillo labial acompañó sus labios pulposos. Solo faltaba que se cambiaran de ropa para modelar las prendas. Emmanuel ingresó al camerino. Las mujeres se marcharon para darles algo de privacidad para cambiarse. Ander eligió ropa de color blanco, sin embargo, había una remera polo azul turquesa que pensó le sentaría genial. Fue a tomarla cuando Emmanuel le ganó de mano.

—Ups, ¿querías esta? —Se burló. Ander dio un suspiro.

—A mí me quedaría mejor con seguridad—argumentó.

—¿En serio? Pues, ¡qué lástima! Me la quedo yo.

—Tú estabas eligiendo ropa de aquel sector. No me jodas.

—¿Seguro que no te gusta que te joda? —Emmanuel lo arrinconó contra la pared y metió sus dedos en el sedoso cabello—. Me gustas más con el cabello desordenado.

El corazón se le iba a escapar por la garganta a Ander.

—Qué bueno que a mí no me importe tu opinión. —Ander le dio un leve empujón—. Quédate con la remera.

Continuó seleccionando ropa. Emmanuel le dio una sonrisa ladeada, asió la remera y la lanzó sobre él.

—No la quiero. Ese color no me favorece.

«Inhala y exhala».

Ander lo repitió una y otra vez, entretanto el hombre de sus sueños y pesadillas deambulaba por su lado y elegía dios vaya a saber qué. El problema no era solo que paseara cerca, sino que no le quitaba los ojos de encima.

—¡Qué! —Ander gritó—¡Qué carajo estás mirando!

—Nada. —Emmanuel se encogió de hombros—. Admiro lo que como varias veces por semana, ¿eso está mal?

El calor subió hacia el rostro de Ander de manera incontrolable. Emmanuel tenía un don único para sonrojarlo.

—¡Qué bueno que te agrade! —respondió sarcástico—. Muchos también lo hacen y ni siquiera se detienen a observarme.

La sonrisa socarrona de Emmanuel se tornó una mueca agria y espeluznante.

—Muy gracioso—replicó, aunque el comentario no le provocó ni una pizca de diversión.

Ander sabía que esa era una oportunidad inmejorable para vengarse de él, de todo lo que le produjo en su interior cada vez que aparecía a los besos con Asia, de cada imagen en donde lucían felices y con un futuro prometedor. Un futuro que jamás tendría junto a él.

Se quitó la chaqueta y se desajustó la camisa frente a ese hombre que no se perdía detalle. Los magullones y chupetones no se hicieron esperar. Emmanuel repasó cada uno de ellos. Los que estaban cerca de su abdomen, los que asomaban al lado de su pezón izquierdo, y los que poblaban su clavícula.

Ander se dio la vuelta y reveló algunas pinceladas de la fusta sobre su espalda, sobre la preciosa mariposa negra y turquesa. Emmanuel ardió de furia. Una ira incontenible como pocas veces lo embargó en su vida. Se fue sobre el hombre y lo empujó hacia la pared. Ander hizo una mueca cuando su espalda desnuda dio contra el frío concreto.

—¿Qué es todo esto?

—¿Piensas que el único que tiene derecho a revolcarse con alguien más eres tú? ¿No te acuerdas de tus palabras cuando esta locura empezó?

«No voy a tratarte diferente. No seremos exclusivos, ni nada de esa mierda. Esto solo será hasta que me harte».

Emmanuel frunció los labios, se había convertido en esclavo de sus propias palabras. Carecía de derecho a reclamar sobre un hombre que no debía representar nada, a excepción de un buen polvo.

—Tú y Asia Lukova andan de aquí para allá, se muestran en fotos todo felices. Es obvio que tienes una vida sexual con ella, entonces, ¿yo no tengo derecho?

—Ella es mi novia—replicó Emmanuel—, tú lo haces con decenas de tipos.

—No eres exclusivo, y yo tampoco lo soy. Fin de la discusión.—Cerró Ander. Emmanuel frunció el ceño ¿Podría ser posible?

—¿Hiciste esto por celos?

—No somos nada. —Las palabras rompieron la garganta de Ander—¿Por qué debería ponerme celoso?

Emmanuel bajó la mirada. Ander tenía sus labios en línea recta. Rogaba por una respuesta, por algo que le indicara que ese idiota sentía cosas por él.

«Una esperanza».

Eso es lo que Ander le estaba implorando.

—¡Chicos! ¿Ya están listos?

Natalia ingresó en ese instante al camerino encontrando a Emmanuel encima de Ander y este semi desnudo con el torso lleno de hematomas. La mujer se quedó estática. Ander asió la remera azul y se la colocó de inmediato.

—Danos cinco minutos, ya vamos—respondió Ander entretanto Emmanuel estaba sin habla. Natalia le dio una sonrisa nerviosa y se alejó.

—Mierda—maldijo Emmanuel y Ander le golpeó el brazo.

—Si lo que te preocupa es que esto salga a la luz, despreocúpate. Natalia nunca haría algo así.

—Ander.

—Apresúrate y terminemos con eso.

Emmanuel asintió y ambos se cambiaron el vestuario. Salieron a escena. Natalia hablaba con uno de los responsables en iluminación. Ander y Emmanuel se ubicaron en la cama uno al lado del otro. Era surrealista. Ni siquiera eran capaces de mirarse.

Natalia golpeó las manos.

—¡Aquí estamos! ¡Chicos, debo admitir que están hermosos, así que, haremos magia! ¿De acuerdo? —Los hombres asintieron—Ander, posíciónate de pie, al lado de Manu, y tú siéntate sobre tus talones en la cama. Sostén a Ander de la cintura. Sería genial si te desabrochas un par de botones.

Ander observó de soslayo como el impresionante pecho y los abdominales de hierro de Emmanuel quedaban al descubierto. La mano del hombre recorrió con suavidad su cintura y se cerró sobre ella. Ander estuvo a punto de caer de rodillas. La necesidad de contacto lo trastornó. Los dedos bailaron en su cintura. Ander se giró hacia él.

—Deja de hacer eso.

—¿Qué?

—Eso que acabas de hacer—recriminó Ander.

—No he hecho nada.

—Claro que sí—replicó—. Me estás tocando.

—Pues, es lo que pidió Natalia.

—Cariño. —Natalia se dirigió a Ander—. Relájate, ¿está bien? —Ander asintió. Los dedos de Emmanuel sobre su cintura quemaban. El flash dio sobre sus cuerpos una y otra vez—. Eso es—afirmó entretanto no apartaba su vista de la lente—, Ander siéntate en la cama. Emmanuel, abrázalo por la espalda, que tus dedos levanten un poco la camiseta. No te preocupes, Ander. Yo me encargaré de todo.

—Natalia, yo...

—Lo sé—replicó—, sé lo que hago. Ustedes háganme caso.

Emmanuel rodeó con sus brazos la zona de los hombros y el pecho de Ander, y sus dedos se metieron por debajo de la vestimenta y ahondaron hasta la altura del corazón. Ander quería llorar. El músculo cardíaco galopaba como un caballo salvaje en su pecho. Fue inevitable levantar la mirada y deleitarse con el hombre a su lado quien deslizaba sus dedos con suavidad sobre esa porción de piel blanquecina. Los flashes caían sobre ellos.

—Lo haces a propósito, ¿cierto? —La voz de Ander se quebró.

—Lo siento—replicó Emmanuel quien se acercó a su rostro de manera inconsciente—. Es que es inevitable.

Natalia tragó saliva y se alejó de la cámara. Los dos hombres que más se odiaban en el tenis estaban a punto de desarmarse con un beso.

—Puedes marcharte, yo terminaré el trabajo—dijo al iluminador quien todavía estaba allí entretanto las mujeres de maquillaje y cabello descansaban en el vestuario.

—¿En serio?

—Sí—replicó Natalia con una sonrisa.

El hombre se marchó. Natalia ubicó las luces un poco más lejos. Tomó un par de fotografías. Emmanuel tragó saliva y parpadeó, volviendo a la realidad de lo que estaba a punto de hacer.

—Perfecto—agregó Natalia para alivianar el ambiente que destilaba lujuria—. Acuéstense. Emmanuel quiero que te desabotones por completo la camisa, Ander reposa tu cabeza sobre su pecho.

—¿Qué?

—¿Está bien? ¿O es demasiado libertino para ti? —preguntó con una sonrisa. Emmanuel quitó la mano del pecho de Ander y se recostó en la cama. El rubio se arregló el cabello y reparó en Natalia.

—¿Sobre él?

—Vamos, es solo un toque inocente, Ander ¿Tienes miedo?

—Por supuesto que no.

—Eso me parece correcto porque te considero un profesional, así que, por favor, haz lo que te pido. —Natalia sonrió y tomó la cámara una vez más—. Cierra los ojos, y concéntrate cómo si escucharas sus latidos.

Ander dio un suspiro. Llevó el lateral de su rostro sobre el pecho tonificado de Emmanuel y cerró los ojos. Los latidos de su corazón eran tan salvajes como los suyos. Ander apoyó sus manos sobre los suaves pectorales. Emmanuel extendió los brazos sobre las sábanas suaves y dejó que Natalia tomara las fotos.

—Eso es—dijo Natalia con entusiasmo—, se ven perfectos juntos.

Natalia ajustó el lente una vez más. Ander levantó la cabeza y su vista grisácea quedó en

su amante. La fotografía inmortalizó ese instante.

—Puedes hacer lo que quieras. —Emmanuel le acarició la rubia cabellera. El flash seguía sobre ellos—. Doy por finalizado el acuerdo desde hoy.

Ander tragó saliva. Su cabeza descansó una vez más sobre los pectorales y dio un suspiro de resignación. Era consciente de que ir al club fue una jugada arriesgada.

«¿Y si no quiero que termine?».

Frunció sus labios para que las palabras no escaparan. Tenía algo de dignidad todavía, y no la dejaría huir.

28 Felipe y Eric

**Abierto de Australia.
Tres meses después.**

—¡Maldición!

Ander molió la segunda raqueta contra el piso entretanto la audiencia vitoreaba al campeón del torneo. Felipe Becerra resultó vencedor. Ander se levantó del piso, vio correr a Felipe hacia la zona de la red mientras que él se marchaba hacia el vestuario.

«Un mal perdedor».

Más de una vez se lo habían dicho, pero Ander no sabía cómo contrarrestar esa parte oscura suya que lo llevaba a querer destruir el mundo cada vez que la derrota caía sobre sus hombros. No le importaba quién estaba del otro lado de la red.

Se duchó tan rápido como pudo y salió del estadio sin hablar con nadie. Carlos intentó contenerlo, pero fue en vano. Ander estaba fuera de sí. Lo estaba desde hacía tres largos meses y la ansiedad escalaba a pasos agigantados.

«Lo extrañas».

Ander negó lo que su corazón pedía y su cuerpo anhelaba. Emmanuel no dio señales de vida. Fue como si lo de ellos nunca hubiera existido, sin embargo, Ander sabía que el sentimiento de desgarró emocional era recíproco. Emmanuel había perdido varios partidos en los últimos tres meses. Más que durante los últimos años desde que comenzó su carrera profesional. El porcentaje de errores no forzados aumentó de manera catastrófica y Ander se sintió feliz.

«Eres un bastardo».

Ander se regocijó al notar que Emmanuel lo extrañaba, que este deseo crecía en ambos a pesar de que sus cuerpos ya no se tocaban.

«El amor sano es en calma, los celos son los que crean incendios. Buscamos apropiarnos, en vez de permitirnos crecer junto a esa calidez».

Pensó innumerables noches en las palabras de su amigo Radil, en lo sabias que resultaron, y también, en lo perdido que estaba.

Lloró como nunca después de esa derrota en Australia después de cinco sets y más de tres horas de juego. Lloró porque el puesto de número uno aún se le negaba, pese a las derrotas de Emmanuel. Derramó lágrimas porque sin su amante y sin sus sesiones en Hypnos su vida carecía de sentido. Su brújula se había estropeado.

Esa tarde, Ander encendió la televisión y atestiguó de primera mano, la conferencia de prensa de su gran amigo Felipe Becerra, del campeón del torneo.

Felipe estaba allí, con nervios y timidez como era su costumbre. Ander admiró su candidez y autenticidad. Eso era irremplazable.

—¿A quién le dedicas este triunfo?—interrogó uno de los periodistas.

—A mi mánager y su esposo—dijo Felipe con una sonrisa—, a mi hermana, a mi padre, y a mi madre que, desde donde esté, sigue cuidando de mí.

—¿Qué hay de Ander?

Felipe escrutó al malintencionado que realizó la pregunta. Se arregló el cabello, y colocó un mechón detrás de las orejas.

—También se lo dedicó a él, porque es mi hermano del alma, y estoy seguro de que, pese a todo, está feliz por mí.

«Hermano del alma».

Ander se agarró la cabeza y se hizo un nudo en el sofá del hotel. Quería que el mundo dejara de doler, aunque fuera un puto segundo.

Se sintió mejor un par de horas después con algunos tragos encima. Decidió visitar la habitación de su amigo Felipe quien lo recibió de inmediato.

Un guardaespaldas estaba al lado de Ander quien, dentro de todo, lucía bien. Bien era un eufemismo. Ander siempre lucía hermoso, a veces divino, pero nunca «bien». Ese término jamás encajaba con su imagen.

«Bien» era un término que le quedaba a los tristes mortales como Felipe.

—Felicitaciones, campeón.

—Gracias.

Se quedaron en la puerta, uno frente al otro. Fue Ander quien se hizo hacia adelante y lo abrazó con todas sus fuerzas. Felipe le correspondió el gesto.

—Sabes que solo estoy enojado por la derrota, ¿verdad? No tiene nada que ver contigo—esgrimió Ander en un intento por desviar la atención y ocultar el desánimo que acarreaba desde hacía semanas y se profundizaba cada día.

—Ya lo sé, no me gusta que sufras—dijo Felipe quien no lo soltaba.

—No—Ander se apartó y lo sujetó de ambos hombros—, mereces esto, jugaste fenomenal. Disfrútalo. Nunca te pongas mal por mí.

—Es que eres mi amigo.

—Y lo seguiré siendo—replicó—, pero eso no significa que siempre debas estar bajo mi sombra. Eso no sería justo para alguien talentoso como tú. No es lo que tu madre quería.

Felipe quiso decirle tantas cosas. Contarle que le dolía que no lo saludara cuando le ganaba un partido, que le dolían los gritos y su rabia, pero no se animó. La evocación de su madre a la memoria lo había desestabilizado.

—He estado pensando en ella—dijo Felipe con tristeza—. En nuestra despedida. En el hecho de que mi padre no se molestó en guardar el duelo, aunque el cuerpo de mi madre se haya desvanecido en el aire.

—No la recuerdes así.—Pidió Ander—. Ella se merece más que eso.

—Ya lo sé—expresó con un dolor enorme en el pecho—. Pasa que hay momentos en que la extraño demasiado. Me siento solo, eso es todo.

«Me siento solo».

¿Cómo no entenderlo cuando Ander se sintió así toda su vida?

Ander le golpeó la espalda, e ingresó a la suite. Ambos caminaron hasta el sofá. Se sentaron uno al lado del otro, y se tomaron de las manos. Felipe recordó que, más de una vez, los habían tachado de maricones por esa actitud en el estricto colegio donde habían asistido años atrás. Nunca les importó. Felipe se sentía poderoso cuando Ander estaba cerca, se sentía protegido. Ander emanaba esa seguridad, la firmeza de actitud y el coraje para llevarse por delante al mundo. Felipe odiaba depender de las personas, pero era inevitable. Ander era su sostén, incluso cuando estaba destruido por dentro, incluso cuando sufría tormentos de parte de sus compañeros. Ander jamás se doblegaba.

—¿Has hablado con tu padre?

—No me ha respondido ningún llamado.—Felipe hizo una mueca. Estaban sentados tan cerca que sus rodillas se tocaban—. No me importa, de verdad. No le permitiré que me robe mi momento de alegría.

—Así se habla.—Ander lo despeinó. Felipe gritó y trató de zafarse, pero su amigo era más corpulento, más alto. Una misión imposible—¿Y? ¿Algún mensaje candente?

—Deja de preguntar tonterías—dijo Felipe, entretanto se arreglaba su pelo—. La única manera en que tendría una historia candente es que me quemara con un encendedor, o mejor aún, con el agua caliente de la regadera.

La carcajada de Ander fue tan estruendosa, que hizo reír a Felipe.

—Eres un hombre de poca fe, y no sabes explotar tus atributos.

—Claro—expresó Felipe con sarcasmo—¿Cuáles serían? ¿Mi gran musculatura? ¿Mi imponente estatura? ¿Mi rostro de ensueño? Espera, ¡ese eres tú!

Ander puso los ojos en blanco.

—Dios, es más fácil levantarle la autoestima a un depresivo con tendencias suicidas que a ti.

—He sido un depresivo con tendencias suicidas—recordó Felipe—. Parece que a ti hay detalles de mi vida que se te olvidan.

—Hombre, en serio—agregó Ander esquivando el tema— ¿Cómo carajo vas a ligar algo si tienes un perfil de Tinder sin foto? ¿Eres tonto?

—Escucha.—Felipe hizo un ademán—. Tú me rogaste que me abriera una cuenta allí, y que las propuestas me lloverían. Eso no ha sucedido.

—¡Por qué no tienes una puta foto!—Ander le dio una cachetada en la cabeza, y Felipe se quejó—. Es que todo indica que no estás interesado. Una persona que quiere algo publica fotos, y se muestra. Ese es el objetivo de entrar en un sitio en donde tendrás tipos calientes de todas las razas, y credos, aunque de seguro no querrás hablar de religión con ninguno de ellos. O quizás tengas suerte, y le termines viendo la «cara a Dios» como dice Alejandro Ferrari.

Felipe entornó los ojos ante la broma estúpida de su amigo, y de Alejandro, su fisioterapeuta argentino, que tenía las historias más alocadas. Todo era más fácil cuando Ander dejaba su oscuridad en la cancha de tenis.

—¿Y qué se supone que debo hacer? Mostrar mi rostro, y decir: «Parezco Felipe Becerra, pero no soy. Invítame a follar».

—Ay, hombre.—Ander chasqueó la lengua—. Eso fue muy patético, es decir, más que patético.

—Gracias por la charla motivacional.—Felipe le mostró el dedo del medio, y Ander frunció los labios para no reír.

—Supongo que debo ayudarte a que la molesta tarjeta «V» deje de formar parte de tu vida.

—Mi «V» está muy bien, y tranquilo. Creo que tienes más ganas tú que yo mismo en perder esa tarjeta de la que tanto hablas.

—Felipe.—Ander arqueó una ceja—. Dime que jamás has fantaseado con perder la virginidad con algún semental bien dotado que te domine en la cama, y te deje convulsionando de placer.

—Vaya, diría que has visto demasiado porno, pero si lo pones así. —Se burló Felipe, y Ander se encogió de hombros.

—Venga, que todos lo hemos deseado.

—Tú, y tus hormonas lujuriosas te llevan por el mal camino—advirtió Felipe a su amigo

—. Es así como has terminado en esos clubes raros.

—Clubos de sadomasoquismo, y no son raros—replicó Ander.

—¡Por supuesto! ¡Que te azoten sin contemplaciones es algo muy placentero! Sin mencionar lo maravilloso que debe ser que tomen turnos para darte como cajón que no cierra. — Fue una confirmación tácita. Ninguno de los dos dijo nada al respecto. Felipe se preguntó si todo eso tenía que ver con su ímpetu por obtener victorias a como diera lugar, pero se mantuvo en silencio. Respetaría los tiempos de su amigo—. Bien.—Felipe se rascó la ceja izquierda—¿Qué fotos me aconsejas que agregue a mi cuenta, especialista en follar?

Los ojos grises azulados de Ander brillaron con genuina emoción. A Felipe lo asustó el exacerbado entusiasmo de su amigo.

—Tengo muchas ideas, pero puede que termines asustándote.

—Mientras no me metas una banana en el culo, y una correa en la boca, puedo animarme.

—¿Una banana en el culo? ¡Si resultaste más creativo que yo! ¡Que no te escuchen los del club a donde voy!

—Eres un perverso.—Felipe le golpeó el brazo, y empujó a su amigo, el cual estuvo a punto de caer al piso.

—¿Perdón? ¿Tu sueñas con bananas y el calenturiento soy yo?

—¡No sueño con bananas! Fue solo un ejemplo ¡Tú te lo tomas todo literal!—Se defendió Felipe que tenía las mejillas al rojo vivo.

—Claro, te creo.—Ander se puso de pie, y observó a su amigo en detalle. Felipe se sintió nervioso.

—¿Qué te pasa ahora?

Ander sonrió. Entendía los nervios de Felipe ¿Cómo podían ser tan parecidos y diferentes al mismo tiempo?

—Tengo algunas cosas en mi habitación. Si me esperas, podemos hacer magia y conseguirte a quien quieras en Tinder.

—¿Qué clase de cosas?

—¿Confías en mí, Felipe?

—A decir verdad, no mucho—contestó con sinceridad. Ander contuvo la carcajada, e hizo que su amigo se pusiera de pie.

—Ya regreso.—Su amigo no le permitiría retractarse.

—Tengo una cena con Carlos y Gabriel en una hora, Ander.

—No te preocupes, tiempo más que suficiente.

—¿Qué es lo que vas a buscar?—preguntó Felipe un poco asustado. Ander le dio una sonrisa pícara.

—¿Cuánto sabes en verdad del BDSM? Mi opinión es que tú debes liberar ese lado sumiso tuyo, y los pretendientes harán fila por ti, Felipe.

—No creo que el cuero y las cadenas sean lo mío. De verdad, no me gusta que me golpeen.

—Felipe—dijo Ander con una sonrisa de oreja a oreja—, todos dicen eso al principio, después les encanta. Confía en mí. Soy un experto en esto.

—Me das miedo a veces, ¿lo sabías?

Ander dio una risilla ante el horror que teñía el rostro de su mejor amigo.

—Escucha, no todo es golpe y dominación de ese estilo—explicó—. También puede ser sensualidad, y erotismo. Dos cualidades que abundan en ti.

—No soy erótico, ni sensual. Tu charla motivacional no está funcionando.

—Eres muy pesimista, cariño—agregó Ander—, pero confía en mí. Cuando termine contigo, nadie en su sano juicio verá una imagen tuya sin tener una erección.

29 Arrepentimiento

Ander no se equivocó. Las fotos trajeron a los pies de Felipe a uno de los hombres más calientes que vio en toda su existencia presente y vidas anteriores.

«Eric Morgan».

Su cabello húmedo y despeinado, las gotas de agua resbalaban por su rostro y pecho que sobresalía del agua de la tina, sus ojos lucían puros y cristalinos. Una gran blasfemia si se tenía en cuenta el contraste de sus orbes verdosos con la verga dura en su mano derecha que mostraba con nitidez todo lo que podía ofrecerle.

Ander estaba junto a Felipe cuando recibió ese video de un minuto, por lo que tuvo una panorámica completa de lo que iba a conseguirle a su amigo.

—Felipe más vale que aceptes, de lo contrario, te lo quito.

—Cállate. —Felipe golpeó a su amigo Ander—. Dios, ¿cómo pude ser tan idiota? ¡Le dije mi nombre real!

—Y pensar que temías que te descubriera.—Su amigo se burló— ¡Sorpresa! Te pasas, hombre.

—Deja de reírte, imbécil—reprochó Felipe en un estado de desesperación.

—Entonces deja de darme material para que lo haga.—Ander se limpió las lágrimas—. Dame ese celular.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a hacer magia y te lo voy a conseguir.

Felipe cerró los ojos y dio un suspiro. Esto era una pésima idea. Lo fue desde el principio. Él no servía para estas conversaciones. Felipe no seducía, no tenía sexo escandaloso. Eso les pasaba a otros hombres, como, por ejemplo, a su bello amigo.

Ander podía tener a cualquiera con solo dar un guiño de ojo. El sexo escandaloso les sucedía a hombres como Eric que parecían el mismísimo Apolo en su versión anglosajona.

Ander movió sus dedos con agilidad sobre el teléfono. Una sonrisa maliciosa pobló sus sensuales labios.

—¿Qué estás escribiendo?—preguntó Felipe—. Dame ese celular.

—Claro que no.—Ander tiró del teléfono cuando Felipe intentó sacárselo de las manos—. Estoy a punto de concretarte el mejor contrato de tu vida. No me desconcentres.

—Ander.—Felipe luchaba con su amigo—. Ya dejémoslo así. Soy patético, ya lo entendí.

—Oh por Dios.—Ander abrió los ojos como platos y su mandíbula estuvo a punto de descolgarse—. Mierda, sabía que estando así de bueno la debía tener grande.

—¿De qué estás hablando?—. Felipe agarró el teléfono y tuvo en primera plana el miembro de Eric. Tragó saliva. Esos ojos verdes invitaban a tantas cosas, del mismo modo su torso musculoso, y luego estaba esa belleza que sostenía con su mano derecha.

—Dame eso.—Ander recuperó el teléfono. Felipe estaba en shock. El ucraniano escribió a toda velocidad. Felipe apenas era capaz de procesar una mínima idea.

Su mente plétórica de fantasías que desembocaban en el mismo punto, en la piel sedosa y en la enorme vena que se marcaba en el perfecto miembro de Eric.

—Este tipo está en llamas, prepárate—advirtió Ander entusiasmado—. No vas a poder

caminar en un mes.

—¿Qué?—. Felipe se acercó a su amigo, esta vez, Eric subió la apuesta.

El sonrojo cubrió las mejillas de Felipe mientras sus ojos vagaban por el rostro del hombre que sería su amante. El sonido del agua en la fricción se combinaba con jadeos suaves y deliciosos. Eric se mordió el labio inferior, y de pronto, la grabación terminó.

—¡Por qué corta en la mejor parte!—exclamó Ander quien estaba más excitado que Felipe—. Hombre, en serio. Si no aceptas, yo iré, pero no voy a desperdiciar esa delicia.

Felipe se agarró la cabeza, giró sobre sus talones y comenzó a caminar por la sala. Tenía una erección que podía partir una roca, no le importó. Se detuvo en medio de la suite, y se decidió a lanzarse al vacío.

—Dile que quiero conocerlo, pero no en Moscú. Explícale mi situación, dile que no puedo verlo antes. Deberá esperarme por varias semanas. Si está dispuesto, lo haremos.

—De acuerdo.—Ander tecleó a toda velocidad.

Felipe se cruzó de brazos. Un escalofrío lo inundó, ¿y si de repente aquel hombre que desbordaba sensualidad se negaba? Era bastante fácil, solo tomar un avión y ya ¿Por qué no quería verlo antes? ¿Por qué alargar un encuentro que ambos deseaban?

—«Nos encontraremos cuando vengas al torneo de Londres».—Leyó Ander.—Es lo que acaba de poner. Bueno, me preguntó si eras Felipe Becerra, el tenista, y tuve que decirle que sí, por lo que entiende que irás a Londres pronto.

—Soy malísimo mintiendo.

—Mierda.—Ander estaba perplejo—. Esto ha sido una tormenta de emociones.

—Creo que es su forma de ser—argumentó Felipe—. Es el tipo de hombre que se juega al límite, aunque nunca imaginé que fuera de los que esperan.

—Bueno, de vez en cuando, es lindo encontrar un rival que se juega hasta la última pelota—agregó Ander. Una sonrisa se dibujó en Felipe.

—No tengo dudas—replicó Felipe. Ander se sentó en el sofá, y dejó el celular de su amigo sobre la mesa ratona, hecha de vidrio y soporte de bronce antiguo—. Podría chantajearme—advirtió Felipe—. No debiste avanzar.

—Pues no me hubieras dado el celular.

—Me lo quitaste.

—Excusas, excusas. Vamos—Ander abrió los brazos—, ¿me vas a decir que no te imaginaste ese miembro en la boca?

Felipe frunció los labios.

—Eres asqueroso.

—Perdone San Felipe.—Ander juntó las manos como si estuviera rezando—. Lamento ser tan pecador ante sus ojos. Eres un adulto, quieres sexo, y ese hombre te dará una gran experiencia. Ya deja de cuestionarte o criticarme por lo que hice. Te lo puse en bandeja de plata. Ahora relájate y disfruta. Carajo, es tarde. Debo irme.

El encuentro de Felipe y Eric fue un desastre de consecuencias inesperadas varias semanas después. Ander jamás en su vida estuvo tan arrepentido de haber influenciado a su amigo para que cayera en la tentación.

Eric se presentó un día antes de la final de Londres en la suite de Felipe y arrasó con su cuerpo. Felipe apenas se mantenía en pie una vez que la noche de lujuria pasó. Su cuerpo había sido profanado bajo mil fantasías cumplidas, pero el problema fue que su corazón, su tonto corazón, fue arruinado para cualquier relación amorosa de una manera inexplicable.

«Permítele dejar su marca en tu piel sin límites, que la única regla sea el placer, que el

único precepto sea el gozo infinito de su cuerpo ,de su lengua, de sus besos, que tu único límite sea el calor infinito del éxtasis ebullendo en tu vientre, que tu única meta sea arder en el fuego de la lujuria».

Ander cerró los ojos en su habitación y se lamentó por el peor consejo que le dio a su amigo Felipe.

—¡Felicitaciones!

Emmanuel le dio una sonrisa ladeada. Era el trofeo que más rápido ganó en su vida. ¿Le gustaba esa forma de ganar? La verdad es que no, pero no había nada de malo en obtener algo sin derramar una gota de sudor.

—¿Cuál ha sido la excusa? —preguntó a Isra Bréznev, su mánager quien viajó a presenciar la final.

—Malestares estomacales.

Emmanuel frunció el ceño. Era tan extraño. El día antes, Felipe Becerra había barrido con Ander Kovac. El hombre había visto el partido que era en el único lugar en que podía encontrarse con Ander después de lo ocurrido en la sesión de fotografía de Natalia Simonetti.

«Puedes hacer lo que quieras. Doy por finalizado el acuerdo».

El arrepentimiento hizo mella en él desde el momento en que pronunció esas palabras meses atrás. La vida seguía su curso.

El tenis, el entrenamiento, los compromisos, la rutina, su familia, Asia y los hijos de puta de sus hermanos, todo le revolvió el estómago y lo llevó a pensar y desear a ese hombre que era el más prohibido de todos.

—¡Ponte contento hombre! —Isra le golpeó la espalda.

—¡Lo estoy! —mintió Emmanuel. Había rogado que Ander ganara para competir con él y ahora, este idiota que le impidió esa oportunidad abandonaba.

—Escucha. —Isra se acercó al hombre entretanto estaba a la espera de recibir el trofeo en el estadio—. Hay algunos negocios que quiero compartir contigo.

—Vas a separarte de Vlad y te llevarás a sus clientes.

—¿Qué? —Isra palideció y Emmanuel le sonrió. Sasha Kózlov podía ser un asesino insano, pero era infalible al momento de conseguir información.

—Vamos, Isra. —Colocó sus manos en los hombros del tipo—. Creo que es hora de que hablemos con sinceridad, cosa que tú me pedías a mí ¿No te parece?

—Emmanuel—Isra tensó la mandíbula. El tenista se cruzó de brazos y sonrió al tener acorralado al viejo—, lo que estás diciendo puede ser causa de demanda legal.

—¿En serio? ¿Para ti o para mí? ¿Te das cuenta de lo que haría Vlad si se enterase?

—¿Y quién va a decirle? —Isra habló entre dientes—¿Tú? ¿Cómo carajo conseguiste esa información?

—Se dice el pecado, no el pecador, amigo. —Le guiñó el ojo—. Ahora, si me disculpas, debo ir a recoger mi premio.

Emmanuel quiso pasar al lado del hombre cuando un representante de la federación lo llamó. Isra lo sostuvo con fuerza.

—Si hablas, yo...

—¿Qué? —desafió Emmanuel—¿No recuerdas quién soy? Cuidado, Isra. Mide muy bien tus palabras.

Isra frunció la boca en una señal de disgusto. Estaba impotente frente a la verdad.

Emmanuel dio un tirón y se liberó del agarre. Subió las escalinatas que lo llevarían a la cancha en donde recibiría el galardón por un nuevo torneo adquirido.

La información que Sasha le estaba proporcionando era invaluable, y si algo aprendió de su familia era a tejer enormes telas de araña invisibles en donde las presas caían sin darse cuenta.

—*¿Qué harás con la información del viejo?*

—*No te incumbe.*

—*Eres raro.*

—*¿Raro?*

—*Sí. Tienes material para sacar del juego a Ander Kovac y no lo haces. Ahora te consigo información para chantajear a Isra y me dices que todavía no la vas a usar. Mi pregunta es, ¿qué carajo estás esperando? Y la segunda, pero no menos importante, ¿qué harás cuando termine de reunir lo de Gleb y Valentino Lukov?*

—*Todo a su tiempo, reptil. Espera y verás.*

30 Nada y todo

—¿Qué pasa con Emmanuel? —Ander frunció el ceño. Felipe dejó la toalla sobre la caminadora, y se acercó a su amigo quien continuaba en el banco de ejercicios.

—¿Crees que soy tonto? Puede que sea despistado, pero únicamente un ciego negaría la tensión sexual entre tú y ese maldito ruso—esgrimió Felipe. Ander colocó la pesa en posición para levantarla.

—No creo que exista en el mundo un ser más miserable, detestable, abominable, y todos los «ables» del mundo que Emmanuel Urich.

—Tienes razón—justificó Felipe—,pero te faltaron un par.

—¿Cuáles, genio?

—Deseable y follable.

—Sí, esos también.

—Cuéntame, ¿qué hay entre ustedes? —Felipe volvió a preguntar. Ander sonrió y se encogió de hombros.

—Nada—replicó—, y todo.

—Lo has visto fuera de la cancha y las conferencias de prensa, ¿no es así?

—¿Te confieso algo? Grita más en la cama que en la cancha.

—¡Jesucristo! —Felipe agarró la botella de agua y bebió un trago—¿Me estás jodiendo?

—A ti no con seguridad—bromeó Ander—, pero a Emmanuel...—Felipe se agarró la cabeza. Siempre lo supo, ese odio desmedido no podía significar otra cosa—.Me cobro cada insulto, cada puta palabra que sale de su linda boquita. —Ander se mordió el labio inferior—. Él me hace replantearme todas las ideas que tengo acerca del sexo. Lo que tengo con él es indescriptible. Estoy seguro de que tus virginales oídos no están listos para escuchar las cosas que hacemos.

—Pervertido.

Hay sonrisas que esconden mil lágrimas. Hay odios profundos que albergan los más intensos deseos. Emmanuel Urich se transformó en todo aquello que Ander no podía tener, y eso lo enojaba.

Su vida había tenido pocas cosas buenas, su mente buscó los momentos de alegría y fueron escasos, pese a su sonrisa fácil y a sus ganas de mirar el lado positivo incluso cuando estaba en la más pura mierda.

¿En qué momento se enamoró de él? ¿Cuál fue el preciso instante en el que se olvidó de quién era? Ander caminó por la ciudad esa noche de regreso a Moscú luego de haber discutido con su amigo Felipe por su renuncia al torneo.

La desesperación por momentos era tal que las ganas de correr lo dominaban.

«¿Hacia dónde?».

¿Podía huir de su propio libro? Ander desconocía cómo, pero con gusto lo haría. Se dejaría vencer por el dolor y simplemente renunciaría. Vivía en una mentira. Solía perderse en el club cuando los sentimientos como el de esa noche lo asfixiaban, pero ahora era imposible. Después de la sesión fotográfica con Natalia Simonetti, Ander fue incapaz de retornar a Hypnos.

Se avergonzó de haberle mentido a Emmanuel, de simular que los hombres lo usaron a su antojo solo por venganza. Ander no quería que otro hombre lo tocara, solo había uno en su mente. Uno que lo mandó a volar y él, como un tonto, anhelaba su regreso.

«¿Qué esperas de él?».

La respuesta era simple porque fue la misma que le dijo a Felipe aquella vez cuando le confesó sus sentimientos por Emmanuel.

«Nada y todo».

Había momentos en que Ander soñaba cosas que jamás le contaría a nadie por temor a que se le burlaran. Se imaginaba como un niño persiguiendo mariposas, se imaginó como un niño feliz junto a personas que de verdad lo amaban, pero también en su mente creó escenarios que ruborizarían a cualquier ruso de mente estrecha.

Un estadio lleno, miles de personas coreando su nombre mientras él avanzaba hacia su oponente del otro lado de la red quien le daba una sonrisa. Se daban la mano, y en ese momento, el hombre de su vida lo sostenía del brazo y tiraba de él para darle un beso en medio de gritos de sorpresa.

Se detuvo en una esquina. Pocas personas iban y venían cuando el frío hacía mella y todos pensaban en un cálido refugio. Ander se tocó el puente de la nariz y comenzó a reír.

«Eres un hipócrita, Ander. Finges delante de las cámaras, finges que has superado tus problemas de adolescencia e infancia. Finges que no te castigas cuando vas a ese club donde te atan, y todos esos desconocidos te toman por turnos. Eres un experto en mentirle a los demás, pero sobre todo a ti mismo. Mientes cuando niegas que estás perdido por Emmanuel, cuando evades mis preguntas y las que tu propia mente hace. No soy como tú. Si me siento miserable, no voy a negarlo. No voy a mentir y mucho menos a mí mismo».

Felipe tenía razón, pero es que Ander carecía de herramientas para lidiar con la vida de otra manera. Había sufrido dolor, desprecio, abandono, abuso y soledad. Lo peor es que solo se limitó a sobrevivir, no a salir adelante. Se mantuvo respirando, respirando hasta que, en algún momento, el mundo le diera un golpe tan fuerte que lo enviara al otro lado.

Ander se enfocó en el cielo oscuro. La luna apenas visible entre las gruesas nubes que, al parecer, traerían tormenta. El celular vibró en el bolsillo de su chaqueta negra. Lo hizo un par de veces antes, pero Ander decidió ignorarlo. De todos modos, esta vez, la insistencia lo sobrepasó. Estuvo a punto de hiperventilar cuando corroboró quien era el dueño de esas palabras.

Estudio de Natalia Simonetti. Medianoche

¿Te atreves?

La piel se le erizó ante la provocación. Su mente conjeturó escenarios locos y destructivos ¿y si era solo una broma? ¿Y si alguien había tomado el teléfono de Emmanuel y envió el mensaje? ¿Sería posible que Asia Lukova estuviera detrás de esto? ¿Cómo había llegado tan rápido de Londres?

Ander se enfocó en su reloj. Faltaba solo media hora para la cita. Sus piernas solo querían salir corriendo y llegar al estudio lo antes posible.

«Cálmate».

Una nueva pregunta se incrustó en su mente ¿Y si Emmanuel solo quería hablar? ¿Si lo citaba para contarle que alguien se enteró de sus encuentros?

No importaba lo que fuera. Ander iría, y que dios lo perdonara si Emmanuel no quería sexo porque él se le lanzaría encima y le quitaría la ropa a mordiscos, si era preciso.

«Eres tan idiota».

Claro que lo era, pero su deseo estaba más allá de los insultos.

Regresó al edificio en el cual vivía y se dirigió de inmediato al estacionamiento donde subió a su deportivo. Pensó por unos segundos en llamar a un Uber, pero se trataba de una persona pública. Lo último que necesitaba es que lo vincularan con Natalia Simonetti.

Ander arribó al lugar quince minutos después y estacionó el vehículo un par de cuadras antes. Lo primero que hizo fue colocarse la capucha y caminó con las manos en los bolsillos hasta la mansión. Se detuvo en la puerta y se enfocó en el timbre. La confusión llenó de nuevo su cabeza ¿Por qué Emmanuel lo citó aquí?

Sacudió las ideas y tocó el timbre. Estaba a punto de congelarse porque la campera era de una tela demasiado fina para esa estación del año. El celular vibró en el bolsillo de su pantalón verde musgo.

Entra y ponle seguro a la puerta.

Ander dio un suspiro y movió la perilla solo para percatarse de que estaba abierta. El tenista ingresó y cerró tal y como le indicó Emmanuel.

Caminó por el pasillo cargado de fotografías y llegó a la enorme sala con biblioteca circular donde todo había terminado meses atrás. Las palabras todavía resonaban amargas en sus oídos. Emmanuel estaba recostado en la cama. Las luces laterales puestas sobre el lecho como estuvieron el día de la campaña publicitaria. Ander observó alrededor. El lugar estaba vacío.

—Hola. —Emmanuel le dio una sonrisa.

—¿Qué es todo esto? —Ander tragó saliva.

—¿No me vas a saludar? —preguntó y arqueó una ceja—¿Qué pasa? ¿Todavía enfurruñado por tu derrota? No te preocupes, ya me alcanzarás.

Ander le mostró el dedo medio.

—No sé qué carajo hago aquí con un idiota. —Estuvo a punto de darse un golpe en la cabeza por no aprender las lecciones—. Me largo.

Iba a marcharse cuando, en un sagaz movimiento, Emmanuel lo sostuvo de la chaqueta y lo lanzó sobre él en la cama.

—Ponte de acuerdo, Ander—pronunció socarrón—¿Has venido aquí en medio de la noche para irte?

Ander tembló ante el calor del cuerpo debajo del suyo. Se sentó sobre su pelvis y forcejeó con el tipo.

—Eres tan despreciable, abominable, miserable, y...

Emmanuel entrecerró los ojos y se mordió el labio inferior. Lo asió del cabello y acercó esa cara de rasgos impresionantes a centímetros de la suya.

—¿Qué más? ¿Qué otras cosas vas a decirme?

Ander cerró los ojos y apoyó su frente sobre la del hombre.

—Deseable y follable. —Ander emuló las palabras de su mejor amigo porque fueron las únicas que vinieron a su mente borracha de gozo.

Las luces blancas daban de lleno sobre la enorme cama. Emmanuel asió el mentón de su amante y le devoró la boca. Ambos gimieron en el beso. Las manos volaron sobre la estructura del otro, surcaron la piel entre la ropa y estiraron las prendas para quitarlas, arrancarlas de sus cuerpos que solo deseaban fusionarse.

—¿Cómo puedes ser tan hermoso? —Emmanuel escrutó en detalle la blancura de ese

ángel pecaminoso. Sus labios hinchados por ese beso mortal y necesitado. La luz blanca permitió que todas sus facciones resaltaran todavía más.

—Lo dices como si fuera algo terrible. —Ander se acurrucó en su pecho y cerró los ojos. Su amante jugó con los mechones de cabello que caían sobre sus extraordinarios ojos grises.

—Es muy malo, de lo contrario, no estaríamos perdidos en este desastre.

Ander levantó la cabeza y sus miradas se encontraron. Una enorme mueca de dolor se dibujó en su semblante. Emmanuel se aborreció por producir ese tipo de emociones en él. Una cosa eran las burlas que iban y venían, pero esto era un juego que ninguno de los dos conocía con certeza cómo jugarlo. Ander le masajeó el cuero cabelludo.

—Ni te quejes—respondió con un atisbo de molestia—. Tú eres irresistible.

—¿Irresistible? ¿Eso lo agregamos junto a despreciable y follable?

Ander le dio una sonrisa de labios cerrados.

—¿Sabes lo difícil que es amar a alguien así?

Las sonrisas desaparecieron. No hubo arrepentimiento en las palabras esbozadas, sino que los embargó un sentimiento de desasosiego y desesperación.

—¿Me amas?

—¿Ves? ¡Eres un idiota! —exclamó Ander ante la pregunta.

—¿Por qué me insultas ahora?

—Porque solo un tarado sin cerebro ignoraría que estoy loco por ti.

31 Fotografías

«Solo un tarado sin cerebro ignoraría que estoy loco por ti».

—Ya, deja de mirarme así que me pones nervioso. —Ander dejó un nuevo beso en los labios—¿Cómo has logrado que Natalia te de acceso a su casa?

Emmanuel, que todavía no salía de ese cóctel de sorpresa mezclado con alegría, tragó saliva.

—Natalia está en Italia junto a su novio.

—¿Y te estás quedando aquí? —preguntó Ander y Emmanuel se carcajeó.

—¡No! Solo me ha prestado su estudio por unas horas para mi propia sesión de fotos. — Los brazos se cerraron sobre la cintura de Ander en caso de que se le ocurriese escapar.

Ander le golpeó los brazos y negó una y otra vez.

—Ni de coña—replicó—. No le voy a mostrar el culo a Natalia.

—Claro, porque nadie te conoce el culo a ti, ¿verdad?—agregó con sarcasmo.

—Es diferente. —Ander quiso explicar lo inexplicable—. Nadie me conoce. Llevo máscara o antifaz, en cambio aquí...

Las caderas de Emmanuel golpearon hacia arriba. El pene erecto rozó la entrada de Ander que estaba cubierta con el pantalón. Este jadeó y cayó sobre el cuerpo dispuesto.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de que Natalia nos delate?

—¿Tú no? —Ander frunció el ceño—¿Quién eres y que has hecho con Emmanuel Urich?

Emmanuel apoyó ambas manos en el rostro del hombre y lo besó. Ander dejó de respirar cuando la lengua rozó su labio inferior y demandó acceso a su interior. Se lo otorgó de inmediato. Emmanuel lo giró en la cama y se posicionó entre sus piernas. Buscó el cierre de la chaqueta la cual desprendió mientras su amante luchaba con los botones de su camisa gris humo. Estaban desesperados.

La forma en que sus bocas no se soltaban, sus manos yendo y viniendo por cada surco y recoveco de su piel. Sus lenguas danzando en un baile salvaje que pronto los envolvería en llamas potentes que no se apagarían ni con las precipitaciones de todo un año.

Poco le importó a Ander cuando el flash de la cámara a pocos metros de él se activó. Al contrario, lo excitó. Le dio un morbo tremendo saber que su mánager Carlos y Gabriel no serían los únicos que plasmaron sus fantasías en una cámara. Se irguió en la cama y terminó de quitarse los pantalones. Emmanuel luchaba con las medias y eso les causó risas.

—No te quites la camisa. —Ander acarició los pectorales duros con la camisa entreabierta—. Quiero hacerte mío, así como estás, a medio vestir.

Emmanuel se humedeció los labios y asintió. Esa noche buscaba todo de su amante, y no, no le importaría tomar turnos para follar. Se recostó en las sábanas rojas, abrió sus brazos y su vista quedó en el techo. La lengua de Ander hizo de las suyas sobre su pecho e inició su incursión hacia el sur.

Ander asió el pene con las dos manos y lo masturbó. Escupió sobre él para facilitar el deslizamiento, y de pronto, las manos alternaron junto a su boca talentosa el trabajo. Emmanuel arqueó su espalda y dio un grito de placer profundo. Sentir la boca húmeda del amante a quien se resistió por tres largos meses le generó miles de sensaciones. Emociones desconocidas que

sacudieron su torrente sanguíneo y lo llevaron a esa pregunta carente de respuesta.

¿Por qué simplemente no podían rendirse a esto? ¿Por qué debían fingir?

—¿Estás enamorado de él?

—Lo deseo.

—No, aquí hay algo más. No soy ciega, Manu. He sido testigo de lo que tienen. Me fascina. Hace mucho no obtenía fotos tan magníficas.

—Hubo momentos en los que solo pensé en hacerlo mío en esa cama.

—¿Y qué te detuvo?

—Tú, por supuesto.

—¿Y si no estuviera yo?

Emmanuel cerró los ojos y sonrió. La lengua escurridiza de Ander se introdujo entre el prepucio. Exploró cada espacio, cada porción de piel que ahora le pertenecía un poco más.

«¿Un poco?».

¿A quién quería engañar? Emmanuel era incapaz de tener sexo sin pensar en Ander. Se había acostado un par de veces con Asia. Era su obligación. La sensación de vacío lo embargó después de su liberación, y fue tal que la mujer no insistió. De seguro tenía un amante, tal vez no, sin embargo, Emmanuel tenía claro que no le molestaba que ella saciara sus deseos en otros cuerpos. Sus dedos se enterraron en el cuero cabelludo. Ander relajó la mandíbula. Sus ojos grises sobre ese hombre que lo escrutaba y le follaba la boca sin contemplación.

—Así, hermoso—musitó Emmanuel al notar la entrega y la manera en que relajó su mandíbula—. Abre esa boca y déjame llenarte.

Las manos de Ander se apoyaron en la cadera del hombre, las uñas romas se deslizaron marcando la piel con violencia. Emmanuel supo lo que intentaba. Quería dejar su marca. Ander quería mostrarle a Asia que él le pertenecía. Ahuecó las mejillas y succionó como si la vida se le fuera en ello. Emmanuel estuvo a punto de desmayarse de placer.

—Ander. —Trató de apartarlo, pero su amante ni siquiera se inmutó. Quería recibir su descarga. Aduñarse de su excitación, llevar la prueba en su lengua—. Dios, eres tremendo.

Emmanuel se liberó. Su amante succionó y saboreó la esencia dulce. Abandonó el pene y parte de la crema espesa se vertió en sus labios en forma de un hilo fino. El hombre recordó la primera fotografía que vio de Ander aquella vez. Lucía del mismo modo. Erótico, lascivo, morbos, único. Los adjetivos escaseaban cuando Ander Kovac entraba en escena. Emmanuel se sentó en la cama y lo atrajo hacia él para devorarlo la boca y compartir su sabor. El semen surcaba su pecho. Emmanuel llevó su dedo índice y marcó un recorrido de su esencia hasta el pezón. Ander se mordió el labio inferior y echó su cabeza hacia atrás cuando Manu cerró su boca sobre la protuberancia rosa. Los besos de Emmanuel era los más posesivos y demandantes que Ander recibió alguna vez.

«Dame una escena de sexo memorable que solo guardaré para mí. La mansión es tuya, siempre y cuando me hagan parte, aunque sea a través de una fotografía. Solo activa la cámara. Está programada, ella se ocupará del resto».

Emmanuel estiró el pezón y Ander jadeó. Lo estaba matando de una manera tan única y deliciosa. Asió el tubo de lubricante que estaba a un costado de la cama y se lo ofreció a su amante que no sabía dónde estaba, ni el día, ni la hora.

—¿Podrás hacer esto? —desafió el ruso con una sonrisa seductora entretanto retomaba su lugar en el lecho y se abría de piernas. Ander le quitó el tubo y negó.

—Hasta cuando te la van a poner eres fanfarrón.

Emmanuel se carcajeó. Era extraño porque las únicas risas genuinas que había dado las

últimas semanas siempre estuvieron relacionadas con el rubio. Ander cubrió con su cuerpo al hombre musculoso, arrastró besos perezosos en el cuello mientras sus dedos buscaban la entrada. Empujó una de sus falanges con cuidado.

—Puedes ir más rápido, ¿sabes? No voy a romperme.

—Zorra.

—Y lo dice el rey—replicó con gracia.

Ander introdujo dos dedos embadurnados en lubricante. El dolor se mezcló con el placer de inmediato en el enorme hombre. Emmanuel acompañó el vaivén rápido de los dedos con sus caderas. Quería más, necesitaba más. La necesidad fue tal que giró a Ander en la cama y se montó sobre él.

—Oye, ¡qué apuro! —Los últimos vocablos se rompieron en un gemido cuando Emmanuel se sentó sobre su verga lubricada y se abrió camino.

Ander lo sujetó de las nalgas para que descendiera despacio. El hombre tembló cuando el trozo de carne completo estuvo en su interior.

—Vaya, no te recordaba tan grande—bromeó. Ander lo giró en la cama para llevar el control—. Pensé que a ti te iba ser el sumiso.

—Siempre—confesó desperdigando besos cortos en la mandíbula mientras Emmanuel se adaptaba a la dura longitud—, excepto cuando se trata de ti.

Ander se mordió el labio inferior y embistió con cuidado. Emmanuel lo envolvió con sus brazos y piernas. Sus manos presionaron el culo firme para que fuera más al interior.

—Muévete, muévete sin miedo.

Una estocada firme estremeció el cuerpo del moreno, luego otra, y otra. Al cabo de cinco minutos Ander se asemejaba a una ametralladora que vapuleaba su interior y lo tenía con los ojos en blanco sin saber si gemir, chillar, gritar o todo junto. Sus bocas se amarraron a la otra sin descanso. Rodaron en la cama en búsqueda de colonizar cada espacio, al tiempo que la luz del flash les traía un sensual recuerdo de dónde estaban. Ander fue el primero en venirse, era lógico cuando Emmanuel saltaba sobre él, con sus empeines apoyados sobre sus muslos y se impulsaba con brutalidad.

Emmanuel lo volteó en la cama y lo montó como a un animal en celo. Ander chilló de placer cuando su amante lo asió del cabello sin contemplación y cubrió su espalda con su peso para embestirlo con violencia y masturbarlo.

De frente a la cámara. Ander giró su cabeza para capturar la boca de su amante quien empuñaba su pene con la mano derecha, y lo inmovilizó con su brazo izquierdo que cruzaba su pecho y unía la espalda de Ander a su torso. El cuerpo blanquecino bañado en sudor, repleto de chupetones y sendos cardenales que eran la prueba viviente del deseo que vibraba en Emmanuel por este hombre.

Dos horas que dejaron en claro el motivo por el cual los tenistas eran considerados grandes atletas. La resistencia de ambos era admirable, dentro y fuera de la cancha. Hasta Ander, Emmanuel nunca encontró a una mujer que le llevara su ritmo inclemente. Con este hombre se sentía libre, se sentía él mismo, aunque ese sentimiento solo pudiera demostrarlo en la cama.

Eran las dos de la mañana cuando se encontraron tocándose y descansando de su tarea maratónica. Emmanuel le acarició la pierna y dio un chupetón en el hueso de la cadera. Ander dio una risilla. Un nuevo chupetón esta vez en su ingle.

—Aquí—Emmanuel marcó con su índice sobre el hueso de la cadera—, y aquí también.

—¿Qué pasa?

—Te haría un tatuaje como el de tu espalda—replicó—. Quedaría bellísimo.

Emmanuel salpicó besos por su cintura y por el centro del pecho de su amante. Ander lo llevó sobre él por enésima vez para besarlo.

—Han pasado tres meses—pronunció con dolor—¿Cuánto será la próxima vez? ¿Seis meses? ¿Un año?

Emmanuel dio un suspiro. Su nariz se perdió en el cabello. Ander olía a especias y flores. Un leve toque de madera. La cantidad exacta para que su aroma fuera único.

—Tengo cosas que arreglar, ¿sabes?

—¿Vas a casarte con Asia?

—¿Qué quieres que diga?

—La verdad—rogó Ander y le chupó el lóbulo de la oreja.

—No—Emmanuel se movió entre sus nalgas con su virilidad que parecía una roca—, quiero escuchar lo que tú quieres que diga.

—Que te la jugarás por mí—confesó sin miedo—, que esto merece la pena, que podremos amarnos sin necesidad de ser infieles a alguien, y, por último, aunque es lo que más deseo, me gustaría que me dijeras te amo.

El pene se deslizó sobre la entrada estimulada. Ander lo llevó más profundo. Emmanuel embistió e hizo que su amante lo observara. Su respuesta fue inesperada.

—Dame tiempo. —Ambos jadearon cuando el vaivén de sus caderas alcanzó el mismo ritmo—. Espérame.

—¿Lo prometes? —Los ojos de Ander se llenaron de lágrimas— ¿Crees que es posible?

—Lo será, pero no ahora. Dame algunos meses y te daré todo lo que desees de mí.

—¿Serás mío? —preguntó aun sin creerlo. Emmanuel le besó el cuello y dio una risilla.

—Y luego me dices imbécil a mí.

32 Compromiso

El idilio solo duró una semana.

Las lágrimas cayeron sobre la revista de espectáculos mientras Ander era testigo de una mentira tan grande como una catedral.

«Dos dinastías, un gran amor. Emmanuel Urich, el tenista número uno del mundo se comprometió con Asia Lukova, la heredera de una de las familias más adineradas de Rusia».

La rabia y la decepción se hizo carne en él. Había creído en ese idiota que ahora salía sonriente y besaba a esa bellísima mujer, la cual, Ander envidió desde lo profundo de sus entrañas.

La envidia era un sentimiento desconocido para Ander hasta Emmanuel. Desear lo que otro posee, aunque sea a medias, aunque fuera por unas horas.

«Sé que estoy enamorado de él, pero estoy seguro de que sano no es la palabra que nos caracterizaría a ambos».

Quería que Emmanuel fuera suyo. Estaba seguro de que lo merecía más que esa niña que había protagonizado escándalo tras escándalo en el pasado con otros muchachos. Ander se enfocó en la imagen y en los ojos de Emmanuel. En la profunda oscuridad, la sonrisa no llegaba a ellos. Su amante no era feliz, de eso estaba convencido.

«Aun así, la ha elegido a ella. Supéralo».

Su cabeza tenía decenas de argumentos que su corazón, envuelto todavía en la niebla del deseo del último encuentro, no alcanzó a desentrañar, pero, sobre todo, era incapaz de aceptar.

«Dame algunos meses y te daré todo lo que desees de mí».

El mundo estaba colmado de injusticias de todas las formas. Las buenas personas sufrían humillaciones, vejaciones, calumnias, insultos, traiciones a cada segundo. La cuestión era que, por una vez, Ander pensó que el destino le mostraría otra cara, que haría un viraje de ciento ochenta grados y le revelaría colores desconocidos.

Eres un bastardo mentiroso.

No vuelvas a acercarte a mí en lo que te queda de vida, pedazo de mierda.

Escribió el mensaje con toda la ira que pudo reunir en su corazón atormentado.

«¿Qué se supone que el tipo debe hacer? Vives en Rusia».

Ander no solo esperaba una respuesta, la necesitaba. Ansiaba confrontar, insultar, que ambos se dijeran groserías. Su corazón pedía a gritos un desahogo, porque el dolor era una mochila demasiado pesada para seguirla cargando.

Ander ya no tenía físico, corazón, ni alma para seguir luchando contra la angustia.

«Respóndeme, déjame que te siga odiando si no puedo amarte, al menos, déjame eso».

La respuesta nunca llegó. Ander sentía que su corazón había sufrido una cirugía a corazón abierto y se olvidaron de suturar.

—Golpea esa pelota, hombre ¿Qué te pasa hoy?

Ander pestañeó y se percató de que las lágrimas corrían por sus mejillas de manera

involuntaria. Entendió que ya no estaba frente a una maldita revista sino ante la vida misma. Su vida, su tenis.

Su entrenador a metros de él frunció el ceño. Dio pasos hacia Ander y lo sostuvo de los hombros. Tragó saliva.

—¿Qué te sucede?

—Nada—mintió porque el cuento era demasiado largo, y porque su entrenador no lo entendería.

Pocas personas en ese país lo harían. Ander era gay, y se odió por serlo. Se odió por enamorarse del enemigo, se odió por ceder al deseo, por entregar el corazón a una promesa que, en el fondo, ambos sabían que jamás se cumpliría.

—Escucha. —Kale Ruvicic, su entrenador buscó las palabras de consuelo para una cuestión que desconocía—. Sea lo que sea que estés pasando, no es tan malo.

—No es tan malo. —Ander le dio una risilla a la ingenuidad de ese hombre que lo entrenaba con puño de hierro—. Escucha, hoy vamos a terminar antes, ¿sí? No me siento bien.

—Está bien. —Kale asintió—. Mañana recuperaremos el tiempo perdido.

—No—Ander dio un suspiro—, el tiempo perdido jamás se recupera. —Le dio un golpecito en el brazo a su entrenador y abandonó la cancha.

Felipe lidiaba con sus propios fantasmas también. Ander pensó en ir esa noche al club, pero las fuerzas no lo acompañaron. Se dio una ducha y se metió entre las sábanas de su amplia y cómoda cama.

El sueño que había desaparecido por semanas regresó más cristalino, como si ahora, quien fuese, necesitó que lo escuchara.

Ander volvió a ser un niño. Se cubrió el rostro con sus manitos mientras la nieve caía sobre su cabello rubio. El frío caló hondo, su cuerpecito tembloroso fue prueba fehaciente de que estuvo lejos del fuego por muchas horas.

¿Qué era aquello que no quería mirar?

Ander, aun sabiendo que se trataba de un sueño, se entregó a esa especie de película protagonizada por una versión paralela de él mismo. El pequeño lloraba con angustia, seguía sin descubrir sus facciones.

—Míralo, míralo ahora.

—Papá.

Los ojos grises de Ander se enfocaron en el techo níveo. Estaba bañado en sudor. Era la primera vez que el pequeño de sus sueños hablaba y le respondía a él. Ander se sentó en la cama, se quitó las cobijas y se dirigió al baño. Su cuerpo estaba mojado como si hubiera entrenado por horas. Se lavó la cara y dejó que el agua lo enfriara, se secó el rostro con cuidado y volvió a la cama.

¿Qué le sucedió a aquel niño? ¿De verdad era él? Y si lo era, ¿por qué su ropa estaba toda remendada?

«Es un sueño, idiota. No es más que eso».

Su mente incansable elaboró conjeturas cada vez más intrincadas.

«Haz de cuenta que tus manitos son alitas, mariposa. Todo estará bien. Lo prometo».

¿Quién era ese hombre? ¿Por qué Ander sentía que lo conocía?

Había solo dos personas que podían responder a esas preguntas para tristeza de Ander.

Sin embargo, era tal su inestabilidad que una mínima respuesta que le diera un aliciente para seguir sería suficiente.

Llegó a la mansión de sus padres a primera hora. Su padre, como sucedía con frecuencia, estaba en la empresa. Su madre en el jardín de invierno con un par de amigas. Ander caminó hacia el lugar. Las mujeres reían mientras bebían su tecito. Ander entornó los ojos. Odiaba a las viejas. Frenó un momento y se rio de sí mismo al verse como una especie de odiador serial.

Mónica levantó la mano y lo llamó apenas lo vio en el umbral de la puerta que separaba el imponente espacio de invierno de una sala privada que solo usaba su madre.

—Hola mamá—saludó con una sonrisa que nada tenía que ver con su rostro demacrado y las profundas ojeras. Aun así, lucía hermoso, era imposible que Ander luciera de otra manera—.Señoras.

—Hijo, ¡qué sorpresa!—. La mujer sonrió con genuina felicidad. Se puso de pie y abrazó a Ander—¿Qué te trae por aquí? ¿Un milagro?

—Preguntas—replicó Ander y le dio un beso en la mejilla.

—Ander, por dios, ya eres un adulto—acotó la mujer con el cabello blanco—. Recuerdo cuando jugueteabas por aquí y tu madre y la niñera trataban de controlarte.

—¿En serio?

—Sí—la mujer también se acercó y le dio un cálido abrazo—, eras una cosita de unos cinco años tan preciosa.

Ander observó a su madre. Mónica bajó la mirada y se sentó.

—¿Vas a quedarte? —preguntó. Ander se ubicó en uno de los sillones.

—Sí, voy a pasar un momento con ustedes—repuso con una sonrisa.

Las mujeres contaron decenas de anécdotas de sus andanzas, algunas llegaron a ruborizarlo, como aquella en donde le prendió fuego con un encendedor de su padre el cabello a Olena, una inversionista con la cual su padre tenía negocios.

Ander se percató de que fueron las dos horas más incómodas en la vida de Mónica ¿Tan malo era recordar su infancia? ¿Tan difícil era pensar en su hijo como algo más que un robot que jugaba al tenis?

Las mujeres se marcharon y ambos salieron a despedirlas. Madre e hijo se quedaron observando los autos que salían por los portones ubicados a un kilómetro de las escalinatas.

—Lo lamento—expresó Mónica—. Si me hubieras avisado que venías, yo...

—Está bien—replicó—. Me hicieron reír. —El silencio cubrió una vez más el espacio entre esos dos seres que se habían convertido en desconocidos hacía mucho tiempo ¿Cuándo ocurrió? Ander no lo recordaba, como tantas cosas de su vida—¿Papá?

—Ha tenido que viajar a Países Bajos—explicó la mujer—. Algunos negocios.

—¿Fue solo?

—Su secretaria lo acompañó. —Mónica tragó saliva—. Yo pensaba ir con él, pero me comentó que solo eran unos días, y no tendría tiempo para compartir conmigo.

—Claro.

—¿Tienes algo que decir? —preguntó la mujer con un atisbo de molestia.

—¿Qué podría decirte que ya no sepas?

Mónica se cruzó de brazos y no apartó la vista del muchacho que tenía una pose relajada con sus manos en los bolsillos y miraba la entrada donde los autos ya habían desaparecido hacía un buen rato.

—¿A qué has venido Ander? Mi hijo rara vez se acerca por aquí.

Ander chasqueó la lengua.

—Hay preguntas sobre mi infancia que me gustaría hacerte.

—¿Qué? ¿No has tenido suficiente con mis amigas y todas sus anécdotas? —Mónica rio y Ander negó divertido.

—Si te soy sincero, no recuerdo nada de mi infancia antes de los cinco años. Es como si sufriera amnesia. No lo sé, quizás, era puro berrinche y ahora mi cerebro se niega a mostrarme esa parte vergonzosa.

Mónica asintió. Dio pasos hacia su hijo y le acarició el rostro.

—Mi niño bello—susurró—¿Cuándo creciste que no me di cuenta?

Ander puso su mano sobre la de su madre. La diferencia de temperatura le recordó hasta qué punto eran diferentes. Las manos de su madre siempre estaban cálidas, en cambio las de él, se asemejaban a un témpano.

—Ven conmigo. Voy a pedir que nos preparen un té.

Regresaron a la casa. Se ubicaron uno al lado del otro en los sillones del amplio jardín de invierno desde donde colgaban flores blancas que perfumaban el ambiente.

—¿Por qué decidieron que nos mudáramos a Rusia?

—Tú eras muy pequeño—aclaró Mónica—. Tu padre no era el hombre poderoso que es hoy. Había mejores oportunidades aquí, además yo no tenía una buena relación con mi familia.

—Déjame adivinar. —Ander le dio un sorbo al café—. No soportaban a papá.

—No era eso—replicó—. Eran conformistas, para ellos lo único que importaba era un techo, algo de comida en la mesa y mucho amor. Yo deseaba más de la vida.

—¿Lo conseguiste? —preguntó Ander y la mujer se humedeció los labios.

—Mira donde vivimos, la educación que tuviste, los viajes, los autos. Diría que sí, me fue bien.

—¿Y en el amor? ¿Te fue bien?

El labio inferior le tembló a Mónica.

—Nos fue bien, Ander. Sé que a lo mejor hay familias más «amorosas» que nosotros, pero confía en mí, fue la mejor decisión.

Ander sonrió y negó. Tenía tantas cosas para refutar a ese argumento débil e insignificante.

—Nunca conocí a tus padres—expresó Ander—¿No los viste de nuevo?

—Tus abuelos murieron antes de que tú nacieras. —Mónica tragó saliva—. Ander, lamento de verdad no haberte contado estas cosas antes, pero como tú no me preguntaste supuse que no te interesaba conocer del pasado. Siempre fuiste más de vivir el presente.

—¿Yo o tú? —Ander preguntó risueño.

—Está bien, quizás, yo no quería que tuvieras más conexión con una etapa dolorosa, ¿contento?

—¿Por qué dices que fue dolorosa?

—Perdí a mi hermana cuando era muy joven—confesó—. Una cabeza dura que jamás me escuchó y se casó con un perdedor. —Ander frunció el ceño.

—¿Tuvo que ver en su muerte o algo así?

—No, él era...

—¿Qué? —Ander contuvo las ganas de zamarrear a su madre para que le contara todo.

—No era bueno para ella, ¿está bien? —dijo Mónica y recién pudo respirar—. Era un vago que no le importaba nada solo su cabañita en el bosque. Un irresponsable.

El corazón de Ander dejó de latir en ese momento.

—¿Tu hermana vivía en el campo?

Mónica se removió en el sillón incómoda.

—Sí, junto a su marido y a un amigo de este.

—¿Nunca quisiste visitarla?

—Murió hace dos décadas atrás, Ander. No tengo familia en Ucrania, solo tú y tu padre —confesó sin una pizca de angustia. La mujer bebió un sorbo de té—. Diablos, le falta azúcar.

Ander la contempló perplejo. La vida de su madre fue una tragedia tras otra ¿Por eso se resignaba a una existencia infeliz?

—¿De qué murió tu hermana?

—Celia—replicó la mujer—, se llamaba Celia, y no murió, la asesinaron junto a su esposo y al amigo de ellos.

La culpa golpeó a Ander, ¿qué estaba haciendo? ¿Provocando una angustia a su madre por un pasado que no podía cambiar? ¿Todo por un sueño tonto? ¿Por delirios?

—Lo lamento, mamá—dijo Ander y puso su mano sobre la de la mujer—. Lamento traer a tu mente una memoria tan triste.

—Está bien. —Mónica quitó su mano y asió la taza de té—. En la vida debemos asumir consecuencias cuando nos equivocamos. Mi hermana y su esposo no fueron víctimas, sino creadores de su propia desgracia.

Uno de los empleados de la mansión ingresó al jardín. Mónica se giró hacia él. El tipo se acercó y le explicó que había problemas con algunos proveedores de la mansión que reclamaban sus pagos. Mónica entornó los ojos.

—Lo lamento, hijo. Debo dejarte—esgrimió—. Si quieres podemos seguir hablando otro día.

—Está bien, mamá. —Ander se levantó y abrazó a su madre—. Nos vemos.

33 Cuento de hadas

—¿De qué murió tu hermana?

—Celia, se llamaba Celia, y no murió, la asesinaron junto a su esposo y al amigo de ellos.

La conversación con su madre ocupó el pensamiento de Ander por varias semanas. En parte fue positivo, le ayudó a vencer un poco la obsesión por Emmanuel quien continuaba apareciendo en diferentes portadas de revistas junto a su prometida. No obstante, el arranque de celos y posesividad era incontrolable.

Los sueños se hicieron más intensos.

«Haz de cuenta que tus manitos son alitas, mariposa. Todo estará bien. Lo prometo».

La voz cálida del hombre, algo temblorosa por el miedo resonaba en su mente. La conversación con su madre semanas atrás no había servido de nada, excepto por la parte dónde le contó que su hermana vivía en el bosque.

Durante los días que siguieron ocurrieron situaciones que hicieron tambalear su mundo. Esa seguridad débil que estaba construyendo.

Ander nunca creyó en cuentos de hadas. Las experiencias de su vida habían creado un abismo entre sus anhelos y la realidad que le asestaba golpes y violencia. Ander perdió la inocencia cuando entendió que nadie lo salvaría, que no había caballeros, ni princesas, ni dragones y que los monstruos no solo vivían en el armario y debajo de la cama. Los monstruos eran de carne y hueso, y tatuaron su nombre en su piel.

No obstante, cuando su mejor amigo fue secuestrado en Italia todo su mundo se derrumbó, y un hombre, el príncipe con el que Felipe soñaba, apareció para protegerlo y darle una nueva oportunidad de vivir. Eric Morgan regresó.

Ander se carcajeó y lloró al ver a su amigo, el cual, estuvo hospitalizado en otro país y no pudo acompañar. Su manager Carlos le prohibió salir de su departamento hasta resolver la situación de secuestro. Todos podían ser víctimas mientras los perpetradores no fueran capturados.

Ander se sentó en el piso, observó en la televisión el arribo de Felipe a Rusia junto a su hermana y a un grupo de guardaespaldas. El hombre de cabello castaño claro no pasó desapercibido. Ander no creía en cuentos de hadas, pero esa imagen, le dio esperanzas de encontrar el amor alguna vez. Había más hombres como Eric Morgan en el mundo, ¿por qué no soñar que uno de ellos sería para él? ¿Por qué no soñar que un día se levantaría y Emmanuel Urich no sería el primer pensamiento del día?

«Tienes que pasar página».

Ander lo intentaba todos los días. Salía con algunos tipos, hombres guapos, pero nunca terminaban en la cama. Eso lo irritó porque jamás tuvo problemas en enredarse con alguien.

Felipe tenía fractura de su tabique nasal por lo que estuvo varias semanas en reposo. Regresó a la cancha de entrenamiento semanas después junto a Eric que no se separaba de él. Ander todavía tenía sus dudas, pero estaba claro que su amigo jamás estuvo más feliz.

—Miren a quién tenemos aquí. —Ander se burló y abrazó a su amigo cuando regresó a su entrenamiento—. No me extrañaría que hayas fingido el secuestro con tal de que apareciera.

Ander se burló, cubriendo con sonrisas todas las lágrimas derramadas. Ese era su talento. Emmanuel una vez le preguntó cuántas lágrimas escondía detrás de ese gesto alegre. La respuesta era infinita. Un dolor incommensurable.

—No soy tan psicópata como tú, pero sí, es innegable que estoy contento—señaló Felipe.

Ander se humedeció los labios. Recorrió con sus manos la espalda de su amigo, y le apretó una de las nalgas con la mano izquierda. Los ojos verdes de Eric parecían dos dagas afiladas que, de un momento a otro, lo dejarían desangrado. Felipe le golpeó el brazo.

—¿Qué carajo estás haciendo?

—Solo marco mi territorio.

—Pues, para tu información, el territorio que acabas de marcar es propiedad de él.

Ander se acercó a Eric esa tarde y fue muy directo acerca de lo que pensaba de él y de lo que le sucedería si lastimaba a Felipe.

«Te cortaré la verga».

Eric sacó su arma y le apuntó a la cabeza. Ander casi se meó. Fue donde supo que el amor de Felipe no se andaba con juegos, y si estaba ahí es porque de verdad lo quería, y lo cuidaría con alma y vida.

Moscú Rusia. Partido exhibición estrellas de tenis.

Una semana después.

Era la primera vez que los amantes se encontraban después del mensaje esa mañana de angustia en donde las promesas hechas dos días antes murieron en las sonrisas de Emmanuel junto a su prometida.

«Eres un bastardo mentiroso. No vuelvas a acercarte a mí en lo que te queda de vida, pedazo de mierda».

No hubo respuesta ese día, ni tampoco los días y semanas que sobrevivieron. Emmanuel lo sacó de su vida y lo desechó como a un condón usado. Ander, a veces, se reía de su propia ironía. Jamás tuvo sexo sin protección hasta que ese imbécil apareció en su vida. Hablar de condón usado parecía una burla despiadada.

Emmanuel tenía el cabello más largo. Esperaban el ingreso al estadio para el partido exhibición, el cual, venían organizando desde hacía meses.

Eran conscientes del peligro que significaba. Felipe había sido secuestrado y los culpables continuaban libres, por lo que la exhibición se daría en un marco de estricta seguridad acompañado por el personal de la organización y de los guardaespaldas personales de Felipe, entre los que estaba Eric Morgan.

Emmanuel reía entretanto compartía algo en su celular con Ciro Abrazov, un joven tenista que crecía a pasos agigantados en el circuito.

—Deja de mirarlo así—masculló Felipe a su lado. Ander le clavó sus orbes grises en la nuca a Emmanuel como si fueran cuchillos.

—No puedo—confesó—, solo quiero irme sobre él y golpearlo.

—¿Estás loco? —Felipe le dio un empujoncito—. Ya hombre, es un imbécil, ¿qué puedes esperar de él?

La respuesta carcomió sus entrañas. Ander se mordió el labio inferior y sostuvo la correa de su bolso.

Era una locura pensar que los cuatro tenistas más talentosos del mundo pertenecían a Europa oriental. Los partidos exhibición eran tan disfrutables. Por lo general, todos reían sacándose fotos y bromeando con los rivales acerca de quién hacía el mejor saque, cómo se vestían, o su peinado.

La agencia de Vlad tenía a tres de los mejores tenistas del mundo, aquellos que acaparaban todas las miradas y estaban como imagen de numerosas campañas publicitarias. Era una mina de oro. La agencia crecía y estos eventos contribuían a crear una imagen más cálida de los tenistas a los que la prensa, en reiteradas ocasiones, denominaba hombres de hielo.

El rival de Felipe era Ciro Abrazov, un muchacho ruso de la edad de Felipe que era la gran promesa del tenis. Su entusiasmo y energía eran avasallantes, pero aún le faltaba la técnica necesaria. Felipe lo venció seis a cuatro, seis a cuatro, en dos sets corridos.

El partido de Ander y Emmanuel fue una cosa memorable como todas las contiendas entre ellos. Desde insultos hasta obscenidades que terminaron en un partido para Emmanuel, quien le dio un guiño de ojo a Ander, y volvió a burlarse con gestos irrespetuosos.

«Bastardo hijo de puta».

Ander frenó las inmensas ganas de romperle no una, sino cien raquetas en la cabeza a ese imbécil que era tan buen actor que opacaría a Jack Nicholson y Al Pacino juntos.

¿Con quién carajo se estuvo acostando todo este tiempo? ¿Cómo era posible haberle contado a este energúmeno su secreto más oscuro?

Ander odiaba a Emmanuel, pero se detestaba a sí mismo profundamente. Debía olvidarlo, porque ese tipo lo relegó al pasado desde hacía un buen tiempo. Esa fue la razón por la cual no le respondió aquel mensaje.

«No significaste nada para él».

La verdad duele cuando te da un puñetazo en la cara, pero cuando se clava como una estaca en el corazón es inenarrable, sin embargo, la verdad es bella, incluso cuando te lleva a caer de rodillas y a pensar que nunca podrás salir de allí.

Si Emmanuel Urich fue capaz de dejarlo atrás, él también lo haría.

Los partidos de dobles fueron un infierno después de todo lo que había pasado en los individuales. Los jugadores se acercaron a la red. Emmanuel iba con Ciro, y Ander formó equipo junto a Felipe.

—Ni siquiera en una exhibición dejas de estar debajo de mí. —Se burló Emmanuel.

—Bueno, hay veces que estar debajo puede ser placentero. —Fue la contestación de Ander y la sonrisa de Emmanuel se esfumó.

—De seguro a ustedes siempre les gusta estar debajo, par de maricones—insultó.

Ciro los observaba perplejo. Estaba al tanto de la rivalidad entre Ander y Emmanuel, pero nunca creyó que llegara a ese nivel de falta de respeto.

—Vamos, cariño—provocó Ander—. Cuéntales a los chicos que a ti también te gusta estar debajo. Varias veces por semana, de hecho.

Los ojos de Ciro parecían dos platos voladores. Felipe lanzó una carcajada. La gente no escuchaba la conversación, pero pensó que era algo muy gracioso por lo que todo el mundo rio ante la risa contagiosa de Felipe. Emmanuel ardió de ira.

—Maldito hijo de puta, me las voy a cobrar.

—Me gusta que me nalguen y me azoten, así que tú verás. —Contraatacó Ander con socarronería. Emmanuel le mostró el dedo del medio y se alejó de la red.

—¿Y tú vienes o qué? ¡Apresúrate! —Le gritó a Ciro.

—Calma. Perra que ladra no muerde. —Felipe le guiñó el ojo y Ciro se rio.

Ander y Felipe se alejaron de la red dando risillas.

—Nos odia—aclaró Felipe.

—Con seguridad.

—¿Cómo puedes follar con eso? —preguntó Felipe sin entender los gustos de su amigo.

—Simple, folla como habla. Sucio y sin filtro.

Ander tenía el servicio. Emmanuel estaba cerca de la red, mientras Ciro y Felipe aguardaban más atrás para cubrir en caso de que a sus compañeros los rebasara una pelota cuando se encontraban al frente. Ander hizo rebotar un par de veces la pelota verde flúor y lanzó al aire para golpear con la raqueta con una potencia extraterrestre.

El término le quedaba. Ander parecía de otro planeta, su belleza, el talento y su fuerza. Emmanuel no buscó la pelota, confiado de que caería fuera del área, cuando la bola decidió rebotar cinco centímetros adentro de la línea blanca. El público los ovacionó. Ander hizo una reverencia y Emmanuel insultó en un idioma desconocido. Los muchachos y la prensa se sorprendían de la cantidad de insultos en diferentes lenguas que manejaba.

Ander no se sorprendía, las conocía a todas, sobre todo en la cama.

Continuó con el servicio. Esta vez, Ander lanzó con potencia, pero Ciro logró devolver la pelota. Emmanuel y Felipe entraron en juego. Se movieron cerca de la red. Ciro y Felipe estaban unos metros más atrás en caso de que la pelota pasara a la primera línea de batalla de Ander y Emmanuel. Fue un toque y toque que enloqueció a los aficionados. Emmanuel se levantó en un salto y le dio de lleno a la pelota. Ander corrió hacia la izquierda. Al notar que no llegaría, se arrojó y logró devolverla, pero el golpe fue débil y por un centímetro no logró atravesar la red.

—¡Sí!—gritó Emmanuel y le hizo una seña simulando una felación. Ander caminó hacia Felipe.

—Maldito bastardo.

—No te preocupes—dijo Ander a Felipe—. A éste le voy a romper el culo, y no de la manera en que a él le gusta. Es hora de que le demostremos quién manda.

—Hecho.

Felipe se preparó en su sector izquierdo y Ander en el derecho. Emmanuel tenía el saque.

—¿Lo quieres ver desorientado? —preguntó Ander con picardía. Felipe empezó a reír.

—Eres el diablo en persona.

—¿En serio? La gente dice que luzco como un ángel.

—La gente no tiene ni puta idea de quién eres en verdad. —Felipe lanzó—¿Qué tienes pensado?

—Nada—replicó Ander—, darle de su propia medicina.

Emmanuel era muy conocido por manipular el juego a su antojo, ahora era el turno de ellos. Hizo el saque. Ander lo recibió y lanzó un grito extraño cuando lo devolvió. Algo así como un gemido.

Felipe frunció el ceño, es más, le dio hasta vergüenza. Emmanuel se desplazó con velocidad y golpeó la bola que regresó al terreno de Felipe y Ander. Ander volvió a gemir, es decir, a gritar. Felipe estaba sonrojado. Ciro remató en el sector opuesto. Felipe alcanzó la pelota como pudo y rebasó la red. Emmanuel se impulsó hacia adelante para tomarla y lo logró, pero el remate no tuvo el impulso suficiente y la bola quedó atrapada en la red, cayendo de su lado de la cancha.

Ander levantó las manos. Felipe reía mientras Emmanuel, tirado en el piso, destrozaba la

raqueta con furia, ante la vergüenza ajena del pobre Ciro.

—¿Qué carajo fue eso? —preguntó Felipe desconcertado mientras lo abrazaba.

—Así me gusta gemir cuando estoy con él, supongo que algunos recuerdos le alteran la imaginación, y también la concentración.

—El hombre de hielo se derrite—bromeó Felipe y volvieron a abrazarse.

—Te juro, me encanta más ganarle que follármelo—bromeó Ander y Felipe dio un suspiro.

—Es increíble que ustedes tengan química sexual.

—Sí, lo es.

Ander le dio una sonrisa de labios cerrados y pensó que lo más increíble de todo era que llevaban semanas sin sucumbir a ella.

«Lo olvidarás».

¿Qué otra opción le quedaba para seguir viviendo?

Los cuentos de hadas existían, el verdadero amor existía, y les ocurría a otras personas.

34 Empieza a ser el primero de tu vida

Torneo de Frankfurt, Alemania.

Dos semanas después.

—El peroneo largo está al borde del desgarro. Los aductores no están bien tampoco—. Peter, el entrenador de Emmanuel le daba la noticia que Emmanuel ya sabía después de todas las horas de juego.

—No importa—agregó—. Hazme un masaje o lo que sea, sigo.

—Emmanuel, vas a lesionarte y puede ser...

—¡Haz lo que te digo y punto! —. El nivel de exaltación de Emmanuel había llegado al límite—. No voy a abandonar, así que más vale que hagas tu trabajo que para eso te pago.

Emmanuel a duras penas fue capaz de terminar el partido. Fue testigo del llanto y la alegría de Felipe Becerra del otro lado de la red mientras él rompía una raqueta y caía extenuado de rodillas. Peter lo ayudó a ponerse de pie y salir de la cancha que era pura algarabía.

La espalda de Emmanuel dio contra el asiento y asió la bolsa de hielo. Su médico deportivo revisó la lesión. Presionó sobre los músculos y el tenista dio un grito.

«Eres un bastardo mentiroso. No vuelvas a acercarte a mí en lo que te queda de vida, pedazo de mierda».

Emmanuel respiró profundo y bebió de la botella de agua. Pensó en cómo cambió su vida desde que recibió el mensaje de Ander Kovac, el cual, no respondió.

—La próxima semana darán los nuevos puntajes—recalcó Peter—. Emmanuel, vas a perder el primer puesto.

—¡No me digas! —gritó enojado—. Peter, haz algo útil. Habla en la conferencia y da las excusas que quieras. Déjame solo, ¿sí?

El entrenador tensó la mandíbula.

—¿Qué te ocurrió?

—Perdí ¿No lo viste? ¿De pronto te quedaste ciego?

—¿Sabes? Me darías un poquito de pena si no fueras tan despreciable, miserable y...

La garganta se le cerró a Emmanuel al recordar quien le dijo esas palabras meses atrás.

«Follable y deseable».

—Déjalo, Peter—replicó sin ganas de escuchar los insultos del hombre—. Haz tu trabajo. Necesito estar solo.

El médico le puso la mano en el hombro al entrenador.

—Debemos trasladarlo a una clínica.

—Escuchen, solo... un par de minutos, después me llevan adonde sea.

Los hombres guardaron silencio y salieron del vestuario. Emmanuel apretó su pierna y tensó la mandíbula. Las lágrimas que guardaba desde hacía meses emergieron.

«Falta poco, todo saldrá bien».

Junto sus manos y las apretó sobre su boca para no gritar. Para ser el primero de su vida, debía dejar de ser el segundo en la vida de los demás, y es lo que se propuso hacer, aunque en el camino perdiera a la persona que más amaba, al ser que nunca podría olvidar.

Asia lo llamó esa noche, al igual que su familia de sangre, sin embargo, fue el llamado de una persona inesperada lo que le quitó la leve calma que guardaba.

«Mischa Kózlov».

Así se llamaba el medio hermano de Sasha, su primo del lado materno en quien tenía todas las fichas puestas. Mischa fue kickboxista durante un tiempo antes de renunciar por una causa de dopaje y marcharse junto a su entrenador. Un hombre que le doblaba la edad. Emmanuel y Mischa nunca fueron grandes amigos, de hecho, pocas veces cruzaron palabras a lo largo de su vida a pesar de tener la misma edad.

—Mischa. —Emmanuel le dio responder a la videollamada. La razón fue desconocida, pero sintió que era lo correcto.

—¿Cómo has estado Manu?

—¿Es una broma? —Emmanuel arqueó una ceja—. Estoy lesionado y acabo de perder el número uno. Dime, ¿cómo piensas que estoy?

Mischa lucía hermoso. Con su cabello platinado y sus ojos de un verde cristalino. Le recordó un poco a su objeto de deseo, provocó que su estómago se contrajera.

—¿Sabes? No te juzgo. Yo tenía el mismo humor de mierda. —Mischa sonrió—. Por fortuna, encontré a alguien que me mostró que no siempre debía ser así.

Emmanuel frunció el ceño.

—Pues, felicitaciones ¿Me llamas para mostrarme lo feliz que eres?

—No—replicó Mischa—, te llamo para decirte que esto que estás pasando no es el fin del mundo, y saldrás adelante.

Emmanuel chasqueó la lengua. Dio un suspiro mientras su primo lo observaba.

—¿De verdad valió la pena? ¿Cerrar los ojos y lanzarte al vacío?

Esas eran las preguntas que atormentaban a Emmanuel día y noche, por las cuales le daba miedo seguir adelante con su estrategia. Había un gran riesgo en lo que pensaba hacer.

—¿Sabes de lo único que me arrepiento? —Mischa dio una risilla y se cubrió la boca— ¡De no haberlo hecho antes! ¡De haber perdido años buscando una razón para vivir cuando la tenía frente a mis ojos cada puto día!

—¿Dimitri piensa lo mismo?

—Dimitri solo quiere que sea feliz. —Mischa se encogió de hombros—. Me cuida, es mi sostén. No voy a mentirte, hay días en que peleamos mucho. Hay días oscuros donde recuerdo quién soy, de dónde vengo, pero son incomparables con los momentos de luz, porque él es eso para mí. Luz, y tú sabes que, mientras haya sol, hay una oportunidad.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Emmanuel tenía sus labios en línea recta—¿Cómo carajo pasaste de ser Darth Vader a Blanca Nieves?

Mischa se carcajeó. Emmanuel afirmó su cabeza en el respaldo de la cama de la suite y también se rio.

—¿Sabes? Esa es la gracia de los pequeños cambios—explicó Mischa—. Ocurren tan despacio y profundo que no te das cuenta hasta que te miras al espejo y te encuentras con un ser completamente distinto.

—Tu hermano te odia—agregó Emmanuel—. Todo el mundo sabe que quiere verte muerto.

—Lo sé. —Mischa asintió—. Me ha amenazado tantas veces que he perdido la cuenta, pero sé que no lo hará.

—¿Qué? ¿Piensas que es bueno?

—Al contrario, es tan malo que prefiere que vivamos con miedo—argumentó Mischa—.

El problema es que se olvida que yo lo conozco.

Emmanuel le dio una sonrisa ladeada.

—Tengo negocios con él—confesó—. Le he pedido información crucial, y, poco a poco, el rompecabezas ha comenzado a tener sentido ¿Piensas que puedo confiar en él?

—De toda la familia, puedo afirmar con certeza que eres el único que le caía bien, así que, dudo que te traicione.

—¿Incluso si del otro lado le ofrecen más dinero que yo?

Mischa se humedeció los labios.

—Hay algo que se le escapa a la mayoría de las personas cuando negocian con «el Reptil». Puede que el dinero le guste, quizás lo ame, pero no es un esclavo de él.

—¿Entonces?

—Sasha no trabaja por dinero—esgrimió—. Es el sabor de la caza lo que lo impulsa, el miedo de las personas al darse cuenta de que no pueden escapar de él. El dinero es accesorio, la adrenalina es todo. Lo entiendo, es un Kózlov. Supongo que a todos nos ha gustado vivir al límite.

—Yo no soy como ustedes.

Mischa se cubrió la boca y aguantó la risa.

—Manu, tú eres más Kózlov que yo incluso. Igual, creo que eso es bueno, después de todo.

—¿En serio? —Emmanuel se rascó la frente—¿Y porque se siente como si todo fuera una mierda?

—Porque rechazas quién eres. —Mischa parecía muy divertido por la situación—. Eres oportunista, aprovecha eso. Mamá decía que los Kózlov se asemejaban a los felinos. Pasara lo que pasara, siempre caían de pie.

Emmanuel se mordió el labio inferior. Quería hablar con la verdad, pero el miedo le ataba la lengua.

—Permíteme mostrarte una situación. —Emmanuel tomó oxígeno—. Acabo de perder el primer puesto del tenis. Algo que significaba todo para mí, pero resulta extraño, no estoy tan mal como debería, y la razón se debe a que tengo demasiadas mierdas con las que lidiar.

»Nuestra empresa está en la quiebra, estamos a un paso de cerrar y la única salvación que a mi brillante progenitor se le ocurrió es fusionar nuestra compañía con los Lukov, y como sello de la unión me pide, mejor dicho, me obliga a casarme con Asia Lukova cuando en realidad, estoy enamorado de alguien más.

»Alguien a quien he lastimado mucho, he humillado y cree que descarté, solo porque estoy a la espera de información que tu hermano Sasha debe entregarme, que, en sus propias palabras «me cambiará la vida». Además, lo más probable es que en su ataque de ira y angustia se esté revolcando con medio mundo porque es adicto al BDSM, por lo cual las esperanzas de recuperarlo son casi nulas. Dime amigo, ¿en qué parte te parezco un maldito gato en todo este contexto de porquería?

Mischa sacudió la cabeza ante el ataque verborrágico de su primo. Frunció el ceño y luego empezó a reír como un desquiciado.

—¿Qué es tan gracioso idiota? —Emmanuel estuvo a punto de colgar, pero Mischa levantó las manos y pidió disculpas.

—Por favor, no te molestes—apenas podía formular palabras—, es que es muy gracioso. Otro Kózlov gay y parece que la lista no se termina.

—¿De qué estás hablando? ¿Por qué piensas que soy gay?

—Porque acabas de decir que estás enamorado de un adicto al BDSM—argumentó Mischa con un ataque de risa irrefrenable. Emmanuel cerró los ojos y maldijo. Genial, era lo que le faltaba—. Juro que no diré nada, es solo que... dios, esto es tan bueno.

—¿Bueno? —Emmanuel pensó la manera de introducirse por el celular y ahorcarlo— ¿Qué le ves de bueno a este desastre? ¡Vivimos en Rusia, cabrón!

—¿Y qué? —Mischa se limpió los ojos. Las lágrimas brotaban con su estallido de risa—. No es como si el mundo debiera enterarse de lo que haces en tu alcoba.

—Tú lo diste a conocer.

—Sí, pero mi situación era diferente. No tenía nada que perder. Mi destino estuvo sellado en el momento en que Sasha me traicionó, en cambio tú, amigo, ¿qué esperas?

Emmanuel le dio una sonrisa de labios cerrados a su primo. Mischa tenía razón. Solo debía aceptar los talentos que su apellido traía.

—El momento justo—replicó Emmanuel y su corazón se encogió—, porque quizás, nunca podamos estar juntos, pero al menos, estaré en paz sabiendo que hice lo correcto.

35 Eternidad

«Asia Lukova y Emmanuel Urich se casarán el próximo quince de junio. Ha sido la bellísima Asia quien ha confirmado la noticia que salió en primicia por este programa».

—¿Por qué sigues consumiendo esos programas basura?

Ander tenía apoyada la mano en su mentón entretanto observaba cómo la mujer, que pronto sería la esposa de Emmanuel Urich, alardeaba con él del brazo.

—No lo sé. —Ander dio un suspiro—. A veces, tengo la estúpida idea que saldrá en alguno de esos programas y dirá: «Los engañé, todo este tiempo estuve enamorado de un hombre».

—No es verdad. —Felipe replicó—. Lo que tú esperas que diga es que está enamorado de ti, con nombre y apellido, y después mande a todos a tomar por culo.

Ander bajó la mano y la apoyó sobre la mesa de madera oscura que adornaba la mansión que muy pronto compraría Felipe junto a Eric Morgan.

«Le propuse matrimonio, y ha dicho que sí».

Hubo un tiempo donde Ander pensó que le enseñaría cosas a Felipe. En este caso, fue una verdad insoslayable que el alumno superó ampliamente al maestro.

Felipe tenía a uno de los hombres más guapos y letales que Ander conoció comiendo de su mano, y eso era solo el comienzo. Se casaría en una semana con Eric Morgan ¡Felipe se lo había propuesto! Fue quien se puso de rodillas frente a ese impresionante hombre al cual se le escaparon lágrimas y recibió el anillo. Luego, Felipe se mantuvo de rodillas por otras cosas que no venían al caso y sobre las que no se explayó cuando habló con Ander.

—Eres mi ídolo—confesó Ander—. Lo sabes, ¿verdad?

Felipe se encogió de hombros. Algunos rizos caían sobre su frente y se adherían a una leve capa de sudor. El invierno estaba desapareciendo en manos de una primavera calurosa.

—Sin ti, esto nunca habría sido posible. —Felipe se acercó a una de las ventanas. Eric estaba en el jardín junto a Raisha, hermana del tenista, y a Grégor, su novio. Eric movía las manos y le indicaba las reformas que buscaba realizar.

—¿Se quedarán aquí?

—Ese es el plan. —Felipe acarició las cortinas de seda blanca—. Londres no es seguro todavía para que vivamos allí.

—¿A qué te refieres? —Ander frunció el ceño, y Felipe negó.

—Eric no me dio muchos detalles—confesó—, a veces pienso que le tiene tanto miedo al pasado que está seguro de que nos alcanzará. No obstante, sé que conmigo es feliz, y eso me basta.

—Es increíble que nadie sospeche todavía. —Ander dio una risilla—. Digo, el hombre no se separa de ti ni un segundo.

—Tú mantuviste tu secreto guardado por años—recordó Felipe—, aun así, creo que las cosas cambiarán cuando se den cuenta de que mi guardaespaldas y yo usamos los mismos anillos.

—¿Temes las consecuencias?

—No—replicó Felipe y volvió su vista hacia su amigo que continuaba en el cabecero de

la mesa—, aunque, si por mi fuera, mantendría este amor dentro de una burbuja para que nadie lo dañe.

—Eric te ama—señaló Ander—. Tuve mis dudas al principio, pero considero que es muy sincero con respecto a sus sentimientos. Te hace bien, diablos, incluso luces radiante, sin importar que te deja dormir poco. Sus folladas son mejores para tu piel que una rutina de *Lancome*.

Felipe se cubrió la boca para no dejar escapar una carcajada.

—Eres tremendo.

—Solo digo lo que veo—confesó Ander—, lo que envidio a veces también.

—Ander, ¿por qué no lo buscas? —Felipe dio pasos hacia él y se sentó del lado derecho—. Ve a su departamento, a su empresa o a dónde sea. Pídele explicaciones.

—Es Emmanuel Urich—argumentó Ander—. Es un manipulador con tendencias narcisistas. Todos lo saben, entonces voy yo y caigo por él ¡Me merezco el premio al imbécil de la galaxia!

—No lo sé. —Felipe chasqueó la lengua—. Si fuera como dices habría cortado por lo sano hace rato.

—Lo hizo—replicó Ander—. Apareció en público con su novia anunciando su compromiso y después su matrimonio. No soy retardado, sé cuándo me mandan a volar.

—¿Así? ¿Sin una mínima explicación? ¿Una nota sarcástica, aunque fuera? En mi opinión hay más.

—¿Ahora lo defiendes?

—Jamás defendería a ese hombre—señaló Felipe—, pero pensé que, al menos, tendría huevos como para enfrentarte.

—Pues ni eso. —Ander apoyó su mano derecha sobre el puente de su nariz—¿Piensas que en algún momento me voy a olvidar de él? En serio, cada vez lo extraño más.

Felipe asió el control remoto y apagó el televisor.

—Si quieres sacarlo de tu corazón, empieza por sacarlo de tu mente. Deja de buscar noticias de él. Ya basta de torturarte.

—¿Crees que soy débil?

—Vulnerable sí, débil jamás. Ander Kovac es de los tipos más valientes que conozco y estoy orgulloso de poder ser su amigo.

Ander apretó la mano de su amigo Felipe.

—Te quiero mucho. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Sé que no lo digo con frecuencia, pero agradezco que formes parte de mi vida, al igual que tu hermana.

Felipe se levantó y fue hacia su amigo quien lo abrazó por la cintura y apoyó su cabeza en su abdomen y lo presionó contra él mientras continuaba sentado. Ander se desmoronó en llanto, y Felipe también.

—Iría y golpearía a ese maldito. —Felipe estaba enojado—¿Cómo puede? De verdad, yo...

—No es su culpa que yo haya perdido el eje de nuestro trato, como tampoco es responsable de mis acciones. Fui yo quien me acosté con él y me olvidé de que todo terminaría en algún momento, pero es que...—Ander levantó la cabeza y se limpió las lágrimas—, se oía tan sincero.

—Escríbele—propuso Felipe y sus manos acariciaron el cabello rubio platinado—. Cierra este ciclo. Ríndete, mata esa tonta esperanza de que volverá, de lo contrario, no vas a avanzar.

—Lo he intentado.

—Pues hazlo de nuevo. —Felipe le asió el rostro a su amigo con ambas manos—. Jamás creí que habría algo peor que tu adicción al BDSM, pero esto lo es. Rompe este ciclo. No le pertenesces, libérate. Vuelve a ser tú.

—¿Y si me olvidé cómo ser yo?

—Entonces—Felipe le dio una sonrisa—, aquí estaremos nosotros para ayudarte a encontrar el camino.

Nadie sabe a ciencia cierta cómo conocerá el amor, a veces, actúa de maneras tan absurdas y misteriosas que ni siquiera nos damos cuenta hasta que los nudos se han tornado tan intrincados que es imposible zafarse de su agarre.

Estoy seguro de que Eric Morgan nunca esperó que un hombre como Felipe apareciese y le diera oxígeno para seguir viviendo. Mi amigo le trajo luz a un moribundo, y me sentí orgulloso de haber sido parte de su unión. Me dio felicidad haber enviado mensajes calientes a nombre de mi amigo solo para conquistarlo. Todo los trajo a este momento. A esta iglesia en Londres en donde solo somos veinte personas que atestigüemos que el amor entre Felipe Becerra y su guardaespaldas atraviesa todas las barreras y límites. Un amor más allá de la sangre y las cenizas. Un amor que todos nos merecemos probar alguna vez y ser correspondidos con la misma intensidad.

Soy uno de los padrinos y una mezcla de sensaciones invade mi torrente sanguíneo. Anhele que sean felices, que nunca nadie les haga daño, que en cada pelea se reencuentren y se amen con intensidad.

Felipe pronuncia sus votos, y mi corazón se arrincona en mi pecho ¿Cómo es posible que yo esté tan feliz y angustiado al mismo tiempo? Coloca el anillo en el dedo anular de Eric y este no se pierde detalle. Observa sus mechones castaños que caen sobre su rostro y que son su sello.

—Te tomo a ti como mi esposo para naufragar en las tormentas, y para retozar en las cálidas arenas del amor y el deseo. Soy consciente de que podría vivir una vida sin ti, pero no la quiero, no desde que te conocí. No desde que llegaste y me llenaste de besos y me mostraste con creces lo bueno de la vida. Todo a lo cual me había negado por miedo y vergüenza.

»Soy un mejor hombre gracias a ti, encuentro partes de mí que me agradan gracias a ti. Partes pequeñas que antes pasaban desapercibidas y ahora las adoro. Me haces tan bien, Eric Morgan. Me haces creer en mí, aun cuando estoy abatido en el suelo. Tú has sido mi punto de quiebre, mi break point, el momento en que aprendes de que estás hecho, el instante en que te la juegas a todo o nada. Te amo, te amo tanto que me duele. Te amo tanto que pasaría mil vidas contigo, y aun así serían insuficientes ¿Quién más podría provocar eso en mí? Nadie, solo tú.

Eric se limpia los ojos del mismo modo que todos aquí. Es extraño. Observo a sus hermanos, a sus amigos y todos parecen hombres y mujeres muy duros y recios. A todos los embarga esta emoción que viene desde lo profundo, y estemos enamorados o no, nos invade el amor, como un huracán que se encarga de arrasar con cada obstáculo y nos deja desnudos y expuestos.

—Hubo noches, cuando estuve lejos de ti que, simplemente miraba el techo y te imaginaba. Construía una vida en la que estábamos juntos, una existencia donde poder refugiarme y que lo malo jamás nos rozara. Te vi allí, tan nítido y sublime. Como una especie de divinidad con la capacidad de transformarme en otra persona, en alguien mejor, en alguien con más valentía. Cerraba los ojos y le pedía a Dios que, si no podía tener eso, no quería nada

»¿Cómo vas a conformarte con una porción de tierra desértica cuando has bebido de las

aguas puras de un oasis? Había sido testigo de lo que siente un ángel. Yo, un hombre que no merecía nada, ni siquiera redención, tuvo en sus manos a un ángel y le hizo daño. Jamás me perdonaré por haberte hecho llorar, pero prometo que pasaré mi vida recompensándolo. Te amo como esposo, porque nadie más sería capaz de llegar a mi corazón, a ese sitio amurallado y lleno de oscuridad, y entrar con valentía. Solo tú, mi gran amor, solo tú, y es por lejos, todo lo que deseo, en esta vida y en todas las que vendrán.

Felipe le da una sonrisa. Observa sus manos que continúan entrelazadas y las sortijas que ahora los unen de la misma forma en que están adheridos sus corazones. Felipe se lanza a los brazos de ese hombre, tan grande como la vida misma y lo besa. Lo besa una y otra vez y todos los que estamos aplaudimos. Todos los que aquí estamos rogamos estar, alguna vez, en el lugar de ellos.

36 Te perdono

He demorado en escribirte estas palabras por muchas razones. Entre ellas, que me parece imposible no poder tenerte cara a cara y decirte todo lo que siento. Un mensaje de texto lo creo insulso, vacío, insuficiente, sin embargo, no voy a seguir postergando un dolor que me carcome el alma, y no deseo albergar esperanzas donde hace muchos meses atrás murieron desangradas.

Quiero que sepas que, pese a todo, y a este final todavía incomprensible, no me arrepiento. No me arrepiento de haber entrado en tu juego, no me arrepiento de estar en tu cuerpo y que tú hayas estado en el mío. No me arrepiento de amar tus besos, tu lengua, la manera en que se deslizaba por mi cuello, mis pezones y me llevaba al cielo. No me arrepiento de desear cada parte de ti, incluso cuando todo el mundo me dice que es una locura. Fuiste mi primer amor, al que le entregué mi alma, más allá de mi cuerpo. Me parece trágico e irónico que el hombre al cual debería odiar, lo ame con cada fibra de mi ser. ¿Qué me hiciste Emmanuel Urich? ¿Cómo te las ingeniaste para penetrar mi cuerpo y mi alma y quedarte a vivir allí?

No soy tonto, he demorado en escribir cada letra porque las laceraciones que me producen son infinitamente mayores a los que provocarán en ti. Quizás, este te parezca gracioso, o incluso bochornoso. Estoy más allá de tus opiniones, por primera vez en meses, esto se trata de mí y no de ti, así que no me limitaré, ni le permitiré a la vergüenza tomar el control de mi mano.

Quiero que sepas que no soy feliz, pero lo seré. Te hago conocedor de esta etapa que es una de las más oscuras de mi vida, y mira qué he tenido muchas, pero no estaré aquí para siempre.

Te perdono. Te perdono tus manipulaciones, tus juegos y las palabras que calaron en mí y de las cuales todavía no consigo alejarme. Te perdono que me hayas usado. Te perdono tu cobardía y el daño que me causaste sin justificación. Te perdono las ilusiones que mi mente cuida y resguarda, los idilios de un futuro juntos cuando ni siquiera había un presente.

Te perdono que me hayas hecho creer que era alguien importante en tu vida, y no un simple peón para tu divertimento.

Sé que es probable que nunca leas estas palabras, sin embargo, como te dije unas líneas más arriba, esto no se trata de ti, sino de mí.

Te deseo felicidad a dónde vayas y con quien estés. Tengo confianza de que yo también la encontraré y llegará cuando menos lo espere, así como apareciste tú.

Soy Ander Kovac, la persona que te amó y que te ama, y hoy se despide para siempre. Solo una pregunta me queda, una que me hago y a la cual, nunca le encontraré respuesta.

Si pudieras cambiarlo todo, ¿te enamorarías de mí? Porque yo sí, lo haría. Viviría todo de nuevo con tal de tenerte en mis brazos, aun sabiendo que jamás tendremos un futuro.

Buena suerte.

Ander leyó esa especie de carta escrita en la pantalla de su celular y cerró los ojos. Apoyó su cabeza sobre el cristal que cubría la suite donde estaba alojado luego de participar en la boda de su mejor amigo, de su hermano del alma, como solía llamarlo Felipe Becerra.

El reloj marcaba la una de la mañana, no era la hora ni el momento adecuado, pero nunca lo sería. Nunca hay un motivo correcto para despedirse de la persona que te ha roto el corazón, es aventurarse a lo que depare el nuevo día, y soportar las consecuencias. Las nubes amenazaban con desatar un vendaval en Londres. La ciudad dormía.

Felipe y Eric estaban a un par de habitaciones de donde él se encontraba. Se imaginó que a esa hora estarían haciendo el amor ¿Quién podría culpar a Felipe? Todos los minutos debajo de ese hombre eran insuficientes.

Ander estaba acostumbrado a responder a las necesidades de su cuerpo con frecuencia. Lo hizo desde muy temprana edad cuando descubrió un nuevo mundo en Hypnos. Cuando encontró el lugar donde satisfacer sus ansias de dolor y placer.

«Dolor y placer».

Enamorarse de Emmanuel significó perderse en una sesión de BDSM de forma permanente. Ander era solo un sumiso en busca de satisfacer sus necesidades en las manos de un hombre que solo vivía por sus propios deseos y poco le importaban los de los demás.

Ya no había espacio para la duda.

«Cierra este ciclo. Ríndete, mata esa tonta esperanza de que volverá, de lo contrario, no vas a avanzar».

Ander se humedeció los labios y rio. Si alguien le hubiera dicho que alguna vez estaría así de perdido por un hombre como Emmanuel se habría meado de la risa.

¿Qué más daba de todos modos? Ander no podía amar más a ese hombre de lo que se amaba a sí mismo.

Pulso enviar el mensaje y lo leyó de nuevo, luego, apagó su celular y se dirigió a la cama. Se abrazó a la almohada y se obligó a cerrar los ojos. El alcohol de la fiesta comenzó a afectarlo. Había tiempo de pensar en el futuro. Lo importante era que se atrevió a darle la espalda a su pasado.

37 Contrarreloj

—Supongo que me has extrañado todo este tiempo.

—Lo sabes, apenas puedo vivir sin ti. —Emmanuel se tocó el corazón a modo de burla y Sasha le golpeó la cabeza antes de lanzar una carcajada.

—Venga, papi te trajo grandes noticias.

Esta vez, no solo había un sobre color madera con fotografías sino un portafolio plagado de papeles, y por supuesto imágenes. Emmanuel se mostró ávido abriendo las carpetas como quien desenvuelve regalos por su cumpleaños. En parte lo eran. Esa documentación era el presente más preciado que el tenista pudo recibir después de la noche más angustiosa de su vida.

«Te deseo felicidad a dónde vayas y con quien estés. Tengo confianza de que yo también la encontraré y llegará cuando menos lo espere, así como apareciste tú».

¿Y si su ambición lo llevó a perderlo para siempre? ¿Por qué no confió en él y le contó su plan?

Emmanuel sacudió su cabeza. No, él actuó de la manera correcta. Su objetivo fue proteger a Ander y lo hizo. No iba a arriesgarse a que los Lukov tomaran represalias en contra de él. Le importaba demasiado para perderlo en manos de esos energúmenos que ya bastante daño le provocaron.

Sasha desperdigó las fotografías de Gleb y Valentino primero, así como también de Oscar y Asia.

—Gleb y Valentino tienen denuncias por agresión física tanto a mujeres y hombres—explicó el militar—. Han logrado pasar de ellas por arreglos financieros, sin embargo, hay una que los tiene en vilo.

—¿De qué trata?

Sasha abrió la carpeta y develó una foto de una enorme casa incendiada.

—Sigmund Trost, un ambientalista—explicó—. Elaboró un informe de impacto ambiental en donde establecía que la empresa de los Lukov ha contaminado dos ríos y como consecuencia han muerto cientos de especies autóctonas, además de enfermar a pequeñas poblaciones.

—¿No han podido frenar esto en los tribunales?

—Es que ahí está el problema. —Sasha le dio una sonrisa ladeada—. El tipo es un hijo extramatrimonial de uno de los jueces de la Corte Suprema. Nunca iban a relacionarlo porque lleva el apellido materno.

—Carajo. —Emmanuel se agarró la cabeza.

—El juez no se las va a dejar tan fácil—argumentó—. Los tiene en la mira. Solo falta que aparezcan testigos. El caso lleva congelado desde hace un año. El muchacho tiene muerte cerebral.

—No me digas que tienes a los testigos.

—¿Qué parte de que soy un dios y debes rendirme pleitesía no entiendes?

—No te rendiría culto así fueras el último hombre sobre la tierra. —Emmanuel se cruzó de brazos y apoyó su espalda en el cómodo sillón—¿Hay posibilidad real de enviarlos a la cárcel?

—No te lo diría si no fuera así, y eso no es todo. —Sasha continuó—. Dijiste que Borac ha dejado a la compañía en banca rota.

—Exacto.

—Pues, dale gracias a tu suegro—esgrimió—. Fue Oscar quien realizó acuerdos a precios menores con el fin de quitarle mercado y asfixiarlo. Se ha presentado en licitaciones en diferentes mercados en donde legalmente acordaban un monto, pero en las sombras ofrecía un precio más reducido con la posibilidad de que la diferencia se la quedara aquel que le garantizaba el contrato.

—Sobornos.

—De verdad, Manu. —Sasha se encogió de hombros—. No sé cómo carajo tu padre no se dio cuenta.

—Es difícil mirar más allá cuando lo único que hace es besarle el coño a su esposa de veintiséis años.

—Si lo pones así. —Sasha arqueó una ceja—. Eso es una buena tentación.

—No lo es si te hace perder el patrimonio que te costó décadas ganar—replicó Emmanuel—. Estos hijos de puta son peores que nosotros.

—No tanto como peores, pero han hecho sus méritos. Con respecto a tu prometida, ella está limpia, es decir, creo que tiene algo con uno de sus compañeros de clase, pero a la par de su familia es una santa.

—Asia nunca fue fiel, desconoce cómo serlo. Está bien, yo tampoco he sido un monje, así que supongo que estamos a mano—aclaró Emmanuel quien se hizo hacia adelante en el sillón y apoyó sus antebrazos en la mesa—¿Qué más hay?

Sasha enarcó una ceja, y dio un suspiro.

—Tu amigo Isra, en realidad no es tan amigo.

—Eso ya lo sé, me lo dijiste.

—Sí—replicó—, pero además de lo que ya te he contado, descubrí que ha estado robando dinero de la agencia de Vlad Ullianov y lo ha girado a una cuenta en Barbados. Muy pronto fundará su propia agencia y dejará a Vlad en serios problemas económicos.

—Hijo de puta. —Emmanuel tensó la mandíbula—¿Qué piensa hacer con mi contrato?

Sasha sacó una pila de papeles del portafolio y lo lanzó sobre la mesa.

—Estos son meses de conversaciones entre Isra y sus nuevos socios. Lamento decirte que no hablaba de ti hasta el momento en que perdiste el primer puesto. Desde ese día, dejaste de ser imprescindible para él.

—¿Crees que me traicionará?

—Traición es el segundo nombre de Isra, ¿tienes dudas? Te creía más inteligente.

—Me vale verga tu opinión—replicó Emmanuel y Sasha rio socarrón.

—Tu sabrás. Ahora conoces lo que hay detrás del antifaz.

«Antifaz».

Emmanuel tragó saliva. Su cuerpo tembló al recordar a su amante con sus ojos cubiertos.

—¿Qué obtuviste de Ander Kovac?

—Guau, lo de tu enemigo número uno—Sasha hizo una mueca—, creo que fue lo más succulento de todo.

Emmanuel pasó los dedos por su cabello negro esponjoso.

—Muéstrame, ¿qué tienes? ¿Más desnudos?

Con toda su alma, Emmanuel le rogó a todos los santos y demonios que la respuesta de Sasha fuera no.

—Algo mucho mejor. —Emmanuel quería borrarle de un puñetazo la mueca burlona de su primo—. Hay toda una historia detrás. Es muy triste, pobrecillo.—Sasha hizo un puchero. El estómago del tenista se contrajo—. Amigo—la sonrisa maliciosa cubrió su cara—, tu queridísimo Ander Kovac no es hijo de Saphir y Mónica Kóvac.

—¿De qué estás hablando? —La confusión en el rostro de Emmanuel fue tan grande que provocó risa en Sasha—¿Podrías dejar de burlarte una vez en tu puta vida? ¡Es algo serio!

La sonrisa ,poco a poco, se desdibujó. Sasha sacó de su bolsillo un paquete de cigarrillos y lo dejó sobre la mesa. Luego, buscó en su chaqueta el encendedor mientras el corazón se le iba a salir del pecho a Emmanuel.

Sasha encendió el cigarrillo y su mirada se encontró con la de su primo. Había miedo en los ojos del tenista.

—¿Estás listo para una historia de horror, primo?

38 Mi lugar en el mundo

«Quince de junio».

Ander dio un suspiro esa mañana cuando la fecha que rogó que nunca llegara fue el primer pensamiento de su mente al despertar. Bebió su café e ingirió su desayuno energético para entrenar ese día. Duplicaría su esfuerzo, no porque le interesara el primer puesto del ranking o mantenerlo, sino porque lo único que anhelaba era llegar esa noche y dormir por dos días hasta olvidarse de que Emmanuel Urich estaba casado y fuera de su alcance.

Salió de su departamento y caminó hacia el gimnasio donde entrenaba, allí encontró a Felipe junto a su guardaespaldas.

«Esposo».

Los anillos similares ya habían sido descubiertos por la prensa solo tres días después de la boda, así como también lo que denominaban «un misterioso viaje a Londres» por parte de Felipe. No dio declaraciones por supuesto, Ander creyó que jamás las daría, y estaba en lo correcto. A nadie le importaba su vida privada por lo que Felipe y Eric lucharían a capa y espada por mantenerla así.

—¡Ander!—Felipe sonrió entretanto frenaba la velocidad de la caminadora para bajarse de ella y abrazar a su amigo.

—Hola, Felipe

—Uy, te has venido con un gran humor—agregó Eric quien se encontraba en el banco de aparatos.

—¿Lo dejas que esté así? Es una indecencia—señaló Ander a Felipe acerca de la desnudez de Eric quien solo llevaba un diminuto pantalón corto.

—¿Por qué? —Felipe sonrió—. Me gusta que la gente babe con lo que no pueden tener.

—Amén, hermano—bromeó Ander y se montó en la bicicleta.

Eric detuvo sus ejercicios al igual que Felipe, ambos continuaban con su vista en Ander.

—Ander.

—No quiero hablar de eso—replicó al notar las intenciones de sus amigos—. Es un día como cualquier otro y quiero mantenerlo así.

Eric arqueó una ceja, se puso de pie y dio pasos hacia la bicicleta.

—No hablar de él no hará que dejes de pensarlo.

—Imposible, lo único que saldría de mi boca son desdenes, insultos y muchas otras cosas —explicó Ander y Eric le dio una sonrisa tierna.

—Estamos acostumbrados a todos los improperios de tu linda boquita.

—¿Linda boquita? —Ander levantó la mano—¿Tu marido les dice esas cosas a otros hombres?

—No deja de ser mi marido por decir la verdad. —Felipe rio—. Además, es casado, no ciego. Deja de intentar ponerme celoso. No funciona.

—Yo estaría a punto de ahorcarlo.

—Eso es porque eres un posesivo inseguro.

—¡Pues sí! —Ander gritó—¡Demándame inglés! Nadie mira mis cosas, y si por mi fuera lo encerraría y mantendría en un cubo de cristal para que solo yo pudiera tocarlo.

Eric entornó los ojos.

—Nuevo miedo desbloqueado, de verdad, no me gustaría ser tu objeto de deseo.

—A mí tampoco.

—Increíble que seas el tipo que iba a ese club—añadió Eric. Ander arqueó una ceja y se detuvo en Felipe. Sí, ya le había contado todo lo que su amigo hacía.

—Hypnos—respondió Ander—, debí seguir yendo, pero como me enamoré como un idiota, soy incapaz de dejar que alguien me toque.

—¿Tampoco sientes deseos de que te castiguen?

—No—Ander dio un suspiro—, no me había dado cuenta de lo bueno que fue en algunos aspectos Emmanuel Ulrich para mi vida, es decir, me destruyó, pero fui capaz de ver el otro lado. Me gustó, y como le dije en el mensaje de texto que le envié, no me arrepiento.

—Atarte a una persona que no amas. —Eric se cruzó de brazos y reflexionó—. Jamás pensé que un tipo como él fuera capaz de semejante sacrificio.

—Por mí tampoco sentía demasiado—argumentó Ander—, de lo contrario, se habría quedado conmigo, aunque fuera en secreto. —Sacudió la cabeza—Vamos, hay que entrenar que la vida sigue.

Eric asintió y volvió al banco de ejercicios. Felipe regresó a la caminadora. En ese mismo sitio, su amigo le contó sus sentimientos por Emmanuel Ulrich.

Ander entrenó hasta que los músculos le dijeron basta ¿Tan tonto era al pensar que podía sacarse de la cabeza aquello que albergaba en lo profundo de su corazón?

—¿Quieres venir a cenar a casa hoy? —preguntó Felipe—. Solo estaremos nosotros. Raisha y Grégor saldrán a cenar con dos inversionistas.

—No—Ander dio un suspiro—, esta noche regresaré a mi lugar en el mundo.

—Ander—Eric lo sostuvo de la correa del bolso donde llevaba la ropa—, dijiste que habías superado la etapa del castigo y el dolor ¿Vas a retroceder?

Ander le sonrió al hombre y le tocó el rostro.

—¿Te he dicho que eres muy afortunado Felipe? Este hombre, de verdad, está buenísimo.

—No cambies de tema—replicó Felipe—. Eric tiene razón. Ya basta de lastimarte.

—Necesito ir, Felipe—argumentó—. Necesito volver a ser yo, aunque sea en mi oscuridad.

—Emmanuel Ulrich no se merece todo el tiempo y el amor que le estás dedicando. Todo el llanto y la tristeza. Ya basta, Ander.

Ander bajó la mirada y luego se enfocó en sus amigos.

—Debo hacerlo—esgrimió—, porque para comenzar de vuelta, debo romper con todo lo que me ata al pasado, y eso también significa romper con el lugar que fue mi refugio.

—Ander, es una locura.

—Todo en mi vida lo ha sido, Felipe. Locura y miedo, y estoy cansado de esconderme de ellos.

«¿Por qué ahora iba a ser diferente? ¿Por qué la vida iba a mostrarme otra cara de la historia cuando desde el principio ambos pactamos nuestro final? Este era el desenlace previsto, el único que ambos podíamos tener. Lo mejor para ambos»

—Ha pasado tiempo, amigo. No pensé que volvería a verte. Te he extrañado.

Ander se abrazó con el anfitrión de Hypnos, ese que había aprendido a ser su amigo y conocer más de Ander que cualquier otro.

—Yo también Radil. Es lindo regresar.

El lugar seguía estando de la misma manera que meses atrás cuando Ander pisó el sitio por última vez en un ataque de celos. Radil le asió el rostro en sus manos.

—¿Por qué te ves tan triste?

—¿Recuerdas la conversación en donde me dijiste que no odiaba a Emmanuel Ulrich y que solo ansiaba tenerlo debajo de mí?

—Sí. —Radil frunció el ceño.

—Pues resulta que tenías razón—admitió—. Me enamoré como un gran idiota y a esta hora ya se ha casado con una mujer a la cual no ama.

Radil tragó saliva. Dio un suspiro y sus ojos enmarcados por pestañas abundantes y una sombra dorada se llenaron de lágrimas.

—Lo lamento—replicó—, al parecer, a muchos idiotas les parece apropiado vivir una vida de mentira.

Hubo un borde en esa afirmación. Ander, perdido en su tristeza, no se percató de que la sonrisa de Radil era ficticia y que la luz que siempre emanó se estaba apagando. Se sintió egoísta.

—¿Estás bien?

—Como te gusta decir a ti. He tenido días mejores, semanas, meses, años, ya no sé, pero de seguro mejores. —Radil agregó con tranquilidad—. A mi jefe le encantará saber que Samael regresó y nada menos que para un viernes de subasta.

—¿No es muy repentino? —preguntó.

—Claro que no—replicó—. Nunca es repentino cuando se trata de ti, así que ponte bello, o, mejor dicho, más bello. Habrá muchos hombres pujando por tenerte.

Ander se arregló el cabello lo mejor que pudo.

—Estaré listo para salir a escena en media hora.

—Perfecto, habrá tres sumisos exquisitos entonces. Traeré las condiciones de los dominantes para que las firmes si estás de acuerdo.

—Está bien. —Ander se humedeció los labios, ya estaba ahí y no iba a retractarse—. Hagámoslo.

Algunos gritos en la puerta del vestuario llamaron la atención de los hombres.

—¿Qué sucede allá afuera?

Hypnos era un lugar reservado y discreto, creado para que las personas disfrutaran y exploraran sus fantasías no para escuchar los gritos de algún desquiciado borracho.

Radil movió la perilla de la puerta y el hombre del otro lado lo empujó lanzándolo contra la pared.

—¡Radil! —exclamó Ander que estaba semidesnudo.

El tenista corrió hacia su amigo cuando el destino le mostró que, a veces, los milagros podían manifestarse cuando brotaban de lo más profundo de nuestros corazones. Se quedó estático, se afirmó en la pared cuando ese hombre, dio pasos hacia él convencido de que era suyo.

—¿Qué haces aquí? —Su voz se entrecortó. Emmanuel parpadeó con lentitud y llevó su mano a su rostro maquillado.

—Sabía que te encontraría en este lugar.

39 Venganza

Moscú, Rusia.

Horas antes.

—Las bodas siempre me ponen nervioso.

—¡Por eso te has casado dos veces, cabrón!

Emmanuel escuchó la broma de Oscar hacia su padre mientras el tenista se acomodaba el moño del esmoquin. Dio un suspiro profundo, estaba nervioso y su preocupación fundamental no era la boda. Las personas iban y venían afuera de la mansión donde se realizaría el gran evento. Borac puso las manos en los hombros de su hijo.

—Estoy orgulloso de ti, hijo—dijo con una gran sonrisa mientras sus miradas se encontraban a través del espejo—. Tu madre también lo estaría.

—Hablas de ella como si estuviera muerta—replicó Emmanuel—, que no quiera saber nada de nosotros no la hace dos metros bajo tierra.

—No es momento de fingir que te importa—masculló cerca de su oído—. Nos ha ido muy bien sin ella, así que sé feliz.

—Lo sería si no estuviera en este lugar, ¿eso cuenta?

El aire se tornó denso. Gleb, Valentino y Oscar hablaban entre ellos, ajenos a la discusión entre padre e hijo.

—¿Estás listo? —preguntó Oscar y Emmanuel se giró hacia él con una gran sonrisa.

Cualquiera que lo conociera al menos un poco, se habría percatado de que Emmanuel tramaba algo. Por fortuna, nadie en esa habitación se molestó en hacerlo.

—Más que nunca—replicó ansioso.

La mansión pertenecía a un noble ruso. Era como una reminiscencia al siglo XVII en cada peldaño. Los muebles de antaño, la decoración en el exterior que se combinaba con jardines de flores blancas y azules. Emmanuel dio pasos hacia el espacio verde en donde estaba la comitiva. Allí aguardaría la llegada de la novia. Observó a un costado. Sasha Kózlov fumaba y se burlaba de la situación.

El tenista se apretó el entrecejo y poco a poco, se acercó a su primo.

—¿Listo para la horca? —preguntó y le dio una pitada al cigarro.

—Creí que tú me salvarías de ella—masculló y sonrió cuando dos mujeres se acercaron para saludarlo.

—Todo a su tiempo, esperamos que la bella dama arribe. Estos idiotas no sabrán qué los golpeó.

—De hecho, quiero que lo sepan—aseguró Emmanuel—, necesito que sepan que fui yo.

Las nubes se habían acumulado en el cielo, la brisa cálida se tornaba un viento cada vez más intenso. Los vestidos de gala se mecían del mismo modo que los manteles de las mesas y la gasa que colgaba de los árboles en el camino hacia el altar.

—¿Puedo preguntarte algo? —Sasha se arregló el cuello de su traje militar de gala—. Entiendo lo de Oscar y Asia, es decir, influye directamente, pero Gleb y Valentino, ¿qué te

importa lo que sucedió con Kovac?

—No lo merecía.

—No, por dios, ¿en serio? —Sasha contuvo una risotada—. Un Kózlov con conciencia.

—Solo cíñete al plan. —Emmanuel le recordó—. Las razones por las que hago esto, son mías.

—¿Crees que soy idiota? —Una nueva pitada al cigarrillo—. ¿Piensas que desconozco lo que ha sucedido entre tú y Kovac todos estos meses?

Las manos de Emmanuel se hicieron puños. No iba a negarlo, sin importar lo que ese asesino entrenado pensara.

—Lo que ocurre entre Ander y yo es nuestro problema—expresó—. Creo que lo que te he pagado es suficiente para que guardes silencio y cumplas lo acordado.

Los ojos verdes de Sasha brillaron con malicia.

—Tranquilo, Manu. —Sasha presionó su mano sobre el hombro derecho del tenista con firmeza—. Es el mejor día de tu vida, relájate.

Emmanuel lo fulminó con la mirada y se alejó. Continuó su camino y llegó al altar desde el cual colgaban flores blancas y rosadas. Se detuvo en un detalle que estremeció su corazón. Una mariposa de alas azules se movió entre los arreglos florales y, se posó en las orquídeas blancas.

—Cielos, ¡qué asco! —Gleb en un rápido movimiento golpeó al insecto, el cual cayó sobre el verde césped y lo aplastó con su zapato de diseñador.

Emmanuel tragó saliva. Fijó su vista en el animal que ahora se ubicaba a su lado.

—¿Te molestan las mariposas Gleb? —preguntó entretanto su vista estaba en las personas que se ubicaban en los asientos para iniciar la ceremonia.

—Los bichos son molestos—replicó—¿Por qué carajo la idiota de la planificadora de bodas no envió a fumigar sabiendo que la celebración sería al aire libre?

Asia llegó junto a su padre y esperaron por el anuncio. Había llegado el momento. Emmanuel tragó saliva. Una leve capa de sudor cubría su frente. El maldito corbatín negro estaba a punto de asfixiarlo. Los acordes de la marcha nupcial resonaron en la inmensidad del jardín y los invitados se pusieron de pie.

El momento había llegado.

Asia caminó con su padre del brazo con una enorme sonrisa. Emmanuel cerró los ojos y maldijo. De verdad, lo lamentó por ella, pero lo que estaba por ocurrir era lo que merecía su familia. La mujer llegó hasta Emmanuel quien la tomó de la mano.

El pasto fue invadido por una tromba de policías federales. Los invitados se cubrieron la boca, sus ojos a punto de salir de sus órbitas. Nadie entendió lo que sucedía. Nadie excepto el hombre rubio sentado en la última fila inmutable.

Los policías dieron pasos hacia el altar.

—¿Qué atropello es este? —preguntó Oscar a quien los policías sujetaron de los brazos y esposaron.

—¡Suéltlenme! —Gleb luchaba por liberarse mientras maldecía a los hombres—¿No saben quiénes somos acaso?

—Gleb, Valentino y Oscar Lukov están arrestados por el intento de asesinato de Sigmund Trost. Tienen derecho a guardar silencio, todo lo que digan puede ser usado en su contra. Tienen derecho a un abogado, en el caso en que no lo puedan costear, el estado les otorgará uno para su defensa.

—¡Malditos bastardos! ¡Haré que los despidan a todos! —Gleb despotricaba, en cambio,

Valentino y Oscar mantenían silencio.

Asia se cubrió la boca ante el estupor de la situación. Emmanuel estaba cruzado de brazos. Gleb empujaba y despotricaba. El tenista se acercó a él.

—Tranquilo hombre—dijo en tono conciliador—. Solo recuerda, ¿sí? En la cárcel aplastan bichos como tú, así que deberías aprender a comportarte.

Gleb frunció el ceño y negó.

—Tú. —Su sangre hirvió. Se fue sobre Emmanuel quien lo retuvo de los hombros ya que estaba esposado.

—Ander Kovac de seguro irá a verte. Cálmate, nos encargaremos de darte la mejor celda. Servicio cinco estrellas—esbozó entre dientes Emmanuel.

—Estaré en menos de dos horas fuera de prisión e iré por ti.

—Descuida—advirtió con desprecio el tenista—. Sea un minuto, una hora, un año o una eternidad, juro que te arrepentirás de haber nacido.

—¿Por qué haces esto? —preguntó con la ira inyectada en sus pupilas—¿Qué te hice a ti?

—Nada—replicó—, lo hago porque quiero, y tu no puedes hacer nada para impedirlo.

Las palabras que tantas veces le repitió a Ander mientras abusaban de él golpearon su cerebro. Ojo por ojo.

—¡Me las vas a pagar! ¡Maldito pedazo de mierda!

Con seguridad los gritos se escucharon en toda Rusia. Gleb lo insultó de todas las maneras posibles. Borac lo asió del brazo con fuerza.

—Esto es tu culpa—graznó—. Has arruinado mi vida.

—Tú me las has arruinado desde que nací y no me ves quejándome—replicó Emmanuel y le dio un tirón para que lo soltase—. Este imbécil nos ha estado follando el culo desde hace años. Hace acuerdos por precios inferiores con las empresas a tus espaldas. Acuerda licitaciones y propuestas más allá de las mesas de negociación. Esa es la razón por la que nadie quiere nuestros productos.

—¿De dónde has sacado todo eso?

—Tengo la documentación que lo respalda—explicó—, si estuvieras más atento al negocio en lugar de los culos jóvenes donde enterrarte, la empresa no habría sufrido esta calamidad.

—¿Tú tramaste esto?

Emmanuel se giró hacia la mujer vestida de blanco y con el ramo de rosas en la mano. Se le oprimió el alma.

—Perdóname, Asia. Tú eres una víctima aquí, pero debía hacer lo correcto.

Asia dio pasos hacia el hombre. Este se paró frente a ella. Esa mujer tenía todo el derecho de insultarlo y golpearlo incluso. Emmanuel lo permitiría. No obstante, la reacción de la mujer fue la más sorpresiva de esa tarde.

Asia se lanzó a sus brazos y lo abrazó con fuerza. La madre de la muchacha lloraba con desconsuelo desde la primera fila.

—Me has salvado—pronunció en su oído—. Me hiciste libre.

Los brazos de Emmanuel se ciñeron en torno a la estrecha cintura. Fue el abrazo más intenso y genuino que existió entre ellos dos en más de una década de idas y vueltas.

—Sabía que tú no me amabas—confesó Emmanuel—. Sé que tienes a alguien más.

—Mi padre jamás lo aceptará—aclaró—. Es un muchacho con una beca. Su familia trabaja en una de nuestras fábricas. Yo...

—Es hora de que hagas tus propias reglas. —Emmanuel la sostuvo de las mejillas. Sus ojos azules lucían cristalinos por las lágrimas—. Que nadie te detenga, ni siquiera tú misma.

—Gracias. —Asia agarró las manos de su exprometido y las apretó con las suyas. Era un nuevo juego, y ella estaba al mando ahora.

Emmanuel llevó su vista hacia los últimos lugares donde estuvo Sasha. Sonrió al notar que el asiento estaba vacío. El hombre había desaparecido.

Se enfocó en su reloj. Ya no podía perder más tiempo.

Ander Kovac estaba cada vez más cerca.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Felipe quien llevaba una bata blanca y su pelo estaba húmedo. Recién salía de la ducha.

—¿Puedo pasar?

—No—replicó—, toda la prensa del país está buscándote.

—Necesito hablar con Ander. —Emmanuel necesitaba respuestas cuánto antes—. Fui a su departamento, pero no está ahí.

—¿Por qué piensas que él querría verte? —Felipe frunció el ceño.

—Cosita, ¿está todo bien?

«Cosita».

Emmanuel contuvo una risilla cuando el enorme hombre que lo acompañaba como una sombra al tenista se paró a su lado.

—No quiero problemas. —Emmanuel levantó sus manos en son de paz. Eric apoyó la mano en la puerta. Los anillos a juego le confirmaron sus sospechas—. Solo le digo a tu «cosita» que me urge hablar con Ander y no lo encuentro.

—Hombre, déjalo en paz. —Ese hombre emanaba una seguridad calma—. Haz tu vida y deja de joder a los demás.

—No puedo—argumentó al borde de un ataque de nervios—. No puedo irme y dejarlo ir porque lo amo. Estoy enamorado de él, siempre lo estuve.

Felipe pestañeó y negó.

—Disculpa, ¿qué dijiste? —Estaba atónito. Eric, por otro lado, le dio una sonrisa ladeada.

—Es viernes, amigo. Creo que sabes dónde está.

Emmanuel sintió como si un edificio se cayera sobre su espalda.

—¿Ha ido a ese lugar?

—No lo culpes—señaló Felipe—. Ander está muy triste, solo quiere empezar una nueva vida. Desconoce todo este escándalo. Su celular está apagado.

—Sé que ha sido mi responsabilidad—relató Emmanuel con desazón—, pero me duele saber que no tengo chance.

—¿De qué coño estás hablando? —Felipe levantó la voz—¿Por qué piensas que ha vuelto al punto de inicio? ¡Por ti, idiota! ¡No te ha olvidado y creo que nunca lo hará! ¡Lo arruinaste para el resto de los hombres!

—Felipe.

—Escúchame bien, animal—advirtió Felipe con su dedo índice acusándolo—. Más vale que vayas ahí y recuperes a mi amigo ¿Entendiste?

Emmanuel le dio una media sonrisa y asintió.

—Fuerte y claro.

—*¡Pues ahora muévete! ¡No llegues tarde!* —exclamó Felipe. *Emmanuel se alejó de la puerta.*

—*Gracias, gracias de verdad.*

Eric le dio un guiño de ojos entretanto abrazaba a Felipe quien tenía las mejillas rojas.

—*Buena suerte.*

40 Una oportunidad

Ander vestía una bata de seda gris que combinaba con sus imponentes ojos. Radil lo dejó a solas con Emmanuel. Escuchó la versión de ese hombre y se preguntó en qué momento ese tarado dejó de ser un villano para convertirse en el héroe de la historia. Lo había vengado, hizo lo que nadie jamás hizo por él. Se arriesgó al punto de perder todo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó con el dolor que palpitaba en su pecho—. Te escribí, ni siquiera fuiste capaz de responder un mensaje ¿Sabes lo he sufrido por tu silencio? ¿Piensas que haré borrón y cuenta nuevo después de todos estos meses de ausencia?

—Desconocía las consecuencias de mis acciones—explicó sentado en la silla frente al tocador. Ander estaba afirmado en la pared opuesta—. Si te interrogaban, si ellos sospechaban de mí, tú serías una víctima y no iba a permitirlo. Son hombres peligrosos, han golpeado a personas y las dejaron al borde de la muerte.

—Me destruiste. —Ander contuvo las lágrimas—. Me sentí usado como un trapo viejo y descartado.

—Perdóname. —Emmanuel tenía las manos juntas a modo de oración cerca de su pecho—. Si me das una oportunidad, yo...

—No, Manu— replicó Ander—¿Cómo sé que ahora eres honesto? ¿Cómo me aseguro de que esta es tu verdadera cara? —Emmanuel se humedeció los labios y se puso de pie—. No te atrevas a acercarte.

—Hay algo que también me tomé el atrevimiento de averiguar sobre ti. —Ya no importaba si no le daba una chance. Le contaría todo lo que sabía—. Quiero que mires esta fotografía.

Buscó en el bolsillo de su pantalón de vestir una foto en blanco y negro. En ella aparecía un niño de cabello platinado enmarañado, junto a un hombre y una mujer. Ander la asió entre sus manos, los cristales de su vida pasada que aún permanecían en pie se trizaron.

—Conozco al hombre—el aire escaseaba en el minúsculo vestuario—, y ese niño...

—Eres tú, Ander—interrumpió—, y ellos son tus verdaderos padres.

Ahora todo tenía sentido. Las piezas del rompecabezas encajaban a la perfección. Sus sueños y pesadillas eran parte de su vida, una vida que su mente subconsciente ocultó para que Ander pudiera seguir viviendo.

—Yury y Celia Kalinsky. Ellos son tus padres—confesó Emmanuel. Ander rozó las imágenes desteñidas y el sufrimiento lo embargó—. Murieron en un incendio.

—Los asesinaron.

Emmanuel dio un suspiro. Ander ya sabía la respuesta.

—Tu madre llevaba meses en cama. Durante ese tiempo, Yury contrató a un joven para que lo ayudara con la casa a cambio de comida y un lugar para dormir. La cosa fue que...

—¿Qué? —Ander se enfocó en su amante—¿Él los mató?

—No—Emmanuel se rascó la frente—, al parecer, el muchacho era homosexual, y sabes lo que sucedía años atrás. Incluso si no lo hubiera sido, los rumores eran suficientes para que una partida de campesinos ignorantes te cortara la verga.

—«Haz de cuenta que tus manitos son alitas, mariposa. Todo estará bien. Lo prometo»—

pronunció Ander y se cubrió la boca—. Eso fue lo último que me dijo mi padre antes de abandonarme en el bosque.

Emmanuel percibió que la garganta se le secaba. Ander se deslizó por la pared y cayó al suelo. El hombre se colocó de rodillas y lo abrazó.

—Quizás estoy cometiendo un error al contarte la verdad, pero no podía callar esto.

De pronto, las imágenes llegaron a su mente. Sus manitos cubriendo su cara frente al incendio que se llevó la vida de sus seres amados. Los cuerpos de sus padres y del muchacho al cual sentenciaron.

—*Perdí a mi hermana cuando era muy joven. Una cabeza dura que jamás me escuchó y se casó con un perdedor.*

—*¿Tuvo que ver en su muerte o algo así?*

—*No era bueno para ella, ¿está bien? Era un vago que no le importaba nada, solo su cabañita en el bosque. Un irresponsable.*

—*¿Tu hermana vivía en el campo?*

—*Sí, junto a su marido y a un amigo de este.*

—*¿Nunca quisiste visitarla?*

—*Murió hace dos décadas atrás, Ander. No tengo familia en Ucrania.*

—*¿De qué murió tu hermana?*

—*Celia, se llamaba Celia, y no murió, la asesinaron junto a su esposo y al amigo de ellos.*

La actitud reacia de su madre, el simple hecho de que no había fotografías de él cuando era un bebé, la cuestión de que siempre se sintió como un extraño en su propia familia. Su alma sabía la verdad.

—Los quemaron vivos. —Emmanuel lo abrazó y lo contuvo contra su cuerpo. Ander temblaba—. La primera en morir fue tu madre—relató—. Al muchacho lo golpearon hasta que su cuerpo solo fue una masa de sangre y huesos rotos. Tu padre huyó contigo al bosque y te dejó allí. Cuando todo pasó, estimo que saliste de tu escondite y regresaste a casa, pero ya no existía. Te encontraron dos días después las autoridades, cubierto de nieve y cenizas, al borde de la muerte. Fue allí donde avisaron a tu tía, es decir, a quien conoces como tu madre quien te adoptó.

Ander se separó del calor de ese hombre y se limpió los ojos. Su maquillaje era un cúmulo de colores que manchaba su piel. Sorbió con fuerza y se puso de pie. Emmanuel también lo hizo.

—De verdad lo lamento. —Emmanuel estaba consternado—. Sé que en este momento debes odiarme un poco más.

—No—replicó Ander—, ya te dije que te perdoné en aquel mensaje de texto que te envié. Tampoco me arrepiento de todo lo vivido. Ni de lo que hice, ni de lo que soy, ni de lo que vendrá.

Dio un paso hacia adelante y Ander se alejó.

—Te amo, Ander—confesó en un último intento por recuperar al amor de su vida—. Siempre te he amado, incluso cuando pensé que te odiaba.

—Quisiera que me odiaras—Ander se limpió las lágrimas que caían incontrolables—, todo era más fácil en aquella época.

—No puedo volver el tiempo atrás, y tú tampoco puedes. Solo existe este momento, y deseo estar contigo.

Ander tenía los ojos hinchados. Se enfocó en ese hombre que ya no se parecía en nada al idiota soberbio del que se enamoró.

—La vida se trata de elegir todo el tiempo—argumentó—. Mis padres decidieron su destino cuando le dieron cobijo a un extraño, Saphir y Mónica también lo hicieron cuando me aceptaron como parte de su vida. Tú lo hiciste cuando me prometiste que siempre estarías conmigo y desapareciste.

—Ya te dije el motivo por el cual lo hice, maldita sea. —Emmanuel contuvo las ganas de gritar—. Por favor, acéptame y te juro, por mi vida, que nunca te arrepentirás.

Ander estrechó la mano hacia Emmanuel. Este le devolvió el gesto. Ander colocó en su mano la vieja foto de sus padres. La culpa y el dolor quedarían en el pasado, del mismo modo que las mentiras que todos le dijeron.

—Lo nuestro es imposible, Manu. —Su voz se entrecortó—. Nada que se construye sobre una mentira es bueno. Tú mentiste, no importa cuán loables fueran tus acciones. Una mentira es una mentira, y ya me cansé de ellas.

—Ander.

—Te agradezco que hayas venido, de verdad, me has ayudado tanto a descubrirme a mí mismo—señaló hacia la puerta—, pero es el momento de seguir, y es lo que haré esta noche.

—No es obligación que estés aquí, por favor.

—Ya lo sé—Ander le sonrió—, esta vez, actuaré porque lo deseo, no porque lo necesite.

41 La mejor oferta

—¿Estás listo?

—Sí—Ander se dio un último retoque al maquillaje y decidió salir a escena.

—Espera. —Radil lo detuvo.

—¿Qué sucede?

—Los dominantes te quieren con el antifaz.

—¿De qué hablas? Es mi elección.—Ander se quejó—. Yo quiero dejar de mentirme a mí mismo y a los demás.

Radil asintió, e hizo una mueca.

—Una vez que la puja haya terminado puedes salir sin el antifaz, no antes. Desean que el misterio se mantenga—explico Radil. Ander dio un suspiro de resignación.

—Está bien ¿Cuántos dom habrá hoy en la subasta?

—Doce—replicó—, y hay tres sumisos más aparte de ti.

—De acuerdo. —Ander sostuvo entre sus manos el antifaz—. Cuando quieras.

Radil le sonrió y colocó un pequeño collar con su nombre.

—Nuestro número uno.

—Muy gracioso. —Ander peinó su cabello mientras ajustaba su antifaz.

—Espera en el vestuario. Dos de nuestros colaboradores vendrán por ti.

—Está bien. —Ander tembló, las ganas de llorar lo invadieron.

—¿Quieres hacer esto?

—Sí—replicó y se limpió los ojos con cuidado—, acabo de romper con la única persona que podría hacerme cambiar de decisión.

—¿Por qué?

—Porque me ha mentido todo este tiempo—confesó—. Me ha lastimado y todo por un bien mayor. Eso lo entiendo, pero mis heridas aun sangran, y necesito tiempo.

—¿Lo amas?

—Siempre—afirmó sin un mínimo de duda—. Emmanuel forma parte de mi corazón. Nunca seré el mismo después de él.

—Y, aun así, no le das otra oportunidad.

—Es que no puedo—explicó—. No ahora, más adelante, quizás tengamos otra oportunidad, pero hoy, son demasiadas cosas, mucho dolor con respecto a él, a mis padres. Puras mentiras, y duelen, aunque no era ese el objetivo.

—¿Y acaso tú no te sigues lastimando al rechazar al hombre que amas?

—Radil.

—Ya, no te diré más. —Radil no estaba convencido en absoluto, pero esto dependía de su amigo—. Supongo que hoy tendrás la oportunidad de convertirte en alguien más. La mejor oferta es la que gana. Las condiciones ya están firmadas. Solo deberás arrodillarte en ese escenario y darles un buen sumiso a todos esos hombres que esperan por ti.

Las náuseas golpearon el estómago de Ander. Hoy estaría con otro hombre mientras su amor lloraba ¿De qué podía quejarse? Esta vez, él devolvió el golpe con creces.

Radil salió del vestuario y negó. Puso la mano en la frente y reprimió las ganas de gritarle

a Ander que estaba equivocado. Él fue testigo de la desesperación de Emmanuel, cómo había luchado para llegar a su camerino y hablar con él ¿Ahora simplemente harían borrón y cuenta nueva?

Radil dio pasos hacia la sala en donde muchos de los hombres y mujeres como espectadores esperaban la subasta. Visualizó a Emmanuel quien llevaba el antifaz de color negro y tenía una copa en la mano. Se había quedado, la cuestión era, ¿para qué? El muchacho decidió acercarse. Cuando estuvo a pocos metros, Emmanuel lo identificó como el hombre al que empujó en su ataque de cólera porque no le permitían el paso.

—Lamento lo de recién. —La tristeza inundaba cada una de sus facciones.

—Está bien. —Radil se encogió de hombros—. Yo actuaría del mismo modo. Te entiendo y creo que tienes razón. Mereces una oportunidad.

Emmanuel rio y negó. Bebió el contenido de la copa de champagne que le sirvieron.

—Jamás pensé que podría perderme por alguien así. —Su voz se entrecortó—. Siento como si me desgarraran el pecho.

—Ander lleva meses sintiendo lo mismo. —Una voz conocida lo hizo voltear—. Tú no has visto a mi amigo en la más absoluta oscuridad.

Felipe y Eric estaban allí. Emmanuel se cubrió la boca para evitar una carcajada. Esto era surrealista. Los tres hombres más importantes del circuito de tenis estaban en un antro de BDSM. La prensa haría comidilla de eso por décadas si se enterara. Felipe se acomodó el antifaz que se le caía.

—¿Cómo has entrado aquí? ¿No te pidieron identificación? —Se burló Emmanuel.

—Muy gracioso, idiota—replicó—. Para tu información no parezco un adolescente, ¿verdad amor? —Eric guardó silencio y se encogió de hombros—¡Oye! ¡Se supone que debes defenderme!

—Lo hago—Eric replicó—, pero tienes carita de bebé.

Emmanuel dio un suspiro y dejó la copa sobre la barra.

—Si no les importa, debo irme.

—¿Por qué? —preguntó Radil y frunció el ceño.

—No me voy a quedar aquí para ver cómo follan y golpean al hombre que amo. Disculpen, pero sería la cúspide del sadomasoquismo—esgrimió. Eric le cortó el paso—¿Qué haces? Muévete.

—Es una subasta.

—¿Y?

—¿Eres tonto o te caíste de la cama cuando chiquito? —Radil se cruzó de brazos—. Puedes participar.

Emmanuel tragó saliva.

—¿Sabes? Es la segunda vez que me preguntan eso, y no, no me caí de la cama, pero pensé que debías tener determinados requisitos.

—Así es—replicó—, y firmar una serie de documentación que yo les proveo.

—Ander no me quiere cerca ¡Me dijo que me marche!

—Porque le ha dolido tu silencio y tus mentiras. —Felipe lo sostuvo de la solapa de su chaqueta—. Ander te ama, y sé que quiere que seas tú.

El hombre dio un suspiro. Se agarró la cabeza y maldijo. Los tres hombres lo observaron expectantes.

—¿No hay nada escondido? ¿Alguna cláusula allí rondando?

—Nada. El mejor postor se queda con el sumiso.

El corazón latió con fuerza en el centro del pecho. Observó a las personas a su alrededor que reían y se sentaban con los sumisos en sus regazos. No se parecía al sitio que se imaginó la primera vez que vio las fotos de Ander.

—Aquí nada pasa sin tu consentimiento—señaló Radil—¿Juegas o no?

—Debo estar loco—afirmó ante la risa de Felipe y Eric con sus rostros cubiertos por el antifaz—, pero no tengo nada que perder.

Tocar la madera desnuda con los dedos de mis pies me causa un escalofrío. Subo las escalinatas con dos de los hombres del club. Me colocan de rodillas sobre el escenario junto a otros tres jóvenes de mi edad. Hay un chico rubio similar a mí, un moreno de contextura amplia que para nada parece ejercer este rol, y un moreno delgado con escasos músculos. Asumo mi posición con mi vista sobre la madera. Mis músculos duelen. La rutina se diluyó hace mucho tiempo.

Las cortinas púrpuras se abren. Escucho murmullos. La voz de Radil explicando por enésima vez de qué trata esta perversión me causa gracia. Las ofertas por mi comienzan a llegar de inmediato. La música suave acompaña mi calma. No hay nervios, no hay adrenalina, no hay necesidad de castigo.

«Él te ha curado».

Emmanuel Ulrich me abrió los ojos al mundo. A una vida más allá de la culpa, a entender que ya no soy el muchacho destruido y lloroso cubierto de mierda, sino un hombre renacido. Siento que mi pecho se abre y quiero gritar.

Levanto mi cabeza y el hombre detrás de mi presiona hacia abajo. La calma se ha tornado en una tempestad que me asfixia.

«Lo nuestro es imposible, Manu. Nada que se construya sobre una mentira es bueno. Tú mentiste, no importa cuán loables fueran tus acciones. Una mentira es una mentira, y ya me cansé de ellas».

Me percaté de que yo también me estoy mintiendo, me doy cuenta de que Emmanuel es el único hombre al que podría entregar mi cuerpo.

—Tenemos un ganador.

Radil anuncia a mi dom de esta noche. El público aplaude y es muy tarde para retractarme.

Dios, ¿en qué estaba pensando?

42 Dominador

Cada Dominador tiene su escena. Ander es el último de la noche ¿Los motivos? Todos lo esperan a él. El encaje azul de la tanga y el ligero resalta en su piel cubierta de una fina capa de maquillaje dorado. Es una delicia para cualquier mortal de sangre caliente. Es un privilegio que pocos disfrutan.

Hay sobre el escenario una cama, una base de madera con una columna de la cual caen cadenas. El dom de esta noche ha sido muy específico con sus deseos. Ander ha aceptado. El miedo hace mella en él. No es adrenalina, sino que teme ser incapaz de terminar la escena, de que el recuerdo de Emmanuel sobre su cuerpo le impida ceder a sus fantasías.

Ander se imagina, por un instante, que el hombre que se dirige a él en el escenario es el hombre que ama.

«¿Por qué lo sería? ¿Acaso no lo rechazaste? ¿Acaso no le enrostraste que estarías con alguien más?».

Tantas preguntas invaden su cabeza. Es consciente también de que el dom le quitará el antifaz y todos conocerán su rostro.

Los pasos de unos zapatos de diseñador se oyen nítidos y muy cercanos. Ander decide cerrar los ojos. Ha cometido un enorme error y las consecuencias están sobre él. El dom acaricia con la fusta su espalda. Desde el cuello hasta el coxis en donde realiza círculos sobre la mariposa azul. El dibujo ahora tiene un significado, ahora entiende los motivos de su fijación por esos sueños que lo atormentaban.

El escalofrío asciende por su torso. El dom da pasos alrededor de su presa. La observa, la analiza. Ander tiembla cuando la fusta rodea su pezón izquierdo. No quiere abrir los ojos. No quiere pensar que ese hombre detrás del antifaz nunca será el de sus fantasías.

—Levántate.—El dom ordena con firmeza. El impulso hace que Ander levante la cabeza. El maestro de inmediato lo sostiene del cabello y hace que su vista se mantenga sobre el piso— ¿Te he dado permiso de mirarme?

La voz le parece conocida. Su entonación es extraña. Es como si intentara camuflar su verdadera identidad. Quizás lo hace, nunca sabemos a ciencia cierta quién maneja la fusta.

—No, maestro—musita y se humedece los labios.

—Ponte de pie.

Ander da un suspiro y con sus muñecas atadas a su espalda se impulsa con su pierna derecha y se levanta. El dom queda a milímetros de su espalda y sopla con suavidad sobre sus omóplatos, su cuello. La música suave acompaña al silencio de los espectadores. El dom sonríe ante el temblor de su sumiso, el subidón de poder permite que su erección crezca entre sus pantalones. Cielos, debería hacer aquello más seguido, de hecho, se pregunta porqué nunca lo intentó. Libera las muñecas de Ander.

—Levanta los brazos—ordena y el sumiso obedece sin chistar.

Las muñecas quedan atadas sobre la columna de madera improvisada para la escena. Ander está a su merced. La fusta vuelve a entrar en escena. Recorre con suavidad los muslos tonificados y las nalgas perfectas. Sus dedos hacen trazos sobre la cintura y bordean la tanga. Las falanges se enredan en la tela y la destruyen. El encaje y el satén se deslizan por las tonificadas

piernas y Ander solo queda con un ligero torcedor. Todavía no está erecto. El dom sonríe, sabe que es solo cuestión de tiempo.

Da pasos hacia la mesa cubierta de terciopelo rojo como todo en ese espacio. Obtiene un plug con forma de zafiro azul en su terminación, así como también el lubricante.

Se posiciona detrás del sumiso y apoya su erección cubierta por el pantalón entre las nalgas. Ander intenta dar un paso hacia adelante y el dom lo sujeta de las caderas. Desea que sienta su tamaño, y lo que pronto hará con él.

—No te preocupes—pronuncia sobre su oído y chupa el lóbulo de su oreja—. Voy a prepararte bien. —Ander da un jadeo cuando el plug se pasea divertido entre sus sensuales nalgas—. Separa las piernas.

La voz ronca lleva a que Ander obedezca. El plug lubricado ingresa en su cuerpo. El tenista se estremece.

—Rojo—pronuncia con su voz agitada—. Rojo—confirma lo dicho un segundo después.

—Abre los ojos, mariposa—ordena el dom y Ander está a punto de desmayarse.

—Tú—Ander siente que todo es inverosímil—, eres tú.

El dom lo sujeta del cabello en una ráfaga de furia y deseo. Ander gime y echa su cabeza hacia atrás. Lo ha inmovilizado.

—¿De verdad pensaste que otro hombre te tocaría después de mí? —El agarre implacable excita a Ander—. Me perteneces, ¿quedó claro?

—Sí—las lágrimas resbalan por las mejillas de Ander—, sí, maestro.

Emmanuel gira su rostro hacia él y sus labios se unen en un beso que solo puede catalogarse como demencial. Está lleno de furia y deseo, arrogancia y poder. Todo aquello que rodea a Emmanuel Ulrich, y Ander por fin siente que sus miedos, todos ellos, se desvanecen en sus brazos.

Sus bocas por fin se separan, Ander lucha por ir más allá, pero sus ataduras lo impiden. Emmanuel lo ase de su mentón.

—Aquí el que manda soy yo, mariposa. Que no se te olvide.

El dom se dirige hacia la mesa una vez más. Ander traga saliva, lo quiere, lo desea, lo necesita. Es un impulso primitivo por apoderarse de aquello que jamás esperó poseer.

Emmanuel observa los «instrumentos de tortura». Se percibe a sí mismo como un novato que encuentra su vocación y la disfruta a pleno. No hay nada mejor en el mundo que este subidón de poder.

Las pinzas para pezón le hacen agua la boca. Las sujeta y las lleva hacia su sumiso, a ese hombre que conoce, pero al tiempo, está descubriendo.

La audiencia se humedece los labios, se acaricia, se besa. Emmanuel los observa y los entiende. Nadie es inmune al encanto de esa mariposa que se retuerce de deseo en sus manos.

Emmanuel está frente a él. Ander tironea de las cadenas que lo aprisionan. Ansía liberarse, tocar a su dueño, besarlo, chuparlo. La mano pesada del dom recorre su pecho, el dedo índice y medio pellizcan el pezón derecho que es un poco más grande que el izquierdo. Es su preferido. El dom lo retuerce y Ander abre sus labios en un caliente grito. Le duele y le excita. Las luces blancas y tenues están sobre ellos. Un aroma a rosas y jazmines inunda el escenario. Todo altera sus sentidos.

La boca de Emmanuel se cierra sobre el pezón maltratado, succiona con fuerza, la lengua hace círculos y vuelve a la faena. El plug late en su entrada. Ander está listo para más, para todo. La pinza se agarra con facilidad. Ander jadea mientras su amante repite la acción sobre el pezón izquierdo. Sus miradas se encuentran entre los antifaces. El dom aletea con su lengua y un fino

hilo de líquido transparente gotea de la erección de Ander. La pinza se arrastra sobre la protuberancia rojiza. La boca de Emmanuel no se detiene ahí.

Un chupetón sobre su abdomen, luego otro, y otro. Emmanuel busca marcar cada espacio de su piel dorada. La mano se cierra sobre la erección y Ander lanza un suspiro de placer. El pulgar juega con el glande, lo tortura, lo suelta y prueba la esencia transparente. Ander se muerde el labio con anticipación. La música sensual torna la escena más caliente. Emmanuel no se ha quitado ni siquiera la corbata. Luce sexi, aguerrido, el puto amo. Ander quiere arrodillarse, rendirle pleitesía y algo más.

—¿Decepcionado? —Emmanuel susurra sobre su oído antes de plasmar un chupetón en su cuello.

—No, maestro—musita Ander antes de gemir cuando su erección vuelve a ser abrazada con la mano de su dom—. Quería que fueras tú, lo soñé.

—No parecías tan dispuesto hace solo unos minutos atrás.

—Estaba equivocado. —Ander gime y su dominante lo estrecha de la cintura. Sus torsos están unidos, del mismo modo que sus partes bajas, tan solo los separa la ropa de Emmanuel.

—De todas maneras, serás castigado, ¿entendiste?

—Sí—Ander replica—, maestro.

Emmanuel sonríe. Riega besos húmedos sobre la mandíbula afeitada.

—Me encanta que me llames así.

Ander tensa la mandíbula cuando la primera nalgada cruza su piel, el sonido es tan intenso que llega a los oídos de toda su audiencia libidinosa. Una nueva nalgada recae sobre su nalga izquierda, y luego comienza a alternar. Una y otra. El pene de Ander se sacude ante la potencia de los golpes. La piel escuece y el placer se encuentra en el punto máximo. Emmanuel se muerde el labio inferior, y al cabo de una veintena de nalgadas, sus manos se posan sobre esas burbujas de una coloración rosada intensa. El sumiso se retuerce contra su cuerpo, y el dominante lo sostiene una vez más del cabello.

—¿Te he dado permiso de moverte?—El sumiso detiene su frenesí. Sabe su lugar y lo acepta, él mismo lo ha decidido y nunca ha encontrado una manera más deliciosa de cumplir un castigo. Emmanuel se separa de él unos centímetros. Lo rodea y se posiciona detrás de él—. Quiero que te enfoques en el público. En todos estos pervertidos que se mueren por estar en mi lugar—musita y le chupa el lóbulo de la oreja—. Me dijeron que usar condones en una sesión es una condición *sine qua non*, pero ¿sabes qué? A mí nadie me dice cómo follar lo que me pertenece, así que vas a escurrir mi semen, ¿de acuerdo?

43 Locura

«A mí nadie me dice cómo follar lo que me pertenece, así que, vas a escurrir mi semen, ¿de acuerdo?».

Cada célula del cuerpo de Ander vibró cuando escuchó la cremallera abrirse. El plug abandonó su cuerpo y quedó en el piso. El lubricante frío resbaló sobre sus nalgas, dos dedos hábiles ingresaron a su cuerpo para humedecerlo aún más. El trozo de carne ancho se apoyó sobre su entrada y empujó.

El grito de placer hizo que el público se estremeciera. Las lágrimas brotaron de sus ojos ante la fuerza y la intensidad. Sus brazos cansados dolían. Tironeó una vez más las cadenas inflexibles. Emmanuel apoyó sus dedos en las caderas y lo folló como jamás lo hizo. Sus estocadas animales, con una potencia tal que Ander pensó que su dom se enterraría en él hasta con sus testículos. Lo deseaba de una manera visceral.

Ander gimió con su vista hacia el público mientras el hombre detrás de él lo empotraba con avidez y lujuria. Una mano abandonó la cadera para presionar sobre la pinza del pezón izquierdo. Ander impulsó su pelvis hacia atrás. Ansiaba más profundidad. Una, dos, tres estocadas más y Emmanuel salió de su interior.

—¡No! —Ander se inclinó hacia atrás en busca de ese pene que lo estaba llevando al cielo. Emmanuel lo rodeo y lo giró hacia él.

—¿Quieres esto? —preguntó con el pene en sus manos. Ander lo observó con desesperación y asintió—Pues, vas a follarte con él. Sujeta las cadenas y móntame. Es una maldita orden.

Los brazos carecían de la energía necesaria, pero no iba a amedrentarse. Ander dio un salto y enredó sus piernas en la cintura de su dominante. El hombre sonrió y acarició con su erección la entrada necesitada hasta enterrarla en el cuerpo caliente. El sumiso se impulsó ayudado con las cadenas, rogando que la columna de madera no cediera y saltó sobre la pelvis de su dom quien le quitó la pinza del pezón derecho, lo succionó y estiró. El aullido de placer retumbó en cada rincón, al tiempo que Ander saltaba sobre las caderas de su amante como un poseso. Su amante lo estrechó de la cintura y su boca salpicó besos húmedos y chupetones por cada rincón de su torso y cuello.

Era un deportista profesional, no debería haberse sentido cansado, pero llegado un momento, Ander apenas tenía fuerzas para rebotar sobre ese pene que continuaba duro del mismo modo que el suyo.

—¿Estás cansado? —preguntó a modo de burla Emmanuel y Ander asintió—¿Crees que has sido castigado lo suficiente?

—Sí, maestro. —Sus caderas ardían más que su entrada. El dom levantó las manos y aflojó las cadenas. Ander se abrazó al cuerpo firme de su dueño para no caer como una bolsa de carne sobre el suelo.

Emmanuel le dio dos nuevas nalgadas, una de cada lado y lo llevó hasta la cama de la cual caían sábanas de satén rojo. Ander cerró los ojos cuando su cuerpo extenuado y bañado en sudor tocó la estructura mullida. El dom se deleitó con su piel semejante a un jardín de marcas violáceas, verdosas y rojizas, mordidas y líquido preseminal que mojaba sus abdominales duros.

El dom agarró su verga en su mano derecha, llevó las piernas de Ander sobre sus hombros e ingresó de nuevo en él. El paisaje cautivante de la penetración estaba en primer plano hacia la audiencia. Emmanuel jamás esperó protagonizar una película de tintes pornográficos, pero después de lo vivido en el estudio de Natalia Simonetti, esto solo era subir un peldaño más.

Los brazos de Ander estaban extendidos sobre la amplia cama, sus manos apretaron las sábanas entretanto las estocadas aumentaron en fuerza y velocidad. Su cuerpo hervía. Emmanuel lo dobló en dos y folló su próstata hasta que sus labios solo emitieron sollozos de placer. Era un amante incomparable, lo supo desde el primer segundo, cuando sus labios chocaron en un beso profano y prohibido.

¿Prohibido? No había nada de prohibido en aquello que tenían. Sí, se habían equivocado, pero estaba claro que se amaban y que sus cuerpos se atraían como un imán. La esencia de Ander bañó los abdominales de ambos. Los espasmos de placer provocaron un temblor en sus caderas. La humedad aumentó la fricción entre sus cuerpos al tiempo que el dom se esmeró en su empuje sin descanso.

—Te quiero desnudo. —Ander tironeó de la molesta chaqueta y la camisa como pudo en esa posición—. No es justo.

—Nada es justo en esta vida, pero ya ves.

Ander gritó cuando una firme estocada se encontró con su próstata, un embiste profundo, otro más, y su dom era una bestia insaciable que a cualquier mortal le encantaría cobijar en sus sábanas.

Emmanuel abandonó su entrada y se levantó de la cama. Ander tembló cuando la humedad de su sudor quedó a la intemperie sin el agradable cuerpo sobre él. El dom se dirigió una vez más a la mesa y asió un collar. Se acercó al filo de la cama y llamó al sumiso con su dedo índice. Ander, con el agotamiento en su máximo nivel y una media erección gateó hasta donde se encontraba. El collar de cuero y púas se ciñó a su garganta. El dom apretó y el oxígeno desapareció en Ander. Le dio un lametón sobre los labios.

—Date la vuelta, sobre manos y rodillas—ordenó y liberó el agarre para que el sumiso obedeciera.

Ander se mordió el labio inferior y se giró en la cama. Las nalgas rojizas quedaron frente a la erección de su amante. Emmanuel las contempló, las acarició y las sacudió entre sus manos. Una nalgada potente fue a parar a su glúteo izquierdo, y luego al derecho. El sumiso gimíó alto y el dom se enterró de una sola estocada como era su costumbre infernal.

La cama se sacudió ante la potencia de los embistes. El sudor resbaló del cuerpo de Ander y cayó sobre las sábanas de satén del mismo modo que el semen y el líquido transparente que salía de su nueva erección. No necesitó demasiado para venirse esta vez. Emmanuel lo sujetó del collar y frenó el oxígeno que ingresaba a sus pulmones. El vaivén rápido, violento, cargado de lascivia y por instantes de ira irrefrenable castigó cada centímetro de su cuerpo. Ander apretó las sábanas y gritó el orgasmo. Su esfínter se apretó a tal punto que Emmanuel jadeó y se descargó en el interior del sumiso más caliente que ese club tendría, con seguridad. Emmanuel se desmoronó sobre su amante. Los aplausos los trajeron a la realidad cuando Ander, con sus manos trémulas buscó el antifaz para quitárselo. Emmanuel lo detuvo.

—No, todavía no—ordenó sobre su oído.

—¿Por qué? Es mi decisión.

—Eso lo tengo claro. —Emmanuel le mordió el cuello—. Sin embargo, por alguna razón, creo que me ha gustado este juego y pienso volverlo a jugar. Si te quitas el antifaz, todo terminará.

Ander rio y escondió su cara entre las sábanas.

—Esto es una locura.

Emmanuel buscó su rostro y le devoró la boca. La audiencia estaba entusiasmada por esa sesión que se tornó infinita. Ander dio un quejido cuando la lengua de su amante abandonó su boca. Sus cuerpos todavía permanecían unidos. La textura de la ropa sobre su piel desnuda fue lo más sensual que el sumiso degustó.

—¿Sabes? —El dom peinó los cabellos húmedos—. Creo que es la primera vez que coincidimos en algo.

44 Interesante

—¿Qué carajo es lo que acabamos de presenciar?

—Bueno—Eric acarició el pezón derecho de Felipe sobre la fina tela de la camisa mientras estaba en su regazo—, creo que vimos al tenista número uno y dos del mundo dar un espectáculo de sexo bestial.

—¿Sexo bestial? Es una terminología interesante.

Felipe y Eric dirigieron su vista hacia el hombre de traje gris cobalto, corbata color celeste con el impresionante joven vestido de blanco en su regazo.

Parecían sacados de una película de alto voltaje. El hombre rubio llevaba un antifaz celeste que combinaba con sus ojos y su corbata. El muchacho tenía el cabello suelto. Rizos entre castaños y dorados caían hasta la altura de sus hombros. Era un muñeco de porcelana. Ejercían una atracción hipnótica. Felipe se sostuvo de la camisa de su esposo. Eric le sonrió y bebió un sorbo del martini que tenía en la mano y compartía con Felipe.

—¿Cómo le llamarías a esa escena? —indagó curioso Eric. El hombre tenía un vaso de whisky en su mano derecha, la izquierda descansaba en la cadera de su joven amante que le besaba el cuello.

Estaban en el mismo sofá circular color borraño. Eric y Felipe en el extremo opuesto. Sobre sus cabezas colgaba una araña de caireles que daba una suave iluminación.

—Le llamaría «Dominador cazado». —Los cuatro hombres rieron.

—¿No se trata de eso la dominación? —preguntó Eric. La intriga lo estaba devorando.

—El público nunca debe percatarse de ello—explicó—, aunque sea el sumiso quien lo tiene a su merced.

— Es decir que para ti esta ha sido una pésima función.

—Sin duda fue interesante el cambio de perspectiva.

Eric estrechó los ojos. Ese hombre le resultaba familiar, pero ¿de dónde? El acento era británico. Claro, limpio, perfecto. Era un miembro de la realeza o alguien con mucha clase. La seguridad calma que transmitía. Poderoso y estable. Obnubilaba a cualquiera. Lo sabía porque él y Felipe estaban a punto de babear. El sumiso era la perfección absoluta, como si estuviera hecho para él. La forma en que lo dominaba, con un gesto o una mirada.

—¿Es su primera vez aquí? —preguntó el hombre. Eric arqueó una ceja divertido.

—¿Tanto se nota?

—Más o menos. —El hombre les sonrió y abandonó la calidez de la espalda de su amante para rodearlo con sus brazos.

Los ojos de Eric estuvieron a punto de desorbitarse cuando el anillo en el dedo anular derecho le reveló la identidad de ese hombre frente a él.

«Poder y sofisticación».

Esos eran los sinónimos que rodeaban al clan de asesinos más poderoso de Europa.

—Ese anillo es una maravilla. —Eric señaló a propósito. El hombre observó la joya y luego al hombre frente a él.

—Es una antigüedad, un vestigio de eras pasadas, mitos y leyendas—replicó—, pero, por alguna razón, lo sigo cargando.

—Vida, muerte, vida. Un potente mensaje.

Los labios del hombre se curvaron en una leve sonrisa. El joven apoyó su cabeza sobre el hombro de su amante y fijó su atención en Felipe y Eric.

—Es extraño encontrar a alguien conocedor de mitología celta en Rusia.

—Es raro hallar a uno de nuestros enemigos en territorio neutral.

Felipe frunció el ceño. Observó a su esposo y luego al hombre más allá.

—Tal vez me confundiste con alguien más—expresó el tipo—. Hace mucho tiempo que estoy en paz.

—Ya veo. —Se burló Eric—¿Rusia te trata bien?

—No puedo quejarme. —Apretó la cintura de su amante quien dio una risilla y le golpeó el pecho—¿Qué hay de ti?

—Digamos que encontré mi lugar seguro.

—Se podría decir que yo también, y en parte ha sido gracias a ti. Nunca te agradecí de manera apropiada—esbozó el hombre. Eric se humedeció los labios.

—Siempre hay una oportunidad para ello.

El hombre le dio una pequeña nalgada a su amante y este se puso de pie, él lo siguió. Se acercaron hacia donde estaba Felipe y Eric.

—El próximo viernes daremos una sesión aquí. Están invitados.

—¿En ese escenario?

—No—replicó el hombre—, existen otras opciones además de este lugar. A nosotros nos gustan las cosas un poco más...privadas.

Felipe se estremeció en los brazos de su esposo ante la mirada abrasadora del rubio.

—Nos encantaría—respondió Eric sin amedrentarse. Felipe frunció el ceño, ¿de qué mierda estaba hablando? ¡Ni siquiera conocían al par de guapetones!

—Los esperamos entonces—replicó—. Ha sido un placer encontrarlos.

—Igualmente... Callum.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Ian.

—Cuídate, Morgan. No llegues tarde.

—Manu, de verdad me encantaría poder sentarme mañana ¿Es mucho pedir?

—Una vez más y descansamos.

—¡Ja! ¡A otro perro con ese hueso! ¡Dijiste eso hace media hora!

Ander sollozó y rodeó con más fuerza el cuerpo desnudo y sudado sobre él. El perfume de Emmanuel impregnó la cama de tal manera que el rubio jamás podría quitar el aroma de su amante de ella ¡Y eso era maravilloso!

Emmanuel se vació en su interior. Ander se mordió el labio inferior y sus manos descendieron de la espalda musculosa a las nalgas turgentes. Su amante lo giró y quedaron de costado, todavía se encontraba en su interior. Ander jamás estuvo tan adolorido, ni siquiera en su primera vez. Emmanuel surcó con sus uñas romas las caderas de su amante donde se visualizaban moretones como consecuencia del brutal agarre en el club.

—¿Le viste la cara a Radil?

—Sí—replicó Emmanuel—, pensé que le provocaríamos una hemorragia nasal de lo emocionado que estaba ¡Tenía corazones hasta en los ojos!

Las carcajadas cubrieron el departamento. Ander le acarició el rostro a su amante. Todo se asemejaba a un sueño. A un sueño no, a una locura en la que estaba inmerso, pero colmado de felicidad.

—Mi padre me dejó mensajes, decenas de ellos—comentó Emmanuel al tiempo que jugaba con los mechones platinados de Ander—. Me ha pedido disculpas, ¿puedes creerlo?

—Es lo mínimo que debía hacer ese viejo zopenco—insultó Ander—¿Cómo mierda no se dio cuenta de que el «salvador» era el mismo canalla que le ponía la soga al cuello? Y lo más terrible de todo, ¡casi te casas con alguien que no era yo!

Emmanuel se carcajeó una vez más. Ander era tan divertido cuando se lo proponía.

—Tienes razón, eso habría sido catastrófico.

—Además, Asia es linda, pero no es ni la mitad de bella que yo, es decir, ¿has visto estos ojos?

—No estuve mirando tus ojos precisamente. —Emmanuel asió un glúteo y dio una nalgada.

—¡Bruto! ¡Me duele! ¡Me las has dejado al rojo vivo!

—¿Disculpa? Si hasta hace cinco minutos querías que te nalgueara.

—¡Por qué me vuelves un zopenco igual a ti! —exclamó—. Ahora no podré sentarme por dos razones.

Emmanuel se rascó la barbilla y salió despacio del interior de su amante quien dio un quejido y se acurrucó en su pecho. Sus piernas todavía estaban entrecruzadas. Sus cuerpos unidos de tal modo que nadie sabría donde comenzaba uno y terminaba el otro. Quedaron en silencio alrededor de cinco minutos, solo escuchando sus respiraciones. Era como una suave melodía de relajación.

—¿Hablarás con tus padres? —preguntó Emmanuel y Ander asintió.

—Debo hacerlo, ellos me mintieron.

—¿Crees que tiene sentido reclamar ahora?

—La verdad es que no lo sé. —Ander hizo una mueca—. Me enoja, pero por momentos los entiendo. Hicieron lo que estuvo a su alcance. Me dieron un hogar, quizás no como mis padres biológicos, pero me brindaron cobijo. Eso debería contar, ¿no es cierto?

Emmanuel besó la frente de Ander.

—Hay algo más que me gustaría decirte.

—Dime.

—Sasha me dio la ubicación del sitio donde pasaste tus primeros años de vida. Si tú quieres, podrías ir.

—Ahora yo te pregunto, ¿tiene sentido reavivar el dolor? —cuestionó con voz apagada.

—Pienso que te ayudaría a cerrar una etapa, un duelo—argumentó—. Es lo que yo haría, pero, al fin y al cabo, es tu decisión.

—Me quieres mucho, ¿no es así? —preguntó Ander con la sábana a la altura de sus lindos ojitos grises.

—Muchísimo—replicó—¿Tienes dudas todavía?

—No, me gusta que me lo digas muchas veces—explicó risueño—, puede que así, alguna vez, me lo crea.

—¿No crees que alguien te ame?

—En realidad, me cuesta pensar que alguien como tú me ama.

—¿Alguien como yo? —Emmanuel frunció el ceño. Ander dio un suspiro.

—Un dios ruso inalcanzable—señaló con vergüenza.

—Yo debería decir lo mismo de ti, ¿no te parece «chico dorado»?

Ander se arregló el cabello.

—Pues sí, al cabo yo también estoy buenísimo.

—Eres imposible.

Emmanuel le pellizcó los rollitos diminutos de la cintura. Ander tenía muchas cosquillas, así que comenzó a reír. Rieron y se besaron, volvieron a reír y abrazarse.

—Tienes razón—dijo al cabo de media hora. Ambos miraban el techo—. Debo ir y cerrar el ciclo, pero te confieso que tengo miedo de hacerlo. No sé qué voy a encontrarme o cómo mi cabeza reaccionará

—Es normal tener miedo—argumentó Emmanuel—. Yo también lo tendría. Cualquier persona con un mínimo de cerebro lo tendría.

—¿Me acompañarás? —preguntó Ander dubitativo. Emmanuel entrecruzó los dedos de su mano derecha con los de su amante.

—Voy a dónde tú vayas. Solo debes pedírmelo.

—Me gusta cuando no actúas como imbécil.

Emmanuel dio una risilla, sus manos danzaban entrelazadas.

—¿En serio? Yo pensé que esa versión de mí te ponía.

—Lo hace—confesó—. Nunca tuve las pelotas para decirme a mí mismo la verdad, pero me calientas cuando me provocas, aun así, esta versión cariñosa me agrada todavía más.

Ander giró a su amante sobre la cama y se montó sobre él.

—Quiero que este momento no se termine nunca. —Los ojos de Ander se llenaron de lágrimas—. Quiero que...

—Así será—Emmanuel lo arrojó sobre su pecho y sus manos surcaron la espalda hasta llegar a las nalgas perfectas—, y si alguien quiere separarnos pues, que lo intenten. Que traten de hacerlo, y no les tendré piedad.

45 Lágrimas

Ucrania. Cuarenta kilómetros de Kiev.

Dos días después.

—Hice lo correcto para todos.

—Estoy seguro de que tu hermana no pensaría lo mismo.

—¿Qué pretendías que hiciera? ¿Traerte aquí como el hijo de una mujer que murió linchada por homofóbicos? Tu padre y yo tenemos una reputación, un prestigio. Sé que te duele ahora, pero intenta usar la cabeza en lugar del corazón. Eres Ander Kovac, el tenista número uno del mundo, el único hijo del poderoso Saphir Kovac.

—¿Tú también eres homofóbica?

—¡Por supuesto que no! Son personas enfermas, hay que tenerles compasión.

—Pues tenme compasión a mí porque soy gay, y me encanta serlo.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—Tranquila, mamá. Sé que duele, pero intenta usar la cabeza en lugar de tus putos prejuicios.

Emmanuel rio mientras conducía rumbo al lugar donde había pasado sus primeros años Ander.

—¿Usaste su misma frase?

—No había un ápice de remordimiento, Manu—recordó Ander—. Esa es la mujer que me crio, que le quitó el rol de madre a su hermana muerta. Entiendo que necesitara mantener una imagen, pero no fue sincera ni siquiera conmigo. Ella debió decírmelo.

—¿Qué dijo tu padre?

—No me recibió—explicó—. Mónica lo llamó antes diciéndole que era gay. Bastante gracioso. He pasado de ser su orgullo a su mierda en tan solo horas.

—¿Sabes? No me gusta que el punto en el cual nos parecemos sea tener un padre egocéntrico y una madre misógina sumisa o ausente que viven de las apariencias.

Emmanuel apretó el acelerador y puso un nuevo cambio. Las casas de madera rústica se dibujaron en el paisaje agreste. Ander se enfocó en el paraje, las nubes grises cubrían el cielo que se mimetizaba con la escasa vegetación.

—Las lluvias han escaseado por lo visto—añadió Emmanuel con su vista en la carretera y en los costados de ella.

El terreno abandonaba el pavimento y se tornaba pedregoso a medida que se internaban en el bosque seco. Eran cerca de las tres de la tarde, pero la oscuridad del cielo le dio a la zona un aspecto sombrío.

Ander fijó su vista entre la arboleda, y a su mente volvieron los lugares por donde los rayos de sol tocaron su cabello y le dieron calor. Las hojas ralas, el niño que caminaba entre los árboles y se agachaba para recogerlas y molerlas contra sus manitos para luego arrojarlas al viento y que estas volaran.

Ander sintió que todo regresó como una estampida de búfalos que trastoca hasta los

cimientos.

«Estamos cerca».

Su corazón palpitó con una fuerza demoledora. El hecho de verse allí mismo jugando. Emmanuel detuvo la camioneta. Ander presionó su mano contra el pecho.

—¿Estás bien? —Manu puso su mano derecha sobre la de Ander—¿Quieres que nos vamos?

—No—Ander negó con la cabeza—, solo es un poco intenso.

Su voz se entrecortó. El hombre a su lado se quitó el cinturón de seguridad y lo atrajo hacia él. Lo rodeó con sus brazos con fuerza.

—No estás solo.

—Ya lo sé. —Ander se limpió los ojos—. Es la primera vez que no me siento solo en toda mi vida, y soy consciente de que estoy haciendo lo mejor para mí, pero...

—Poco a poco. Cuando mi madre se cansó y se fue, me pregunté muchas veces qué hice mal. Con el tiempo entendí que no se trataba de mí sino de ella y de mi padre. Todo lo que ocurrió aquí no fue tu culpa—expresó Emmanuel. Ander asintió varias veces, asió con sus manos el rostro de su amor y lo besó. Sus frentes se mantuvieron unidas—. Tú me dices, ¿seguimos?

—Sí, seguimos.

Ander respiró profundo y lanzó el aire despacio por la boca. Emmanuel se movió a su lugar, se colocó el cinturón de seguridad y encendió el motor. El viaje continuó.

—¿Podemos ir contigo?

—Emmanuel me acompañará.

—Vaya, ¿y tu amigo qué?

—Felipe, eres y siempre serás mi mejor amigo, pero en esto, quiero que Manu esté conmigo.

Ander se limpió la nariz con la manga de su camiseta. Llevó su vista hacia el conductor de la Mercedes.

«¿Por qué tardaste tanto en llegar?».

Emmanuel Urich, el insoportable, despreciable y todos los «ables» del mundo siempre estuvo ahí. Una punzada de culpa se instaló en el estómago de Ander, ¿cuánto tuvo que pasar para que ambos despertaran a ese amor?

Ander jugó con sus pulgares y luego se enfocó, una vez más, en el paisaje. Su cuerpo se paralizó. Emmanuel detuvo el vehículo. A un kilómetro de dónde estaban había un sendero, cenizas y restos de madera quemada de lo que fue una construcción. Ese era el lugar.

Ander se quitó el cinturón y salió de la camioneta. Emmanuel también lo hizo, pero se quedó allí.

Las zapatillas blancas de Ander se llenaron de tierra ennegrecida y ceniza, a su alrededor todos los árboles estaban secos y carbonizados. El viento se levantó y su camiseta holgada flameó, del mismo modo que sus cabellos rubios en los cuales se enredaron las hojas secas que lo saludaban en su vuelo.

Ander se detuvo en cada detalle, contempló a su alrededor su presente y escuchó los ecos de su pasado. Un pasado que estaba allí a la espera de su valentía. Una caja de Pandora en donde la esperanza sería lo que quedaría, la que siempre se mantuvo viva.

—Ander.

—¡Mamá!

—Ven aquí, ¡vas a resfriarte!

—No, iré con papá a recoger madera.

Ander pestañeó cuando delante de él apareció aquella mujer de cabello rubio enmarañado.

—Pequeño.

—¡No! ¡Me haces cosquillas!

La mujer le puso un saquito de lana gruesa de color gris y un gorrito de lana azul. Besó su frente y cerró los ojos. Ander se cubrió la boca y contuvo un grito ¡Estaba allí! ¡Cómo la había olvidado!

—Sé bueno, mi mariposa.

Ander negó, había en su garganta un nudo tan entramado que le cortaba el oxígeno. El niño corrió a través de los árboles y jugó con las hojas. Ander caminó a través del sendero y se encontró con su padre. Con ese hombre de orbes celestes grisáceos y cabellos castaños. Lo levantó como si se tratara de una pluma, y dio vueltas con él.

—Papá—pronunció con un calor inconmensurable en su pecho.

El hombre lo llevó en volandas y se internaron en el bosque para cortar madera. Ander atravesó el umbral de lo que había sido una casa. Apenas quedaban algunas maderas calcinadas.

—¡Llévate a Ander! ¡Llévatelo!

La tempestad de nieve absoluta cubrió cada espacio. Los gritos llegaban desde todos lados. Hombres grandes, barbudos, con hachas, palos, y armas. Buscaban y buscaban de manera incansable. La escena se reprodujo como una película. Sintió el miedo crujir en sus huesitos. Se enfocó en un joven delgado, años de desnutrición tatuados en su piel y en su rostro. Negó mientras Celia lo abrazaba y lo protegía. Era él, era a él a quien buscaban, fue por él que asesinaron a su familia.

«No, no fue por él, fue el odio y la maldad, la intransigencia la que llevó a la destrucción de personas inocentes».

—Vete con Ander.

—¡No! ¡Ve tú! Eres más rápido.

—Celia.

—Hazlo, apenas puedo moverme.

Estaba enferma, la manera en que apenas se movía mientras buscaba una escopeta y protegía a ese pobre muchacho.

«Se decía que el muchacho era gay. Esa fue su sentencia. Tus padres le dieron trabajo y un hogar. Algo que nadie hizo en el pueblo».

No era justo, Ander negó y cayó de rodillas entre las cenizas. Ellos no merecían ese final ¡No se lo merecían!

Yury asió entre sus brazos al niño y corrió hacia el bosque.

Ander levantó su vista hacia el cielo gris cuando las finas gotas comenzaron a caer sobre su rostro, de la misma forma que la nieve cayó sobre la carita enrojecida del niño. Yury lo arropó contra su cuerpo. El niño cerró los ojos y se presionó contra su padre. Estaba seguro, todo iría bien, pero de pronto, su padre se detuvo en un gran tronco roído, uno de los tantos del bosque.

—Vas a quedarte aquí. Papá debe regresar, ¿de acuerdo?

—Tengo miedo.

—No, mi pequeño. Escucha, hagamos una cosa, ¿sí? Haz de cuenta que tus manitos son alitas, mariposa. Todo estará bien.

—Hace frío, no quiero estar solo.

—No, mi pequeño. Jamás estarás solo.

—¿Lo prometes?

—*Lo juro, mi vida. Te amo, te amo muchísimo, mi mariposa.*

Un grito rompió la tranquilidad del bosque.

—¡No! —Ander con su rostro bañado en lágrimas gritó sin consuelo— ¡No! ¡Papá! ¿Por qué? ¿Por qué?

Emmanuel corrió hacia el hombre quien tenía su cabeza apoyada en las cenizas del suelo. La lluvia caía más intensa. Emmanuel lo abrazó, se arrodilló a su lado y lo llevó contra su pecho.

—Ya, tranquilo.

—No se merecían ese final. —Ander se desmoronó contra su pecho—. Ellos eran buenas personas.

—La vida no distingue en buenos y malos. La vida solo golpea, amor, y debemos resistir el golpe. —Emmanuel lo sostuvo del rostro sucio por las lágrimas y las cenizas—. Sabes lo que ocurrió, conoces cada parte de la historia, el lugar al que perteneces.

—Maro. —Ander cerró los ojos y encontró la sonrisa del joven. Lo recordó y le dio el lugar que él también merecía en su corazón, de donde nunca se iría—. Ese era el nombre del muchacho que llegó aquí a trabajar.

La lluvia nubló su vista al igual que la de Emmanuel. Sus ropas se empaparon. Ander rememoró el sol que ingresaba entre las ramas de los árboles, las mariposas que se levantaban en primavera junto a las flores silvestres. Maro lo llevaba en brazos y las mariposas se asentaban sobre ellos.

—*Las mariposas no pueden ver sus alas.*

—*¿En serio? ¡Pero son tan bonitas!*

—*Si, Ander. Así les pasa a muchas personas. Son incapaces de ver su belleza.*

—*Tú eres como una mariposa.*

—*Tú también, pequeño.*

Ander y Emmanuel se pusieron de pie. Los hombres salieron de los vestigios de lo que alguna vez fue una cabaña, de lo que fue un hogar feliz. Fue Emmanuel quien lo envolvió en una manta mientras se sentaban en la camioneta.

—En mi sueño nunca era capaz de abrir mis ojos frente a esto. Siempre supe que había algo malo, que ese niño había sufrido mucho, pero también fue muy feliz.

»He estado tan enojado con la vida que siempre he visto su lado doloroso, cuando también tuve momentos tan bellos y los olvidé. Mis papás eran muy pobres, pero me amaban. Había bondad en su corazón, en el alma de Maro que siempre me miraba con una sonrisa pese a su incontable miseria y sufrimiento.

»Todo ocurrió como debía ser. No sería el hombre que soy sin esas vivencias. Sin mis padres, Maro, Mónica, Saphir, Felipe o tú. Sin mi equipo que me apreciaba, incluso sin hijos de puta como Gleb o Valentino Lukov. Sin toda esta mierda, jamás te habría conocido.

Emmanuel tragó saliva, sus ojos estaban llenos de lágrimas ante la escena desgarradora.

—¿Vale la pena realmente? —preguntó— ¿Hubieras preferido perder todo de nuevo?

—Puedo hacer mil conjeturas—explicó—. Lo único que sé es que tú estás conmigo, y aun con todo este dolor a cuestas, sigo siendo el hombre más feliz del mundo.

—Estoy seguro de que es lo que tus padres querrían.

La lluvia golpeaba embravecida contra los cristales. Ander posó su vista una vez más en esa cabaña, en la tierra oscura que la rodeaba, en los árboles secos que contaban cientos de historias. Ese era su hogar, su gente y moraría en su corazón para siempre.

Epílogo

—¿Estás nervioso?

—No.

—Sí, lo estás.

—¿Y si él quiere que me acueste con él?

—No te pediría algo así, a menos que él quiera compartir a su sumiso.

Felipe se preguntó cuando aceptó entrar en un juego prohibido, y, al mismo tiempo, desconocido para él.

«Ian Callum»

Eric le había relatado de manera pormenorizada su vida, sus excesos, todo lo que involucraba a un clan poderoso que estaba acostumbrado a aplastar a cualquiera que se interpusiera en su camino.

—*El tipo no me pareció así. Solo arrogante.*

—*Ian es diferente. Están los Callums que asesinan y destruyen, y luego los que asesinan y se enamoran. Él pertenece al segundo grupo.*

Felipe iba del brazo con su esposo.

«Dom».

Cierto, se acostumbraría alguna vez a usar esa palabra. Se le escapó una risilla de los nervios. Eric volteó hacia él y sonrió.

—¿Estás bien, cosita?

—Sí, maestro—dijo con una gran sonrisa y sus ojos pícaros detrás de un antifaz de color negro y lentes doradas.

—¿Te han dicho que eres un provocador?

—Solo para ti—expresó y Eric se detuvo en el pasillo para darle un beso antes de ingresar.

—Vamos a entrar. Jugamos si te interesa, y si no, nos vamos ¿De acuerdo?

Felipe asintió. Estaba muy seguro de su dom, él nunca le haría daño o permitiría que alguien se lo hiciera. Puede que el tal Ian gozara de fama de asesino guapo entrenado, pero su hombre no se quedaba atrás.

Felipe se había excitado solo una vez viendo videos porno. El protagonista había sido su esposo. Un video de casi un minuto en donde se masturbaba en una tina y se enfocaba directamente a la cámara. Felipe quiso ser la cámara, bueno, también deseó convertirse en la mano, la tina, el agua y todo lo que rodeaba a ese dios lujurioso.

—*El próximo viernes daremos una sesión aquí. Están invitados.*

—¿En ese escenario?

—No, existen otras opciones además de este lugar. A nosotros nos gustan las cosas un poco más...privadas.

Radil, el anfitrión les había explicado cómo funcionaba ese club en donde su amigo Ander solía pasar los viernes. El antro que daba a la fachada era solo una pantomima, la verdadera acción ocurría puertas adentro, en el subsuelo de un sitio que derrochaba glamour en

mobiliario antiguo.

—*Hay un escenario principal que es donde presenciaron a Ander con su espléndida actuación, luego se divide en sectores que son muy populares.*

—¿Sectores?

—*Habitaciones privadas, rodeadas de cristales en donde las parejas no pueden visualizar quien está afuera. Puede haber una persona, ninguna, o decenas. Nunca lo sabrán. Nadie entra a la habitación, excepto que tenga invitación expresa de la pareja o las parejas que en ella se encuentran.*

«Espléndida actuación».

Radil hablaba de una sesión XXX como si se tratara de una obra de arte. Felipe dio una nueva risilla. Caminaron por los pasillos, las paredes estaban decoradas con escenas similares a las que presenciaron de Emmanuel y Ander. Eric le rodeó la cintura con el brazo y le besó el cuello.

—Mira ese, se parece a ti—pronunció.

En una de las pinturas un hombre estaba tendido en la cama boca abajo mientras uno más grande y corpulento lo sodomizaba. Felipe se mordió el labio inferior y rozó con suavidad la mandíbula de su amor.

—Esto te excita, ¿verdad?

—¿A ti no? —Eric frunció el ceño.

—No lo sé—explicó—, lo de Ander fue grandioso, pero no me veo a mí mismo de ese modo.

Eric le dio una sonrisa ladeada. Le encantaba su timidez, lo ponía a mil.

—¿Confías en mí?

—Sí.

—Esto va a gustarte.

Estaba sentado en un sillón de estilo victoriano de color negro con detalles dorados. Su pierna izquierda cruzada, su codo derecho afirmado en el apoyabrazos y su mano en el mentón. Reflexivo, contemplativo. Vestía un traje de tres piezas azul eléctrico que abrazaba su cuerpo musculoso, una camisa color blanco junto a una corbata celeste. Sus zapatos oscuros relucían en la alfombra beige. Sus ojos celestes cubiertos por un antifaz negro.

La iluminación era impecable. La araña colgaba sobre una cama con dosel cuyas sábanas de satén dorado eran el elemento perfecto para el objeto de deseo que se mecía entre ellas y, al cual, el poderoso y sofisticado hombre escrutaba en calma.

La mesa al lado del imponente sillón también era un detalle que nadie pasaría por alto. Sobre ella había una fusta, un collar, un dildo, lubricante y un par de esposas de cuero.

El joven sobre la cama gruñó cuando el consolador lo orilló al orgasmo. Lucía un conjunto de encaje y raso negro junto a un ligero del mismo tono que resaltaba en su piel blanquecina. Era tentador, delicioso con un toque de inocencia que haría perder la cordura a cualquier hombre. Sus ojos cubiertos por un antifaz de encaje oscuro estaban sobre su dom que se mantenía inmutable. Decenas de personas tenían sus ojos puestos en ellos más allá de los cristales. Eran un deleite, el equilibrio perfecto entre juventud y experiencia, candidez y perversión. Un ángel y un demonio.

—No te corres hasta que yo lo diga.

La voz gruesa y seductora, el marcado acento británico provocaron al sumiso que estuvo a punto de correrse solo con esa orden.

—Sí, maestro.

El hombre se puso de pie y se quitó el saco, lo planchó con su mano y lo apoyó sobre la mesa. Asió el collar y el lubricante. El sumiso permaneció con su vista sobre él, como si fuera el aire que respiraba. El hilo que lo ataba a la vida.

El dom dio pasos hacia la cama, las caderas del sumiso se impulsaron hacia arriba con indecencia. Dejó el collar y el lubricante a un costado. El consolador estaba a máximo nivel. El dom le acarició la montaña de rizos castaños y su joven amante se estremeció. Su dedo índice viajó por su rostro hasta su boca.

—Abre. —El dedo se deslizó sobre la calidez húmeda. El sumiso lo succionó entretanto su mano derecha seguía sobre el consolador que hacía su trabajo—. Eso es, mascota.

El joven ahuecó sus mejillas y succionó con ímpetu. El dom le sonrió y quitó el dedo. Se apropió del consolador y empujó más al interior. Su amante se retorció de placer. El dom trepó a la cama y deslizó el aparatito fuera del cuerpo del sumiso. Se montó en su pecho y bajó la cremallera de su pantalón Versace. El pene grande y húmedo golpeó la boca pulposa del sumiso, el cual, apuñó las sábanas.

—¿Quieres más?

—Sí—afirmó excitado. El pene rodeaba sus tentadores labios.

—Lo tienes.

El trozo de carne resbaló en la calidez de esa boca. El sumiso gimió gustoso y ahuecó sus mejillas para succionar. Las caderas de dom se impulsaron hacia adelante y se enterró hasta la empuñadura.

Las lágrimas de placer se acumularon a los costados de los ojos, el antifaz se humedeció un poco más a cada instante. El sumiso relajó su mandíbula y le permitió a su dueño apropiarse de su boca de la manera más páfida posible.

Un gruñido abandonó la garganta del dom. Extrajo su virilidad y golpeó los labios de su amante.

—¿Quieres más?

—Sí, maestro.

El dom le dio más, le dio todo lo que tenía. Se vino en esa boca roja cereza quien probó la esencia y la tragó como el más dulce manjar. El dom se liberó por completo. Una gota de semen resbaló por la comisura de sus labios.

—Así se hace, mascota—susurró con el orgasmo que aun palpitaba en su cuerpo—, ahora siéntate sobre tus talones.

El dom abandonó su pecho, el sumiso obedeció y quedó con su vista hacia abajo, sentado sobre sus talones sobre las sábanas de satén. El dom sonrió al pensar en la envidia que provocaría al tener esa hermosura a su disposición. Recogió el collar y lo colocó en el cuello níveo y esbelto de su amante.

—Mírame—ordenó y el joven lo hizo—¿Deseas que te folle?

—Sí, maestro.

El hombre lo arrastró del collar hasta la orilla de la cama donde él se encontraba y lo besó. Su boca demandante y páfida devoraba los tiernos labios del sumiso quien envolvió el cuello del hombre y se perdió en la experiencia. La nalgada resonó en la habitación. El sumiso aulló.

—¿He dicho que puedes tocarme?

—Perdone, maestro.

—¿Te das cuenta de que debo castigarte?

Una nueva nalgada, y otra más. El trasero adquirió una coloración rosada al instante. La tanga del sumiso estaba humedecida, la erección se perfiló en la tela fina y sensual.

El dom recorrió con su lengua desde el cuello, serpenteó por su columna vertebral hasta esas pompas que mordió y besó. En un movimiento experto lo sostuvo de las caderas e hizo que cayera de espaldas a la cama.

—Maestro—replicó el sumiso al notar que su hombre lo esposaba con las manos en la espalda y se arrodillaba entre sus piernas.

—No vas a correrte hasta que lo ordene.

Desplazó la tanga a un costado, y la verga del sumiso colmó la boca de su dom. Dio un chillido de placer y su espalda se arqueó como un acordeón. El dom lamía desde los testículos a la punta y volvía a introducir la longitud en su boca. Ahuecó las mejillas. El sumiso estaba perdido de deseo. Quería tocarlo, besarlo, anhelaba todo de ese hombre. El dom chupó y soltó la verga que pulsaba por su liberación. Lo jaló hacia el filo del colchón. El pene del dom golpeó sobre las nalgas, luego tiró del collar e inmovilizó al sumiso. Una estocada profunda y al límite y eso solo fue el principio. El joven echó su cabeza hacia atrás y su dueño le besó la frente. Las manos poderosas se apretaron sobre el collar y las caderas embistieron. Rápido y duro, lento y profundo, el sumiso suspiró de placer mientras se mantenía con su columna arqueada y su trasero en pompa, con sus manos atadas que ansiaban la liberación.

El dom se deleitó con ese punto de unión entre el cuerpo de su amante y el suyo. La entrada lubricada se expandía y lo recibía con hambre. Nunca se saciaba de este joven, de este hombre que destilaba inocencia y encendía su lujuria. Ian Callum era el dueño de ese espécimen entregado a su placer.

De un momento a otro, lo arrojó sobre el colchón, el joven respiró una vez que cedió la presión sobre su garganta. Su dueño cubrió su cuerpo y se hundió en él sin contemplación, ni arrepentimiento. Carne sobre carne, tan simple como eso. Los aullidos de gozo encendieron a los espectadores. Eran una delicia, provocaban orgasmos visuales juntos. El hombre todopoderoso, y su dulce musa productora de las más sórdidas fantasías.

—Puedes correrte.

Orel dio un grito, el semen salpicó las sublimes sábanas de satén entretanto su amante apuñalaba su próstata a una velocidad letal. Le quitó las esposas y besó las muñecas. Lo volteó sobre la cama y se perdió entre sus piernas. El orgasmo retumbaba en cada centímetro de su cuerpo cuando su dom se abalanzó entre sus piernas. Los dedos de Orel se tatuaron en las mangas de la camisa. Ian chupó su lengua y desató un vaivén profundo e intenso.

—Qué rico—musitó muy suave Orel para que nadie los escuchara. Percibió que se endurecía de nuevo—. Házmelo, maestro. Por favor, haz que me venga de nuevo.

Sus bocas se cerraron sobre la otra. Ian levantó una pierna de su amante y la puso sobre su hombro. El ángulo de penetración fue de fantástico a glorioso. Los escandalosos gritos vibraron a través de los pasillos. Orel se vino de nuevo mientras su dueño llenaba su interior.

Temblaron en los brazos del otro, besos húmedos y ruidosos poblaron el cuello de Orel. La puerta de la habitación se abrió. El sumiso, perdido en la lujuria ni siquiera se percató. Ian, por su parte, observó a la pareja que ingresaba y se ubicaba en el sillón donde antes estuvo él.

—Bienvenidos—agregó con una sonrisa—, pensé que no vendrían.

—Es difícil que eso pase—replicó Eric Morgan y dibujo una mueca seductora—. Aquí todos se *vienen*.

Epílogo 2

—Me gustan—musitó Eric. Sus manos se pasearon sobre el delgado cuerpo que se retorció delante de él—. Míralo, el sumiso carece de tus aptitudes para los orales, pero se defiende.

—Tonto. —Felipe asió la mano de su marido y la llevó debajo de su camisa—¿Vamos a ir con ellos o no?

—Mira tú, ¿quién diría que tomarías la iniciativa?

—Tal vez, tú deberías ser mi sumiso. —Felipe frunció los labios y Eric le mordió el cuello.

—¿Sí? ¿Tienes lo necesario? —Felipe ahogó un grito cuando su hombre le sacudió el pene entre el pantalón—. Yo creo que te verías mucho mejor como sumiso.

Eric movió la perilla de la puerta e ingresó. Ian Callum se venía sobre el cuerpo bien usado de su amante. Eric frunció el ceño sin recordar su nombre.

«Orel».

Cierto, el nombre llegó a su mente y les dio una sonrisa.

—Bienvenidos, pensé que no vendrían.

—Es difícil que eso pase—replicó Eric Morgan y dibujo una mueca seductora—. Aquí todos se vienen.

Ian Callum se humedeció los labios y sonrió.

—Tienes razón, ¡qué torpeza la mía!

Ian salió del interior de Orel, tiró de él y ambos se acomodaron en el respaldo de la cama de ensueño. Una fina capa de sudor perlado cubría sus cuerpos. Eran los más erótico con lo que alguien se podría deleitar. La mano posesiva sobre la cadera de Orel les dejó en claro que Ian Callum no compartía. Felipe suspiró aliviado, él tampoco quería que ese muchacho de aspecto andrógino tocara a Eric.

Se sentaron en el sillón de terciopelo. Eric posó a Felipe sobre su regazo.

—¿Qué tal los negocios? —preguntó Eric.

—Estoy de vacaciones permanentes—replicó Ian. Orel desparramaba besos cortos en su mandíbula.

Eric sonrió. Resultaba obvio. Los Callums tenían tanto dinero invertido en acciones y empresas que podían vivir sin mover un dedo ellos y sus futuras generaciones.

Felipe arrastró sus manos por los pectorales de Eric, imitó a Orel en una señal directa de provocación. Su «cosita», como lo llamaba Eric, estaba mostrándole al rusito que su hombre era tan impactante como el suyo.

—Me gustó el espectáculo. Sublime—acotó Eric. Ian dio un suspiro.

—Gracias, una belleza siempre me inspira. —Ian agarró del mentón a su amante y plasmó un beso húmedo en sus labios.

Felipe clavó sus dedos en los pectorales de Eric y este le sonrió.

—¿Qué pasa, cosita? —musitó y le besó el lóbulo de la oreja.

—Creo que desea mostrarnos su talento, ¿no es así? —Eric y Felipe levantaron la vista hacia Ian quien los escrutaba en detalle—. Adelante, estamos ansiosos por conocerlos.

Felipe tragó saliva. Era consciente de que decenas de personas estaban detrás de los cristales de ese cuarto. Eric buscó su boca y capturó sus labios. Felipe se concentró en todas las sensaciones que despertaron en cada molécula de su cuerpo.

—Desvístete—ordenó Eric y Felipe se levantó del sillón ante la atenta mirada de su esposo, y del par de amantes curiosos a solo metros de ellos.

Felipe arqueó una ceja y se mordió el labio inferior cuando una a una las prendas que lo cubrían comenzaron a caer. Llevaba un babydoll de encaje blanco en combinación con medias del mismo tono. Eric lo contempló como si fuera la primera vez que estaba desnudo delante de él. El corazón de Felipe se hinchó de afecto. Rogó que su hombre siempre mantuviera esa chispa en sus ojos. Eric acarició la tela en los pectorales y su mano descendió a su abdomen. El pene estaba erecto debajo del encaje. Felipe se estremeció.

—De rodillas, ya sabes lo que anhelo. —Eric apoyó su espalda en el cómodo sillón y se abrió de piernas.

Felipe cayó de rodillas sobre la alfombra y se ubicó en medio de esas piernas musculosas. Sus uñas surcaron la piel sobre el elegante pantalón. Eric se quitó el saco y desabotonó la camisa dejando entrever su torso escultural y sus abdominales de hierro.

Orel susurró algo al oído de su dom quien se mordió el labio inferior y le dio una nalgada.

Felipe abrió la cremallera del pantalón de su dom y su mano se introdujo entre los calzoncillos azul marino. El pene largo y grueso ya estaba erecto. Felipe se humedeció los labios y lo retuvo en sus manos. Su rostro era el de un famélico frente a un manjar.

Un lametón desde los testículos a la punta jugosa. Una y otra vez. Eric jadeó y Felipe lo introdujo en su boca. Su paladar y su lengua se presionaron, y entonces succionó. El dom gruñó como una bestia en celo y echó su cabeza hacia atrás.

Orel e Ian lo observaron atentos. A Felipe no le gustaba la verga de Eric Morgan. Le rendía culto. La manera en que la besaba, mordía, lamía, chupaba, y succionaba tan fuerte como una...

Ian contuvo la risa cuando el término vino a su cabeza.

«Una aspiradora».

Eso es lo que era el sumiso de Eric que demostró porque asumía ese rol. Tenía poder sobre ese enorme hombre, lo manejaba a su antojo. Felipe salivó sobre el pene y lo humedeció al ritmo de su mano perdida en un movimiento frenético.

Eric le acarició el cabello, los rizos largos en descontrol. Ian se percató de que sus sumisos eran, en cierto modo, parecidos a nivel físico. Felipe tenía una tez un poco más dorada, pero, en su manera de venerarlos, eran idénticos también.

Eric lo sostuvo del mentón y sus bocas se encontraron. Felipe envolvió el cuello de su dom y compartieron su sabor. Las manos de Eric fueron hacia las nalgas y golpeó sobre ellas. En un rápido movimiento enganchó el encaje del sexi atuendo y con un brusco tirón lo rompió. Felipe suspiró, su pene dejó una enorme mancha en la parte delantera del babydoll. Se acariciaron con deseo, ninguno de los dos sabía a ciencia cierta si aquello era BDSM, pero a ellos les funcionaba. Un par de dedos jugaron entre las nalgas desnudas. Felipe impulsó sus caderas hacia atrás, quería esas falanges en su interior. Eric asió la botella de lubricante restante de la mesa al lado del sillón y embadurnó sus dedos. Felipe se mordió el labio inferior cuando su

hombre lo envolvió contra su cuerpo y un par de dedos desembocaron en su interior. Dio un gemido alto ante la sorpresa y la brusquedad. Estaban de pie, devorándose como dos animales, y los dedos de su amante entraban y salían sin tapujos.

—Apoya tus rodillas en el sillón. Tu torso sobre el respaldo—ordenó Eric al quitar los dedos y corroborar que el terreno estaba preparado. Felipe obedeció de inmediato.

Ese culo en pompa, las medias blancas, el babydoll hecho tiras en la zona de los glúteos. Eric apoyó un pie en el sillón y sostuvo las caderas de su amante. El pene ingresó despacio. Felipe puso los ojos en blanco y mordió el borde del respaldo. Las embestidas suaves dieron paso a empujes firmes largos y duros, y, al cabo de un par de minutos las estocadas rápidas y duras tuvieron al sumiso rogando por más.

Ian besó el cuello de Orel quien acariciaba sus piernas. Esos hombres eran tan buenos como ellos. Eric se hundió en el sumiso que desplazó el baby doll en su parte delantera al costado para darle alivio a su pene. Felipe engulló toda la extensión. El hombre sobre él ejerció embestidas despiadadas. El tenista abrazaba el sillón y resistía en medio del placer, el dolor y un toque de euforia.

Eric lo puso de pie. Llevó las muñecas a su espalda y las sostuvo con una mano.

—Eric.

—Abre las piernas y arquea ese culito respingón. —La voz ronca sobre su cabello sudado. Felipe obedeció. Su amante, esposo, dom y todo lo que a su mente pervertida se le ocurriese, lo folló de pie. Lo asió del cuello y lo inmovilizó cuando las embestidas poderosas lo hicieron tambalear. El vaivén rápido, feroz combinado con una mano prodigiosa que ahora lo masturbaba y lo catapultaba al delirio. Felipe temió caer de rodillas.

Eric lo empujó hacia el filo de la cama donde lo arrojó ante la mirada de ese par de amantes que los instaban a superar sus propios límites. Felipe sollozó, el semen salió disparado y se derramó sobre las sábanas doradas. Eric enredó la mano derecha en su cabellera y embistió hasta que Felipe quedó ronco. Eric se derramó en su interior. Se arrojó sobre él ,y, por fin, cayó en la cuenta de dónde estaban. Ian y Orel les dieron una sonrisa.

—¿Creo que debemos invitar de nuevo a los señores? ¿No te parece amorcito? —indagó Ian con sus uñas romas que iban y venían sobre la cadera del sumiso.

—Sip—replicó Orel con un dejo de diversión—, estoy de acuerdo con usted, maestro.

Felipe besó el brazo de su esposo quien se giró en la cama. Se acurrucó a su lado y desperdigó besos húmedos sobre sus pectorales. Eric llevó el bretel de la prenda hacia abajo. Su boca se enganchó a un pezón y dio un chupetón. Felipe rio.

—Para—murmuró cuando Eric salpicó besos húmedos sobre su piel—, no podemos seguir.

—¿Por qué no? —preguntó Eric. Una necesidad imperiosa de poseer una vez al sumiso lo embargó.

—Estamos en un club—expresó Felipe como si se tratara de una obviedad. Eric chupó el otro pezón y el tenista dio un jadeo profundo.

—Lo sé, pero no tengo ganas de irme todavía.

Eric observó a Ian quien se encogió de hombros.

—He pagado por toda la noche—replicó—. Sería una pena irnos tan temprano, ¿verdad?

—Coincidimos, Callum. Aprovecharemos cada uno de tus centavos.

Epílogo 3

Dubái, Emiratos árabes unidos.
Un mes después.

—No te muevas.

—¿De verdad no te molesta mi peso?

—Hasta tu sudor se siente bien sobre mi piel.

Emmanuel salpicó besos sobre la mandíbula libre de vello. Ander dio un gemidito cuando sus manos iban y venían sobre la espalda sudada y sus piernas se mantenían enredadas a la cintura de su novio.

«Novio».

La palabra todavía le resultaba extraña y divertida. Anhelada incluso. Ander nunca tuvo un novio. Una persona que lo acompañara, que le diera cobijo y amor. Un ser que lo hiciera sentir especial.

Los labios de Emmanuel se arrastraron sobre el cuello y desembocaron en la boca hinchada. Ander los recibió colmado de felicidad. Sus lenguas batallaron por hacerse el control. El pene que había estado muy activo en la última hora volvió a endurecerse. Ander enganchó su pierna derecha a la de su amante y lo hizo rodar en la cama para posicionarse encima de él.

Emmanuel dio un suspiro de satisfacción y llevó sus manos detrás de su cabeza. Ander apoyó sus empeines por encima de las rodillas de su amante y se balanceó en círculos sobre su pelvis.

—Eres tan zorra—pronunció maravillado Emmanuel.

—¿Qué? ¿No te gusta?—Hizo un puchero adorable.

—No, me fascina. —Las dos manos que estaban detrás de su cabeza fueron a las nalgas prominentes de su amor y golpearon la carne sin contemplación. Ander aulló de placer.

—¡Eres malo! —exclamó y una nueva nalgada cayó.

—Sacude ese culo si quieres sentarte mañana—ordenó Emmanuel. Su verga se asemejaba a una roca en el cálido y húmedo interior. Ander cerró los ojos e inició un erótico vaivén.

Emmanuel se irguió y rodeó con su brazo la estrecha cintura. Ander envolvió el cuello del hombre quien enganchó su boca al tierno pezón derecho que parecía una cereza madura de lo hinchado y apetitoso.

—Para—echó su cabeza hacia atrás—, tengo que usar una camiseta mañana.

—¿No me contaste que los cubrías con cinta adhesiva?

Ander iba a decir algo más y las caderas de Emmanuel se impulsaron hacia arriba.

—En serio, hombre. Dudo que pueda venirme de nuevo.

—Tienes veintitrés años—recordó Emmanuel con una gran sonrisa—. Claro que puedes.

Emmanuel retuvo sus muñecas en la espalda con una mano mientras la otra fue a la cadera y lo inmovilizó. Ander hizo una mueca entre dolor y placer cuando las estocadas rudas tocaron su próstata.

—Manu.

—Estamos en tu suite, cariño—advirtió—. No seas muy ruidoso o te echarán de aquí.

—Idiota.

Suspiró de placer cuando los chasquidos de la carne se tornaron ensordecedores. Ander era bueno en la cama, le gustaba follar y cumplir fantasías, pero con Emmanuel Urich todas sus calientes elucubraciones eran insuficientes. Era el amante más exquisito y letal que había probado.

El semen brotó y se derramó sobre el pecho de Emmanuel, el hombre sonrió con seducción y empujó un par de veces más hasta rebalsar interior. Ander se desmoronó en su pecho. El semen de seguro escurriría por sus piernas como a esa bestia le gustaba.

—Si mañana me vences vas a recuperar el número uno—afirmó Ander. Mordió el mentón de su hombre quien sonrió.

—Error. Mañana voy a vencerte y volveré a estar primero.

—Siempre arriba. —Se burló Ander.

—A veces he estado debajo, lo sabes—bromeó.

—No voy a dejártela fácil—señaló Ander. Su dedo índice trazó dibujos sobre el semen en el abdomen de su amante—. No te voy a regalar el partido sin importar lo buen follador que seas.

—Nunca pretendí que lo hicieras. —Le dio una sonrisa cargada de confusión—¿Te he dado esa señal?

—No, pero en caso de que tu mentecita loca lo pensara, ya sabes.

—Tal vez tenga suerte y termine como tu amigo Felipe esta noche. Con «problemas estomacales».

Estallaron en carcajadas. Había sido el propio Felipe que relató lo sucedido ante la risa de Eric en una de las cenas en las que estuvieron con sus parejas.

—Cariño, he llegado a tener tres vergas a mi disposición—replicó—. Créeme, se necesita mucho combustible para lisiarme.

—O un Eric Morgan. —Se burló Emmanuel.

—Por suerte ese ya está tomado.

Emmanuel volteó su cuerpo cansado sobre el colchón.

—¿Eso es lo que te gusta? ¿Tres dándote al mismo tiempo?

—No—Ander pasó su lengua por el cuello sudado del hombre encima de él—, solo deseo la tuya. No hay verga que me satisfaga más que la tuya, ¿eso suena bien para ti?

—Mi ego lo agradece—esgrimió—, y se siente en la obligación de estar a la altura.

—Genial. —Ander rio—. Dile a tu ego que mi culo lo agradece también.

Emmanuel perdió sus labios en la boca dispuesta y habladora. Ander enredó sus dedos en el cabello corto negro.

—¿Qué dices? ¿Un punto más?

—Estamos en Match point, bebé—replicó Ander—. No espero menos del gran Emmanuel Urich Kózlov. Destrózame.

—Me preguntaste si me arrepiento de lo vivido contigo, pero no tuve tiempo de responder. La respuesta es no. Jamás me arrepentiría de amarte como lo hago, de descubrir la

fuerza de la pasión junto a ti. No me arrepiento incluso si por ello, mi vida termina en este instante. Sería muy feliz con solo llevarme el recuerdo de tus ojos.

—Emmanuel.

—Sí, di mi nombre. Dilo hasta que te quedes sin voz.

Su piel ardía. Ander se removió la camiseta la cual se adhería a su cuerpo ante el calor infernal del desierto. Frente a él estaba el poderoso Emmanuel Urich. El hombre tenía el servicio y Ander estaba un set abajo.

¿Por qué carajo el lucía tan bien mientras Ander se asemejaba a un estropajo? Sus caderas ardían. Su entrenador le preguntó si tenía algún problema en su pierna derecha porque cojeaba. Ander se replanteó el comentario de las tres vergas en ese instante. Solo con la de Emmanuel estaba al borde del coma.

El hombre se arregló su camiseta y lanzó con toda su potencia. Ander recibió y devolvió la bola. Emmanuel se movió hacia el lado derecho y golpeó la bola. Ander se desplazó a toda velocidad y alcanzó la pelota verde flúor. Emmanuel corrió hacia la red y comenzó a reducir espacios. Ander cerró los ojos.

«Putra madre».

Un golpe suave de Emmanuel, mínimo, pulcro, perfecto para cruzar la red y que Ander se arrojara al piso para intentar alcanzarlo. Fue en vano. La bola rebotó dos veces en el piso ante la mirada impotente de Ander quien apretaba los dientes y golpeaba la raqueta.

Emmanuel aulló, sí, aulló como un lobo y se dirigió al final de la cancha para un nuevo saque. Ander se puso de pie, se acomodó la vincha molesta e inútil que ni frenaba el sudor ni mantenía sus cabellos en orden.

Manu golpeó la pelota que salió disparada a una velocidad fulminante. Ander recibió y dio un grito. Recordó lo que ocurrió la última vez que un sonido parecido salió de sus labios. Emmanuel rio desde el otro lado con cara de: «Esta vez no te servirá».

Los hombres se desplazaron de un lado a otro. Cada punto costaba sangre sudor y lágrimas. Emmanuel se sentó en su lugar y se limpió el sudor. Ander hablaba con su entrenador. Bien, era hora de terminar con eso.

Se ubicó en su sector al tiempo que Ander se removía nervioso desde el lugar del saque. Estaba agotado, Emmanuel también, pero ese público había pagado por un buen espectáculo y es lo que estaban dando. Manu pensó que eran muy buenos en eso. El comentario mental le sacó una sonrisa.

La pelota voló hasta donde estaba. Emmanuel recibió y devolvió, Ander corrió hacia el lado derecho y cruzó la bola, haciendo que su rival se moviera a toda velocidad hacia el extremo opuesto. La bola atravesó la red y Emmanuel se fue hacia allí de nuevo para achicar espacios. Una técnica que no siempre le funcionaba con Ander, sin embargo, aquí había una realidad insoslayable. Ander quedó al borde del desmayo después del sexto orgasmo la noche anterior. El hombre gritó y golpeó la bola que fue interceptada por Emmanuel. Un toque suave logró que la pelota pasara la red y cayera del lado de Ander.

La ovación del público hizo a Emmanuel mirar al cielo y levantar sus brazos. Había recuperado el primer puesto.

Posó los ojos en Ander quien, esta vez, no rompió su pobre raqueta. Apoyó las manos sobre su cintura unos segundos y su eterno rival, por primera vez desde que se conocían, se acercó a saludarlo a la red.

«Un partido de ambos, donde él se acerque y me bese frente a todos».

Ander vibró ante la idea, ante la posibilidad de que esa confesión relatada a su amigo

Felipe se materializara. Ander cojeaba, sentía que su trasero era una entidad demoníaca sin control después del trato arduo y el maratón de esa madrugada.

—Jugaste bien, Kovac.

Ander le sonrió, ¿cómo podía estar enojado y alegre al mismo tiempo? Emmanuel estrechó su mano y Ander la recibió. El ruso presionó y Ander sintió que el corazón estaba a punto de lanzar un grito ensordecedor. Uno que espantaría y causaría escándalo y condena.

— Te has salvado porque me has roto el culo, solo por eso.

Emmanuel se mordió el labio inferior y le sonrió con burla. Como era su costumbre. Tiró de él y lo abrazó. La audiencia gritó y aplaudió. Desconocían todo lo que sucedía entre ambos. Eran ajenos al amor y al placer más allá del odio que latía en medio de esos dos. Un amor surgido de las cenizas y la manipulación, de sinsabores y descubrimientos. Un amor que muchos jamás conocerían.

Ander rodeó con sus brazos el cuello musculoso. Emmanuel era apenas unos centímetros más alto que él.

—Podría besarte en este momento. —Emmanuel susurró—. Probablemente nos odiarían, nos censurarían en cada lugar adónde vamos, pero no me importa.

—A mí sí. —Ander se separó del hombre.

Emmanuel estaba allí, y su tonto anhelo podría tornarse realidad, pero ¿qué sentido tendría? ¿Cambiaría su amor? ¿A esos idiotas les importaba lo que sucedía en su alcoba?

—Ander.

—Esto es tuyo y mío, de nadie más. A nadie le importa, no les debemos nada. Nos pertenecemos. Este amor es inquebrantable. Déjalos que intenten destruirlo—juró con el llanto acumulado en su garganta—. Como tú dijiste, no les tendremos piedad.

Lágrimas de felicidad y amor resbalaron por las mejillas de Emmanuel. Ander se unió al estadio con sus aplausos hacia su rival. Dio pasos hacia atrás y Emmanuel levantó la mano saludando. Ander se acercó a su banco. Recogió su bolso y sus raquetas. Saludó al público y le echó una última mirada a su enemigo y amante, a su novio quien no apartó la mirada de él ni siquiera un segundo.

¡Qué maravilla la vida! Incluso con sus tristezas, porque siempre se trató de lo mismo. Aprender a bailar en la tormenta, incluso cuando tu mejor ropa se está arruinando, incluso cuando los truenos te asustan y la oscuridad se yergue sobre ti.

«Te amo».

Fue lo que sus ojos dijeron, lo que expresaron en cada parte de su piel la noche anterior. Lo que contarían cada vez que sus cuerpos se fundieran en el deseo. Fue una promesa tácita, no necesitaba más gestos ni palabras. Una promesa que ninguno de los dos pensaba romper y Ander se aferró a ella con toda su alma.

«Déjalos que intenten destruirlo, que se atrevan. No les tendremos piedad».

Capítulos extras

Radil

«Preston Hart».

Debería ser para mí un hombre como cualquier otro. Mi jefe, aquel que me dio una oportunidad y encontró en mí una faceta que yo mismo desconocía.

—*Hace tiempo tengo una idea, un club. Supongo que las fantasías de mi madre deben perseguirme todavía.*

—*A usted, ¿le gusta su madre?*

—*No, tranquilo. Tampoco tengo pensamientos libidinosos con ella si es lo que te preocupa, pero sé de qué trataba su lado oscuro, y considero que soy leal a su pensamiento.*

Trabajaba en una cafetería cuando apareció en mi vida. Las personas dicen que el amor a primera vista no existe. Están tan equivocados. Nadie podría mirar a Preston y no desear formar parte de su vida, aunque fuera como su amante.

La primera vez ni siquiera me dirigió la mirada, la segunda tampoco, la tercera menos. Después de servirle el café y observarlo responder sus mensajes en el celular me quedaba cerca de la barra y fingía limpiar para deleitarme con su imagen. Traje de tres piezas, el pelo peinado en puntas, sin vello facial. Sus ojos eran de un verde musgo que se mezclaba con un gris oscuro. Una tormenta en temporada de verano. Un bosque húmedo besado por la lluvia. Sí, las frases más tontas atiborraban mi cabeza mientras me deleitaba con su imagen.

—*¿Cómo has estado?*

—*¿Qué?*

—*Te he preguntado cómo estás.*

Me quedé estático, tragué saliva y apreté el menú en mis manos. Él sonrió, fue una mueca suave. Me gusta pensar que soy un privilegiado. Preston nunca ríe. Desconozco si tiene motivos para hacerlo, excepto por algunos retazos de su vida que por ahí se le escapan. Es como la búsqueda del tesoro, de vez en cuando, encuentro monedas valiosas y las conservo en mi alma.

—*¿Te gusta este trabajo?*

—*Me alcanza para vivir.*

—*Esa no fue la pregunta.*

—*La verdad es que no mucho, pero ¿qué otra alternativa me queda?*

—*¿Sabes leer y escribir?*

—*Sí, terminé la preparatoria el año pasado.*

—*¿Cuántos años tienes?*

—*Dieciocho.*

—*¿Te interesaría un puesto de asistente?*

—*¿En serio? ¿Yo? ¿A quién podría asistir?*

—*A mí, ¿te interesa o no?*

Nunca me arrepentiré de aquella decisión, sin importar que los primeros meses como asistente fueron los peores de mi vida, y no por su maltrato, ni mucho menos. Mis compañeros me odiaban, pusieron tantas piedras en mi camino que perdí la cuenta.

Pobres ilusos, ¿de verdad pensaban que renunciaría solo por eso?

Crecí en un orfanato, sufriendo el abuso de decenas de chicos mayores a mí en edad y contextura física que se creían con el derecho de humillar solo por ser «superiores». No me quebré en aquel momento, no lo haría ahora.

Preston me había dado una oportunidad y no la desaprovecharía.

Pasaba horas a su lado, me di cuenta de que salía con varias mujeres, pero nada serio. Lo contemplé como mi sueño erótico viviente, una ilusión que cada día crecía a pasos agigantados en mí. Mi mente lo imaginó sobre una de sus amantes. Su espalda musculosa, las piernas de las mujeres aprisionando su cintura para que penetrara su cuerpo sin contemplaciones ni delicadezas.

Tensé la mandíbula y la ira se apoderó de mí. Jamás conocí la envidia hasta que Preston Hart llegó a mi vida. Anhelé transformarme en una de esas féminas solo para besar sus labios, para que mi boca recorriera su piel dorada que lo asemejaba a una divinidad salida de las playas de Malibú.

Aun recuerdo su risa hasta las lágrimas aquella vez que le pregunté si se sentía atraído por su madre, ¿qué clase de imbécil preguntaría algo así? ¡Pues este! Mi rostro estaba rojo, el calor cubrió mis mejillas y estuve a punto de lanzarme un vaso de agua en mi cara solo para refrescarla.

—Le parezco muy tonto, ¿verdad?

—No, solo demasiado adorable.

Quizás no debí tomar las cosas de manera literal, tal vez, solo fue un simple comentario de una persona que me estimaba, pero sus ojos verdes me dijeron otra cosa. Al menos, fue eso lo que interpreté. Y mi deseo mutó a esto que atraviesa mi pecho, que me desarma y me pide a gritos que me aleje porque él no me ama, y nunca lo hará. No como yo lo amo a él.

Preston

Siempre me consideré un hombre cabal, y no solo eso, también me consideraba como un hombre heterosexual en un cien por ciento. Me gustaban las mujeres, sobre todo las exuberantes, aquellas que sacan al hombre de las cavernas en mí, ese que oculto debajo de mi traje Prada.

Él vino a trastornar mi mundo, y lo hizo sin darse cuenta, sin mostrar un ápice de su piel color caramelo.

No era la primera vez que me miraban con corazones en los ojos, sin embargo, Radil tenía algo más, algo indescriptible, algo que me llamaba a conocerlo, a saciar mi curiosidad. Fue entonces que sucedió, me vi a mí mismo ofreciéndole un puesto en mi empresa a alguien que servía café y que apenas respondía mis preguntas.

—*¿Has perdido la cabeza?*

—*Aprenderá.*

—*Pensé que querías un asistente con experiencia, ¿y traes a este mocoso?*

—*¿Te he preguntado tu opinión?*

Aun recuerdo la discusión con mi serio y respetable hermano, con el cual jamás coincidimos, justamente porque no era serio ni respetable sino un hijo de puta.

«Ángelo».

Siempre lo presenté como un viejo amigo porque me avergonzaba que supieran mi parentesco con él. Como un idiota le conté acerca de mi sueño, del negocio que quería formar y él lo vio como una posibilidad de concretar los abusos que llenaban su cabeza.

Era mucho mejor que yo en los negocios, Ángelo carecía de piedad o remordimientos, no le importaba despedir a mil personas en un abrir y cerrar de ojos. Cada día que pasaba a su lado me pregunté cómo este hombre podía ser mi mellizo, ¿cómo carajo hicimos para convivir nueve meses juntos en el vientre de mi madre? Esa fue una pregunta que nunca le hice, supongo que se la haré cuando la vea de nuevo en el infierno.

Entonces, aquí estaba, con mi asistente que sabía nada, pero aprendía rápido. Lo subestimé, todos en la oficina lo hicieron. Se reían a sus espaldas, escuché comentarios tales como marica, delgaducho, desnutrido, afeminado, inútil, sucio y demás cosas. Me contuve de actuar, puse toda mi voluntad en no hacerlo. Lo último que deseaba es que mi secreto fuera descubierto. Radil no estaba allí porque me interesara como llevaba mi agenda o si manejaba con fluidez cinco idiomas. Radil estaba allí porque me había vuelto loco, y lo quería cerca, incluso cuando jamás fuera capaz de tocarlo, o proponerle algo más fuera de una oficina.

La idea del club BDSM se gestó en mí mientras estuve en Rumania. Una de mis socias, dueña de una empresa siderúrgica con la que estábamos firmando un acuerdo fue quien se aventuró.

Terminé en la cama con ella, pero después de toda la acción en aquel sitio, solo pude pensar en una persona. Una a la cual quería poseer sin límites.

«Radil Blej».

El nombre en su camiseta me hizo agua la boca. Me lo imaginé tantas veces en mi lecho, incluso cuando jamás estuve con un hombre.

—*¿Cuántos años tienes?*

—*Dieciocho.*

Una punzada de culpa se instaló en mi estómago. Apenas comenzaba a vivir, era demasiado para un lobo viejo como yo. Radil estaba prohibido, pero aun así fui incapaz de alejarme de él.

Radil

«Ángelo Hart».

Su solo nombre me revolvió el estómago. Ni siquiera era su rostro de desquiciado, eran sus actitudes. Era incapaz de creer que ese hombre fuera mellizo de Preston. No se parecía en nada, y no hablo solo de lo físico. Eran como el agua y el aceite. Preston, para mí, se asemejaba a un manantial de aguas calmas, Ángelo era como el aceite rancio que las hamburgueserías arrojaban al desagüe.

Estuve feliz de alejarme de él cuando empecé a trabajar a tiempo completo en el club. Tenía calma, organizaba la agenda, los acuerdos, los contratos entre dominantes y sumisos, y me quedaba tiempo para mi gran pasión. La música.

Aprendí a tocar el piano en el orfanato. Había una estructura vieja y corroída que me provocó grandes alegrías, las únicas que tuve allí. El maestro vio talento en mí y todos los días me invitaba unas horas a practicar. Mis manos rozaban las teclas y el mundo se tornaba maravilloso, era una burbuja de amor y calidez de la cual nunca quería despertar. Esa fue mi pasión, la única hasta que Preston apareció en mi vida y la llenó de entusiasmo y ganas de vivir, de crecer.

—Miren a quien tenemos aquí.

Su voz me trajo de nuevo a la realidad. Mi cuerpo tembló y activó todas las alarmas. Ese hombre era peligroso.

—Su hermano no está—repliqué sin una pizca de amabilidad. Sé que era uno de los dueños, pero no me importaba.

—¿Quién te ha dicho que he venido por él?

Mis ojos fueron hacia la entrada de la oficina. Ese hombre era más alto y corpulento que yo. Debía mantener la calma. Ya nos había dejado en claro su esencia varias veces. De hecho, mi amigo Ander, uno de los asiduos clientes del club lo sufrió en carne propia.

—*Ten cuidado.*

—*¿En serio hombre? ¿Cuántas veces me dirás lo mismo? Ni de mi mamá recibí tantos consejos.*

—*No es un buen dom.*

—*¿Y en qué te basas para decir eso?*

—*Es uno de los amigos de mi jefe, y no lo ha expulsado porque le conoce varias cositas oscuras, pero desde ya te digo, lo merece.*

—*Bien, supongo que aprenderé por las malas que tus consejos son para ser tomados en cuenta.*

Se lo advertí a Ander y prestó oídos sordos a mis consejos como sucedía con frecuencia. Ander era bello e intrépido, pero, a veces, sus ganas de experimentar lo llevaban a dominantes que solo conocían la violencia. Le mentí a Ander aquella vez, le dije que este hombre que ahora tenía frente a mí era solo alguien cercano a mi jefe, un amigo, ¿cómo iba a decirle que era uno de los dueños cuando Preston lo negaba todo el tiempo?

—¿Qué es lo que quiere? —pregunté con un nudo en la garganta. Había pasado tanto

tiempo desde la última vez que el miedo me invadió de esa forma.

—Aclarar algunas cosas—sonrió con malicia y el alma se me congeló—, en el tiempo en que has trabajado para mí yo....

—Nunca trabajé para usted—interrumpí—. Estoy aquí por el señor Preston.

Su sonrisa mutó a una mueca agria. Di un suspiro profundo y aceleré el paso a la puerta. Un error imperdonable. Ángelo tiró de mi brazo derecho y me arrojó contra el escritorio. Me repuse de inmediato y sus dedos reclamaron mi cabello. Mi cabeza fue sobre el escritorio.

—Creo que a ti te faltan modales—replicó entre dientes—, si Preston no te ha enseñado, yo lo haré.

La puerta se abrió y mi agresor se paralizó. Un silencio espeso cubrió la oficina mientras la estructura volvía a cerrarse.

—¿Se puede saber qué estás haciendo en mi oficina Ángelo?

—Le enseño modales a tu asistente.

—Radil no necesita eso, al menos, no de ti. —Preston arqueó una ceja—. Suéltalo ahora.

Ángelo gruñó como un animal hambriento al cual le roban la presa. Se apartó de mí y me afirmé en el escritorio. Todo daba vueltas, fue cuando percibí que un fino hilo de sangre caía. Tenía una herida en la frente. El agresor frunció el ceño. Preston dio pasos apresurados hacia mí y escrutó la herida.

—Preston...

—Vete de aquí antes de que te desangre—replicó mi jefe con una mirada asesina. Ángelo tragó saliva y salió de la oficina enfurecido.

Sus dedos rozaron la herida, yo intenté alejarme, pero no lo permitió.

—Aguarda un momento, hay un botiquín aquí.

—Lo sé. —Claro que lo conocía, yo mismo lo había armado.

El corazón zumbaba en mi pecho cuando mi jefe regresó con alcohol, algodón y unas banditas. Fruncí el ceño cuando el líquido abrazó mi herida y ardió como el infierno.

—Es un minuto. —Preston dejó sobre el escritorio la botella de alcohol y asió la bandita adhesiva—. No es profundo, con esto sanará.

Jamás habíamos estado tan cerca. Llevábamos años trabajando, cuatro largos y tortuosos años, pero cuando nuestras miradas se encontraron, una llamita se encendió en mi interior.

¿Era posible que ese hombre inalcanzable sintiera lo mismo que yo?

Preston

No lo pensé dos veces, mi oportunidad estaba allí y no la dejé pasar. Mis labios se unieron a esa boca dulce y rechoncha que me pedía a gritos. El calor invadió mi cuerpo, lo carbonizó. Radil abrió la boca y me brindó acceso para explorar en ella. No tenía el sabor de las mujeres, había un toque dulce y prohibido que jamás degusté. Su juventud, energía, todo aquello que estaba lejos de mí y de lo que ahora me apropiaba. Radil cerró los ojos y gimió en el beso. Sus brazos envolvieron mi cuello y mi cuerpo, preso de la urgencia, empujó sobre el suyo, el cual, estaba sostenido por el firme escritorio de madera.

Nos separamos solo porque nos estábamos asfixiando. Sus manos se engancharon a mis pectorales cubiertos por mi camisa blanca, sus ojos me recorrieron con avidez, lujuria y curiosidad. Puse mis manos sobre sus mejillas.

—Esto está mal—expliqué, pero no me aparté—, eres muy joven.

—No, no lo soy.

Esta vez, la iniciativa fue toda suya. Sus labios se engancharon a los míos y su lengua se abrió camino en mi boca como si nos hubiéramos besado por años. Mis manos recorrieron su espalda y se ajustaron a sus nalgas. Mi boca entreabierta viajó por su cuello y se extasió con su aroma. Una mezcla frutal que despertaba mis sentidos. Sus manos pasearon por mis pectorales y descendieron hasta el cinturón, el cual, desajustó. Estaba en trance, mi voz se extravió en algún recoveco junto a mi mente racional.

Nunca me privé de nada hasta Radil, pasé cuatro años observando al objeto de mi deseo saltar de un lado a otro y darme sonrisas pícaras. Fui capaz de controlarme demasiado tiempo, esta vez carezco de la fuerza necesaria para hacerlo.

Radil se da la vuelta y apoya sus manos sobre el escritorio. Mi bulto empuja sobre sus nalgas todavía vestidas. Respiró contra su oído y lo beso. Mantiene sus ojos cerrados a la espera de un movimiento de parte mía.

—Radil—musito y chupo el lóbulo de su oreja.

—He soñado con este momento—. Gira su rostro hacia mí—. Quiero que me haga suyo.

Mi mano posesiva se cierra sobre su mentón y lo beso con vehemencia. Radil busca su propio cinturón. Su pantalón y el boxer recorren sus piernas. Mi mano posesiva aprieta una de sus nalgas. Es mío, no puede ser de nadie más. Mi pantalón se desliza del mismo modo que el de mi asistente. Respiro, respiro y busco la forma de calmarme. No quiero lastimarlo, pero mis ansias fluyen con mi instinto.

Radil obtiene del bolsillo de su pantalón alojado a mitad de la cadera un condón y un sobre de lubricante. En este momento no sé si agradecerlo o enojarme al pensarlo con otros.

—Siempre los llevo desde que te conocí—susurra sin mirarme. Le sostengo del cuello y hago que me enfrente.

—¿Tanto me deseas?

—¿Por qué finges desconocerlo?

Nuestras bocas se encuentran una vez más y no hay excusas ni vacilaciones. Mis dedos lubricados penetran su cálido interior. Nuestros labios se muerden y se chupan. Las caderas de Radil, ávidas de acción se mecen sobre mis dedos. Es una sensación única, jamás tuve en mis brazos alguien tan deseoso de mí. Me halaga y me excita. Envuelvo mi pene en el condón y mis dedos hacen resbalar más lubricante. Me entiero en él despacio y su boca se abre en un grito silencio. Un jadeo lo abandona cuando toda mi extensión lo inunda.

—¿Estás bien?

—Empuja—repite con su voz entrecortada—. Deseo sentirte.

Mis caderas se impulsan hacia adelante y las uñas de Radil rasguñan la estructura de madera que nos sostiene a ambos. Suspiros de placer abandonan su garganta y me entrego al momento, a este instante esperado que ahora se concreta y es mejor de lo que imaginé.

Beso su cuello, sus labios, hundo mi cara en su cabello rizado. El vaivén se torna duro y rápido. Radil responde con sus caderas. Es un movimiento implacable y nos cautiva buscando más. Ninguno de los dos hemos dejado nuestras ropas a excepción de los pantalones bajos. Mis manos surcan su cuerpo vestido y Radil gime.

—La próxima vez quiero sentirte desnudo—pronuncio cuando mi semen rebalsa el condón y Radil se descarga dejando sendas manchas blancas sobre la madera—, piel contra piel.

—Sí—su voz agotada tiene tantas connotaciones—, lo deseo sobre mí.

Mis estocadas abandonan su cuerpo, la erección se desvanece luego de mi liberación. Radil da una risita y lo entiendo, esto es una locura. Mi asistente sube sus prendas cuando abandono su interior. Yo hago lo mismo. Acomodo mi corbata y soy testigo del semen escurriendo en ese escritorio donde debo ponerme a responder correos electrónicos. Radil se mueve con agilidad, trae servilletas de papel y pronto todo queda impecable. Me siento en mi cómodo sillón. Nuestras miradas se encuentran una vez más. Empujo mi silla hacia atrás.

—Ven aquí—ordeno. Radil se muerde el labio inferior y camina hacia mí. Paso siguiente, está a horcajas en mi regazo—. Nadie puede enterarse de esto, ¿entiendes? No todavía.

Radil da una risilla y acomoda su cabeza en mi pecho.

—No se preocupe, jefe. Este será nuestro pequeño secreto.

Agradecimientos

Es difícil encontrar las palabras cuando llego al final de cada libro. Sé que muchas veces les digo gracias, pero también sé que es insuficiente, porque me han cambiado, y me cambian la vida de maneras inimaginables. Gracias por comprar este libro, gracias infinitas por mantener este sueño vivo, por contribuir a este proyecto. Son maravillosos, créanlo porque es la verdad.

Gracias a mamá y papá por estar ahí, por traerme al mundo y hacer lo mejor que pueden cada día. Los amo, los amo y ya está, no hay vuelta atrás. Los honro, y doy gracias por formar parte de su vida. A mi hermana Vanesa, por su transparencia, su honestidad brutal, pero, sobre todo, por su inmenso amor. A mis gatitos, Junior, Kitty y Manchi, gracias por alegrarme la vida y estar ahí con todo su amor puro.

Gracias a mi gran amiga Eva Bolfán por ayudarme con la corrección, gracias infinitas vida. Te quiero.

Gracias a mis lectores, gracias por amarme y aceptarme como soy, ustedes me hacen una mejor persona cada día. Gracias Yrida, Marlén, Margorie, Marie, Lucy, Lía, Agustinita, Claudia C., Nina, Gabriela, Blue, Karen, Nelly, Angie, Anabel, Zamarparga, Elizabeth, Maigualida, Ana Silva, Winxmetawinxrz, Alicia, Chiny, Nancy, Alejandra, Meli, Konstanza, Kathia Marie, Noelvis, Marie030, Angui, Carolina, Martha, Aurelia Flor, Mjvi, Skay, Jennifer, Delia, Aylin, Dani, Comelibros, María, Lina, Daniela, María José, Sonia, Nelly, Sol, Nayda, Lyes, Adrián, Eli, Carney Villa, Begoña, Darian, Vicky, Leslie, Molly, Eugenia, Liliana, DhombreCloset, Pamela, Margarita, Clara, MCG, Roxana, Yaneth, Melo Meli, Elvis, Milagros, Fresia Andrea, Reysovaz, Armando, Alexandra, Jessica Sanchez, Yaika, Fernanda, Daniela, Rita, Fátima, Pablo, UrrutiaMena, Josué Chevez, YDCA, Silvia, Erica, Del Valle, Luna, Susana, Valeria, Beatriz, Angel Valeria, Julieta, Laura, Olivia, Lisette Mila, Ismary, Indira, Christian, Flavia, Cristina, Adrián, Lupitha, NaushPJ, Manuel, Flor, Erica, Julieth, RosmaGons, Florencio, Yesi, Victoria, Madrid, María Carrasco, Catherine Mendez, Liz, Mónica, Nuria, Mack, Fanny, Toni, Mar Monje, Brenda, Álvaro, Ana, Bárbara. Gracias a todas las maravillosas almas que me siguen en Instagram, Twitter, Telegram y en Wattpad.

Gracias a esas personas maravillosas que no interactúan conmigo, pero adquieren mi libro, me dejan sus votos en Amazon y me dan fuerzas para seguir con este proyecto. Gracias también a ustedes. Sé que aquí faltan muchos, les pido disculpas si quedó alguno afuera, esta familia crece cada día y eso me pone feliz, así que, por eso les dediqué un espacio especial.

Y, por último, y no menos importante, a mi querido Bambi, este libro está dedicado a vos, porque nos has demostrado que, a veces, las heridas de infancia y adolescencia nos persiguen, pero como hizo nuestro pequeño Ander, y como lo haces vos todos los días, depende de nosotros mirarlas a la cara y decirles basta. Por más personas como vos en el mundo. Te quiero.

Gracias a todas las almas que todavía se emocionan y sorprenden con mis libros.

Si la estás pasando mal solo te digo una cosa. Acordate de quién sos, del dios que late en vos, de ese héroe que clama por salir a la superficie. Dale, déjalo salir. Sé feliz, sé vos, aun con el mundo en contra.

Los amo.

Paz

Acerca del autor

PAZ IRIBARNE



Paz Iribarne, licenciada en Ciencias Políticas, hace algunos años decidió dejar de lado los textos políticos para dedicarse a su verdadera vocación: escribir novelas románticas cargadas de erotismo, drama y acción, con el amor como protagonista único.

Paz suele decir que escribir le permite liberar su alma, esa que muchas veces sintió estaba encadenada.

La carrera en la que se graduó jamás le permitió eso, así como tampoco el trabajo a tiempo completo que tenía en una empresa de comunicaciones. Hoy su meta es seguir escribiendo,

porque es una tarea que hace con el corazón, donde se siente valorada y amada.

La autora ha creado diversas novelas y sagas del género LGBT, así como también de romance heterosexual, tales como la Saga Besos Ocultos (Gay), Trilogía Obsesiones (Gay), Trilogía Juegos de Poder (Gay), Trilogía Callums (Gay), Trilogía Locura de Amor (Gay), Saga Deseos Eternos (Gay), Deber y Deseo (Hetero), Atracción, Deseo y Caída (Romance bisexual), Bilogía Matchpoint (Gay) Bilogía Sangre y cenizas (Hetero). Todas las obras están publicadas en plataformas como Amazon y Booknet.

Si deseas saber más sobre Paz Iribarne, puedes encontrarla en:

Instagram <https://www.instagram.com/iribarnepaz/>

Su tienda en Amazon <https://www.amazon.com/author/paziribarne>